relaciones

1944

DE LA

SOCIEDAD ARGENTINA

DE

ANTROPOLOGIA



DIRECTOR
Fernando Márquez Miranda

RELACIONES

de la

Sociedad Argentina de Antropología

relaciones

DE LA

SOCIEDAD ARGENTINA

DE

ANTROPOLOGIA



TOMO IV

Director: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

BUENOS AIRES

1944

INTRODUCCIÓN

*LA Sociedad Argentina de Antropología, que ha entrado gallardamente en su octavo año de edad, presenta por mi intermedio éste su IV tomo de "*RELACIONES*". Al hacerlo reafirma los principios básicos que le dieron razón de ser y fundamento científico y social. Campo neutral en el noble y permanente debate de las doctrinas antropológicas, abierto a todas las sugestiones y doctrinas que no pretendan otra cosa que el conocimiento del hombre por el hombre, alta pedana para el adiestramiento intelectual, prolongación de la cátedra para los menos y adiestramiento docente para los más, la Sociedad es, cada vez —y ojalá siempre lo sea— lugar de compañerismo para cruzados de un mismo ideal: el de que la Argentina siga ocupando en estas ciencias el puesto que ya se le reconoce en los más altos centros de cultura del mundo.*

*En estos ocho años de existencia la Sociedad ha mantenido una invariable línea de conducta. Ha celebrado sus reuniones periódicas de comunicaciones, en las que se han presentado las primicias de la investigación, ha realizado cinco "Semanas" de discusiones de temas antropológicos —la quinta de las cuales se ha verificado a fines del año pasado—, ha dictado cursillos de temas etnográficos o de preparación técnica especial. Y, en punto a publicaciones, salen casi simultáneamente el séptimo número del "Boletín" social y este nuevo tomo de "*RELACIONES*".*

Todo ello marca el camino recorrido. Hace ocho años, el trabajo puramente individual, desconectado, de cada investigador, en un ambiente de frío aislamiento, lleno de recelos y de suspicacias, horro del estímulo de la convivencia crítica pero amable. Hoy, una realidad social que ha dado muestras reiteradas y notorias de su existencia, un laboratorio vivo de experimentación antropológica.

Desde el punto de vista material, esto se ha logrado con el apoyo de los poderes públicos. Una pequeña subvención ha permitido costear nuestras publicaciones y presentarlas con la dignidad tipográfica que corresponde a su valimiento. Estamos seguros de que ese apoyo no ha de faltar en el futuro para esta Sociedad única, sin gastos de mantenimiento, sin burocracia y sin sueldos, que devuelve íntegramente a la comunidad, en publicaciones, todo lo que de ella recibe.

En este tomo que he tenido el honor de dirigir, junto al núcleo de colaboradores fundadores, aparecen, siguiendo una simpática tradición social, las promociones más jóvenes, que serán nuestros continuadores. La única innovación consiste en agregar a las comunicaciones habituales, previamente leídas o dichas en la tribuna de la Sociedad, las de tres socios correspondientes. Ellas —nobleza obliga— ocupan las páginas iniciales. Llegadas desde prestigiosos centros de Estados Unidos, de Chile y del Perú, hacen correr por estas páginas argentinas el aire cordial y amplio de América.

F. M. M.

f

NOTA ETNOGRAFICA SOBRE LOS INDIOS MATACO DEL GRAN CHACO ARGENTINO

por

A. METRAUX

LA etnografía del Gran Chaco argentino nos es todavía muy mal conocida y seguirá siéndolo, para siempre, sino nos apresuramos a estudiar, sistemáticamente, las últimas tribus indígenas que viven todavía, pero que desaparecen rápidamente o se asimilan a la población criolla.

Nuestras mejores fuentes para el estudio de la etnografía del Chaco son, todavía, los misioneros Jesuítas del siglo XVIII, Dobrizhoffer, Paucke, Sanchez Labrador, Lozano y Jolis. Los autores contemporáneos han estudiado los aspectos más directamente accesible de las civilizaciones indígenas y, por ello, sus contribuciones no nos dan más que una imagen muy superficial de la vida indígena, tal como ella continúa sobre el Bermejo o el Pilcomayo. Aun en el dominio de la cultura material, abierta a todos, se nos da catálogos de objetos en lugar de datos que estaríamos en el derecho de esperar sobre la vida económica y las técnicas, en el sentido más amplio de la palabra. A menudo se trata de los indios vivientes del Chaco como si se tratara de sitios arqueológicos. Será preferible transponer la etnografía moderna en la arqueología, más bien que librarse a la operación inversa.

No tenemos más, que una idea muy vaga de las creencias religiosas de esos indios. Descripciones de danzas o de especulaciones animistas no son más que un magro sustituto para un análisis de las creencias y de los ritos. En cuanto a la sociología del Chaco, es un terreno casi virgen

y los trabajos contemporáneos son, en este sentido, bien inferiores a los del siglo XVIII.

En 1939, en ocasión de mi último viaje al Chaco argentino, había esperado reunir el material necesario de los Mataco. Mi estado de salud me ha impedido realizar ese proyecto. Por ello me veo obligado a publicar los resultados de ese viaje bajo la forma de artículos separados. En el estado actual de nuestros conocimientos, todo hecho nuevo, si ha sido concienzudamente observado, se convierte en importante. Esta consideración, unida al alentamiento de mi amigo el doctor Fernando Márquez Miranda, es lo que me impulsa a publicar algunas notas extraídas de mi libreta de viaje. Ellas no tienen otro mérito que el de ser inéditas y el de haber sido recogidas sobre el terreno, de boca de excelentes informantes. Han sido obtenidas en San Andrés y Yuto, sobre el Pilcomayo, y en San Patricio, sobre el Bermejo.

El nacimiento y la infancia.

Un hijo es producido por la simiente del padre, que germina, como una planta, en el seno de la madre. La esterilidad es siempre considerada por los Mataco como por la falta de la madre. La explican como un accidente provocado por algún hechicero que usa de su magia para impedir que el esperma penetre en el cuerpo de la mujer. Algunas mujeres, se dice, se dirigen a un hechicero para que les impida concebir. Los hechiceros pueden, además, disipar el encantamiento, aunque esta operación es considerado como particularmente difícil.

Una mujer encinta come con moderación, para evitar que la criatura se haga demasiado grande y nazca difícilmente. Los lazos místicos que unen un padre a su hijo encuentran su expresión en un gran número de "*tabu*". Así, poco antes del nacimiento del niño el padre debe abstenerse de todo trabajo que pueda hacer que el niño nazca deforme. Le es particularmente prohibido servirse de instrumentos cortantes (hachas, cuchillos, azadas), sin lo cual el niño podría venir al mundo con heridas: un hocico de liebre, por ejemplo. El padre tiene cuidado de no llevar sandalias ni zapatos, para evitar que uno de los pies de la criatura sea más grande que el otro. Si el padre se pone un sombrero, el niño tendrá

la parte superior del cráneo completamente chata. Los indios de las Misiones evitan hasta escribir, de miedo de que el rostro de su retoño no resulte surcado de marcas.

Si un futuro padre no mata en la cacería más que animales machos, será signo que el niño por nacer es un varón.

Diversas precauciones son tomadas, igualmente, por las mujeres antes de la parición. Evitan ceñirse demasiado fuertemente con su cinturón y acostarse en una posición susceptible de complicar el nacimiento. Algunas mujeres usan drogas para asegurarse contra todo accidente. Así, toman un polvo hecho de un tubérculo asado y molido en un mortero. El marido desata su cinturón y desanuda su corbata, para que el cordón umbilical no se enrosque alrededor del cuello del niño.

Es raro que los nacimientos ofrezcan algunas complicaciones. Según las observaciones de un médico misionero, el doctor Collins Smith, duran alrededor de dos horas para un primer hijo, y alrededor de cuatro o cinco horas para los siguientes. Un nacimiento atrae, a menudo, un público numeroso, y los vecinos se colocan cerca de la mujer que se debate, sin mostrar interés particular, pero prontos a intervenir si hay necesidad de alguna ayuda. Mujeres ancianas y llenas de experiencia vienen a asistir a la parturienta, sobre todo si el parto presenta alguna dificultad. Esas matronas benévolas reciben generalmente un regalo —una cabra o una pieza de género— en pago de sus molestias.

La parturienta se coloca sobre los muslos de una de esas ancianas, la cual está sentada en tierra con las piernas cruzadas. Se toma, a dos manos, de un bastón plantado verticalmente delante de ella y se agarra fuertemente a él a medida que los dolores se hacen más fuertes. Otros informantes me han dicho que la mujer daba a luz en cuclillas directamente sobre el suelo; pero me han confirmado el uso del bastón. Si la parición es laboriosa o más larga que lo habitual, una de las matronas aprieta con sus manos el cuerpo del útero, como un médico que busca expulsar la placenta mecánicamente. Si la parturienta no puede mantener la posición sentada, se acuesta de tal manera que una de las asistentas pueda apoyar su rodilla contra el perineo, mientras que otra mujer le da masajes en la región uterina.

Todo accidente que sobrevenga en el curso de la operación es atri-

buído a la hechicería o a la negligencia del marido que puede haber violado uno de los numerosos *"tabu"* que estaba obligado o observar.

El cordón umbilical es cortado con un cuchillo. No es nunca cortado antes de que la placenta haya salido, pues, la existencia de un niño no es completa hasta que su placenta no ha sido expulsada. Según uno de mis informantes, la herida del ombligo sería cauterizada con un tallo de zapallo incandescente. Si la placenta tarda en salir, las matronas ejercen sobre el abdomen las mismas presiones que para acelerar el nacimiento del bebé. La placenta es enterrada sin ninguna ceremonia. El cordón umbilical es secado y puesto en un saquito de cuero, en forma de rombo, que el niño lleva, colgado a su cuello, hasta la edad de diez años.

Una criatura muerta al nacer es enterrada, inmediatamente, sin ningún rito. Es considerado como un deshecho, al mismo título que la placenta. Por el contrario, si el niño muere después de haber vivido durante algunas horas, es enterrado según los ritos funerarios tradicionales.

Después del nacimiento, el padre y la madre continúan tomando diversas precauciones de orden mágico, para no perjudicar la salud de la criatura. Se abstienen de diversos alimentos, entre otros de la carne del tatú y de la iguana. Toda infracción a los *"tabú"* alimenticios será causa de enfermedades de estómago en el niño. Ciertos *"tabú"* duran de uno a dos años. El marido se abstiene de toda relación sexual con su mujer hasta que la criatura comienza a tener dientes.

Algunas prácticas tienen, a los ojos de los indios el poder de influenciar mágicamente el desarrollo de la criatura. Así, los padres pueden solicitar a una mujer que tiene hermosos cabellos que se corte un mechón y frote con él la cabeza de su hijita. Un individuo, cuyos miembros son bien proporcionados será solicitado para que dé masajes en las piernas del niño. En general, los padres gustan de que personas bien hechas tomen a su bebé en sus brazos para comunicarle su bella apariencia.

Una mujer no alimenta más que a su criatura y se rehusa a dar el pecho a cualquier otro bebé. Sin embargo, se puede ver, algunas veces, abuelas ancianas dando el seno a un bebé, pero es únicamente para en-

gañar su hambre y no para nutrirlo como algunos lo pretenden. Cuando el niño tiene alrededor de un año, su madre masca granos de maíz hervido e introduce esta pasta, con los dedos, en la boca del pequeño. Para tranquilizar a los bebés, que mi presencia asustaba, las madres no dejan nunca de hacerlos comer. Lo mismo cuando un bebé gritaba en la iglesia: su madre comenzaba por palmearlo gentilmente y hacerle oir unos *hush, hush, hush* para calmarlo, pero si esta medida no tenía efecto le ofrecía su seno.

No recuerdo haber visto a un hombre ni a una mujer maltratar a una criatura. La escena siguiente, que observé en una aldea mataco, puede ser considerada como típica. Un niñito, de alrededor de dos años, gritaba rabiosamente, sin causa aparente. Su madre le hizo saltar sobre sus rodillas, en la esperanza de calmarlo, después le cerró la boca con la mano. Como el pequeño continuaba vociferando y debatiéndose, su madre ensayó arrastrarlo lejos de la choza, pero él se debatía y rodaba. Ella terminó por dominarlo, y sin ninguna brusquedad y sin cesar de reír, fué a depositarlo a algunos metros de la casa, en donde la criatura permaneció gritando sin osar regresar.

Esta misma gentileza y ausencia de brutalidad pueden observarse en los niños que juegan. Así, en numerosas ocasiones, he podido observar niñitos que se disputaban la posesión de una bolilla; se empujaban, se atropellaban, pero nunca con maldad o violencia. La educación Mataco pone el acento sobre la dulzura y la gentileza, y un hombre violento o de mal carácter (*witsax*) les inspira temor y disgusto. Desde su niñez las criaturas aprenden a dividir entre ellas la comida. Cuando yo hacía distribuciones de caramelos, los niños no dejaban nunca de ir a advertir a los ausentes para que ellos pudiesen participar del regalo.

Aborto e infanticidio.

El aborto y el infanticidio eran practicados por los Mataco en gran escala, como entre las otras tribus del Chaco. Según mis informantes, una mujer se hace abortar cuando ella está encinta sin estar casada, cuando ha sido abandonada por su marido o, después de una querella con éste, para vengarse. Muchas mujeres se hacen abortar cuando están

encinta por la primera vez, en la esperanza de que con ello facilitarán las pariciones a venir.

Es una opinión muy extendida en el Chaco la de que las indígenas usan drogas potentes para provocar el aborto, pero se trata, sin duda, de leyendas. Los procedimientos que las mujeres Mataco usan son enteramente mecánicos. Al quinto mes de la concepción, se hacen martillar el abdomen por alguna compañera hasta que la sangre corra.

Matrimonio.

En las relaciones amorosas las jóvenes muestran más iniciativa que los hombres. Fácilmente se manifiestan provocantes y usan de toda clase de artificios y pequeñas estratagemas para inflamar el deseo de los hombres. Es sobre todo en ocasión de las danzas nocturnas que se pueden observar los manejos de esas jovencitas. Los varones jóvenes dan pruebas de mucha más circunspección, y para hacer conocer su pasión recurren a intermediarios. Es así que enviarán a la joven que aman un mensajero portador de una antorcha o de una linterna. Si la joven está de acuerdo no tiene más que seguir al emisario.

No es raro que los padres tomen sobre ellos el arreglo del matrimonio. Si más tarde la unión es desdichada y termina en un divorcio, uno u otro de los cónyuges se consuela diciendo: "yo no deseaba ese matrimonio, mis padres son los responsables".

En general la residencia es matrilocal, es decir, que el marido va a establecerse en casa de los padres de su mujer. Sin embargo, puede ocurrir, sobre todo si la mujer es mayor que el marido, que ella vaya a instalarse en la familia de él. Pero, la residencia patrilocal es muy rara.

Después del nacimiento de un hijo, la nueva pareja puede construírse una casa separada, pero siempre en la aldea de la mujer. Los jóvenes Mataco de la región del Pilcomayo, que se han casado con muchachas del Bermejo, se han establecido, todos, en esta última región.

La residencia matrilocal presenta algunos inconvenientes para el marido. He oído a jóvenes quejarse de esta costumbre. Ellos decían que sus suegros se apoderaban de los productos de sus campos y de su caza. No es raro que un hombre se divorcie de su mujer para escapar de la

tiranía de la familia de ella. Además, los padres de la mujer están siempre dispuestos a volverse contra su yerno si su hija tiene alguna razón para quejarse de él. Una familia saca siempre producto del matrimonio de una de las hijas, que le procura el concurso de un hombre en la flor de la edad.

La poligamia parece haber sido, sobre todo, el atributo de los jefes. En San Patricio había un jefe provisto de tres esposas. El antiguo jefe de San Andrés tenía dos mujeres con las que había tenido cinco hijos.

En caso de adulterio, el marido no la emprende contra la mujer sino que descarga su cólera contra su amante. Puede matarlo u obligarlo a pagarle una indemnización. Así, conozco el caso de un mataco que se apoderó de la carreta de otro hombre acusado de haber tenido relaciones íntimas con su mujer.

Las funciones de jefe

El antiguo jefe de la región de San Andrés, sobre el Pilcomayo, era el famoso cacique Cuchitoro, que recibió del gobierno argentino tres leguas de terreno a lo largo del río. El jefe actual de esa zona es Santiago, que fué designado por los colonos pobladores, que esperaban convertirlo en su servidor. Sin embargo, Santiago permaneció leal a su pueblo.

Las principales funciones del jefe, tal como me han sido descriptas en San Andrés, consisten hoy en representar a la tribu ante los blancos y en arreglar, amistosamente, los conflictos entre las diferentes bandas. Si una muerte ha sido cometida en su grupo, el jefe tiene el deber de exigir a la familia del matador el pago del precio de la sangre. El monto de esa compensación varía según la condición social de la víctima. Si se trata de un viejo caduco la pérdida es considerada sin gran importancia y dos cabras y un viejo fusil son suficientes para restablecer las buenas relaciones entre la banda de la víctima y la del matador. En otros casos, la parte lesionada solicita un caballo, diez cabras, un fusil, etc. Si el precio de la sangre es demasiado elevado, el cacique encargado del asunto puede ir a buscar al jefe del cual depende la familia del muerto y pedirle rebaje sus pretenciones.

Antiguamente la ley del Talión era rigurosamente aplicada. Los indios de San Andrés habían muerto a un hombre de una aldea vecina cuyos habitantes emigraron sobre el Bermejo. Quince años más tarde un sobrino del muerto hizo todo el camino del Bermejo al Pilcomayo para arreglar sus cuentas con los asesinos y mató, a su vez, a uno de los indígenas de la aldea. Luego se volvió al Bermejo sin ser perseguido.

La última guerra indígena tuvo lugar en la región de San Andrés, en 1928. Las gentes de la aldea de San Martín atacaron a los de San Andrés aprovechando la obscuridad de la noche. Se tirotearon hasta la mañana, pero —como ocurre a menudo en estas batallas— nadie fué muerto ni herido. Más tarde, las gentes de Yuto se unieron a las de San Andrés, para atacar a los indígenas de San Martín. Pasaron por la Misión en actitud y traje de guerra, pintados y adornados con plumas. Antes del ataque ejecutaron una danza de guerra en el lecho del Pilcomayo, que entonces estaba en seco. Después, corriéndose por la ribera izquierda, tomaron, a las gentes de San Martín por retaguardia, cortándoles la retirada. Un gran número de estos últimos, en su mayoría mujeres y niños, fueron muertos o heridos. Las gentes de Yuto se llevaron consigo a un niño como prisionero.

Creencias religiosas diversas.

Los más temibles entre los espíritus son los *wilan*, que toman posesión de sus víctimas y los hunden en un estado de locura furiosa. Así, en la Misión de San Patricio una joven quedó súbitamente pálida, con los ojos que le salían de la cabeza. Huyó, corriendo al matorral en donde quedó cuatro días. Los que siguieron su pista me aseguraron que ésta desapareció tan bruscamente como si la muchacha hubiese volado por los aires.

Otra muchacha se levantó de un desvanecimiento, durante el cual cuatro hechiceros la habían cuidado, para anunciar que un espíritu había penetrado en ella.

He aquí un caso que se había producido en San Andrés poco antes de mi llegada. Un mataco se había trasladado a alguna distancia de la aldea a la búsqueda de un caballo. A su vuelta se imaginó ver contra

un árbol un pequeño ser luminoso, del tamaño de una olla, que saltaba de árbol en árbol y que finalmente, desapareció en la maleza. Asustado nuestro indio huyó a la aldea, adonde cayó desvanecido y fué presa de violentas convulsiones. El doctor C. Smith debió darle una inyección de morfina para calmarlo. El indígena se restableció y, algunos días después, se sintió en estado de ir a su campo. Sobre el camino de vuelta tuvo la misma visión y fué presa de iguales perturbaciones. Sus padres, temblando de miedo, fueron a buscar al médico para que él le diese una inyección. Según el doctor C. Smith, esas visiones pueden ser la consecuencia de afecciones renales, que causen en el sujeto ilusiones ópticas, especialmente la aparición de puntos luminosos ante los ojos. También ciertos ruidos extraños y siniestros, que los indígenas Mataco atribuyen a los espíritus son debidos, realmente, a pájaros nocturnos. Y un meteoro, que cayó en el Pilcomayo en ocasión de mi permanencia, me fué explicado por los Mataco como la caída de un anciano de cabellos grises.

Los indios hablan de buena gana de los *lewo*, animales míticos que viven en las lagunas y que tienen la apariencia de serpientes. Su aliento forma el arco iris *(lewo-tutsax* igual a aliento de *lewo)*. Los lewo tienen horror de las mujeres en la época de la menstruación y si una de ellas se aproxima en este estado a un estanque o a un río, ellos suscitan una tempestad.

Los hechiceros.

Los hechiceros obtienen su poder de los espíritus que les enseñan las danzas mágicas. El alma de un hechicero puede ser arrebatada por un *wilan*, o espíritu, y encerrada en un árbol. El espíritu le enseña la lengua de los espíritus y cuando su educación ha terminado, el espíritu sopla sobre el novicio y le confiere el poder de cuidar a los enfermos por el mismo procedimiento, es decir, soplando sobre ellos. Las relaciones entre espíritus y hechiceros son muy frecuentes y tienen lugar durante la noche.

Para sacar el alma de su envoltura corporal y enviarla en misión sobrenatural, los hechiceros aspiran por la nariz un polvo hecho con granos de sebil asados (*Piptadenia* sp.), a la cual agregan, a veces, tabaco pulverizado. Esas aspiraciones les causan un estado de aturdimiento

durante el cual el alma del hechicero abandona su cuerpo y se transforma en insecto o en pájaro —generalmente en *yulo*— y se va a posar en un árbol situado en el medio de un lago. Este árbol está agitado de un movimiento perpetuo y es muy difícil mantenerse en él. Una desgracia sobreviene a aquellos que caen, pues son inmediatamente devorados por las palometas y los cocodrilos que pupulan en el lago. Si son expertos en su arte, los hechiceros se transforman en lagartos y así consiguen mantenerse sobre el árbol. Se supone que cada hechicero posee una rama de ese árbol, que está estrechamente unida a su destino. Tanto como las hojas se mantengan verdes, el hechicero goza de buena salud y no corre ningun peligro, pero tan pronto como la rama se amustia comienza a periclitar.

Los hechiceros pueden predecir el buen y el mal tiempo, con gran anticipación, pues en sus vagabundeos ven las hojas verdes o secas de las buenas y de las malas estaciones del año.

Los hechiceros tienen, también, el poder de transformarse en animales y en fuego que devora las malezas de su camino.

Para echar a las enfermedades, los hechiceros se sirven de pequeñas varitas que les han sido dadas por los espíritus y usan, también, las alas de diferentes pájaros *(yulo, cārancho)*.

Los animales pueden, tanto como los hombres, ser objeto del tratamiento de los hechiceros. Un informante me describió la cura de un caballo. Primero el hechicero recitó un encantamiento, después se puso a succión la grupa del caballo hasta que hubo retirado una maderita, que dijo era la causa del mal.

Algunos hechiceros son eminentemente peligrosos. Comienzan por devorar perros; después atacan a los hombres. Es casi imposible poner término a su carrera criminal, pues si se los mata resucitan y si se los quema vuelven sobre la tierra.

Algunas mujeres pueden convertirse en hechiceras, aunque gozan de mucho menos crédito que los hombres. Su vocación se manifiesta por los signos siguientes: pasan horas acurrucadas en tierra sin dejar de balancearse, finalmente buscan de huir a la maleza y su fuerza es tal que varios hombres no alcanzan a retenerlos. Una vez allí, se arrancan sus

vestidos y trepan sobre un árbol en el que permanecen varios días balanceándose y cantando.

Magia.

Los Mataco de San Andrés se quejan amargamente de que sus vecinos, los Toba del Pilcomayo, sean grandes hechiceros. En ocasión de mi estada en esa aldea, un Toba llegó a visitar a uno de sus amigos. No encontrándolo en la casa, recorrió varias chozas en la esperanza de encontrarlo. Cuando se fué los Mataco lo acusaron de hechicería y dijeron que sus idas y venidas no tenían otro fin más que el de apoderarse de sus pertenencias (cabellos, cortes de uñas, pedazos de tejidos, etc.), de las gentes que había visitado. La verdad es que muchas personas en cuyas casas el Toba había entrado se enfermaron, lo que no hizo más que confirmar las sospechas de los Mataco. Sin embargo, ninguna sanción se produjo contra el supuesto criminal.

Ritos funerarios.

Si se fijan los ojos de un moribundo, su alma no puede escaparse y su agonía se prolonga. Es por ello que los Mataco cubren la cara de los agonizantes con un pedazo de género que anudan alrededor de su cuello. A menudo esa tela contribuye a acelerar su fin, sofocándolos. Su apuro por enterrar los muertos es tan grande que les llega a ocurrir al enterrar individuos aun con vida.

La viuda, con la cabeza rapada, es aislada en un rincón de la choza, separada del resto de la habitación por una cortina o es colocada en un pequeño anexo, agregado a la choza.

Inmediatamente después de la muerte de un joven, que se había suicidado en la aldea de San Patricio, su madre se acurrucó en tierra, colocando la cabeza del muerto sobre sus rodillas y se puso a lamentarse, pronunciando constantemente la palabra *yos, yos* (mi hijo, mi hijo). El padre batió el tambor, durante un día y una noche, para acompañar una melopea en la que la expresión *yos, yos,* reaparecía a cada instante. Un grupo de mujeres, bajo la dirección de la madre, que sacudía un sonajero,

ejecutaron una danza, consistente en pequeños pasos saltados, cerca del sitio en donde el cadáver había sido depositado antes del entierro.

Un viudo o una viuda pueden volverse a casar a los dos o tres meses después de la muerte de su cónyuge. Las mujeres se excusan, diciendo: "Tenía que comer, tengo necesidad de alguien que me dé ropa".

El entierro en los árboles, descripto por Enrique Palavecino, era antiguamente muy común en la región media del Bermejo.

Creencias en la realidad de los sueños.

El misionero Barbrooke Grubb ha dado numerosos ejemplos de la creencia de los Lengua en la realidad de los sueños. Yo mismo he recogido numerosos ejemplos de esta fe entre los Toba y los Pilagá. He aquí una anécdota que ilustra esta actitud entre los Mataco. Una muchacha de la aldea de San Patricio se despertó llorando una hermosa mañana. Como se le preguntara la causa de su dolor, contestó que había soñado tener relaciones sexuales con un joven y que temía quedar embarazada...

(Enviado desde el Smithsonian Institute, de Wáshington, por su autor, socio correspondiente. Traducido del francés por el consocio doctor Fernando Márquez Miranda).

EL P. MELCHOR MARTINEZ

por

RICARDO DONOSO

HASTA ahora el P. Melchor Martínez ha sido considerado como un escritor político, por cuanto el único de sus trabajos que ha visto la luz pública es su *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, impresa en Valparaíso en 1848, y que constituye un precioso documento para la historia de la génesis de la independencia de esta parte de la América.

Espíritu observador y acucioso, realista decidido, el P. Martínez pudo trazar un cuadro bastante exacto de la penetración de las ideas de los enciclopedistas, de la forma en que prendieron en el alma de los criollos y de la influencia de los vientos renovadores que, a través de Buenos Aires, llegaron hasta estas tierras. Testigo apasionado del drama que se desarrollaba ante sus ojos, impotente para impedirlo, elaboró un testimonio que hoy utilizamos como el de un documento inapreciable.

Conocido es el origen de esta obra: el 31 de julio de 1814 el Ministro Universal de Indias, Lardizabal, transmitió una orden, en la que se autorizaba al general Mariano Osorio para que hiciese formar una relación histórica de los sucesos de la revolución de Chile, a fin de "comprobar los hechos —decía— y convencer plenamente de su realidad, y desvanecer las dudas y falsedades que por la diversidad de opiniones e intereses particulares se suscitarán probablemente en otros escritos en que se tratará talvez con siniestro empeño de desfigurar en todo o en parte lo que se dijere sobre estos asuntos".

El año anterior se había perdido el país para las armas patriotas, y había comenzado el sombrío período que los historiadores nacionales denominan de la reconquista española. El Gobernador pesó con cautela el compromiso que contraía antes de dar cumplimiento a la orden que recibiera, hasta que resolvió confiar la redacción de la obra al P. Melchor Martínez, designando en el cargo de consultores al Obispo de Santiago, doctor José Santiago Rodríguez, y a los señores doctor José Joaquín Rodríguez y Judas Tadeo de Reyes, "asesor y secretario de esta Presidencia —decía el decreto— que por sus luces, experiencia de los sucesos y vasta inteligencia de las materias, consultará V. P. el prospecto de la obra y las dificultades que se le ofrezcan en su continuación".

El P. Martínez acometió de inmediato sus tareas: compaginó sus recuerdos, consultó a sus contemporáneos y registró los archivos gubernativos, reuniendo un caudal valioso de documentos que, a no mediar esta circunstancia, posiblemente se habrían extraviado y perdido para la posteridad. Al entrar a Santiago las tropas vencedoras de Chacabuco encontraron en el palacio gubernativo un voluminoso cuaderno manuscrito, que contenía los originales del P. Martínez, que conservó el propio general don Bernardo O'Higgins, y al año siguiente, siendo Ministro de Estado don Antonio José de Irisarri, se hizo sacar una copia que fué depositada en la Biblioteca Nacional. Esta copia fué la que se utilizó en la edición de Valparaíso de 1848, que lleva un prólogo firmado por don N. Ezquerra, pero que en realidad fué escrito por don Bartolomé Mitre.

Sin embargo, el P. Martínez había escrito anteriormente otra Memoria, sobre las costumbres y creencias de los araucanos, que es la que ahora se publica por iniciativa de mi amigo el presidente de la Sociedad Argentina de Antropología, doctor Fernando Márquez Miranda. Para explicarse el origen de este documento, es necesario remontarse a los primeros años de la vida del autor y de su residencia en Chile. Nacido en 1762 en un pueblo de la provincia de Burgos, a temprana edad tomó el hábito de recoleto franciscano, y pasó a Chile, a prestar sus servicios en el *Colegio de propaganda de la fe*, que esos religiosos tenían en Chillán. Allí recibió las órdenes sacerdotales, cuando apenas tenía 24 años de edad, y poco después entró al territorio araucano, donde inició su predi-

cación evangélica. Diecinueve años permaneció el P. Martínez en el servicio de las misiones, lo que le permitió no sólo aprender la lengua araucana, sino que conocer y estudiar prolijamente las costumbres de los aborígenes de esa parte del territorio de Chile. Con sobra de justicia se jactaba pues de que "en diez y nueve años continuos, empleados en la conversión y civilización de dichos indios, con residencia continua entre ellos, inteligencia y uso de su idioma, estudio y observación particular, en cuyo tiempo he residido y recorrido muchas veces casi todo el país de estos bárbaros, conocido y tratado casi todos sus principales caciques, y observado todas sus costumbres e inclinaciones".

En 1805 el P. Martínez fué llamado al Colegio de Chillán, y al año siguiente se le destinó al convento de su orden en Santiago. Hallándose aquí el Capitán General don Luis Muñoz de Guzmán le pidió un informe o Memoria sobre la conveniencia de establecer misiones viajeras o transeúntes en la Araucania para bautizar los párvulos de los indígenas, proyecto que se venía agitando desde algunos años a esa parte, y que había encontrado buena acogida en las autoridades del Reino. El 15 de febrero de 1806 el Gobernador le dirigió una nota en la que le consultaba su opinión al respecto, a la que el P. Martínez dió respuesta tres meses más tarde en una extensa comunicación, que es la que ahora se publica por primera vez.

De esta Memoria se ha suprimido toda la primera parte, en la que el autor se enfrasca en disquisiciones teológicas, muy del gusto de la época, pero de ningún interés científico para nuestra curiosidad actual. La "Introducción preliminar conducente a la mejor inteligencia de la materia", llena de interés por las noticias autobiográficas que contiene, se transcribe en su integridad, así como los capítulos que llevan por título "Civilización y costumbres de los indios", "Noticias del Pillán, Adivinos y Brujos" y "Principios, progresos y estado actual de la religión católica en los indios de Chile".

Se han suprimido igualmente algunas páginas del capítulo que lleva por título "Prospecto y explicación de una misión circular", que no tienen mayor valor para nuestros propósitos, y en las finales algunas, llenas

de unción religiosa y fervor apostólico, pero que no tienen un solo dato de interés para la etnología.

Como resultado de la observación de un hombre tan autorizado como el P. Martínez, el documento que se publica ahora constituye un aporte valioso para el estudio de las costumbres y creencias de los araucanos en la segunda mitad del siglo XVIII. Por su larga residencia en la Araucania y por la independencia con que están trazados los rasgos de la vida de ese pueblo, las páginas del P. Martínez tendrán que ser consideradas como de las más autorizadas que emanaron en ese siglo. Los escritores de la Compañía de Jesús que escribieron sobre los araucanos, el naturalista don Juan Ignacio Molina entre ellos, no recorrieron personalmente el territorio araucano, o escribieron sin mayor investigación y estudio, por lo que sus relatos apenas si pueden considerarse como testimonios de segunda mano.

Esta breve reseña de la labor intelectual del P. Martínez quedaría incompleta, si no consignáramos algunas palabras sobre los últimos años de su vida. Después del desastre de las armas realistas en la jornada de Maipú, el P. Martínez fué confinado a San Luis, donde permaneció hasta 1820, en que un vecino de Mendoza obtuvo autorización para llevarlo a su casa de campo en las inmediaciones de esa ciudad, en calidad de capellán. Allí vivió el P. Martínez algunos años, hasta 1825, fecha en la que logró pasar a Buenos Aires y embarcarse para España. Se estableció en Burgos, donde obtuvo una plaza de capellán en un monasterio. Aunque no se vió libre de achaques y enfermedades, consagró alguna atención a las tareas literarias, y redactó una relación de los sucesos de la revolución chilena desde sus primeras manifestaciones hasta 1820, pero que desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros, y de la que sólo se sabe su existencia por lo que acerca de ella dice el apasionadísimo don Mariano Torrente en su *Historia de la revolución hispano americana.*

El P. Martínez murió alrededor de 1840. Su nombre está ligado a la historia de la independencia de Chile por su valiosa Memoria, y desde ahora por su estudio de la vida, costumbres y creencias del pueblo araucano.

Hombre de no bien limada pluma, pero de ánimo entero, bien merece un perdurable recuerdo y el que se exhume del polvo del olvido el fruto de sus afanes. "Advierto que he meditado y reflexionado mucho para escribir u omitir estos puntos —escribía— por los motivos que ocurren a primera vista, pero no soy tan cobarde que no quiera más bien sufrir las resultas, que no que lo padezca la causa que defiendo".

A un siglo de distancia de su muerte, la posteridad no le regateará elogios, ni menos el haber escrito con valor y sinceridad cuanto vió y observó de cerca, en su trajinante y aporreada existencia, en la que fuera Capitanía General y Reino de Chile.

(Enviada desde Santiago de Chile por el socio correspondiente, presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Dr. Ricardo Donoso).

LA IGLESIA Y LAS CREENCIAS Y COSTUMBRES DE LOS ARAUCANOS EN CHILE

por

FRAY MELCHOR MARTINEZ

Introducción preliminar conducente a la mejor inteligencia de la materia.

EL Reyno de Chile, descubierto y conquistado por el año de cuarenta y uno del siglo diez y seis, se halla hoy poblado, y dominado por los Españoles hasta el famoso rio llamado Biobio, que corre de Leste a Oeste, y está sito a los treinta y seis grados de latitud austral, pero desde este Rio hasta el Archipielago de Chiolé, a los cuarenta y dos de latitud, está habitado y poseído de los Indios naturales del país, que han sabido y podido conservar hasta el presente su antigua y natural libertad, a pesar de los valerosos y rapidos esfuerzos y guerras con que por mas de doscientos años casi continuos, o con cortos intervalos, han intentado los Reyes de España sujetarlos a su corona.

La Providencia Divina, incomprensible generalmente al entendimiento humano, en sus designios, nos presenta en este suceso un arcano que nos confunde y se nos haria increible si no lo tuvieramos a la vista, en la conservación de la libertad de estos barbaros, siendo constante que la conquista de estos naturales, que están todavia por conquistar, ha costado a los españoles mas sangre, mas guerras y mas caudales, y mas cuidados que todo lo restante de las Americas que posee el Rey de España.

Todo este terreno, que se extiende doscientas leguas de norte a sur, y cincuenta de Levante a Poniente, lo dividiremos en cinco provincias o departamentos, conformándonos mas bien con la naturaleza del país, y con

la división que reconocen los mismos Indios, que con las que señalan los autores que han escrito de este Reino: tanto por parecerme mas propia y a propósito, cuanto por tener mas exacto e individual conocimiento con los nuevos descubrimientos que se han hecho en mi tiempo, especialmente desde Valdivia a Chiloé y todas sus adyacencias.

Las cuatro primeras provincias se contienen entre el Río Bio Bio y el rio Callecalle, o de Valdivia, que está situado a los cuarenta grados de latitud austral, y nace de la laguna de Guanehue al pie de la cordillera, fluyendo de Leste a Oeste, pasa rodeando la Plaza de Valdivia, y desagua en el puerto llamado de dicha Plaza.

Estas cuatro provincias se deben figurar como unas faxas o zonas largas y angostas, tiradas desde el un rio al otro, que es de Norte a Sur. La primera es de la costa, que se toma desde la Plaza o fuerte de San Pedro, orillas de Biobio, hasta el Castillo de Niebla en el puerto de Valdivia. La segunda es la de los Llanos, que se extiende desde la Plaza de Nacimiento, margen de Biobio, hasta el rio Callecalle, por la parte que ésta confina con la misión y fuerte de Quinchilca. La tercera es la subandina, o faldas de la cordillera, y llega desde la Plaza de San Carlos en Biobio, hasta la Villarrica, por donde se acerca al rio Callecalle. La cuarta es la misma cordillera de los Andes, comprendiendo las vertientes y valles que miran al Oriente, pero esta tiene más longitud, pues está habitada de los Indios poelches, y guilliches, desde el nacimiento del rio Maule hasta la derecera del Rio Bueno en la provincia de Cumco.

La quinta y última división, o Departamento, es comprendida desde el rio Callecalle hasta la jurisdicción del gobierno de Chiloé exclusive, y en ella se encierra todo el terreno que hay desde Valdivia al fuerte de Maypué, y de la misma Cordillera a la mar.

El número de Indios que habitan y poseen el terreno de las Cinco Provincias, aunque no se puede saber con toda exactitud, se regula según los mejores calculos, en ciento treinta mil almas, repartidas por el orden siguiente. La provincia de la costa contiene cuarentaicinco mil; la de los Llanos treinta mil; la del pie o faldas de la cordillera, veinte mil; la cordillera veinte y tres mil; y la del Cunco doce mil; todo lo cual se entiende según la división antecedente.

De estas cinco provincias, las más familiares y bien demarcadas son

la costa, los Llanos y el Cunco, las cuales han sido conquistadas y dominadas de los Españoles, que tuvieron en ella siete ciudades, y muchos castillos, pero se perdieron absolutamente con la sublevación del año de mil quinientos noventa y nueve; mas de las otras dos, cordillera y pie de la cordillera, carecemos de puntual noticia, tanto de su terreno como del número fijo de sus habitantes. Parece que los españoles nunca han mirado con mucho empeño la conquista y posesión de estas dos provincias, o bien sea por la frogosidad, aspereza y esterilidad de sus tierras, o por otras causas que ignoramos.

No me extiendo mas sobre estos particulares por parecerme suficiente lo dicho para mi intento, que solo se dirije a manifestar el estado presente de estos Indios, por lo que respecta a la religión católica y el mejor modo de propagarla y conservarla entre ellas.

Civilización y costumbres de los indios.

Cuando se descubrieron los indios de Chile, se hallaban todos en el grado mas remoto de la civilización, que es el de cazadores; pero, en la actualidad se deben considerar las dos Provincias de la cordillera y pie de la cordillera, en el de pastores, con toda propiedad; pues, no conocen otra ocupación que la guarda y cuidado de sus ganados, sin tener habitaciones fijas y permanentes, buscando siempre lugares que les proporcionen frutos silvestres, que es parte de su subsistencia, y pastos para sus ganados, en el que consiste su principal manutención.

Mas adelantados se hallan los de las tres restantes Provincias, aplicados y empleados, aunque con mucha limitación, ademas del pastoreo de sus ganados, al cultivo de las tierras, siembras de trigo, cebada, frijoles, maíz, habas, alberjas, y otras semillas, ocupación que los constituye en el grado de labradores.

Estos cinco departamentos no tienen otra cosa en que convenir mas que el idioma, que en todos es el mismo, con pequeñas variaciones en la pronunciación y en algunos terminos, pero, no reconocen gobierno comun que los una y ligue entre si, ni confederación o estatutos generales; ni cada una de estas Provincias tampoco forma cuerpo particular, no teniendo cabeza suprema, ni leyes provinciales que los gobiernen y sugeten, antes

bien, se hallan separados en muchas parcialidades o reducciones, que están bajo el mando (o mas bien diremos nombre) de un Cacique superior, a quien llaman Apo Guilmen, y este tiene algunos Caciques subalternos, que son cabezas de otras tantas familias o Parcialidades, que se contienen en aquella reducción, que sin duda en su origen debieron ser nueve, según lo expresa la voz Aillareque, que quiere decir nueve (Rehues o Parcialidades, mas en el estado presente ya no existen en este pie, contándose en algunas reducciones catorce y dieciseis caciques, y en otras tres y cuatro.

Es increíble la desunión y discordia que reina entre estas cinco Provincias, y aun dentro de una misma, entre sus diferentes reducciones; de que resultan frecuentes guerras, o malocas, que llaman ellos, y solo gozan del beneficio de la paz y sosiego los mas inmediatos a nuestras fronteras, y a las Misiones, por la mediación y buenos oficios de los comandantes y de los Misioneros. No habitan estos indios en pueblos, sino que viven esparcidos cada uno donde mejor le parece, con bastante distancia de un rancho a otro, de modo que en el distrito de una legua a veces se hallan cincuenta o sesenta ranchos, en otra veinte y en otra diez o doce, sin regularidad alguna. Débese esto entender de las tres provincias, costa, llanos y cunco; pues ya dijimos que las otras dos no tienen generalmente hablando, residencia fixa.

Esto supuesto, diremos algo de las costumbres de estos barbaros, pero mas en particular de los que habitan las tres provincias mas frecuentadas y conocidas, en las cuales han habido y hay muchas Misiones fixas o estables, y a todos se les ha predicado el Santo Evanjelio, y bautizado a sus párvulos, por los padres jesuitas en sus correrias o excursiones por la tierra.

Es cierto que cuando se descubrieron estos gentiles, no se les halló relijión alguna, ídolos, culto, templos o adoratorios, ni sacerdotes o ministros; ni ahora tienen ni conocen cosa alguna de estas; y se puede decir absolutamente que en la actualidad conocen al verdadero Dios, a Jesu Christo, a la Santa Cruz, y las principales obligaciones del cristianismo: efecto y fruto todo esto de los inmensos trabajos de los antiguos y actuales misioneros, que no perdieron ni pierden ocasión de disponer y labrar estas duras piedras, para que puedan ser colocadas en el místico edificio de la Santa Iglesia.

Los misioneros a la verdad no encontramos en el cultivo de esta Viña, serpientes ni monstruos a quienes combatir, porque no están estos infieles prevenidos, ni preocupados de errores contra la fé, ni de alguna falsa creencia, pero hallamos la grande y comun dificultad de reducir a practica los preceptos, a que en fuerza de nuestra creencia estamos obligados. Esto se hace mas perceptible, considerando al hombre en su estado natural, desamparado de los auxilios de la relijión católica, fortificado con las malas costumbres, que ya pasaron a ser naturaleza, y con la particular circunstancia en estos de que hablamos, que nacieron, se criaron y viven en la mas perfecta libertad que se ha conocido jamás.

Nadie duda que el medio mas a propósito para su conversión era el reducirlos y sujetarlos a vida civil y subordinada, pero, como a nosotros no nos es posible este proyecto, ni nos corresponde investigar las razones en que se funda la sabia providencia y gobierno de nuestros Católicos Monarcas, debemos trabajar en el campo a que se nos condujo en el modo mejor que nos sea posible, considerando que nuestros Reyes quieren conservar y tolerar a estos infelices, para que poco a poco se conviertan, y no piensan destruirlos y aniquilarlos para su perdición y ruina temporal y eterna, como es regular que sucediera si por medios violentos se intentara conquistarlos, atendiendo y conociendo su desesperada rebeldía.

Noticias del Pillán, Adivinos y Brujos.

Los autores que han escrito historias de este Reino, y las gentes que tienen poco conocimiento de estos barbaros, suelen decir que el Pillán es la deidad de estos indios, pero, nosotros que tenemos experiencia, y razones mejor fundadas y averiguadas, sabemos que no es cierto.

Reconocen los indios al significado de esta palabra Pillán, por toda cosa que a ellos les parece sobrenatural, y así llaman Pillán al trueno, al relampago, al rayo, a la causa de los temblores de tierra, y a cualquiera otro fenómeno pavoroso que no alcanzan a conocer, pero, ellos no le adoran, ni tienen imágenes, ni culto, ni templos, ni Ministros, y ni lo reconocen por Hacedor y gobernador del Universo, ni le piden cosa buena.

Yo he procurado investigar con todo cuidado sobre este objeto, preguntando a los que entre ellos son más racionales, particularmente a los

que son cristianos, dentro y fuera de la confesión; pero no saben dar mas razón, sino que el Pillán es un Ente que responde a sus adivinos, y les dice quienes son los Brujos, y cuando mas les dá noticia de alguna cosa perdida o robada.

Muchos de ellos, los mas cuerdos, aunque barbaros, se burlan y desprecian tal ente, experimentando continuamente la falsedad y ridiculez de sus adivinos; teniendo a estos por unos interesados embusteros, que siempre responden al gusto del que les consulta, y les paga, como muchas veces me han confesado ellos mismos, reconviniéndoles y desengañándolos de esta farándula.

Algunos Misioneros son de parecer que este Pillán es el Diablo, a cuya opinión me inclino, sin asegurarlo, despues que confesé algunas veces a un adivino que se hizo cristiano (entre otros muchos adivinos que se han convertido) y me refería apariciones de un ente, que por lo comun no lo veía, aunque le hablaba, y solamente dos veces se le apareció en figura de India, y le decía que una persona era Bruja.

Esto no obstante, soy muy detenido y poco crédulo en estas materias, por las experiencias de otros muchos casos, que abundan entre estas Gentes, y son citados y creídos sin examen, ni crítica alguna.

También tiene alguna conección el nombre que dan a los volcanes, llamandolos Ruca Pillán, que quiere decir casa de Pillán, pero no sabemos si este nombre lo han aplicado después que los Misioneros les dieron noticia de lo que era Infierno y Diablo.

Los adivinos son unos indios o indias que no tienen ni mas ciencia, ni menos barbarie que los demás, solo les dan este nombre por que se convienen brutalmente en reconocerlos por tales, sin examen ni prueba alguna racional: les pagan muy bien sus adivinanzas, pero son ya raros estos embusteros, especialmente en la costa y en los Llanos; por cuya causa suelen hacer dilatados viajes, en busca de ellos, aunque en el Cunco abundan algo mas, y acostumbra haber uno en cada reduccion por lo menos.

Con el trato de los misioneros van desengañándose de esta patraña, que ya mas la observan por costumbre y tradición antigua de sus antepasados: razón poderosísima para estas gentes, que son adheridas en extremo, a las costumbres de sus mayores que ellos llaman Admapus.

Creen generalmente estos indios que ninguno fallece de muerte natural, sino que a todos quitan la vida los Brujos con un modo tan oculto que nadie sabe; y solo se explican diciendo que los brujos disparan unas flechas invisibles, dirigidas a aquella parte del cuerpo que quieren dañar, y con ellas introducen el daño o veneno que ellos llaman Huecuoñ, nombre que dan en general a la causa inmediata de cualquiera enfermedad, la cual hallada y quitada sana los enfermos.

Segun estos principios, al instante que alguno se siente enfermo dice, que le han hecho daño los Brujos, y para saber quien es el brujo damnificante, consultan al adivino. Este embustero procura informarse, si no lo sabe que persona o personas son enemigas o aborrecidas del enfermo, y prevenido con esta noticia finje o va en realidad a un monte o a una cueva, a xantucar o preguntar al Pillán, y siempre trae la respuesta acomodada al gusto de los consultores, nombrando a una o mas personas de aquellas aborrecidas del enfermo, o de los dolientes, por Brujos. Con esta noticia se retiran satisfechos los consultores, y sin mas autos y traslados, convocan a sus parientes y partidarios, todos los cuales armados caen de improviso sobre los desdichados Brujos, y les quitan la vida, a veces con atrocísimos tormentos, pasando también la crueldad a sus familias, y haberes, aunque no es lo comun esto último.

En la costa y en los llanos se va ya introduciendo la costumbre de componerse con pagas sobre los homicidios, declaradamente agresivos; pero no en cuanto a los Brujos, que nunca les perdonan la vida, aunque sean Padres a hijos, ni maridos a sus mujeres. No están libres de morir por brujos los niños inocentes, de un año, de menos o mas, y así son muchas estas infelices víctimas, especialmente en la provincia del Cumco, en donde es lo mas frecuente matar muchos de estos por Brujos.

No solo sucede esto en las muertes de enfermedad natural, sino muchas veces en las violentas, para cuya mejor inteligencia referiré dos o tres ejemplos, omitiendo millares que he presenciado.

Estando en una junta de indios hermanos, por una frívola etiqueta, sacó uno el cuchillo y mató al otro, en presencia de cientos de personas; mas esto no obstante, fué consultado el adivino, el cual respondió que un brujo (a quien nombró) había impelido y obligado la mano del hermano matador, y luego fué creido, y executada la muerte del infeliz brujo, sin poder yo evitarla con cuantas razones y arbitrios me ocurrieron.

Otro desesperado se ahorcó colgado de un arbol, sobre cuya muerte consultado el adivino, dijo que un brujo había puesto o huecuvñ en aquel arbol, y fué la sentencia cortar el arbol y matar al brujo. En otra ocasión cayó un palo sobre uno de tres indios que estaban cortando madera en el monte, y lo mató; buscóse el parecer del adivino sobre el caso, y respondió que cierto brujo inclinó el palo para que cayese sobre el oprimido. Siempre que se consulta al adivino se consigue lo que se quiere, porque ellos desprecian el testimonio de los sentidos y de la razón para vengarse de sus enemigos. Sobre la inmortalidad del alma creen realmente que esta es eterna, pero forman unas ideas tan groseras y ridículas que parecen fábulas. Unos dicen que el alma, cuando se separa del cuerpo, se convierte en pajaro, y se vuela a unas islas; otros creen que una ballena en figura de mujer vieja viene a transfretarlas, pero todos convienen en que son corporeas, que comen y beben, por cuyo motivo ponen carnes, harina y chicha, que es un licor fermentado capaz de embriagar, con otros trastecillos y utensilios de sus casas, en los sepulcros, para que coma y beba, y se sirva de ellos la alma; bien que no reconocen pena, ni premio por meritos o demeritos. Tienen tambien los indios muchas alusiones frívolas, en las aves, en los animales, en sus curaciones y entierros; pero su principal temor y cuidado es sobre los brujos.

A esto se reducen todas sus falsas creencias, y hemos logrado los misioneros hasta ahora la felicidad de no ser tratados ni temidos por brujos, efecto sin duda del buen credito y opinión que procuramos conservar entre ellos, y solo acostumbran decir que los Padres sabemos más que los brujos. Todo lo dicho creen y defienden con poco empeño, siendo facil el desengaño, pues confiesan su ningún fundamento, a excepción de los Brujos, sobre cuya materia tambien están imbuidos los Españoles, en particular los de la Frontera.

Principios, progresos y estado actual de la religion católica en los Indios de Chile.

Según refieren las Historias antiguas, fueron los primeros obreros Evangelicos que entraron en estas tierras, varios religiosos de diferentes

ordenes que vinieron en compañia de los Conquistadores, Dominicos, Mercedarios y Franciscanos, pero estos ultimos quedaron luego encargados privativamente de la conversión de los araucanos, bajo cuyo nombre eran comprendidos todos los que hay desde Biobio para allá, desempeñando con mucho ardor y celo su comisión, y fundando algunas Misiones fijas, en lugares muy internados en el país, hasta que el año de mil quinientos noventa y tres llegaron los Padres Jesuítas, acompañados del sobrino de su santo fundador, don Martin Loyola. Estos Varones Apostólicos, por su estado y profesión de Misioneros de Infieles, pretendieron y alcanzaron tomar por su cuenta y cargo la conquista espiritual de estos indios, como en efecto se les hizo entrega formal, después de haber renunciado los Franciscanos todo el derecho y las misiones que tenían en esta tierra.

Dieron principio los Padres Jesuítas a su labor discurriendo y predicando por diferentes reducciones y lugares de estos infieles, y luego que les fué posible, fundaron algunas misiones fijas, las que permanecían con mucho riesgo, y por poco tiempo, con motivo de las repetidas sublevaciones y guerras de estos naturales, que por amor y adhesión a su libertad e independencia jamás pudieron sufrir el yugo y dominio de los españoles.

En estas alternativas y sucesos, merecieron dar la vida a mano de estos barbaros algunos jesuitas, en Ilicura, en la Imperial, y en otras partes, del mismo modo que ya habian gozado igual felicidad, otros franciscanos, sin servirles esto de embarazo, antes bien, de estímulo y emulación, para repoblar y restablecer las Misiones perdidas, y fundar otras nuevas, luego que se serenaba la borrasca y se capitulaban las paces. Tuvieron muchas misiones estables, por casi toda la tierra: en Arauco, Tucapel, Paicaví, Lleulleu, Imperial, Tolten, Mariquina, Angol, Quechereguas, Puren, Colue, Marben y otras, que se perdían y restauraban continuamente por las causas dichas.

Ademas de las misiones fijas, circulaban los Padres Jesuitas todos los años por casi toda la tierra, predicando el Santo Evangelio, y administrando los sacramentos a todos los que hallaban capaces y dispuestos, pero en particular el bautismo a los párvulos, hasta que el año de mil setecientos sesenta y seis se sublevaron los indios, por que intentaron

reducirlos a pueblos sin las precauciones necesarias, en cuya ocasión se vieron precisados los Padres Jesuitas a desamparar todas las misiones, cortándose enteramente la comunicación entre Indios y Españoles, y al año siguiente sucedió la extinción de la Compañia de Jesús.

Por este motivo volvieron los relijiosos franciscanos a su primitiva ocupación y labor, y el Colejio Apostólico de Chillán, que estaba recién fundado, tomó sobre sus hombros esta gloriosa empresa. Luego que se celebraron las paces con los indios, dieron principio los misioneros seráficos, restableciendo las misiones de Arauco, Santa Barbara y Valdivia, y mas adelante las de Mariquina, Tolten, Imperial y otras que con la sucesión del tiempo se han fundado de nuevo, llegando su número en la actualidad a diez y seis, sin contar cinco que en distintos tiempos y ocasiones se han perdido, y todavía no se han podido restaurar, pero, no han imitado los Franciscanos a los Jesuitas, en las correrías o misiones circulares, por las razones siguientes. En primer lugar, por espacio de muchos años quedaron los Indios tan irritados, de resultas de la última sublevación y guerra, que no fué posible a los Misioneros entrar en sus tierras, y solo pudieron acimentarse en las misiones de la frontera que estaban protejidas de nuestras plazas, o por mejor decir dentro de ellas, como están Santa Barbara, Arauco y Valdivia. En segundo lugar, tenía obligación el Colejio de Chillan, de proveer de misioneros a las Misiones de Chiloé, que eran muchas, y no tenían suficientes obreros para intentar las correrias. En tercero, luego que nos eximieron del cuidado de las de Chiloé, se suscitaron las guerras de Europa, que han impedido la conducción de misioneros de España, llegando a tal extremo la escasez y penuria de operarios, que nos hemos visto precisados a permanecer duplicado, y muchos triplicado tiempo, del que nos obligamos: por no desamparar las Misiones y perderlas. Actualmente no tiene suficientes Misioneros el Colejio para cubrir todos los puestos, y se ven obligados los antiguos y achacosos a sufrir aún mas de lo que pueden, de suerte que después de trece meses de enfermedad de una pierna, tan grave que todos la daban por perdida, pude yo consentir y conseguir mi retiro, no obstante diez y nueve años continuos entre estos barbaros, a vista de la extrema necesidad.

De estas razones se infiere con claridad, que la omisión de las corre-

rias o misiones circulares, no es, ni ha sido culpable en el Colejio del Chillán sino porque los tiempos y otros accidentes lo han impedido.

Ahora ultimamente, con motivo de la petición de los caciques que como suele decirse dá causa al Edicto, y se halla al principio del expediente, se intenta promover y restablecer de nuevo este utilísimo y aun necesario metodo de las misiones circulares, pero se halla en los diversos informes que lo han ventilado, tan suficientemente tratado y entendido, que no corresponde a la grandeza y gravedad de la materia, consistiendo todas las razones y argumentos, en doctrinas generales y especulativas, que no se hicieron es realidad para la especie de sujetos que hablamos, confundiendolos con los Indios, Herejes, Idolotras, etc. sin ser contraída y determinada a las ultimas diferencias, circunstancias e individualidades, que son las que deben determinar el juicio especialmente en la presente materia.

Nos es preciso desde luego confesar que el medio y metodo de las misiones fijas que actualmente observamos los misioneros de Chillan, es bueno y a propósito para la conversión de estos infieles, según lo prueba la experiencia y el fruto que se consigue, pero, a pesar de esta confesión, es necesario conceder que es insuficiente y moroso, atendiendo a los cortos límites que lo coartan, y a lo dilatado del campo que tenemos a nuestro cuidado y cultivo. El estado actual manifiesta que diez y seis misiones fijas se ocupan en el cuidado y conversión de diez mil almas, en cuyo servicio están empleados treinta y tres misioneros, y para surtirlas de Ministros, diez años, se necesitan sesenta y seis. Arreglándose a la experiencia que tenemos es facil conocer las razones en que se funda. Ahora bien: siendo el computo mas escaso de indios que comprenden dichas cinco partes de terreno ciento treinta mil, es necesario para sujetarlos todos a misiones fijas que estas sean doscientas ocho, y para servirlas un decenio, ochocientos treinta y dos misioneros, cosa imposible por muchas razones. Sea la primera la dificultad de encontrarse tanto numero de misioneros en España, de donde es precsio que todos vengamos siendo esta la voluntad del Rey, y siendo tantos los puntos y colegios a donde tienen que ir millares de ellos debiendo ser todos escojidos a propósito, y adornados de todas aquellas prendas y calidades que se requieren para tan sublime y delicado empleo, en el que son tantos y

tan arduos los casos y ocasiones que exijen mucha ciencia, prudencia, caridad, paciencia, valor, etc., que nadie puede bien conocer si no el que lo experimenta. Debemos tambien considerar los inmensos caudales que nuestros catolicos y piadosos reyes invierten en nuestra conducción, equipajes, capillas, y casas misionales, y aunque sabemos y nos consta el gusto y liberalidad con que los emplean por la religión, pero tambien por las circunstancias y penurias de los presentes tiempos no podrán sufrirlos aunque quieran. Ademas, para poder asistir y subsistir tanto número de misioneros, eran necesarios lo menos seis colejios que no podrian fundarse ni mantenerse en las fronteras. Mas, si estas y otras razones que omito son las que dificultan o imposibilitan el proyecto por nuestra parte, no son menos ni de menor fuerza las que se ofrecen por parte de los indios. Estos no quieren generalmente admitir las misiones fijas y por el contrario desean y solicitan con ansia las circulares o correrias, para lo cual tienen y dan muchas razones. La primera es el odio y aversion a los españoles, sabiendo que siempre se introducen y establecen a la sombra de los padres, les piden o compran su tierras, les llevan vino, aguardiente, y otras especies con que los empobrecen y engañan, les compran hasta sus hijos, con otras vejaciones muy perjudiciales, por cuyos motivos repugnan admitir misiones fijas. Así me respondió un cacique, en cuyas tierras pretendiamos fundar mision, y diciéndole que se remediaria este defecto, me replicó que los padres no podiamos remediarlo, pues le constaba que tanto o mas nos perjudicaban los españoles a nosotros como a ellos. Otras muchas razones omito, repitiendo con Virgilio

Verum hoc ipse equidem spatiis excluunt iniquis
pretereo, atque aliis post me memorarda relinquo.

En vista de esto se percibe con claridad la precisión de restablecer las Misiones circulares, medio y arbitrio el más útil y proporcionado para la conversión de estos barbaros, mientras no se sujeten y conquisten, epoca que no nos corresponde averiguar, ni las razones en que se funda su dilación. Ya dejamos dicho que todos convienen en la utilidad y provecho de las correrías, bautizando solamente a los párvulos que se hallaren en peligro próximo de muerte, y a los adultos que tuvieren las disposicioness

necesarias, maxime si tambien están proximos a morir; pero ponen la dificultad en que pueden ser lícitamente bautizados los párvulos que se hallan sin dichas circunstancias, aunque sus padres les ofrezcan libre y espontaneamente.

Sobre este ultimo punto o dificultad expondré ahora mi parecer, y las razones en que se funda, para cuya inteligencia y mejor juicio convendrá mucho tener presente todo lo dicho hasta aquí, advirtiendo que procuraré omitir citas y razones que abultan, y si puede ser ni aun una palabra superflua o no necesaria. Supuesta como cierta la imposibilidad de establecer tantas misiones fijas, como eran necesarias para comprender y abrazar todo el país que poseen y habitan los indios de Chile, digo que el medio más oportuno y aun necesario para la conquista espiritual de ellos, es el metodo y practica de las misiones circulares, o correrias de los padres misioneros por las provincias de la tierra, pero, en particular por aquellas reducciones cuyos caciques o cabezas principales las desean y solicitan. A la verdad son estas misiones transeuntes, muy conformes al orden y disciplina antiguo y primitivo de la Iglesia, en la conversión de los infieles. De esta manera evangelizaron al mundo entero los Apostoles, y sus discipulos e inmediatos sucesores, en la propagación del cristianismo, ellos no tuvieron circunscripta ni limitada su misión a un pequeño terreno, pues, aunque desde la misma edad Apostólica se establecieron obispos en algunas ciudades o poblaciones grandes, de cuyo número eran los siete que refiere el Apocalipsis, fué por convenir en ellas mayor detención por algun tiempo, mas por esto nunca descuidaban estos Obispos, la solicitud de predicar y difundir en muchos pueblos el Evangelio. Posteriormente, en las reparticiones de las dignidades episcopales, fueron separadas las diócesis, por convenir así a la utilidad y policia de la Iglesia, a este modo eran tambien los Ministros inferiores o coadjutores, a quienes enviaban los Obispos extraordinariamente a los pueblos de sus respectivas diocesis, a predicar la fé y administrar los sacramentos, volviendo luego a las catedrales a que estaban asignados, por lo que los griegos los llamaban Periodentas, esto es, circulantes, o corredores, y solo a fines del siglo cuarto comenzaron a destinarse sacerdotes o parrocos perpetuos, para ejercer el ministerio por derecho ordinario en sus respectivas iglesias parroquiales.

Digo en segundo y principal lugar que los padres misioneros en sus expediciones espirituales o correrias, pueden lícitamente administrar el Santo Bautismo a los párvulos hijos de estos indios de Chile, cuando los ofrecen libre y espontaneamente, siempre que estos den palabra formal, y prometan de buena fé que en llegando los párvulos a edad competente los ofrecerán y proporcionarán para ser catequizados y dirijidos por los misioneros en la vida cristiana.

Antes de proponer las pruebas de esta resolución, me parece preciso explicar que sea una misión circular o correria, con las cosas mas notables que presenten con claridad la materia; y para evitar el estilo escolástico y seco, que no es a propósito por ahora, formaré un plano o historia seguida de todos los hechos segun suceden, y han de suceder en las Misiones, con todas las principales circunstancias que me parecieren conducentes; advirtiendo que todas y cada una de ellas son verdaderas, practicadas, vistas y experimentadas muchas veces.

Es constante que todos los indios de la costa, y de los llanos desean y solicitan la entrada de los misioneros a sus tierras, a predicarles e instruirlos en la fé, y a bautizar sus párvulos. Así lo han suplicado en los Parlamentos y Juntas, que en mi tiempo se han celebrado; y en los años que he vivido entre ellos me han repetido tantas veces esta instancia, obligándome casi con violencia para que fuese a lugares remotos de la mision para este fin, que me he visto y padecido peligros, y vejaciones graves, no pudiendo condescender con sus ruegos; y con mucho sonrrojo mio me han echado en cara, que no era bueno y celoso misionero, supuesto perdía tan buenas ocasiones de librar muchas almas. En cierta ocasión, reprendiendo yo a un cacique algunos desordenes de sus mocetones, entre otras razones me respondió: tu tienes la culpa porque no los bautizas de chicos, y por esta causa no los instruyes y aconsejas cuando son grandes, por cuyo motivo se cría la juventud insolente y relaxada, despues que se fueron los Padres Negros, (así llaman a los jesuitas con alusión al color de su Habito) respuesta que me edificó, pero que tambien me atravesó el corazon, no obstante que yo no era culpable ni omiso en lo que me decía, por no haber en aquella tierra misión fixa, ni circulares establecidas.

Son sin numero las querellas que nos dan a los Misioneros Fran-

ciscanos, y a los jefes de las fronteras, porque no entramos a sus tierras del mismo modo que lo practicaban los Padres Jesuitas, sin poder desengañarlos, ni persuadirlos, que nosotros no podemos atender a todo, por ser pocos, y las misiones fixas muchas. Llega a tal grado el conato y diligencia de estos Indios, para que les bauticemos y doctrinemos sus hijos, que en los muchos viajes que he transitado por sus tierras, me he visto en riesgos y peligros grandes, atajado y detenido, sin querer franquearme camino, ni cosa alguna de las que necesitaba; y solo con arbitrios y ardides he podido librar algunas veces. El medio que mejor efecto producía en tales casos, era decirles que los párvulos enfermos podian ser bautizados, y de hecho los bautizaba, con solo echarles un poco de agua diciéndoles unas palabras; pero para bautizar los sanos eran necesarias ciertas vestiduras y libros, que estan solamente en las Iglesias, escusa verdadera que ya tenemos adoptada todos los misioneros, con la que libramos de estos frecuentes lances con menos molestia.

Aquí viene a tiempo advertir que estos indios, para que les bautizamos sus hijos nos ofrecen dádivas, corderos, gallinas, etc., y amistad particular para en adelante: advertencia con que se ocurre a una objeción de cierto informante mal informado, que dice ofrecen sus hijos al bautismo por intereses temporales. Ni quieren tampoco que sean bautizados para que queden libres de algunas enfermedades; sino para que se salven y suban al cielo, de que están bien informados; o cuando no alcanzan a explicarse tambien suelen decir que para que sean buenos, y porque sus mayores así los acostumbraban, que es la razón que a ellos les mueve mucho. Esta buena inclinacion y anhelo, les proviene del conocimiento de Dios, y de nuestra santa relijión, adquirido con la predicación y trato de los antiguos y modernos misioneros, que por mas de doscientos y cincuenta años han estado continuamente cultivando esta viña, discurriendo por toda esta tierra, bautizando y doctrinando a todos los que voluntariamente abrazaban la fé, con tan feliz efecto, que todos los que nacieron hasta el año de sesenta y seis del pasado siglo están bautizados, y estos son los que piden y desean que sus hijos y descendientes sean christianos; por lo cual si esperamos que estos mueran y se acaben, tambien finalizará la buena disposición y oportunidad que ofrecen estas circunstancias.

Prospecto y explicación de una Mision Circular.

Al momento que los Indios tengan noticia que los padres misioneros se determinaran a restablecer las Misiones transeuntes, se llenarán de gusto, y contento, saliendo a porfía a la frontera en busca de sus queridos y deseados misioneros Franciscanos. Pongamos un ejemplo en particular. Vienen los caciques de Angol, Nininco, y Purén a la Plaza de Nacimiento: parlan con su comandante pidiendo que entren los misioneros a sus reducciones a predicar la palabra de Dios y bautizar sus hijos, escribe este comandante al colejio de Chillan, luego marchan los dos padres, hablan con el comandante y los caciques, se fixa el dia de la partida, y todos previenen lo necesario para el viaje, pero antes de partir de la Plaza se celebran con toda solemnidad los tratados o capitulaciones entre los caciques por una parte, y los padres misioneros y comandantes por la otra. Estos últimos proponen para verificar su predicación las condiciones siguientes. 1ª Seguridad y libre transito por sus tierras. 2ª Que llegados los misioneros a las reducciones los caciques dispondrán modo de congregar y juntar los indios para el fin de proponerles la palabra Divina. 3ª Libre permiso para permanecer y detenerse en cada lugar o parcialidad todo el tiempo que a los padres pareciere necesario u conveniente al desempeño de su Mision. 4ª Si quieren que sus párvulos sean bautizados han de prometer seriamente que en llegando estos a edad competente estarán francos y prontos a disposición de los Misioneros para ser catequizados y criados según las obligaciones de christianos, sin que nadie se los impida. 5ª Que a ningun indio adulto, sea de la condición o estado que fuere, hombre, mujer, hijo de familias, casado, o soltero, se le ha de impedir que abrace la relijión christiana, ni por los caciques, ni por sus Padres, Maridos, ni demas parientes. 6ª Que estos tratados han de ser perpetuos y siempre duraderos, de modo que en cualquier tiempo (aun en caso de guerra con los españoles) del año presente y venideros, entraran los padres, saldrán, permanecerán, predicarán, bautizarán, administrarán otros sacramentos, y harán todo aquello que les paresca convenir al desempeño de su Ministerio[a] que se reduce a procurar el bien de sus almas: advirtiendoles que no se les causará molestia ni gravamen alguno por lo que toca a gasto o manutención de los misioneros, todo lo cual

costea la piedad del Rey. Ahora los caciques proponen por su parte: 1ª Los padres misioneros no han de hacer fuerza ni violencia a ningun indio para que sea christiano. 2ª No han de llevar consigo ni permitir que vayan españoles con conchavos de vino y aguardiente, con que despojan a los Indios, y causan alborotos y averias en la tierra. 3ª Que los misioneros han de bautizar sus hijos, sin que por este titulo el Rey ni algun otro adquiera derecho para sacarlos de sus tierras. 4ª Que los padres no llevarán noticias o chismes de las cosas que notaren en las tierras a los Españoles, ni de estos les traerán falsedades. 5ª Pedirán regularmente algún misionero conocido. Estas son las principales que se estipulan. Dicho esto prometen los indios con toda formalidad, guardar y cumplir lo pedido por los misioneros y comandantes, y los padres por su parte aseguran observar lo propuesto por los indios. En este instante se pone en pié el comandante, toma con reverencia la mano derecha de los misioneros, llama a los caciques y les dice: Recibid y dad la mano de seguridad y firmeza a estos Padres Misioneros, que yo en nombre del Rey, que los envía para nuestro bien y salud eterna, os entrego, haciéndoos responsable de cualesquiera vejación o mal tratamiento que por culpa vuestra padecieren. Se aprietan mutuamente las manos los padres y los caciques se abrazan recíprocamente, y luego todos los concurrentes, así españoles como indios, pasan a dar el parabien a unos y otros. Estas son las formalidades de costumbre que sirven y equivalen a las firmas, canges de poderes, ratificaciones, etc., de que usan las misiones cultas y civilizadas en sus tratados solemnes; pero es increíble la fuerza y valor que reconocen en lo que se establece de esta forma; en tal grado que en las ocasiones y lances apurados que con frecuencia nos ocurren en sus tierras, nos sirve de ultimo recurso reconvenirles con las palabras y promesas que dieron en esta forma, única y la mayor obligación que reconocen, y a que se sujetan como a cosa sagrada.

Referiré en confirmación de lo dicho un suceso que me sucedió en la mision mas remota, y de indios mas barbaros e indomables que conocemos. El cacique de aquella reducción es gentil, el mas cruel, saguinario y atrevido que se halla: tiene muchas mujeres según su costumbre, de las cuales una se redujo a la fé se vino huida a la misión, y me comunicó su firme resolución: tomé luego el partido que la experiencia y la pru-

dencia me dictaron, remitiéndola con seguridad y presteza a una misión que está protejida y defendida de una plaza, y me previne a sufrir y precaver las violentas resultas que yo prontamente esperaba, aunque fiado siempre en la Divina Providencia que sabría dar buen exito y fin a la obra que había empezado. En efecto, a las cuatro horas de la noche llegó el cacique acompañado de otros, todos armados, echando furias y amenazas; procuré suavizarlo y desarmarlo con razones eficaces y moderadas, pero en vano; hasta que dando lugar a la ira del cacique le reconvine por ultimo a la solemne palabra que habia dado al Rey y a los misioneros cuando los recibió, razón que fué triunfante y que le obligó a moderarse y confesar que nada debia intentar contra mi, supuesto habia el mismo prometido no impediria a nadie hacerse christiano, fuese mujer, hijo, etc.

Este es el caso mas arriesgado que puede y suele ocurrirnos en las misiones, por el cual se han perdido algunas, y la vida algunos misioneros, de donde se puede venir en conocimiento de la firmeza de sus promesas, cuando estas se hacen con las solemnidades y ritos de costumbre, pero líbrense los padres misioneros de traspasar un apice los limites de su comisión, porque entonces nada les salva. El feliz exito de dicho suceso tuvo pronto las buenas resultas de que a poco tiempo se convirtió y christianó otra mujer del mismo cacique, que por temor no se atrevia a declararse; y aunque siempre hubieron sentimientos, todo se compuso con buen modo.

Ya tenemos expeditos a nuestros dos misioneros, que acompañados de los caciques llegan a la reduccion de Angol: júntanse los Indios, les predican y proponen la ceguedad en que viven, perdición y mala suerte eterna que les espera, y por el contrario la felicidad, y buena dicha si abrazan la religión católica: movidos los indios de estas razones y de la gracia que los dispone, lo primero que les ocurre es poner en salvo a sus hijos parvulos, y al instante se los ofrecen a los misioneros para que los bauticen.

A vista de este espectáculo, explican los padres todas las obligaciones que contrae el que se bautiza, y las ventajas y gracias que recibe, advirtiendo y suplicando a sus padres la obligación y necesidad de que en llegando aquellos párvulos a edad de poder ser doctrinados, se deberán

entregar al catecismo a disposición de los misioneros. Condecienden con todos los indios, y responden que estarán prontos, y los padres tendreis la satisfacción de enseñarlos y criarlos segun vuestra ley y maximas, que nosotros confesamos y reconocemos por buena, y la única para el hombre; a cuyo efecto tendréis siempre esta tierra y estas gentes a vuestra disposición y voluntad; aun cuando llegara el caso de sublevación y guerras con los españoles; protesta que muchas veces me han repetido, y han desempeñado conmigo en dos ocasiones que han ocurrido movimientos en la tierra, y fiado en sus promesas he permanecido solo entre ellos, contra el parecer y el mandato del comandante de Arauco (pero recurriendo al superior que aprobó mi resolución) con que salvé la misión y logré además otros saludables efectos, lo que sucederá siempre que los misioneros sepan manejarse bien en tales casos.

En esta ocupación y lugar perseveran los misioneros un mes, o mas, según las presentes circunstancias lo requieran; luego pasan a otra reducción contigua o vecina, repiten las mismas diligencias, y en estas santas tareas emplean todo el buen tiempo del año, que acostumbra ser siete u ocho meses, pasados los cuales se regresan a la frontera, visitando de camino su nueva grey, allí descansan y pasan el invierno; conservan y tienen continua comunicación y noticias con sus catecúmenos y encargados, y si algun caso preciso lo exije, hacen otros viajes en invierno a confirmar y fortalecer sus ovejas, cuyo metodo será perpetuo todos los años.

He aquí bosquejada con bastante propiedad una misión circular o correrías, que podrá abrazar y comprender más terreno y almas, que tres misiones fijas, exceptuando Arauco y Tucapel, cuyos distritos son grandes y arbitrarios.

... ...

En la población de Londres se sabe por sus registros que de cien niños que nacen solo salen de la Infancia los cuarenta; y lo mismo dicen Poncio y Laiman, citando otros muchos registros de varias ciudades, y cortes de las naciones cultas y civilizadas. Pues con cuanta mayor razón podremos asegurar un mas crecido numero de muertos en esta edad, entre estos salvajes, a vista de las muchas y extraordinarias causas que en estos concurren respecto de las Misiones cultas.

Notare aquí algunas como testigo de vista y observador de ellas. La

primera es la Poligamia simultanea o muchedumbre de mujeres, causa de la dibilidad de la prole como observan los físicos. Segunda es la enfermedad del Galico, que en estos Indios es tan general y comun que casi todos los párvulos que he visto y bautizado (que son algunos cientos) nacen cubiertos de esta lepra, siendo mortal en grande número de ellos. La tercera es el barbaro descuido con que duermen Padres y Madres con los párvulos por la multitud de personas que viven en unos miserables y reducidos Ranchitos, siendo veces tantos que parece imposible puedan caber tendidos. La cuarta es la increible crueldad con que quitan la vida a estos inocentes por que el Adivino dice que son Brujos, sean de un año, meses o mas, con tal frecuencia en algunos lugares, que yo he visto y sabido que por haber muerto un solo Indio, se les ha quitado la vida a una docena de parvulitos, y aun tenemos muchos ejemplares de mayor número. La quinta y mas destructora, es la frecuente embriaguez de estos Indios, tanto hombres como mugeres, que por el tiempo de cinco o seis meses que dura la manzana, muy abundante en sus tierras, y de que hacen una chicha fuerte, se juntan a beber dos o trescientas personas, en un parage y permanecen ebrios todos, cuatro o seis dias, en cuyo tiempo y ocasión, perecen muchos parvulitos, oprimidos, sofocados, abandonados o muertos de hambre, sin verificarse alguna de estas Juntas que no quede señalada con la muerte de alguno de estos infieles, tanto en el lugar de la Junta como en las casas que desampararon para concurrir, y dejaron solos a los parvulitos que no son de pecho.

Para remediar estos daños en lo posible, tenía yo el cuidado en tales ocasiones, de asistir primeramente a estas Juntas, en las dos o tres primeras horas que están todavia tratables, y entre otras muchas cosas que les predicaba y aconsejaba, una de las principales era encargar a las mugeres el cuidado de sus hijos parvulitos, y después tenía el segundo cuidado de llevar alimentos a los que en los Ranchos habian quedado desamparados. La sesta causa son las preferencias de los Maridos respecto de sus muchas mugeres, defecto inevitable en estos matrimonios, lo que toman por motivo las menos favorecidas para enojarse y vengarse, no queriendo criar sus hijos, costumbre introducida entre estas Indias, como lo he visto muchas veces y es expresión repetida de los maridos cuando

riñen con las mugeres: si tú eres buena, si tu me quieres, cuales son los hijos que me has criado?

Omito otras muchas menos conciderables, como son la falta de Medicos y Boticas, la costumbre de vivir a orillas de grandes rios, y en unos ranchos de madera y paja que con mucha facilidad se incendian, el uso de alimento no naturales o nocivos, por parecerme suficiente las referidas para formar concepto de lo propuesto. Mas los que quieran sospechar que exajero, inferirán que siendo ciertas las causas dichas pronto se acabarían estas gentes, cuya consecuencia es tan cierta como increíble la rapidéz con que van desapareciendo y despobladose estas tierras.

En algunos lugares que nos refieren las Historias eran habitados, aun no hace cien años, de millares de Indios, apenas se cuentan hoy pocos cientos; i sin recurrir a la antiguedad muchos Indios y Españoles me han señalado grandes terrenos deciertos, que ellos conocieron muy poblados, pero lo que es mejor testimonio, en diez y nueve años que he vivido en sus tierras, es tal la disminución que he notado en todas ellas, y en cada una en particular, que me servía esta observación de frecuente materia de muchas reflexiones, sobre sus causas, y una de las principales razones con que les hacia patente su barbarie y desordenes era ésta, exortándoles y haciéndoles conocer las ventajas y conveniencias de la vida civil y racional que continuamente les proponía. Aseguro en confirmación de lo dicho que conozco y traté multitud de Indios casados con diez y doce mugeres a un tiempo, pero no he visto ni uno que tenga ocho hijos de siete años para arriba, y para ejemplo (omitiendo infinidad de ellos) el Cacique Gobernador de la última reducción en que estuve tiene actualmente doce mugeres, que solo dos exceden de treinta y cinco años, y por confesión propia me consta que ha tenido mas de cuarenta; esto no obstante solo le viven cuatro hijos, dos hombres y dos mugeres y los tres son de la primera muger, a quien llamamos la Patrona, advirtiendo que son tantos los que le han nacido que jamás podia traer a la memoria, por mas diligencias que hacía a petición y ruegos mios, y aun en los tres años que lo comunique le nacieron algunos, los cuales bautizados, todos murieron.

Ni pongo este ejemplo por singular, sino por inmediato y a la mano, que si hubiera de escribir todos los que conozco, pasaria a Libro lo que

no debe ser mas que un apunte. Estas son las verdaderas causas (agregar a otras muchas que todas provienen de su barbarie) de la disminución y destrucción de estos Indios, y no la crueldad y tirania de los Españoles, como por emulación y envidia nos atribuyen temerariamente muchos historiadores extrangeros, viendo el efecto que es manifiesto y no averiguando las causas por ignorancia o por malicia.

... ...

Tambien conviene advertir en este lugar, que los Indios no admitiran las misiones transeuntes y correrias sino con la precisa condición de que los Padres Misioneros han de bautizar a sus hijos parvulos, lo que me consta, por haberseles oido repetidas veces, y supuesto que el señor Benedicto XIV declara que no es lícito bautizar a los hijos de los Indios Cristianos, siendo éstos como dejamos dicho, por lo menos la mitad de los Padres de familia, debemos por no desamparar a estos sobre quienes tenemos adquirido derecho, poner todo empeño en socorrerlos.

Este número de Cristianos que es tan crecido, puede suceder (y es fácil y casi próximo que suceda) se aumente tanto que lleguen todos a ser bautizados, sin que los Misioneros los bauticen ni puedan estorbarlos. Actualmente hay tres Sacerdotes Indios, naturales de lo interior del país de estos barbaros, y el uno que es Religioso Franciscano está en actual ejercicio de Misiones entre sus Paisanos. Pues quien duda que estos no ignoran que es Ministro del bautismo licito y bueno en caso de necesidad, cualquier hombre o muger sea Infiel o Cristiano, y que aun fuera del caso de necesidad quedará validamente bautizado el Infame?

Por este medio pueden tener facilmente los Indios noticias, y sin reparar mucho en lo lícito, atendiendo al deseo e inclinación de ellos, me temo llegue el caso de que se bauticen unos a otros. ¿I qué deberíamos hacer en este caso? Mi parecer es prevenirlo con las correrias, abriéndoles las puertas de la Iglesia con las legitimas llaves, y no dar lugar a que las violenten y rompan. Pero ya es tiempo de suspender el estilo fuerte y persuasivo, con que todavia es facil corrobar y estrechar mas la dificultad y ahora substituiremos una sencilla y suave relación que aclare y confirme con apasibilidad todo lo dicho, para cuyo fin me parece conveniente separar y distinguir dos cosas, la primera el fruto y utilidad que

resulta de la practica y doctrina que defendemos, y la segunda los daños y perjuicios que en ella se pueden encontrar.

Por la primera se sabe ciertamente, que con ella se asegura la eterna felicidad de tantos millares de almas, pudiendo prometerse por un razonable cómputo, que en los cuatro primeros meses que se establezcan las Misiones circulares (que por lo menos serán al pronto solicitados seis, pares de Misioneros) se administraría el Santo bautismo a cinco o seis mil parvulitos; y me contengo mucho en el número pero según he visto en los apuntes de los Padres Jesuítas pasaban regularmente de mil dos o trescientos los bautizados, por los Misioneros en una ejecucion o correria.

Tambien he leido observó uno de los dichos Jesuítas, que en solo un año habian muerto las dos terceras partes de los parvulos que fueron bautizados por él, el año inmediato anterior, y aún que advierte fué la causa una enfermedad epidémica, pero debemos saber que estas enfermedades ya van siendo frecuentes en los parvulitos, como lo he esperimentado muchos años, y en particular los dos últimos que era un gran gusto la cosecha y mortandad de estos inocentes.

Deberé tambien notar con particular reflexion la ventaja que ofrecen los principios de esta práctica, en cuyo tiempo será grandísimo y sin riesgo alguno el fruto. Explico este pensamiento. Supongo que en el primer año serán bautizados cinco mil; en el segundo igual número, y de este hasta ocho o nueve años, en cuyo tiempo ya serán más de veinte y cinco mil los fallecidos, sin haber padecido riesgo ni detrimento alguno, hasta cumplirse este octavo año en que empiezan a salir de la infancia la cuarta parte de los bautizados en el primero, que son mil trecientos y veinte y cinco, y despues sucesivamente se aumentará igual número cada un año.

No es poco ni despreciable este fruto, ni mal empleados los cuidados y caudales de nuestro Católico Monarca, los trabajos y fatigas de los Misioneros, por muy grandes que son en realidad, y por que gracias a Dios tiene este Señor buen cuidado de proveer a su viña a todas horas de operarios que la cultiven y puedan sufrir con paciencia y gusto el peso del día, tanto en el calor como en el frío.

¡Qué concepto y aprecio formaría de esto aquel insigen Cantabro que ardía en incendios de caridad del projimo, (ya se entiende, el grande

San Ignacio de Loyola) quien decía que se daría por satisfecho y bien pagado de todos sus trabajos, y de todos los de sus hijos en su sagrada compañia por tal que con todos ellos se pudiera evitar, o impedir un solo pecado mortal? ¿Qué concepto repito, formará este Santo del logro de tantos millares de almas?

De San Francisco Javier, Apostol de las Indias, nos refieren las Historias que observó la practica de bautizar los parvulos de los Indios, de quien se cita una carta consolatoria a un compañero suyo, diciéndole que el principal fruto entre aquellos Infieles, consistía en los parvulos, que después de bautizados morian en la Infancia. Ni de otro modo se nos hiciera creible y perceptible el excesivo numero de almas que en sus Misiones bautizó, atendiendo a lo dificultoso y mucho mas arriesgado, que en el bautismo de los adultos.

Omito aquí, como de menos importancia en comparación de las almas, el fruto temporal en beneficio del estado, que pueden conseguir los Misioneros en sus correrías pacificando y civilizando a estos Barbaros, y evitando alguna sublevación, como ha sucedido, que por la mediación y razón de un Misionero enviado del Señor Capitan General Don Ambrosio O'Higgins. A su efecto, en el año de mil setecientos noventa y uno, se cortó y detuvo el alzamiento que ya estaba principiado con agresiones graves a la Frontera y Españoles; segun todo consta por la correspondencia que se conserva del dicho Señor Capitan General con el Señor Don Francisco de la Mata Linares, Intendente de Concepcion, y tambien prescindo del grandisimo fruto que se hace en los adultos, particularmente en la hora de la muerte, por que el principal punto y dificultad es de los parvulos.

Mas dejemos aquí esta parte del fruto y utilidad tan notoria, y pasemos a considerar la segunda que consiste en el riesgo de la cuarta parte de estos párvulos que sobreviven y salen de la infancia, para cuyo mejor conocimiento todos los pasos, vida y auxilios de estos sujetos, sin omitir cosa que conduzca al desengaño.

Es preciso confesar desde el principio, que no podemos salir por fiadores de su buena vida y costumbres. ¡Pero por ventura y por desgracia, no sucede lo mismo con los demas Cristianos, sean españoles, franceses o italianos, habiten en campañas o poblados aun que sea en la

misma ciudad Santa de Roma? Preguntemos a los Misioneros de estos Indios, si formamos mejor concepto de la feligresía de nuestros Misioneros que de los curatos de los Españoles, mayormente los Rurales? Si esperimentamos mayor relación de costumbres y vicios mas execrables, mas ignorancia en las obligaciones del Cristianismo en unos que en otros?

Lo cierto es que en los principios y fundación de las Misiones, justifica y produce la semilla del Evangelio, que predicamos, ciento por uno, pero luego que con el tiempo van perdiendo el temor, introduciendose los Españoles a nuestra sombra, y estableciendose en el territorio de las Misiones, notamos tal perjuicio y tal mudanza de costumbres en nuestra feligresía, que se nos multiplican el trabajo y las fatigas, sin corresponder el fruto, llegando a termino de desfallecer y desesperar, pudiendo asegurar por mi parte, no he hallado mayor obstáculo a la converción de los Indios y a la perseverancia en el ministerio.

¿Pero esto lo esperimenté yo solo? De los treinta y tres Religiosos que estabamos ocupados en las Misiones, no hay uno siquiera que no sienta y confiese lo mismo, siendo esta la causa ordinaria de nuestro cansancio y retiro.

No se puede negar que el robo, la embriaguez y la ociosidad son vicios que tiene echadas raíces en estos Indios, pero siendo poco menos en aquellos Españoles, no conocen los primeros otras muchas y varias diferencias de pecados.

Algunas especies de lujuria, las intrigas y fraudes del comercio, las blasfemias y juramentos, el poco respeto a la Religion y a sus Ministros, el libertinaje y atrevimiento en materias de fé, con otros muchos vicios de lujo, que se ven en la vida civil, en la cual al mismo tiempo que son mayores las luces es tambien mas grande la malicia, no son conocidos entre estos Barbaros sencillos hasta que las introducen los Españoles.

Advierto que he meditado y reflexionado mucho para escribir u omitir estos puntos, por los motivos que ocurren a primera vista, pero no soy tan cobarde que no quiera mas bien sufrir las resultas, que no que lo padezca la causa que defiendo. Digan lo que quieran los políticos y estadistas, que prefieren los intereses y conveniencias temporales a las de la religión; yo digo que no lo saben entender, ni por este respecto,

pues es evidente que el Reyno de Chile apenas tiene la quinta decima parte de la población que necesita y le corresponde, poseyendo los Españoles las mejores, mas ricas y fertiles tierras, sin necesidad de introducirse con los Indios, para que no se verifique aquel adagio antiguo, que dice: "El que mucho abarca, poco y mal aprieta". Basta para de paso, prosigamos nuestro camino.

Referiré los muchos y buenos ausilios espirituales que tiene y tendrán los Indios Cristianos de que hablamos. En primer lugar, la perpetua asistencia de los Misioneros, Ministros instruídos y piadosos con excelencia, como lo prueban la singularidad de su vocación y elección para Ministerio tan heroico y sublime, la caridad y paciencia con que sufren y buscan unos trabajos en una vida que a cada paso tienen expuesta la alegria y gusto con que desafian a los mas extremados peligros.

. . . . . .

Tienen ademas estos Indios Cristianos la seguridad de que jamás les faltará la dicha asistencia de los Misioneros, por la obligación y desempeño de ella con que nuestros Católicos y celosos Reyes cuidan y cuidarán de sostener siempre a los Misioneros, conduciendolos a todos desde Europa, a costa de grandes espensas, auxilio de que dependen todos los demas auxilios, por que sin el nada se podrá hacer. Están tambien fortalecidas y guarnicidas las Fronteras, con que se asegura el trabajo y fruto de las Misiones, pues aunque puede suceder, que alguna vez se subleven los Indios, pero es imposible que prevalezcan atendiendo al estado tan adelantado del Reyno, y de las fuerzas que lo defienden.

En todo el siglo pasado, y lo que llebamos de este, solo han acaecido dos sublevaciones generales, la primera en el de veinte y dos, y la segunda en el de sesenta y siete, con algunos movimientos particulares, que no llegan a tener efecto exceptuando el de Rio Bueno en la Provincia del Cunco, en cuya ocasión quitaron la vida a uno de nuestros Misioneros, el año de 1792.

. . . . . .

Omito centenares de estos ejemplos, pudiendo con razón llamar a los nuevos cristianos raíz y semilla de donde nacen otros muchos. Pero si los ejemplos referidos prueban, no solo que no tienen peligro próximo los parvulos bautizados, que excedan o salgan de la infancia, sino

que antes bien pueden llamarse unos nuevos Apóstoles y substituidos de los Misioneros, mucho mas prueba y confirma lo que voy a decir ahora. Los mismos gentiles, que por varios respetos humanos no quieren abrazar la Religion Católica, ayudan mucho a los que son Cristianos, para que sean buenos y cumplan con sus obligaciones, como se conocerá por los ejemplos siguientes.

En cierta ocasión llegué de noche y lloviendo a casa de un cacique, que distaba mas de cuarenta leguas de la Frontera, y al instante que me saludó y conoció me dijo estas razones: Padre, Dios te ha traído a tan buena hora, para que no se pierda un alma, por que has de saber que un sobrino mio está tan enfermo que no pasará de esta noche, vamos corriendo a socorrerlo. Inmediatamente, sin entrar yo en la casa, tomó un tizon por farol, nos pusimos en camino, por que distaba algunas cuadras el enfermo, y llegando allá exhorté y hallé buena disposición en el paciente, lo bauticé, confesé, etc., todo bajo condición, por que habia duda fundada de haber sido bautizado en su infancia, en fin ocupé en estos oficios toda la noche hasta la mitad del siguiente dia, que murió despues de suministrarle todos los socorros posibles.

Pero el fin por que escribo este caso se reduce a manifestar el empeño y piedad del Cacique bárbaro, quien exhortaba al enfermo con unas razones y reflexiones tan eficaces, tiernas y cristianas, ya extendiendo mis pensamientos, ya añadiendo de su propio discurso, tantas y tan buenas máximas, que cualquiera que sin vernos a los dos, nos hubiera oído juzgara al Cacique por otro misionero, mas eficaz y mejor que yo, y sin embarazo confieso, que mas parte tuvo él en dicha conversión que yo mismo.

Advierto de paso, que no sirvieron las razones con que él convirtió al otro para convertirse asi mismo, con otras muchas que en tres dias que con él estuve, le pude reconvenir, pero a lo menos le fueron disposición y merito, para que de allí a pocos años que murió, mereciese tener un Misionero, que Dios le separó por un raro accidente, con quien se confesó después de Cristianizarse.

En la Misión de Quimchilca, es Gentil el Cacique principal, y mal Gentil. por muchas veces he oído decir a los Padres de aquella Mision que cuida de los Cristianos vengan a Misa, cumplan con la Iglesia, y

avisa de cualquiera desordenes que cometan los Cristianos. En la ultima Mision, de donde salí aun no hace un año, ya dije que el Cacique es Gentil, y de malos resabios; pero parecerá cosa increible y exajeración, lo mucho que favorece la causa de Dios. A todas mis expediciones me acompañaba con mucho gusto, y ademas de servirme de seguridad y respeto persuadia y atraía, con ponderadas y buenas razones, a los que yo no podía convencer; con tan buen efecto que sin él no se hubiera logrado la tercera parte del fruto, que se consiguió en tres años que estuve en esta Mision, como se esperimentó en los años anteriores, que los Misioneros carecieron de este auxilio.

No es fácil de explicar la atención y cuidado que ponía en las instrucciones con que yo procuraba convertirlo a él primeramente, y ademas de disponerlo, para que predicara y persuadiera a los otros, siendo nuestra comun ocupación, por los caminos, ensayarnos, y desafiarnos a ver quien parlaba y persuadía mejor y despues cuando regresabamos conseguido el fruto de nuestros conatos me zaería y se gloriaba de haber sido más eficaz y poderoso su discurso, logrando él muchas veces lo que yo no podia con mis primeros esfuerzos. En los últimos dias que estuve en la Mision, repugnaba una India el bautismo de un hijito suyo que estaba enfermo, alegando que en poco tiempo se le habia muerto dos que le bautizé, y no pudiendo reducirla con todos mis arbitrios, llevé al Casique quien luego lo consiguió.

Sería larga de contar la historia y sucesos de este Cacique, a quien yo llamaba la campana que a todos convoca a la Iglesia, y ella se queda afuera, pero es de advertir, que los de su familia son Cristianos y los mas prontos a la Misa, al rezo, a la confesión, sirviendo él de fiscal, y siempre me ha dicho que él morirá cristiano, pero doce mujeres que tiene y otros embarazos y respetos humanos lo detienen, hasta que el Señor haga llegar la ira y ocasión que tiene determinada, para su conversión, como firmemente lo espero, en su infinita misericordia, y en el mérito de la salvación de muchas almas, a las que él ha servido de instrumento y de Ministro de conversión, por la cual todos los dias pido a nuestro Señor.

. . . . . .

Visto y bien considerado el parangon del fruto y utilidad tan crecida y segura con los perjuicios que pueden resultar de la práctica y doctrina que persuadimos, podrán facilmente los doctos y peritos juzgar con mejor acierto sobre su contenido. Mas por cuanto puede suceder que por falta de claridad y buen orden en lo tratado sean varios y discordes los pareceres o inteligencias de lo que quiero establecer, digo y explico recopiladamente, que mi proyecto dista y se diferencia mucho de otro que hay sobre la materia, mas espuesto y arriesgado, el que consiste en que uno o dos Misioneros solo giren por toda una Provincia, sin detenerse mas que para bautizar los parvulos, descuidando en lo sucesivo de su educación, pero yo requiero precisamente las condiciones siguientes y otras muchas que quedan escritas y esparcidas por todo este Informe.

La primera que hace saber prudente y fundada esperanza, de que los parvulos bautizados que salgan de la infancia, tendrán proporcion de ser bautizados Cristianamente por los Misioneros. 2º Que estos no abrazarán mas terreno que el que comodamente puedan cultivar y asistir, deteniéndose en cada lugar, el tiempo necesario o conveniente, segun su prudencia y arbitrio. 3º Que no bautizarán en reducción alguna sin que primero sean solicitados de sus Caciques y estos prometan con las formalidades de costumbre todos los artículos que están arriba apuntados, en el prospecto de la Misión circular. 4º Que despues de algunos años que ya sea crecido el número de Cristianos, y por consiguiente mayor el trabajo, se podrá aumentar a cada Mision, uno o dos Ministros Catequista o compañeros, para que los principales se ocupen en lo mas esencial.

Por tanto, pareciéndome suficiente lo informado para promover e ilustrar lo propuesto, y para dar cumplimiento a las Ordenes de V. E., conozco que no es posible estenderme mas, sin confundir los asuntos, ni añadir otras muchas cosas que reputo necesarias, para la conclusión y perfección del proyecto, por lo cual me reservo y ofrezco para el tiempo y ocasión que se jusgare oportuno, prometiendo formar una instruccion o nota del modo y maximas mas adecuadas; si será conveniente o preciso colocar un Hospicio de Misioneros en la Frontera; en qué lugar; dependiente o independiente del Colegio de Chillan; qué número

de Misioneros; qué calidades deberán estos tener; el regimen y gobierno que deberán observar en su Ministerio, con los Indios, con el Gobierno Superior del Reyno, con los Comandantes y Españoles de la Frontera, con los Oficiales de amigos; y otras muchas notas y advertencias, todas dirigidas y conducentes al mejor logro de la empresa.

Estas ofertas no las hallo fiado en mi ningun talento (bien que no será mayor ni menor, porque lo vituperé o lo alabé) sino además de alguna aplicación y experiencia; en la asistencia y protección del Señor, cuya gloria y honor y logro de sus redimidos es lo que me mueve y anima a tener esperanzas de cumplirlo.

I por cuanto es mejor y mas perfecto obrar que hablar, me ofrezco por ultimo a mi mismo, para ser el primero (a tomar el lugar que me dieren) en la labor y practica que propongo, si fuere reputado por util; pero por lo menos, el conocimiento de los Indios, de sus costumbres e inclinaciones, de su idioma, de su país, y de las armas y maximas, que son mas a proposito para el caso, con la edad de cuarenta y cuatro años, bastante robustez, y lo que es mas que todo, buen ánimo y voluntad, no podran servir de estorbo, ya que no sirvan de mucha utilidad.

Por conclusión suplico encarecidamente a V. E. y demas lectores, no reparen en lo poco lustroso y brillante de la Espada, esto es en el mal estilo, en la impropiedad de voces y expresiones, no siendo extraño ni culpable este defecto, en un sugeto que se ha criado, o pasado la mayor y mejor parte de su vida entre bárbaros, antes bien, deberán atender a la verdad y convicción (si hubiere alguna) en lo tratado, pues ojalá pudiera yo decir como San Pablo: *Et si imperitus sermone; sed non scientia.* Pero es el caso que el Santo Apostol, poseyendo las dos cosas, le ocultaba la una, su humildad, y confesaba la otra, por no deshonrar la Escuela que habia cursado, esta es el tercer Cielo, mas en mi no hay tales fiadores.

En vista y conocimiento de todo lo hasta aquí informado y escrito, soy de parecer que V. E. puede y aun debe conducir y guiar, sin perdar ocasión ni tiempo, este Expediente al Tribunal o Juicio que tuviere por conveniente, para que pesadas y examinadas las diferentes materias que contienen por los correspondientes facultativos, que deberán ser no

solo Sabios, sino tambien experimentados de los asuntos (si ser pudiere) sea resuelto lo mas justo.

Protestando al fin que en todo lo escrito, y en cada una de sus partes y palabras no intento agradar ni ofender a nadie, sirviendome de unico objeto y Norte la verdad y el deseo del bien de las almas, estando pronto y dispuesto a retratar y reformar mi sentir, siempre que la razón o la autoridad, especialmente de Nuestra Santa Madre Iglesia, que es columna y firmamento de la fé y de la verdad, manifestaren lo contrario.

Asi lo siento y así lo acabe de escribir, en esta Ciudad de Santiago de Chile, dia quince de Mayo del año de mil ochocientos y seis. Excmo. Señor.

Fr. MELCHOR MARTINEZ.

(Memoria inédita, existente en el Archivo Nacional de Chile, Fondo Antiguo, volúmen 99. Copia enviada por nuestro socio correspondiente Dr. Ricardo Donoso).

LA ESCRITURA PERUANA SOBRE PALLARES

por

RAFAEL LARCO HOYLE

EL 21 de octubre de 1934, "La Prensa" de Buenos Aires, tuvo la bondad de acoger en sus páginas mi primer artículo sobre el descubrimiento que hice del sistema ideográfico de escritura que tuvieron los mochicas, hace dos mil años. Para comprobar esta teoría, de carácter revolucionario, he recopilado ya miles de documentos arqueológicos que han contribuído, en el presente, a darle mayor solidez en su estructura. Este singular sistema de reflejar y trasmitir el pensamiento humano no sólo fué empleado por los Mochicas, como ya lo había afirmado en 1934, sino también por los antiguos hombres de las culturas de Nazca, Paracas, Tiahuanaco y Lambayeque.

En efecto, he hallado centenares de vasos nazca exornados con pallares estilizados, que no solamente aparecen en forma simple y con la característica bicromía mochica (rojo y crema) sino que se combinan formando, en algunos casos, ideogramas más complejos y bellamente policromados. También existen telas de esta misma cultura cubiertas con pallares que, por su colorido y diseño, son de gran variedad temática. En el Museo de Arqueología "Rafael Larco Herrera", de Chiclín, hay un fragmento de tela en el que he contado hasta 174 pallares.

En el Museo Antropológico de Magdalena del Mar, Lima, se conserva un vaso de la cultura de Paracas con pallares incisos de colorido y diseño complicados. Y también entre los famosos mantos de esta misma cultura, admirables por su técnica textil no igualada, hay muchos con numerosas representaciones de pallares estilizados. En algunos apa-

recen las divinidades con vestimenta adornada con pallares y en otros se descubre a las mismas con apéndices conteniendo pallares que al brotar de la boca o barbilla, se prolongan hacia adelante como si quisieran en esa forma representar la voz del personaje. Es importante señalar, a este respecto, que dentro de las culturas de los mayas, los apéndices que brotan de la boca de sus divinidades, representan en efecto la voz.

Los ideogramas, ya en su forma peculiar de granos o estilizados, que aparecen en otras culturas, amplía el campo de la investigación de la escritura prehistórica en que estoy empeñado.

Algo más, en algunos de los grandes mantos de Paracas, las cenefas están cubiertas por cientos de pallares de variados diseños y armonioso colorido, que tienen una significación netamente ideográfica. El uso de la decoración cursiva en el arte textil se refleja hasta nuestros tiempos. Es cosa sabida que durante el Coloniaje, enviaron del Cuzco al Virrey Don Francisco de Toledo, cuatro paños que contenían, en forma escrita, la Historia de los Incas que fundaron el Imperio del Tahuantinsuyo. El Notario Alvaro Ruiz de Navamuel, refiere al respecto lo siguiente: "Estaban escriptos y pintados en los cuatro paños los bultos de los Ingas con medallas de sus mujeres y ayllos; en las cenefas la historia de lo que sucedió en tiempo de cada uno de los Ingas y la fábula y notables que van puestos en el primer paño, uno que ellos dice de Tampo Toco y las fábulas de las creaciones de Viracocha que van en la cenefa del primer paño, por fundamento y principio de la historia, cada cosa por sí distintamente escripto y señalado de la rúbrica de mi, el presente secretario; y de la declaración y prevención para la inteligencia de la historia, y los rumbos y vientos para la demarcación de los sitios de los pueblos, quespuesto por el Capitán Pedro Sarmiento"...

En la actualidad, los más valiosos ponchos del Cuzco están exornados con letras y frases. Las alforjas y los paños de cara que las mujeres indígenas de Eten, Monsefú y Santa Rosa —descendientas directas de los mochicas— tejen primorosamente para uso de sus esposos o enamorados, contienen a menudo una frase de amor o de carácter recordatorio. Esta costumbre, todavía generalizada en todo el territorio peruano, constituye un filón de fuente informativa.

Es cierto que el escollo principal que tuve en mi investigación sobre la existencia de un sistema de escritura preincano, fué aquella serie de anotaciones que nos han dejado los Cronistas, tendientes todas a negar la existencia de otro sistema que no fuera el de los quipos. Pero es que los cronistas, al referirse a la escritura, no pensaron en otra cosa que en la escritura alfabética y fonética de su uso. Afortunadamente, el Rvd. Padre Joseph de Acosta, honorable y culto sacerdote de la Compañía de Jesús, apartándose de la regla general, ha consignado en su obra lo siguiente: "Las señales que no se ordenan de próximo a significar palabras sino cosas, no se llaman, ni son en realidad de verdad letras, aunque estén escritas, así como una imagen del Sol pintada no se puede dezir que es escritura o letras del Sol, sino pintura. Ni más ni menos otra señal es que no tienen semejança con la cosa sino, solamente sirue para memoria, porque el que las inuentó, no las ordenó para significar, sino para denotar aquella cosa". Y agrega más adelante: "El otro notable que se infiere es, el que en este capítulo se ha propuesto, es a saber que ninguna nación de Indios que se ha descubierto en nuestros tiempos vsa de letras ni de escriptura, sino de las otras dos maneras, que son ymagines, o figuras, y entiendo esto no solo de los indios del Piru, y de los de nueva España". Tan importantes conceptos permiten entonces llegar al convencimiento de que los antiguos peruanos emplearon un sistema ideográfico y no alfabético; pues el padre Acosta explica sabiamente lo que es un sistema ideográfico y lo que es un sistema alfabético.

Pero el Padre Acosta no sólo se contenta con dar luces sobre la antiquísima escritura sino que compara ya este sistema con el que empleara el mexicano antiguo. Esta comparación me brindó la oportunidad de emprender un estudio comparativo de los dos métodos de escritura: el preconizado por mí y la escritura de los mayas. A este respecto, el ya tantas veces mencionado Padre Acosta dice: ... "fuera desta diligencia suplían la falta de escritura y letras; parte con pinturas como los de México, aun'q las de Piru eran muy groseras y toscas; parte y los mas con Quipos".

Tomé, pues, un nuevo camino y comencé a estudiar los jeroglíficos de los Mayas, tanto los que aparecen en los monumentos líticos como los que cubren las páginas de los códices. Y no ha sido en vano esta

labor, pues he encontrado analogías tan valiosas que considero de mi deber señalarlas a fin de que más tarde se pueda llegar a conclusiones que pueden ser de notable valor para el estudio de las relaciones y origen de las culturas de la América Preincaica.

En el presente artículo voy precisamente a limitarme a hacer un estudio analítico y concreto de las primeras similitudes encontradas:

LOS SIGNOS. — Tratándose de la forma, en unos casos aparecen ovalados y en otros con la misma ovalación pero con punta a un extremo. Hay jeroglíficos reniformes y muchos semirectangulares con las esquinas ovaladas.

Comparando estas formas con las de los pallares estilizados que aparecen en los vasos de los Mochicas, Nazca, Paracas y Tiahuanaco y en las telas de Nazca y Paracas, comprobé que no sólo había una gran similitud entre ellas sino que hasta eran algunas idénticas.

LA YEMA GERMINATIVA. — En la mayoría de los glifos mayas, casi siempre en el lugar donde debe fijarse la yema germinativa del pallar, aparece un dibujo circular, rectangular o de líneas paralelas circulares o simplemente una línea gruesa rectangular, con lo que parece que los mexicanos antiguos pretendían representar la yema germinativa. En algunos casos, sólo aparece el contorno, más este detalle no debe sorprender puesto que en los pallares ideográficos de los antiguos peruanos, desaparece la yema germinativa en muchos casos.

La yema germinativa del pallar aparece en los signos ideográficos de las culturas peruanas, representadas en la misma forma que lo hacían los mayas.

ORDENACION. — Los mayas ordenaban sus glifos en líneas horizontales y perpendiculares y también, en algunos casos, aparecen indistintamente al rededor de los personajes míticos o simbólicos.

Los hombres de Nazca y Paracas ordenaban en las telas sus ideogramas también en líneas horizontales y verticales; y dentro de la cerámica mochica, los ideogramas aparecen circundando los vasos globulares en líneas horizontales o indistintamente mezclados con las representaciones simbólicas o junto a las divinidades.

HUMANIZACION. — Tanto los mayas como los mochicas antropomorfizan sus signos; y la humanización se verifica sustituyendo la yema germinativa por el rostro de un personaje.

COMBINACION DE LOS SIGNOS. — Entre los mayas aparecen algunos glifos superpuestos los unos sobre los otros; combinan también dos signos uniéndolos con simetría para lograr un signo combinado. Esta misma modalidad se halla frecuentemente en los vasos de Nazca.

La representación de la mano como signo es común en los códices mexicanos. Y también aparece representada en la cerámica Nazca.

ELEMENTOS IDEOGRAFICOS. — Encuéntrase muchos elementos ideográficos similares en los signos mayas y en los ideogramas peruanos, como puntos de diferentes tamaños y número, círculos, líneas rectas simples y paralelas, líneas curvas y curvas paralelas, semicírculos, líneas quebradas, etc. Sin embargo, es mi deber dejar constancia que los signos mayas son más complicados y denotan una mayor evolución.

GERMINACION EN LOS SIGNOS. — Hay que considerar esta analogía como la más importante. En los códices mayas aparecen glifos con la yema germinativa y con los puntos y rayas característicos del pallar; algo más, en uno de estos glifos he podido entrever que el artista hasta quiso representar las arrugas que se forman en la superficie del grano cuando se seca anormalmente.

Muchos de los signos mayas aparecen germinando. En unos el brote inicial surge pujante; en otros son dobles estos brotes, constituyendo la segunda etapa del crecimiento. Y la culminación del proceso vegetativo es representada con la aparición de las primeras ramillas con hojas. Este mismo proceso integral, lo ofrecen también los signos ideográficos Nazca.

Alentado por estas analogías tan sugerentes, comencé a estudiar los códices. Mayor fué mi interés al encontrar a las divinidades mayas — solas en algunos casos y en otros sentadas las unas frente a las otras— sosteniendo en las manos signos mayas de gran semejanza con los pallares; tal como se halla la Divinidad Mochica, también con un personaje al frente y sosteniendo pallares de gran tamaño, en el propio acto

de descifrarlos. En el Códice Troano [1] tuve la oportunidad de comprobar algo más que me llamó poderosamente la atención: como siempre, he mantenido que los mochicas utilizaban los personajes simbólicos para denotar las cualidades del individuo que era representado. Así el Chasqui, era simbolizado por aves, cientopiés, libélulas, etc., antropomorfizados, con el objeto primordial de dar la idea de la velocidad en el desempeño de sus funciones de mensajero. El zorro antropomorfo simbolizaba al descifrador lo mismo que el felino y la vizcacha (ardilla de los Andes), ambos antropomorfizados. En este códice he encontrado, además, personajes zoo-antropomorfos sentados, tal como se les halla entre los mochicas y he podido identificar al zorro, al felino, al conejo y al venado, con la particularidad de tener todos ellos a su lado los glifos Mayas de formas similares a los pallares peruanos. La tendencia de antropomorfizar a los animales, especialmente a los que aparecen con signos ideográficos que están en poder de ellos o junto a ellos, tiene que preocupar a cuantos nos dedicamos a estos estudios, acrecentándose mayormente la inquietud al comprobar que en ambos pueblos aparecen estas simbolizaciones zooantropomorfas.

En otras páginas del mismo Códice Troano, también aparecen los escribas en unos casos con punzones similares a los que usaban los escribas mochicas, sosteniendo en la mano un signo en forma de pallar, y en otros casos, en el preciso momento de pintar uno de estos signos. Si bien los mochicas incidían los pallares que eran transportados luego por los chasquis, en cambio, conviene aclarar ahora que los hombres de Nazca utilizaban cierta pintura sobre los pallares. Pues, en el Museo Nacional de Lima he encontrado las bolsitas conteniendo los colores y un pallar, un tanto deteriorado, que ofrece las huellas de haber sido pintado.

A medida que se extrema pues el análisis, el problema de las analogías adquiere mayor interés al punto que obliga a perseverar. Pero, no he concluído aún mi estudio en los códices y no se cuántas sorpresas más me deparará su análisis cuidadoso. Sin embargo, adelantando un poco, he creído conveniente dar a los hombres de ciencia de la América,

---

(1) M. BRASEUR DE BOURBOURG, *Etudes sur le systeme graphique et la langue des Mayas par . . .*; Paris, 1869.

acaso un breve bosquejo de las analogías encontradas para incorporarlas a un estudio sereno y metódico. Pues estoy convencido de que son grandes los problemas que se derivarán y múltiples las interrogaciones que han de surgir. Por eso mismo, es necesario acometerlas y resolverlas, seguros, como repito, de que nos permitirán ensanchar lucidamente nuestro horizonte arqueológico americano tan rico y todavía enigmático. Ojalá que este llamado tenga eco y pronto la ciencia antropológica gane en este campo tan enmarañado de la investigación del presente siglo.

(Comunicación directamente enviada por el autor, desde el Museo "Rafael Larco Herrera", de la Hacienda "Chiclín", Trujillo, Perú. Dibujos y fotografías del mismo).

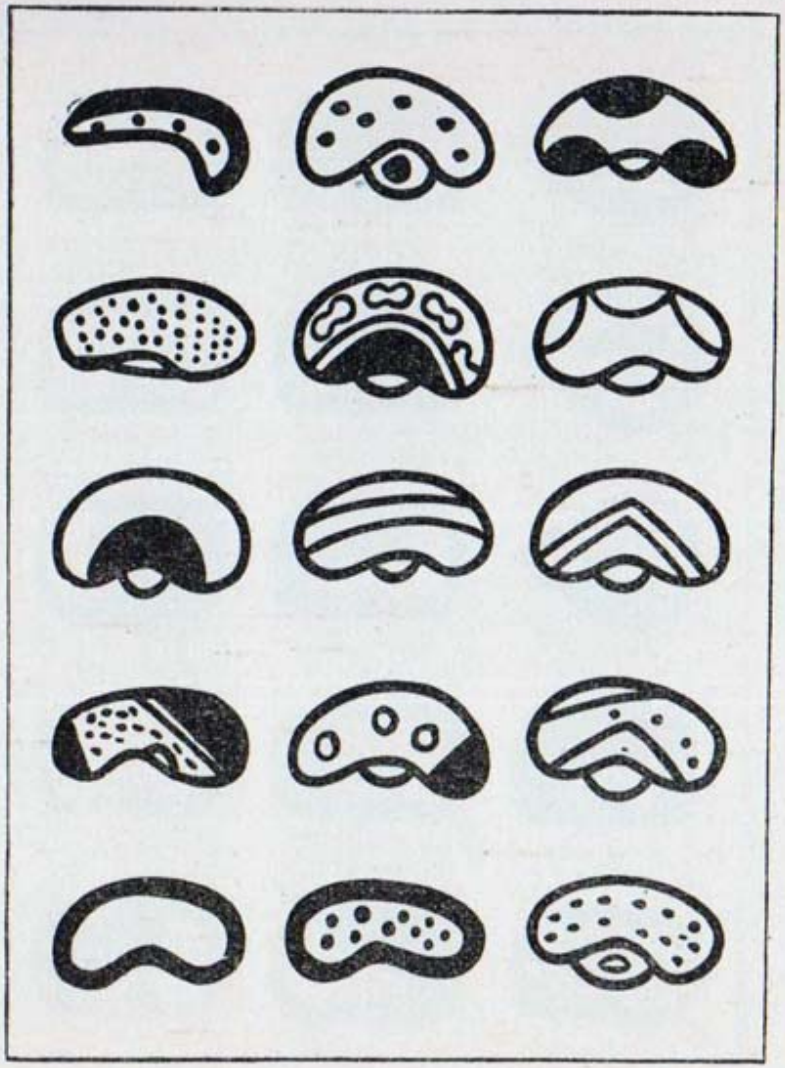


Fig. 1. — Ideogramas mochicas.

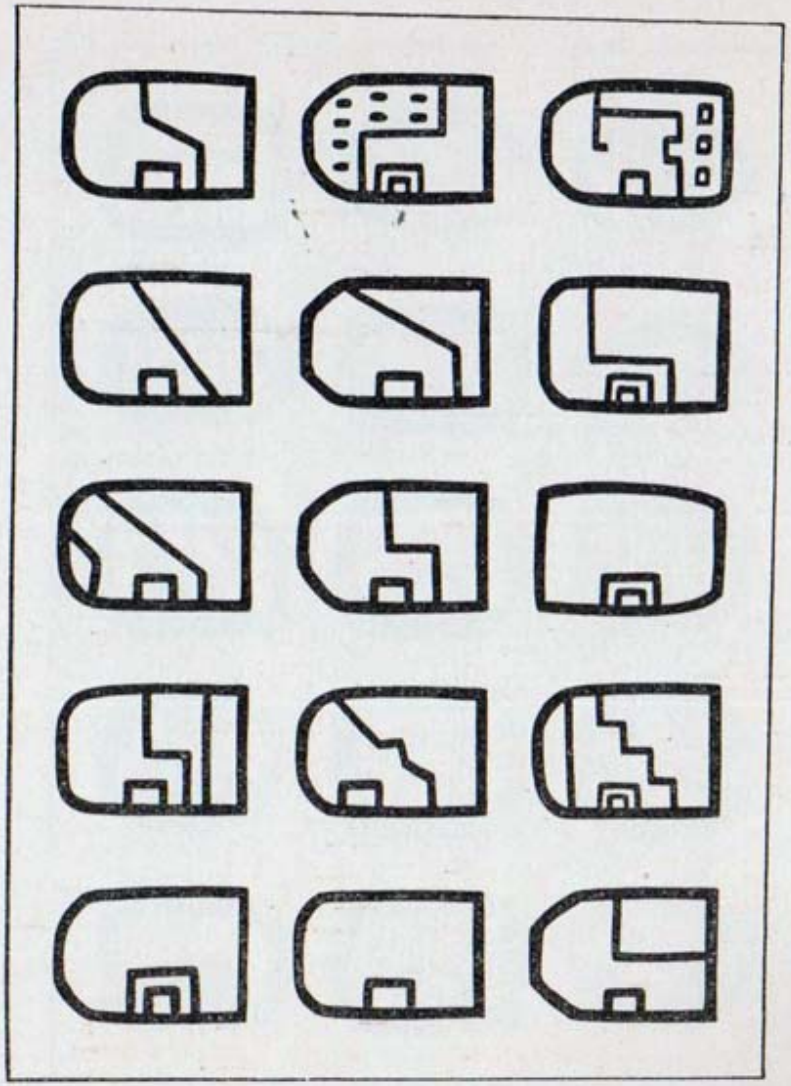


Fig. 2. — Ideogramas en la cultura Paracas.

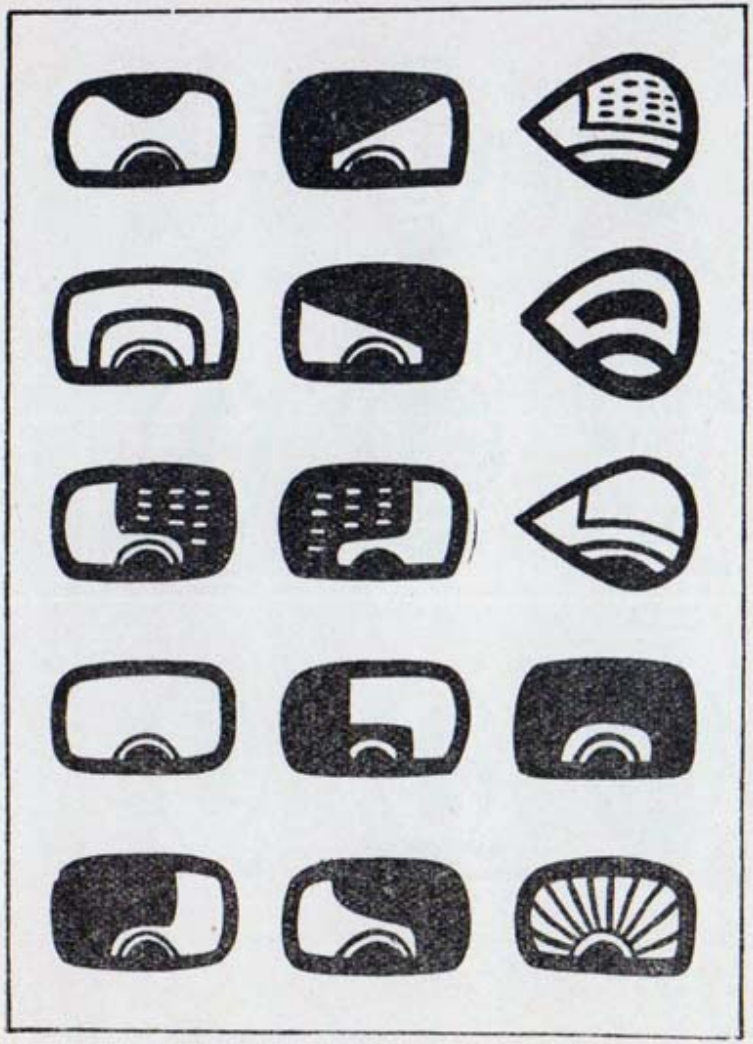


Fig. 1. — Ideogramas de Nazca.

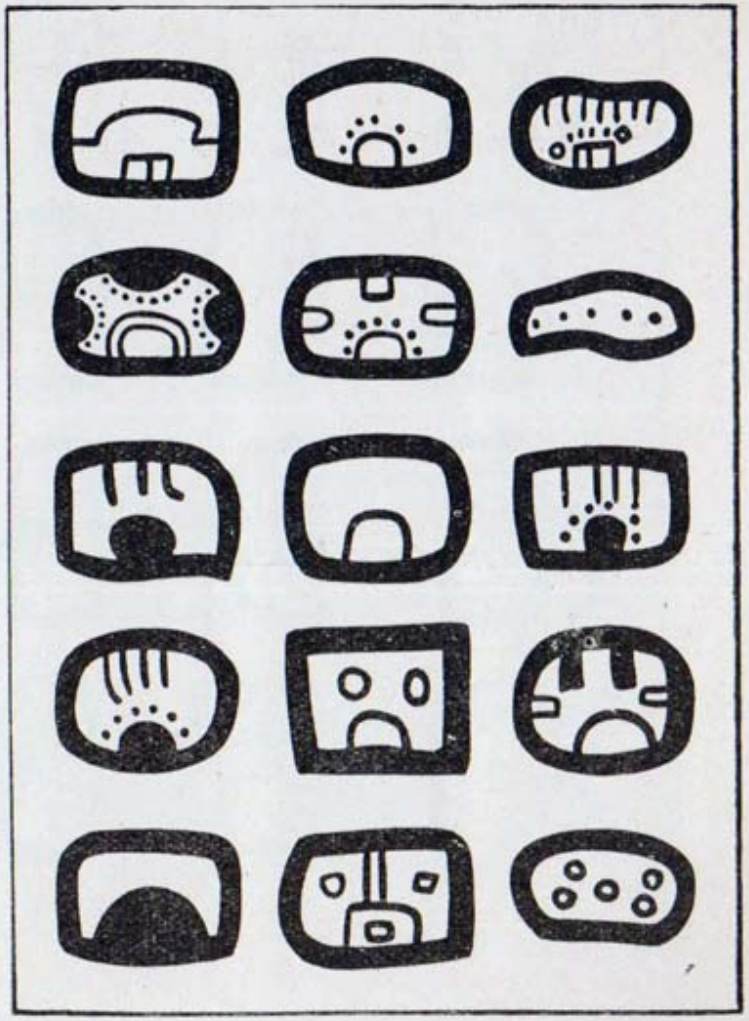


Fig. 2. — Jeroglíficos mayas.

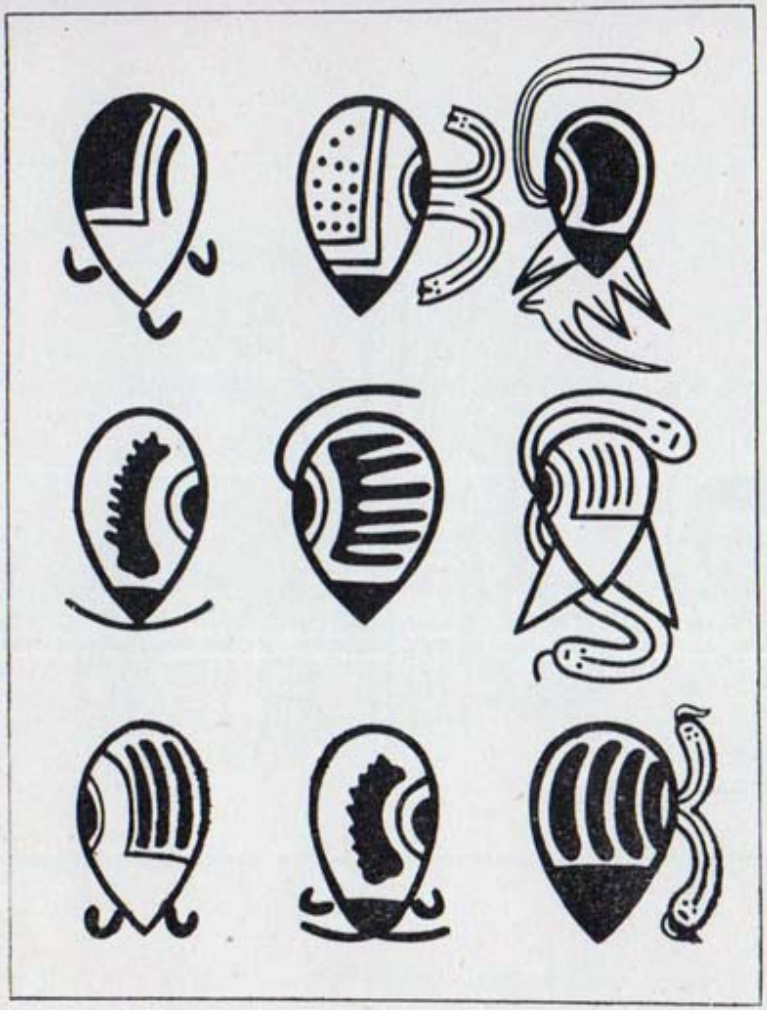


Fig. 1

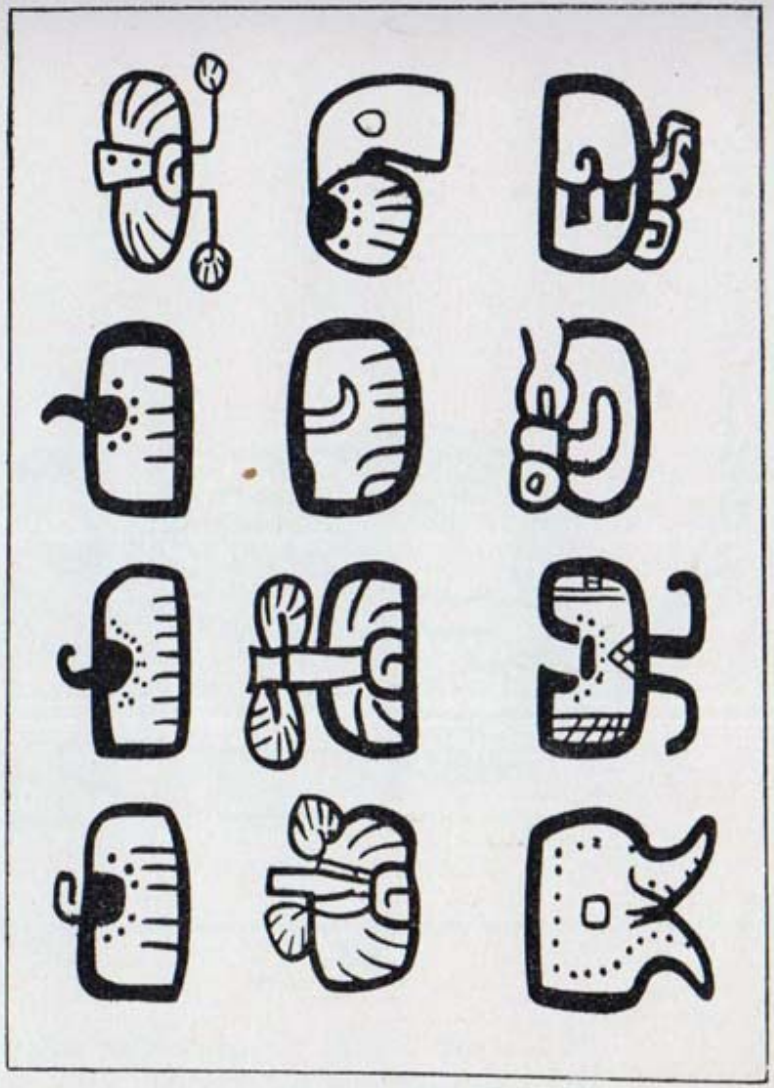


Fig. 2

Fig. 1. Ideogramas Nazca. El pallar estilizado en proceso de germinación. — Fig. 2. Jeroglíficos mayas que dan la impresión del pallar estilizado con la yema germinativa, los puntos y las rayas características de este fruto. También aparecen germinando: en unos cuantos se inicia el proceso germinativo y en otros cuando aparecen ya las hojas, tal como ocurre también entre los Nazca.



Fig. 7. — *A*) Figura antropomorfa maya que representa posiblemente un conejo. Tiene en sus manos un glifo, el signo KAN, que germina. Sobre la cabeza otro glifo que tiene similitud grande con un pallar. — *B*) La vizcacha peruana que representa al descifrador. Tiene en sus manos y al costado los ideogramas mochicas.



Fig. 8. — *A*) Personaje zooantropomorfo maya que posiblemente representa un zorro; tiene junto a sí un signo maya y en la parte superior otros glifos. — *B*) Zorro antropomorfo mochica. Tiene en una mano uno de los ideogramas mochicas y al frente un grupo de los mismos.

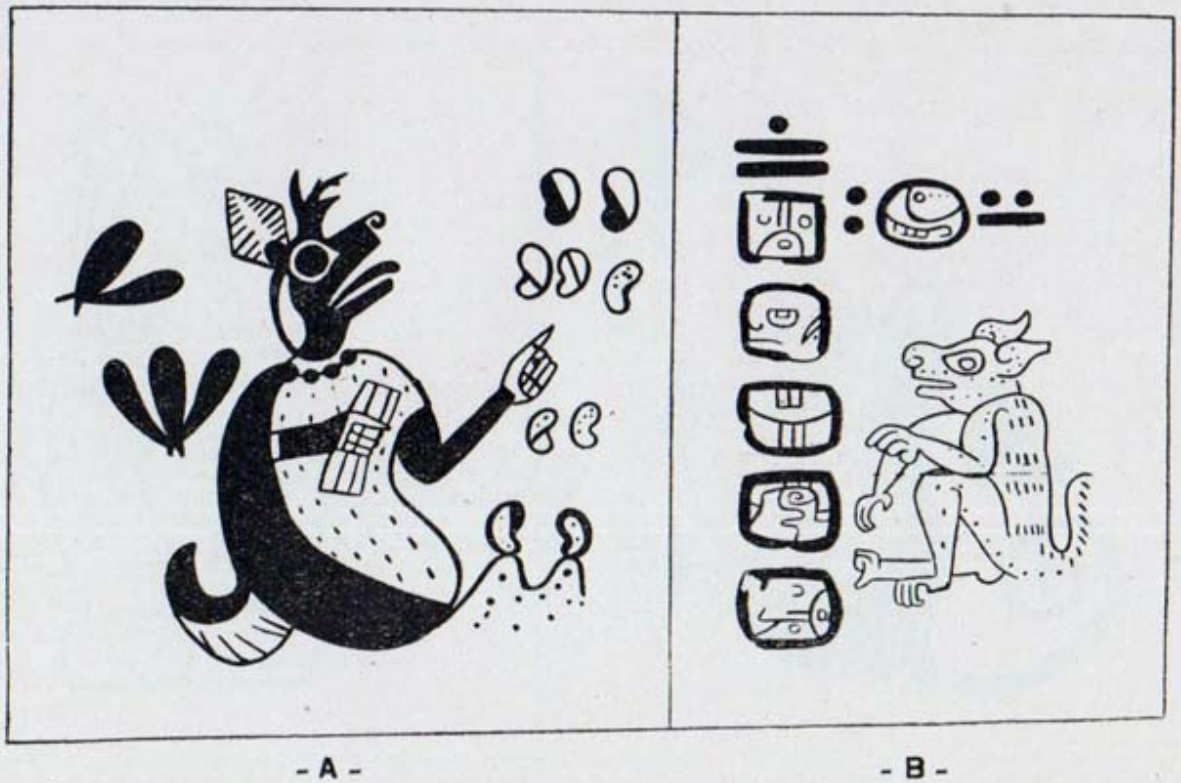
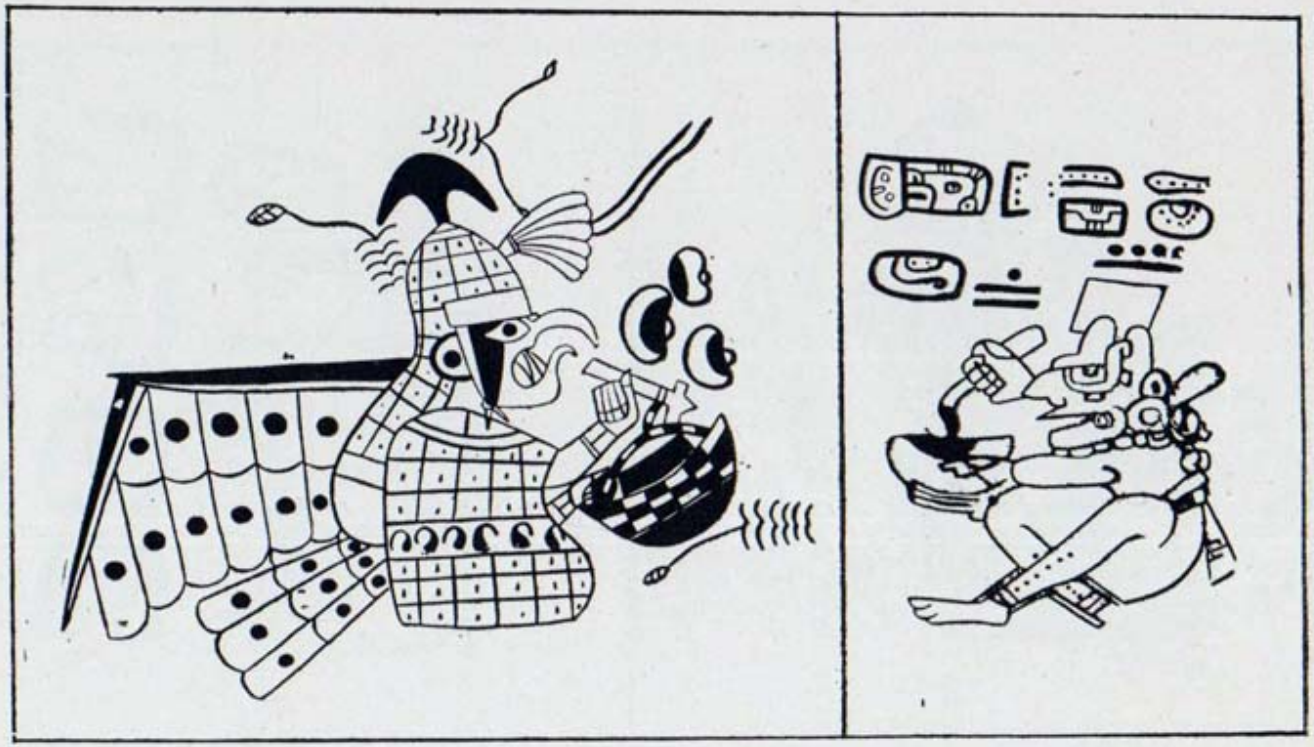


Fig. 9. — *A*) El venado antropomorfo mochica en el acto de descifrar los ideogramas que aparecen frente a él. — *B*) Venado antropomorfo maya rodeado de glifos.



Fig. 10. — *A*) Felino antropomorfo maya rodeado de signos que dan la apariencia de pallares estilizados. — *B*) El felino antropomorfo mochica que también aparece descifrando los ideogramas.



- A - - B -

Fig. 11. — *A*) El escriba simbólico mochica, representado por un ave antropomorfa. — *B*) el escriba maya pintando un signo que tiene en la mano. Nótese cómo este signo es similar a dos de los ideogramas mochicas que aparecen en *A*. Si bien es cierto que los mochicas incidían los pallares, no hay que olvidar que los nazca los pintaban.

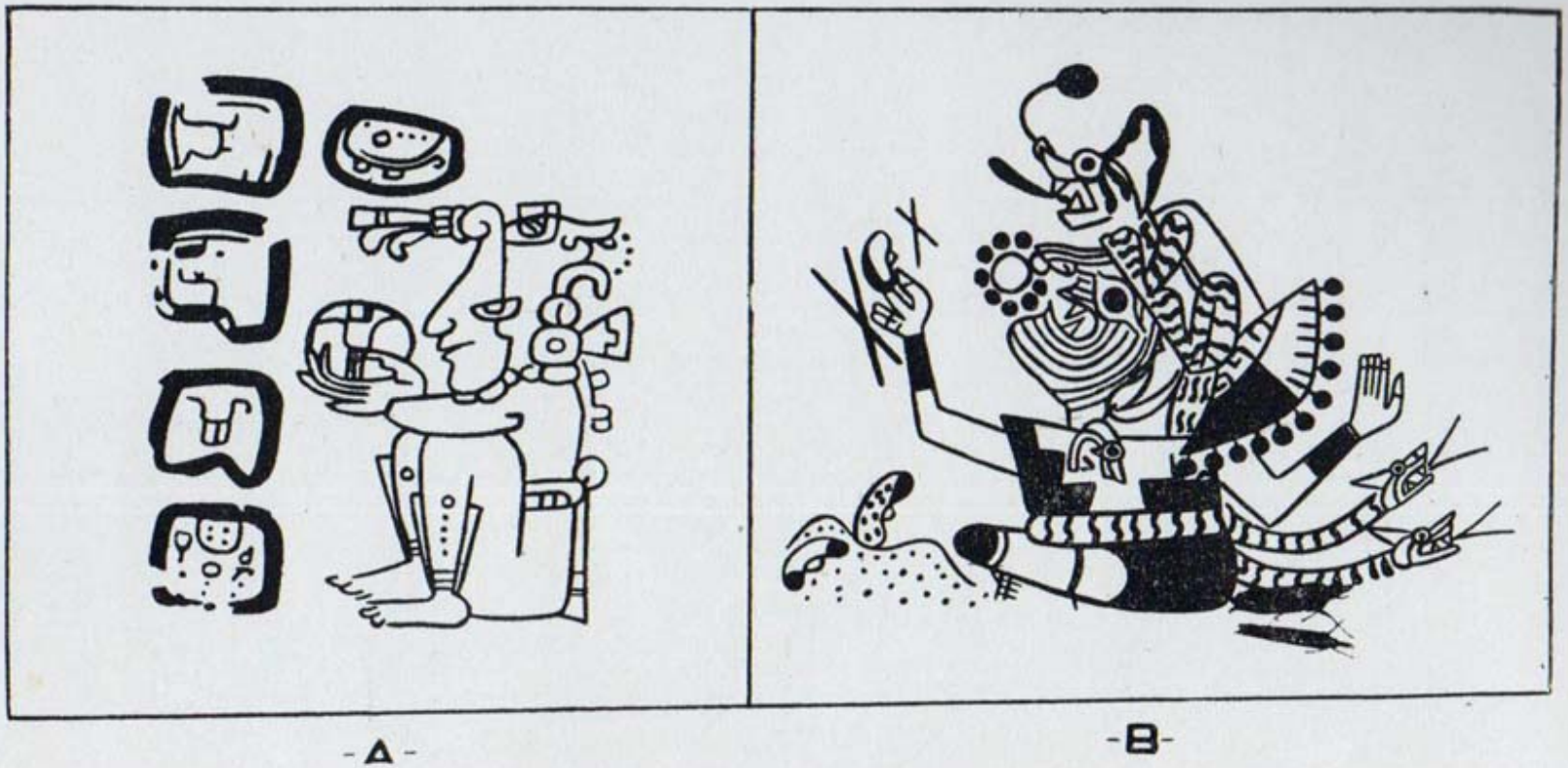
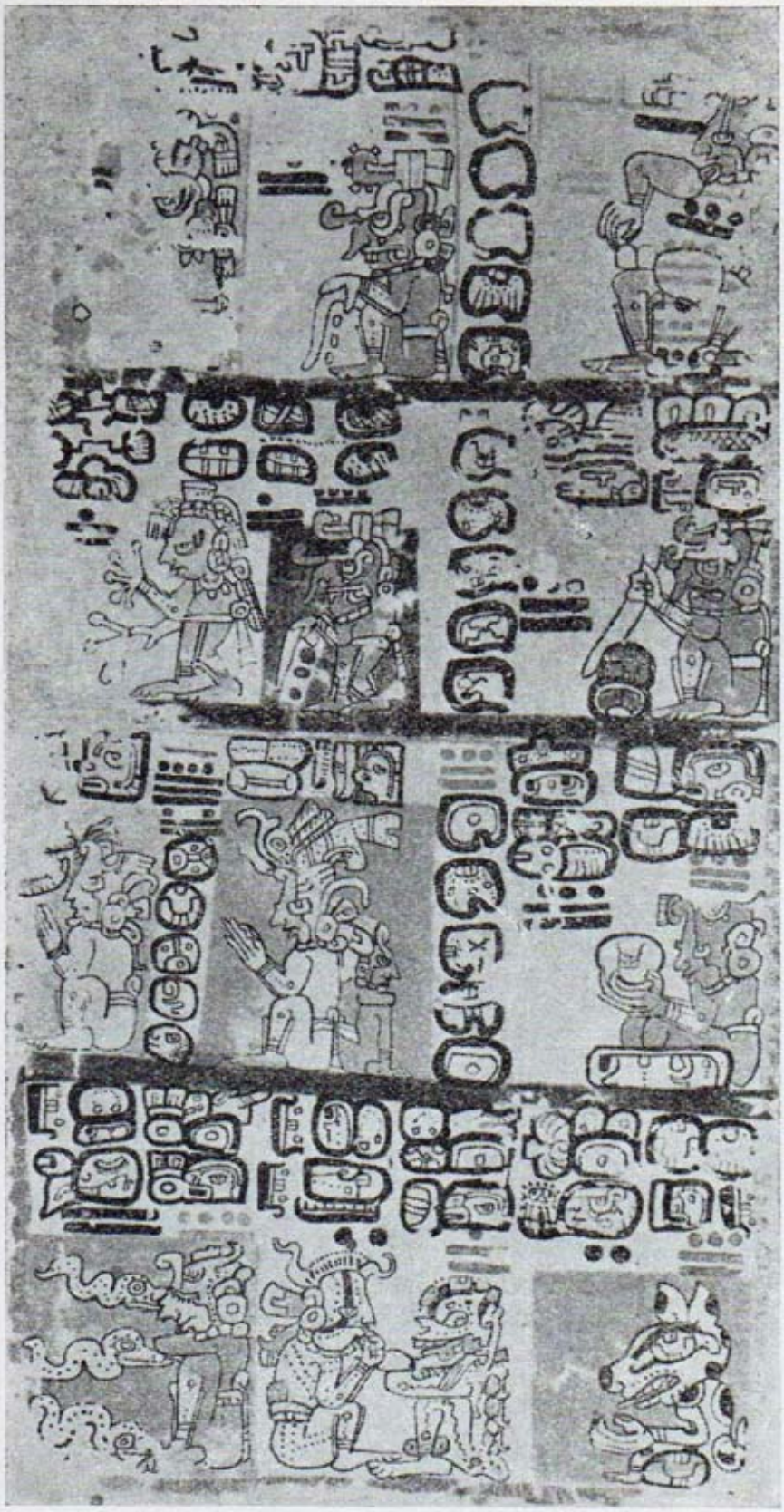
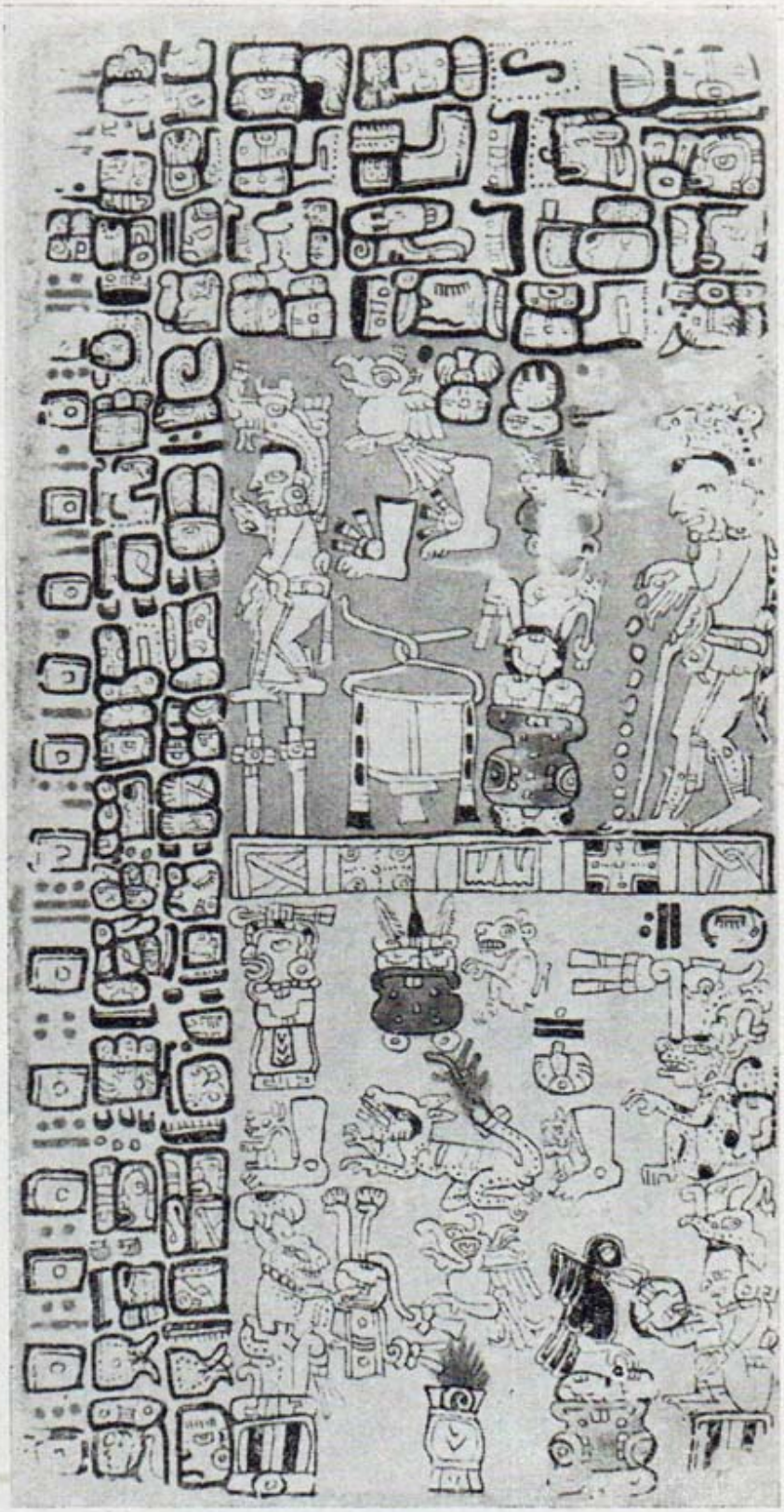


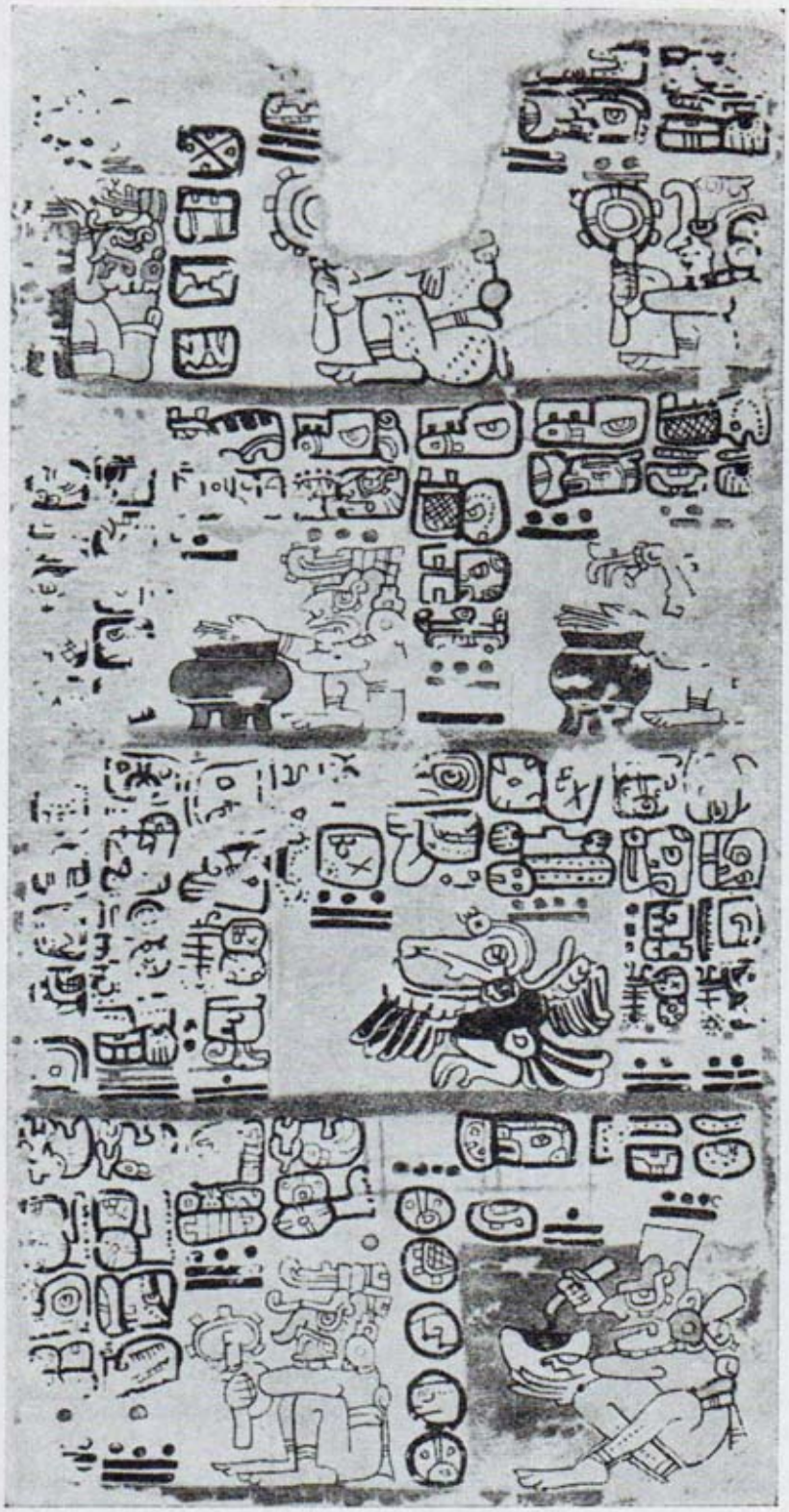
Fig. 12. — *A*) Divinidad maya sentada, teniendo en las manos un glifo. — *B*) Divinidad mochica que también tiene en la mano un signo ideográfico.



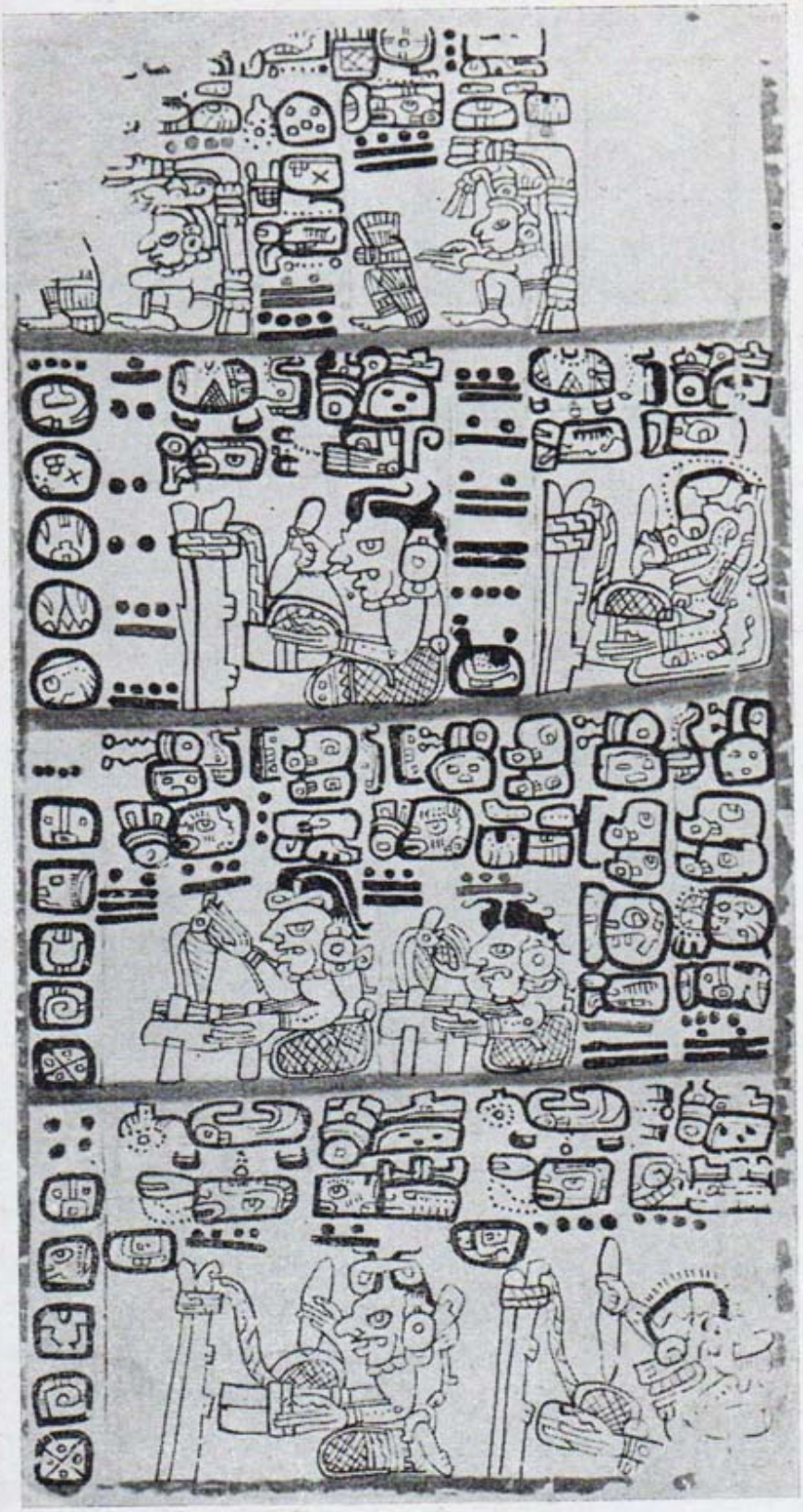
Página del Códice Troano que ha servido en parte para encontrar las analogías que se puntualizan en este artículo.



Página del Códice Troano que ha servido en parte para encontrar las analogías que se puntualizan en este artículo.



Página del Códice Troano que ha servido en parte para encontrar las analogías que se puntualizan en este artículo.



Página del Códice Troano que ha servido en parte para encontrar las analogías que se puntualizan en este artículo.

UNA MASCARA CALCHAQUI

La máscara de Loma Morada

por

ENRIQUE PALAVECINO

EN una de las vitrinas de la sala Va de arqueología del Museo de La Plata, se exhibía desde hace mucho tiempo una máscara de madera. No habiendo sido jamás descripta, me pareció oportuno darla a conocer, para lo cual solicité y obtuve autorización de mi amigo, el profesor Dr. Fernando Márquez Miranda, jefe del Departamento de Arqueología y Etnografía del Museo, por lo que me es grato expresarle mi reconocimiento, así como al Ing. Lorenzo Parodi, que, a mi pedido, se prestó para hacer determinar la especie del árbol a que pertenecía la madera de la máscara.

La pieza en cuestión es una máscara antropomórfica que tiene como única referencia de origen una inscripción en el ángulo inferior izquierdo que dice "Atajo — Loma Morada — Catamarca", y debajo de la boca el número 3636. Deseando reunir algunos informes más los solicité al doctor Márquez Miranda, quien me comunicó la falta de toda otra referencia en el catálogo del Departamento a su cargo.

De toda manera, a pesar de la relativa insuficiencia de los datos de procedencia, paréceme que la calidad excepcional de la pieza justifica la publicación, con la sola mención de la localidad en que fué descubierta.

El material de que está construída la máscara determinada micrográficamente por el Ing. Agr. L. Tortorelli, a pedido del Ing. L. R. Parodi, resultó ser madera de algarrobo negro (*Prosopis nigra* Gr.).

El trozo de madera es un segmento del tronco ligeramente cóncavo. La concavidad hacia el lado interno y los rasgos fisonómicos tallados en la parte convexa. La frente y la nariz se destacan en un mismo plano, por corte y rebajamiento del resto de la cara; ojos y boca son tres aberturas elípticas de 17 mm. de diámetro máximo los primeros y 23 la segunda.

El alto total de la pieza es de 21 cm. y el ancho de 12 cm. Dos surcos paralelos trazados entre el borde superciliar y superior de la máscara cruzan la frente de lado a lado; parecerían representar una banda frontal.

En lo que es el rostro propiamente dicho, un rombo, con cada uno de sus lados formado también por paralelas, se dibuja encerrando en el ángulo superior la nariz y algo más abajo del centro la abertura de la boca. Los ojos quedan fuera del losanje, más o menos en el centro del triángulo que forman el borde inferior de la frente, el borde externo de la máscara y el lado superior del rombo. El espacio entre las mencionadas paralelas muestran huellas de pintura roja.

Nada se puede apreciar con certeza acerca de la naturaleza de este grabado geométrico, pero no es inverosímil que represente un tatuaje o una pintura.

Cuatro agujeros, dos en los ángulos inferiores y otros dos a los lados y un poco por encima de los ojos sirvieron, sin duda, para pasar las cuerdas mediante las cuales el enmascarado aseguró su careta en la cabeza.

Del lado interno tan sólo se observan, aparte de la pronunciada concavidad, las tallas en forma de embudo que sirvieron para abrir ojos y boca en el leño.

La bibliografía arqueológica de la región andina de la República Argentina y zonas adyacentes de los países vecinos, nos da a conocer una referencia sobre otra máscara de madera que se halla en Europa, y que fué descubierta en Calama. Boman se refiere a ella en los siguientes términos: "Au cours de ses fouilles de 1905, M. Senechal de la Grange a trouvé, dans une sépulture, une masque en bois parfaitement adaptable

à la face d'un homme pourvu d'un long museau et ayant des trous pour les yeux. D'autres petits trous servent a fixer la cordelette avec laquelle on attachait la masque a la tête. La masque a une certaine ressemblance avec la figure monstrueuse sculptée sur les tubes contenant des epines de cactus que nous venons de décrire. Cette pièce fut trouvée auprès d'un cadavre, mais en dehors des vêtements qui l'envelopaient...

"N'ayant pas vu cet intéressant object, qui est conservé au Musée de Monaco, je donne ici cette description d'après les renseignements que m'en a fournis M. Senechal de la Granje" [1].

Máscaras de piedra, cuero y oro han sido halladas en el N.O. argentino. Algunos nuevos ejemplares serán próximamente publicados. Entretanto, éste de madera, justifica su particular descripción en mérito a su rareza y excepcional estado de conservación.

Sin duda alguna, entre todas las máscaras que estuvieron en uso en el N.O. argentino, fueron las de madera las más corrientes, pero, por razones obvias, han llegado a nuestro tiempo un número mucho mayor de las de piedra, que, con toda certidumbre, eran relativamente más raras. Sería éste uno de los tantos casos en que los factores de destrucción conspiran contra la correcta apreciación de las culturas en el pasado en lo que corresponde al coeficiente de frecuencia de los elementos.

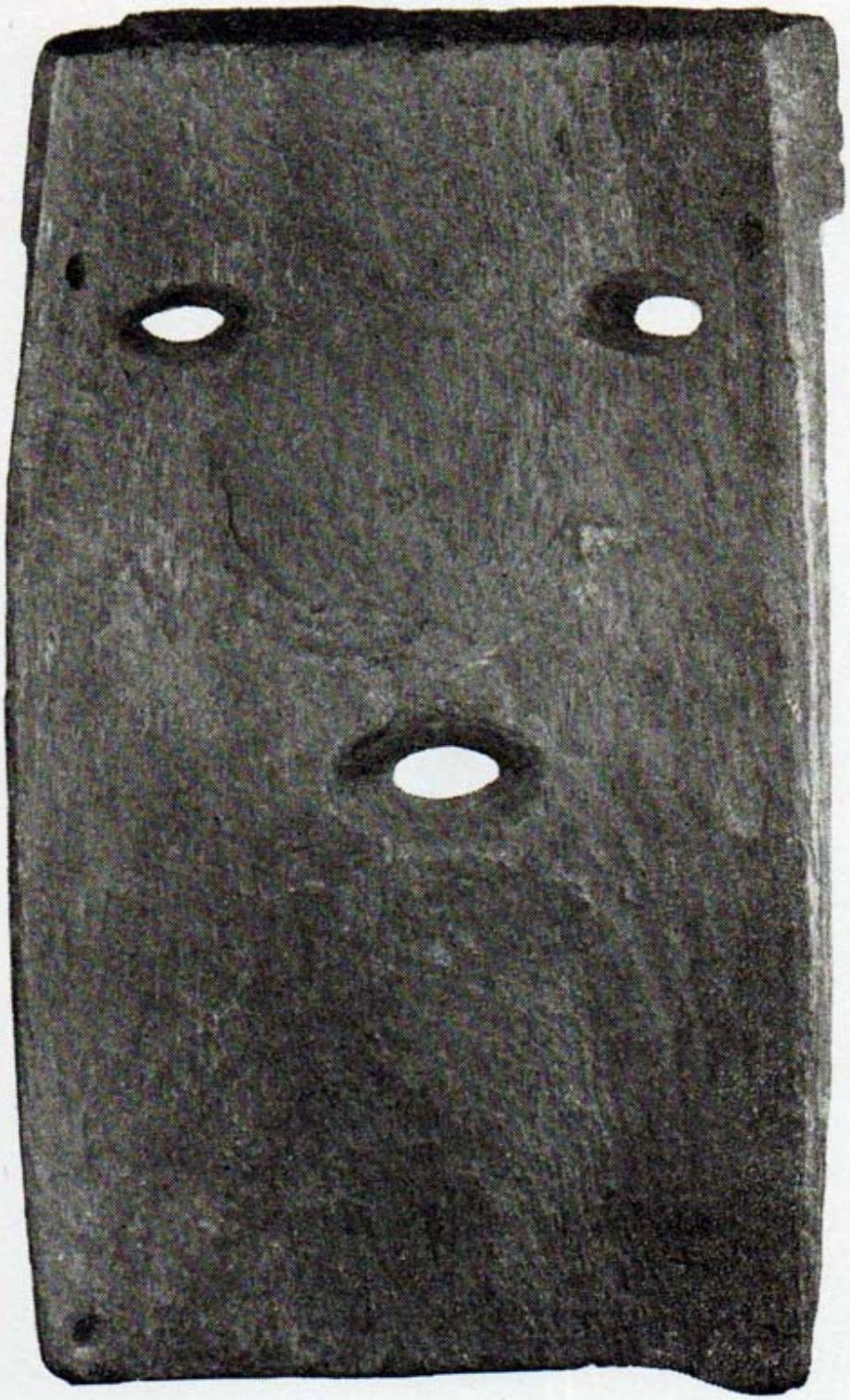
---

(1) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, II. 746; Paris, 1908.

(Comunicación presentada en la sesión del día 4 de octubre de 1939. Fotografías del autor.)



Máscara de Loma Morada vista de frente.



Máscara de Loma Morada vista por detrás. Nótense los cuatro agujeros de suspensión y el corte cónico de las aberturas para los ojos y la boca.



Máscara de Loma Morada, vista de lado. En esta fotografía es fácil ver el corte y rebajo que sirve para destacar la nariz y la frente.

FORMA Y SIGNIFICACION DE LOS MOTIVOS ORNAMENTALES DE LAS "LLICAS" CHAQUENSES

por

MARIA DELIA MILLAN DE PALAVECINO

SON varias las referencias que hacen los cronistas del Chaco sobre el empleo del caraguatá o chaguar. Al respecto Pedro Lozano dice así: "Las mujeres todas andan cubiertas de pies a cabeza con mantas de pieles de animales y las más principales se cubren con texidos de hierba correosa más gruesa que pita, que en esta provincia llamamos chahuar, y nace silvestre, de ella hacen un hilo semejante al de los zapateros y texen su vestido, a los que las hijas y mujeres de los más principales añaden algunas labores de blanco y negro".

También Guevara presta atención al uso del chaguar y dice: "Al caraguatá lo destinó la naturaleza para cerco de los huertos. Se tupe mucho con sus pencas fuertes, altas, sólidas y armadas de penetrantes espinas con que se remueven ensangrentados los incautos pero atrevidos agresores. Estas pencas tienen utilidades estimables: sobre los techos sirven de tejas que recogen el agua para que no inunde las chozuelas de los pobres, y de su corazón se sacan hilos a manera de cáñamo, que sirven para torcer cordel fuerte y con él labran los infieles algunos tejidos".

Nicolás de Techo también da noticias de otra especie proveedora de fibras textiles más bastas que las del chaguar, la ortiga (*Urera, baccífera*) y la menciona así: "Las mujeres llevan un sayo de ortigas que llega de la cintura a las rodillas, maceran dichas plantas a manera de cáñamo y con los dedos tejen las fibras a modo de red".

Asimismo hay ciertas descripciones del traje que coinciden en la técnica con los actuales tejidos de chaguar. El padre Diego de Torres dice que "las mujeres usan manta de red", y el autor antes mencionado, Nicolás Lozano, afirma que: "Las mujeres traen calzones que son de una tela listada que ellas mismas texen con sus labores de hilo de paja y tendrá tres o quatro o media bara de ancho y una de largo".

Pedro Sotelo de Narvaez dice: "Se visten con unas mantas las mujeres muy pequeñas que hacen de cierta paja".

Comparando las referencias históricas con las observaciones que actualmente pueden hacerse se desprende que entre los chaquenses la industria de la fibra vegetal sobrevive, aunque es usada casi exclusivamente para hacer sus bolsas de transporte; no ocurre lo mismo con las prendas de vestir que se han abandonado casi en su totalidad; no obstante ello se ven, aunque esporádicamente, camisas de chaguar, cuyo nombre en mataco significa literalmente "panza de iguana" y que usan para entrar en los montes espinosos. Aparte de esta excepción el uso del tejido de chaguar como vestimenta ha desaparecido casi totalmente.

Al contemplar el interior de una choza chaqueña lo primero que llama la atención son las bolsas de caraguatá o chaguar pendientes del techo o de un horcón, conteniendo frutas silvestres o enseres domésticos. Estas bolsas son de dos formas: rectangulares y hemisféricas.

La primera forma nombrada, cuyo nombre es "hilu" en Mataco y "wenaga" en Toba, la hacen de varios tamaños. Cuando es muy pequeña, de unos 25 centímetros de lado aproximadamente, se usa para llevar en ella el yesquero, la pipa y enseres personales. Cuando es de tamaño mayor la usan los hombres para ir de caza o excursión. De tamaño superior a 50 ó 60 centímetros, aproximadamente, se usa para guardar comida, lana, algodón, etc., en la choza.

El otro tipo de bolsa, la hemisférica, es la más característica. Su forma más aproximada puede describirse como semejante a una hamaca de red. En Mataco recibe el nombre de "sikiet" y los Toba la llaman "kotakie". Su uso más común es el de transportar los frutos del monte; las mujeres, una vez que la han llenado con el producto de su cosecha, cierran los bordes con pequeños palillos y se la echan a la espalda apoyándola sobre la frente mediante una banda de cuero, fibra o pelo trenzado.

Las fibras vegetales que emplean en la confección de las bolsas son, como ya se ha dicho antes, el chaguar y la ortiga.

El chaguar crece en los bosques y como no siempre se halla cerca de las viviendas, tienen las indias que hacer largas caminatas para obtener las hojas necesarias. La primera fase de la extracción de la fibra consiste en el corte de la hoja, el desprendimiento de los filetes espinosos y la extracción de las capas fibrosas de la parte dorsal y ventral de la hoja; queda así la parte útil de la planta que es el corazón de la hoja que contiene las fibras más largas y resistentes; éstas se traen a la aldea donde se ponen a secar y luego se remojan y por batido de las fibras separan el tejido conjuntivo quedando los largos filamentos blancos listos para hacer hilados, previa desecación.

La otra fibra textil, o sea la ortiga, llamada "okokta" o "sajla" en Mataco y "poko" en Toba, se prepara de manera similar al chaguar y se usa para los mismos fines.

Esta especie de ortiga es un arbusto de una altura media de dos metros, con grandes hojas recubiertas de un vello menudo y punzante; esta planta crece por grupos en lugares del monte un tanto sombreados.

Las indias llevan los tallos gruesos que tienen un diámetro de tres a cuatro centímetros hasta la toldería y los exponen al sol por unas horas, tras lo cual les quitan la corteza en largas tiras; luego toma la india las franjas así separadas del tronco por un extremo y desprende la capa superficial que desdeña; la capa profunda la hiende con las uñas del pulgar y del índice hasta que la planchuela fibrosa queda convertida en un haz de filamentos para cuyo hilado proceden de la misma manera que con el chaguar.

Tal vez no pueda llamarse el de las fibras vegetales exactamente hilado en el sentido de un hilado con huso, más bien la operación de torsión de esta fibra pertenece a la técnica de cordelería.

La india sentada en el suelo, dobla una pierna bajo la otra que mantiene estirada; a su lado coloca los madejones de chaguar u ortiga que va a manipular; de ellos toma dos hacecillos, con un movimiento los desliza suavemente y los arrolla sobre sí mismo presionándolo entre su pierna y la palma de la mano; manipula así simultáneamente dos hilos que se retuercen sobre sí mismos y al retroceder su mano, la hilandera con un

movimiento de vaivén los arrolla uno sobre otro convirtiéndolos en un solo y fuerte cordel. Para facilitar el deslizamiento del hilo al torcerlo empolvan sus dedos con ceniza. Una vez torcidos los hilos, y teniendo muchos metros de él, son ovillados.

Tejido. — Las mujeres chaquenses tejen sus bolsas en forma de malla apretada trabajándola con una gruesa aguja de madera [1].

Muy poco instrumental necesita la tejedora para realizar su obra. Bastan para ello dos palos de unos 40 centímetros de alto plantados en el suelo y una aguja de unos 15 centímetros de largo y de 3 milímetros de espesor, con un gran ojo para pasar el cordel; la aguja está hecha de madera dura de "escayante", palo mataco o espinillo y es labrada a cuchillo. Algunas viejas usan todavía como aguja una fuerte espina de pescado o espinas de tunas.

Entre las varillas que sirven de telar tiende la tejedora un hilo tirante. Sobre éste hace una primera hilada de lazada con la cantidad de mallas necesarias para el tamaño de la bolsa a confeccionarse; después hace una segunda vuelta entrecruzando de tal modo los hilos que sin apretar el nudo queda la malla abierta. Se teje la primera vuelta de derecha a izquierda y en la segunda fila de mallas, sin dar vuelta el tejido, toma la dirección de izquierda a derecha y así sucesivamente. La técnica de las mallas tiene varios puntos diferentes que dan diversidad a los nudos de enlace. Si la bolsa lleva decoración, la tejedora deshenebra la aguja y pone en ella un hilo con el color correspondiente.

Cuando la bolsa es "sikiet" o bolsa carguera la malla se sigue en un solo sentido longitudinal para luego ser plegada por los extremos formando la especie de hamaca que caracteriza su forma. Si la bolsa es cuadrangular o "hilu" la tejedora dobla el rectángulo tejido cosiendo los bordes laterales, dejando la abertura hacia arriba.

Como terminación de la abertura o boca las indias tejen en torno a ella una vuelta de mallas grandes. Para la suspensión las bolsas cuadrangulares llevan un cordón fabricado de piola de chaguar en color natural, cordón que se fabrica envolviendo dos hilos, uno sobre otro y sujetando

---

(1) ERLAND NORDENSKIOLD. *Analyse Ethno-geographique de la culture matérille de deuxs tribes indiennes du Gran Chaco*, 205; París, 1929.

el hilo en el dedo gordo del pie. Las bolsas cargueras en razón de ser usadas para el transporte pesado llevan una banda de suspensión ancha de lana tejida o de cuero.

Tintes. — Vinculada estrechamente a los tejidos de chaguar está la obtención de los colores con que tiñen los hilos. Esta provisión de colores es suministrada en gran variedad de tonos por las plantas silvestres de la región.

Para teñir los hilos las indias Mataco y Toba emplean el procedimiento de inmersión del hilo en la tintura por un período que varía entre uno y tres días, pasado el cual se le da un hervor dentro del baño tintóreo. De una misma planta se consiguen una cierta variedad de tonos según se emplee el fruto, la raíz o la corteza.

Para preparar las tintas muelen las substancias en morteros de madera o entre dos piedras y juntamente con los hilos la ponen a macerar.

He aquí una reseña de los vegetales que emplean más comúnmente para teñir y el color aproximado que dan:

Planta tintórea	*Color*
Corteza de sebil	marrón rojizo
Corteza de tipa	„ „
Palo mortero	tierra siena
Semilla de guayacán (con barro)	gris
Corteza de algarrobo negro	marrón obscuro
Resina de algarrobo	„ „
Resina de algarrobo blanco (con barro podrido)	negro
Corteza de lapacho	rojizo
Corazón de urundel	rojizo fuerte
Guayacán con resina de algarrobo	negro
Corteza de tipa	rojizo claro
Corteza de guayacán	negro
Fruto de guayacán	gris azulado
Palo de tipa (con ceniza en maceración) ..	amarillo rosado

Planta tintórea	*Color*
Ñijtuc (árbol parecido al molle que los chaqueños llaman pata)	colorado obscuro
Palo mortero (con ceniza en maceración) ...	colorado
Semilla de guayacán molida (con los hilos sumergidos después en barro podrido)	negro
Resina de algarrobo (con barro)	pardo
Hojas de sela'taj	amarillo limón
Corteza de ñijtuc (infusión de un día)	rojo
Corteza de ñijtuc (infusión de dos días) ...	pardo obscuro
Fruta de palo mataco	amarillo

Aparte de la lista precedente algunos indios cercanos a Bolivia conocen el rojo de cochinilla y usan el hollín, que recogen en los horcones del rancho en cuyo interior hacen fuego.

Motivos decorativos. — Es seguramente en el tejido de las bolsas de caraguatá donde mejor se manifiesta el sentimiento decorativo de los indios chaquenses. Los típicos dibujos que tejen combinando diferentes colores reciben nombres tales como "codos", "lomo de avestruz", "caparazón de tortuga", "cuero de lampalagua", "frutos de doca", "dedo de carancho", "pata de corzuela", "pata de loro", "cuero de yararará", etc.

Estos dibujos, que resultan de carácter geométrico por imposición técnica, pueden agruparse, de acuerdo con la significación atribuída y con su forma, en el siguiente cuadro:

Bandas

- Continuas
  - lomo de quirquincho
  - lomo de gualacate .... walocatjloai
  - semilla de algarrobo
- Discontinuas — cuero de yararará
- Paralelas — semilla de chañar .... letsejloi
- Alternas — gusano ..... halawó

Quebradas
- Opuestas
  - codos ..... katoltás
  - pata de loro
  - semillas torcidas de algarrobo ..... chojlani
  - pilpinto ..... kiokokó
  - hueso ..... jlilei
- Paralelas
  - yuchán
  - bejuco

Rombos
- fruto de tuna ..... istaclajkia
- pata de zorro ..... magwo-kuetió
- mancha de tigre
- pipa entera ..... chuthilís
- pasacana ..... sakai

Triángulos
- punta de pipa ..... chuthichosel
- escama de pescado
- cola de pescado
- aleta de pescado
- dedo de carancho .... calancho lajui
- nido de avispa ..... suluhuis
- uñita de chivo ..... tsiwojuloj
- alas de cardenal

Exágonos
- Placas de cáscara de tortuga ... kitanioj
- Placas de cáscara de quirquincho.

Pentágonos
- Cara de tigre ..... aiojtchialus
- Cara de iguana ..... ajlutchialus
- Pezuña de corzuela ..... istsonajjuejloj

Octógonos
- Ojo de buho ..... kokotei
- Ojo de carancho.

Trapecios	Platos	asetchiesil
	Calabazas	wosotaj
Grecas	Lomo de avestruz.	
	Víbora de cascabel.	
Ajedrezados	Mosquitas	katas
	Cáscara de cangrejo.	
	Arroz.	
	Cuero de iguana.	
	Pinta de la corzuela.	

Los motivos simples pueden combinarse formando estilizaciones de doble designación, o bien llegan a sufrir modificaciones de simplificación. Los mismos motivos se repiten ordenándose en registros horizontales, verticales o diagonales. Normalmente el fondo está dado por el color natural del hilo del chaguar; no obstante ello, en algún caso, hemos notado que es el motivo el que se destaca en su color natural siendo el fondo teñido.

En general, y a primera vista, la un tanto excesiva geometrización ha desvirtuado las formas naturales que se han querido representar; obran sin duda en favor de esta tendencia dos factores; uno de ellos técnico cuya influencia se advierte de inmediato si tenemos en cuenta que la decoración en el tejido es un proceso regular de reproducción en el que las líneas cobran necesariamente una simplicidad que no se aviene con los complejos problemas de la representación de la forma natural. El otro factor es más bien psicológico y es la tendencia que manifiestan ciertos primitivos a reproducir en sus dibujos las formas reales mediante la delineación de los rasgos esenciales que hieren su imaginación y que, a veces, no son precisamente los más aparentes para nuestra visión.

Enrenreich, hace ya muchos años, dijo [1]: "en la cabaña del jefe de los Bakairis, encontré una especie de artesonado de diminutas tablillas negras hechas de corteza de árbol las cuales llevaban pintadas en arcilla

(1) GROSSE, *Los comienzos del arte*, 139; Barcelona, 1906.

figuras de peces en extremo características y muestras de todos los ornamentos empleados por los Bakairis, ornamentos cuyo significado pudimos establecer entonces fácilmente. Logramos así comprobar el hecho importante para la historia de la civilización, de que todos los dibujos de apariencia geométrica eran únicamente dibujos abreviados a menudo reproducidos de objetos concretos, de animales en la mayor parte de los casos".

Las numerosas tribus que en la actualidad pueblan el Chaco realizan en sus tejidos dibujos geométricos con significación zoo y fitomórficos.

En 1933, Enrique Palavecino [1], mencionó la importancia de los motivos decorativos del Chaco y en una reseña sobre tejidos chaqueños [2] del mismo año hice yo notar su carácter local.

Posteriormente en viajes sucesivos, realizados con el auspicio del Museo Argentino de Ciencias Naturales, pude recoger el catálogo de motivos en los pueblos que visitamos, tal como en la actualidad se presenta y con sus nombres aborígenes.

Algunos dibujos ofrecen, por su composición y combinación, dificultades que impiden su interpretación y por tanto su clasificación dentro del cuadro que he dado.

---

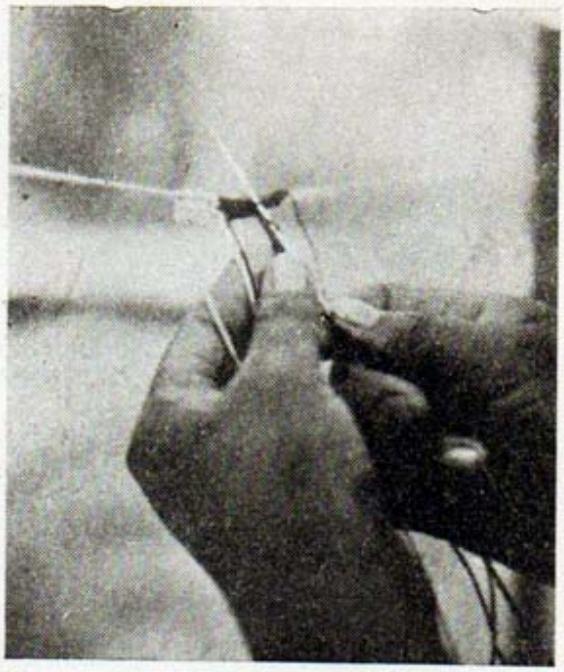
(1) ENRIQUE PALAVECINO, *Artes, juegos y deportes de los indios del Chaco*, en *Revista Geográfica Americana;* Buenos Aires, noviembre de 1933.

(2) MARÍA DELIA MILLÁN, *Contribución al estudio de los tejidos chaqueños*, en *Journal de la Societé des Americanistes*, nouvelle série, XXVI, 47-51; París, 1934.

(Comunicación presentada en la sesión del 19 de junio de 1940. Fotografías y dibujos de la autora).



1



2



3



4

1. — Mujer Mataco hilando chaguar.
2. — Comenzando una "llica".
3. — Desprendiendo corteza de ortiga.
4. — Desflocando fibra de ortiga.



1



2

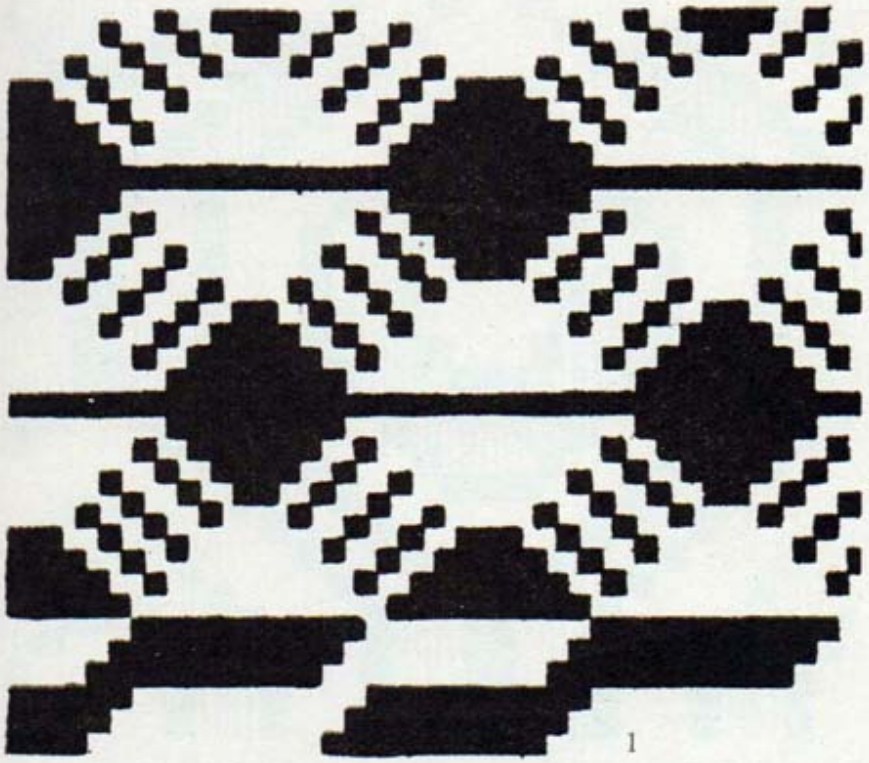


3

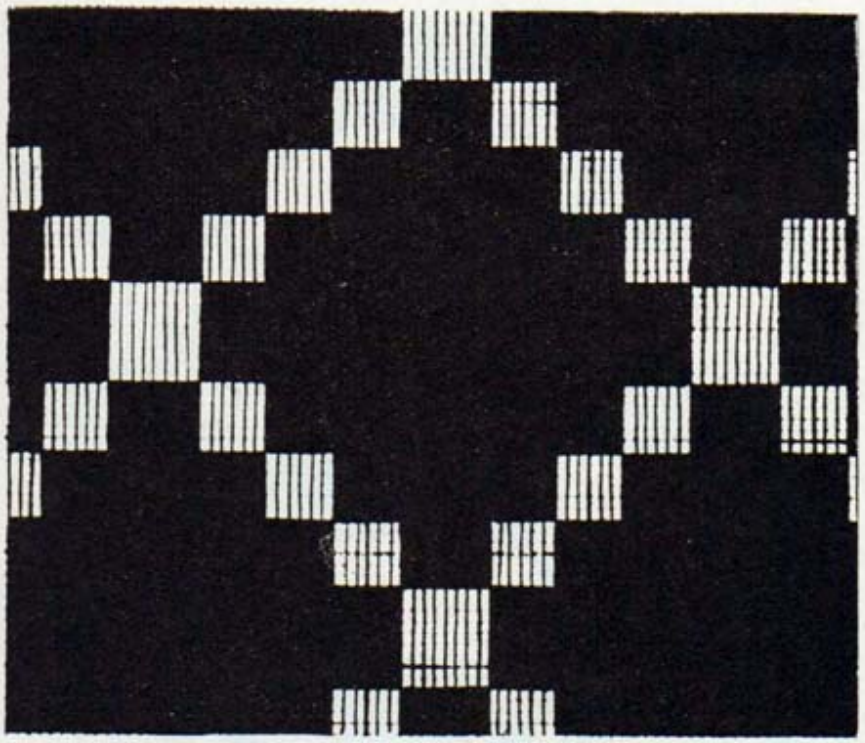


4

1 a 4: Bolsas de chaguar o caraguatá para diferentes usos.



1

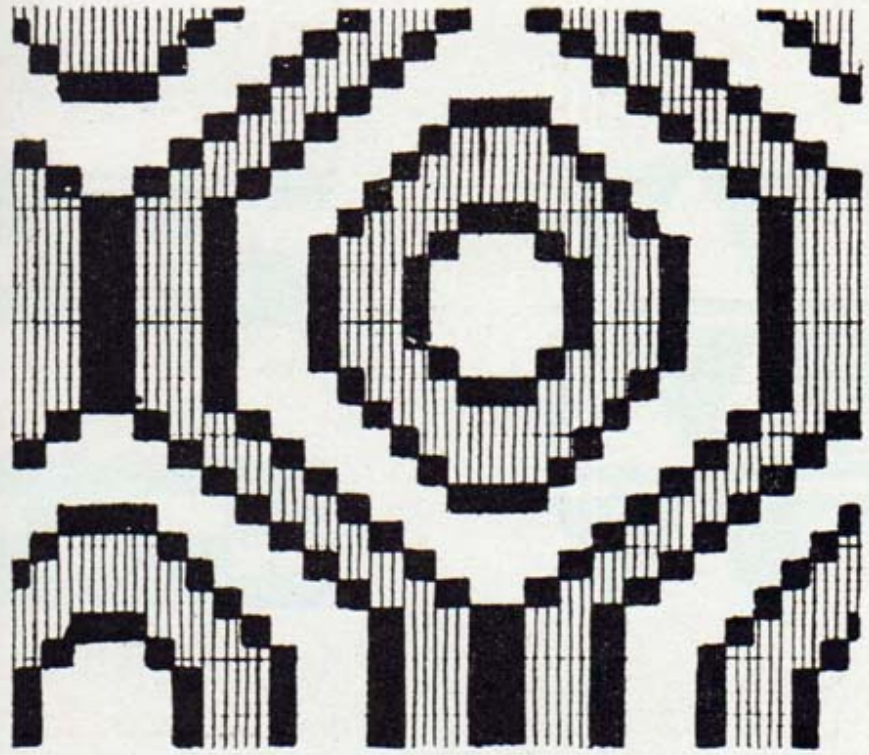


2

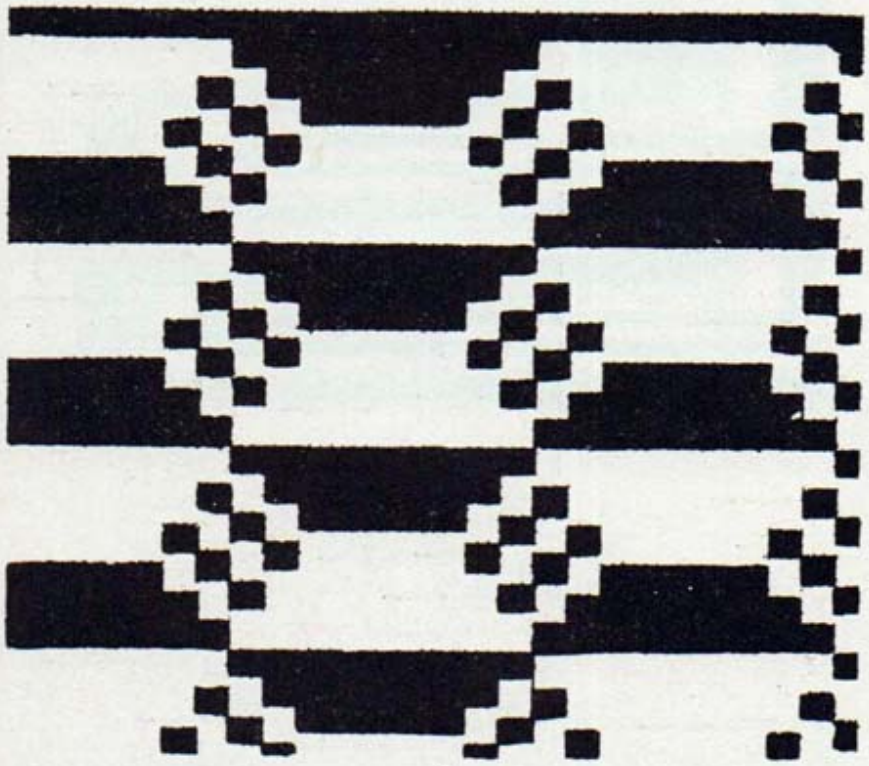
Detalle de los dibujos de las *llicas*.

1. — Pata de carancho y mosquitas. Pieza nº 43.90.
2. — Fruto de tuna. Pieza nº 43.89.

(Del *Instituto de Antropología* de Tucumán)



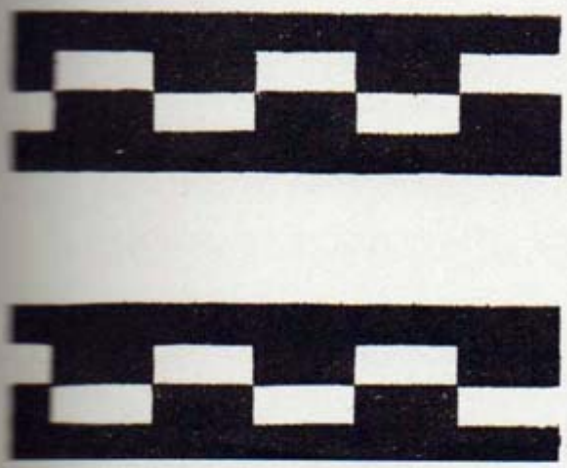
1



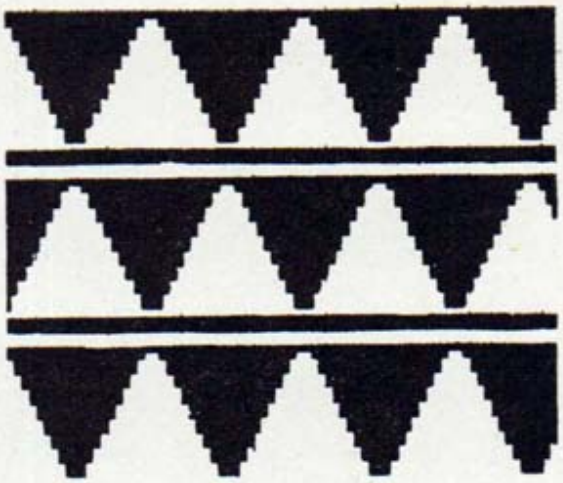
2

1. — Dibujo llamado "ojo de buho".
2. — "Platos de alfarería" y mosquitas.

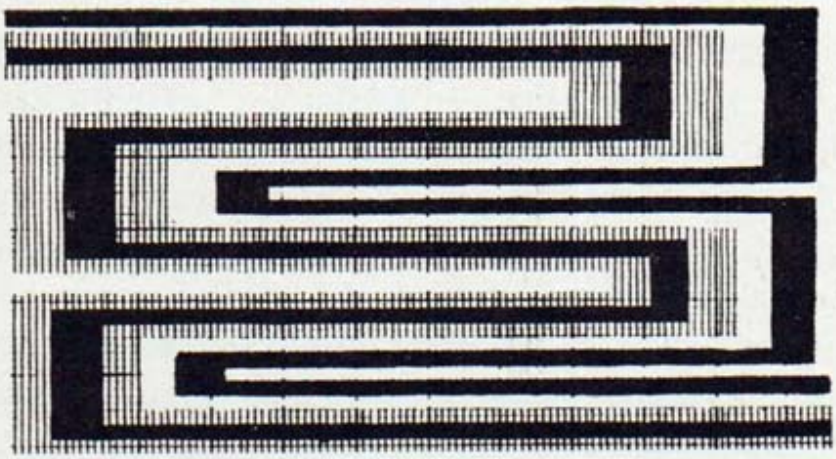
(Del *Instituto de Antropología* de Tucumán)



1



2



3

1. — Dibujo de semillas.
2. — Puntas de pipa.
3. — Lomo de *suri*.

(Del *Instituto de Antropología* de Tucumán)

LA GRUTA PINTADA DE EL LAJAR

(DEPARTAMENTO DE GUACHIPAS, PROVINCIA DE SALTA)

por

FRANCISCO DE APARICIO

A comienzos de 1941, durante mi estada en la Pampa Grande, tuve oportunidad de visitar la notable "gruta pintada de Cara-huasi" cuyas magníficas pictografías diera a conocer Ambrosetti en 1895 [1].

Por aquel entonces, quejábase el viejo maestro de la destrucción sistemática de que son objeto monumentos de esta índole: Cara-huasi tenía destruídas ya buena parte de las pinturas; otros dos yacimientos próximos estaban casi totalmente destruídos. La notable gruta presenta hoy un aspecto desconsolador. Las principales figuras han sido destrozadas con evidente propósito de cortarlas y robarlas; un poeta cursi ha embadurnado el lugar con unos versos detestables. En la actualidad, el yacimiento se encuentra dentro de la estancia Pampa Grande cuyos propietarios han tomado medidas eficaces a fin de conservar lo poco que resta de aquella famosa pictografía.

La penosa impresión recibida por este sacrilegio fué ampliamente compensada por la noticia de la existencia de otras pictografías análogas, dentro de la misma serranía de Cara-huasi. Una de ellas me fué posible estudiar. Está ubicada en el lugar denominado El Lajar, a la vera del camino carretero de Guachipas a Ruiz de los Llanos, a corta distancia del límite de la estancia Pampa Grande.

---

(1) AMBROSETTI, JUAN B., *Las grutas pintadas y los petroglifos de la provincia de Salta*, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, XVI, 311. Buenos Aires, 1895.

El yacimiento —conocido regionalmente con el nombre de "gruta pintada de El Lajar"— está constituído por dos abrigos muy próximos que se han formado dentro de un promontorio rocoso que aflora en la falda de la sierra. El primero presenta, en gran abigarramiento, multitud de figuras pintadas y, entre ellas, cinco grabadas; el segundo, escaso número de figuras grabadas (láminas I y II).

La "gruta pintada" propiamente dicha comprende un abrigo principal, muy poco profundo, cuyo techo forma una especie de alero, y varios abrigos secundarios que se han formado debajo y a los costados de aquél. Las paredes de todos estos abrigos han estado materialmente cubiertas de pinturas. Los colores empleados han sido blanco, negro y ocre rojizo-amarillento. Blancas son la casi totalidad de las figuras que hoy se conservan.

El ocre parece haber sido usado en muy pequeña proporción. En la lámina IV reproducimos las figuras más importantes pintadas de este color. Fuera de éstas sólo se conservan algunas figuras humanas que se advierten en la lámina III, arriba a la derecha, y un numeroso grupo de llamas que, en la misma lámina, aparece abajo a la derecha.

La pintura negra es la que menos ha resistido la acción del tiempo, ha desaparecido casi por completo y no ha sido captada por la fotografía. Todas las figuras blancas, a primera vista, ininteligibles, son, en realidad, figuras fragmentarias porque ha desaparecido la parte negra que las complementaba. Esto es bien evidente en las representaciones humanas, de las cuales sólo aparece el uncu y, a veces, algún adorno capital, y en las de llamas que aparecen cortadas.

La lámina III reproduce una fotografía de conjunto del lienzo frontal. Puede advertirse que está constituído por un conjunto abigarrado de figuras pintadas, evidentemente, por distintas manos y en distintas épocas. Sobre ese conjunto han superpuesto cinco figuras grabadas (lámina VI *a*).

En el centro de este lienzo, cuyas dimensiones pueden apreciarse por la escala de la fotografía, se destaca el motivo más importante de todo el conjunto (lámina IV). Está constituído por una serie de representaciones antropomorfas. El artista ha estilizado la figura humana reduciéndola a sus valores plásticos esenciales: el uncu y el adorno capital. Los elementos humanos, propiamente dichos, faltan casi por com-

pleto; sólo se advierten en algunas figuras unas piernas rígidas y el contorno de la cabeza. Es, en verdad, sugestivo que en todo el lienzo sólo se hayan colorado los uncus, algunos adornos y escasas figuras zoomorfas. Esta sección del lienzo a que vengo refiriéndome, además de valor pictórico, tiene importancia etnográfica, pues vincula estrechamente esta pictografía con otras del Noroeste argentino. En primer término, las estudiadas por Ambrosetti en la misma serranía, luego, y acaso con más íntimo parecido, las del pucará de la Rinconada que Boman diera a conocer [1].

Fuera de los elementos antropomorfos es detalle de gran interés la figura de tigre que aparece en la parte superior de la lámina: un dibujo realista —al menos en el propósito— se ha procurado complementar con el color general, ocre, punteado de blanco. Considero innecesario insistir en detalles acerca de esta sección del fresco, la fotografía es, de suyo, elocuente.

La lámina siguiente muestra, en detalle, la parte derecha del lienzo. Adviértese una figura humana de dimensiones mayores que las descriptas, la cual parece representada con los brazos estirados; abundan las representaciones de llamas, algo confusas muchas de ellas porque sólo se ha conservado la parte blanca del dibujo. Destácase, en esta sección, una extraña figura de identificación difícil que recuerda las truculentas estilizaciones draconianas.

Para mejor comprender y complementar la vista de conjunto, podemos agregar dos fotografías de detalle, una de ellas (lámina VI, *a*) muestra una extraña representación de mamíferos. Por su aspecto general, podrían interpretarse como osos, mas, tienen garras y de dimensiones francamente desproporcionadas. En la otra fotografía (lámina VI, *b*) aparecen fuera de valor, en blanco exageradamente intenso, los cinco signos grabados, los cuales están superpuestos a las pinturas: estos signos no son difíciles de intepretar; uno de ellos es el muy difundido rastro de avestruz, luego un círculo rodeado por dos circunferencias concéntricas, el todo prolongado en una especie de cauda, luego otra circunferencia, luego dos figuras francamente convencionales.

---

(1) BOMAN, ERIC. *Antiquités de la region andine de la République Argentine et su désert d'Atacama*. París, 1908.

El lector que armado de paciencia y de una buena lupa observe detenidamente estas láminas, descubrirá, sin duda, muchas cosas. Esta es la gran ventaja del relevamiento fotográfico. Por nuestra parte, sería prolijidad excesiva pretender describir minuciosamente un lienzo tan nutrido de figuras.

Las dos fotografías incluídas en la lámina VII, reproducen dos paneles pintados en concavidades contiguas al abrigo central. En ambas las llamas constituyen el motivo principal.

Los sujetos representados en la pictografía —no todos visibles en las ilustraciones— pueden resumirse así: las representaciones humanas, además de las ilustradas en detalle en lámina IV, redúcense a seis pequeñas figuras alargadas, con uncu color ocre; luego un pequeño cuadrúpedo —zorro o zorrino, quizá— color rojizo; un tigre rojizo con puntos blancos: llamas blancas, negras y de ambos colores, un avestruz negro con plumas blancas; rebaño y teoría de llamas color ocre, amén de numerosas representaciones zoomorfas de muy dudosa interpretación. Pueden agregarse aún algunas pinturas de aspecto geométrico: circunferencias concéntricas negras, agrupación de puntos negros y de puntos blancos, una figura que parece representar un hacha de mando, etc., etc.

Tanto por los motivos representados como por el carácter general de las pictografías, la "gruta pintada de El Lajar" es un yacimiento típico dentro del Noroeste argentino.

Grabados rupestres.

El abrigo contiguo a que hemos hecho referencia presenta una pequeña serie de figuras grabadas en la roca (lámina VIII).

La figura más notable del conjunto es una representación solar, interpretada como una cara humana plañidera circuída de rayos. Encuéntrase en una sección de la roca de superficie casi horizontal de modo que la fotografía sólo puede obtenerse con gran deformación no disponiendo de dispositivos especiales. Por esta circunstancia la ilustramos separadamente por medio de una fotografía tomada en las mejores condiciones posibles, dadas las circunstancias en que tuvimos que trabajar. La figura, desde luego, tiene una fuerte deformación, mas, puede

apreciarse muy bien su carácter y la interpretación de la imagen del sol (fig. 1).

Luego, es digna de especial mención, la serie de figuras que parecen representar escudos decorados. Estos y la imagen antes mencionada

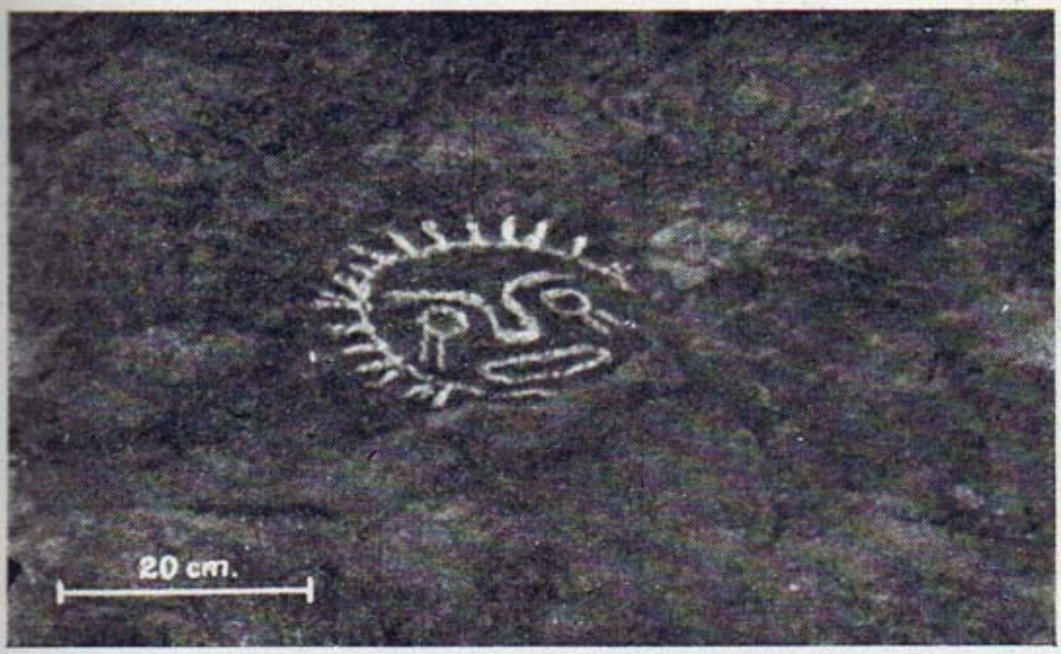


Fig. 1

no son motivos desconocidos en el Noroeste argentino, basta recordar un petroglifo de San Pedro de Colalao, dado a conocer por Adán Quiroga [1].

Luego podríamos anotar elementos de más amplia difusión en territorio argentino: huellas de puma y circunferencias concéntricas. Las demás figuras son de interpretación difícil o extremadamente simples [2].

---

(1) QUIROGA, ADAN, *Petroglifos y pictografías de Calchaquí*, Buenos Aires, 1931.

(2) Las pinturas de este yacimiento han sido fotografiadas directamente, sin efectuar retoque alguno, cuidando en la medida de lo posible, de evitar deformaciones producidas por ángulos de enfoque. Las figuras grabadas fueron reforzadas con tiza blanca como es de práctica.

En la pasada primavera realicé un nuevo viaje de estudio a la Pampa Grande. Llevé conmigo ampliaciones de las fotografías obtenidas en 1941, a fin de colorar ante el natural las figuras y comprobar el resultado obtenido. Este es realmente satisfactorio. La deformación del dibujo es imperceptible, en cambio resultan bastante alterados los valores cromáticos: la fotografía acentúa los blancos, los negros, apenas perceptibles a simple vista, desaparecen en la fotografía; como estos últimos tienen escasa importancia en el fresco de El Lajar, creí oportuno no acentuarlos retocando la fotografía, a fin de que el relevamiento no pierda la frescura y el carácter que se logran por este procedimiento.

(Comunicación presentada en la sesión del 13 de agosto de 1941).



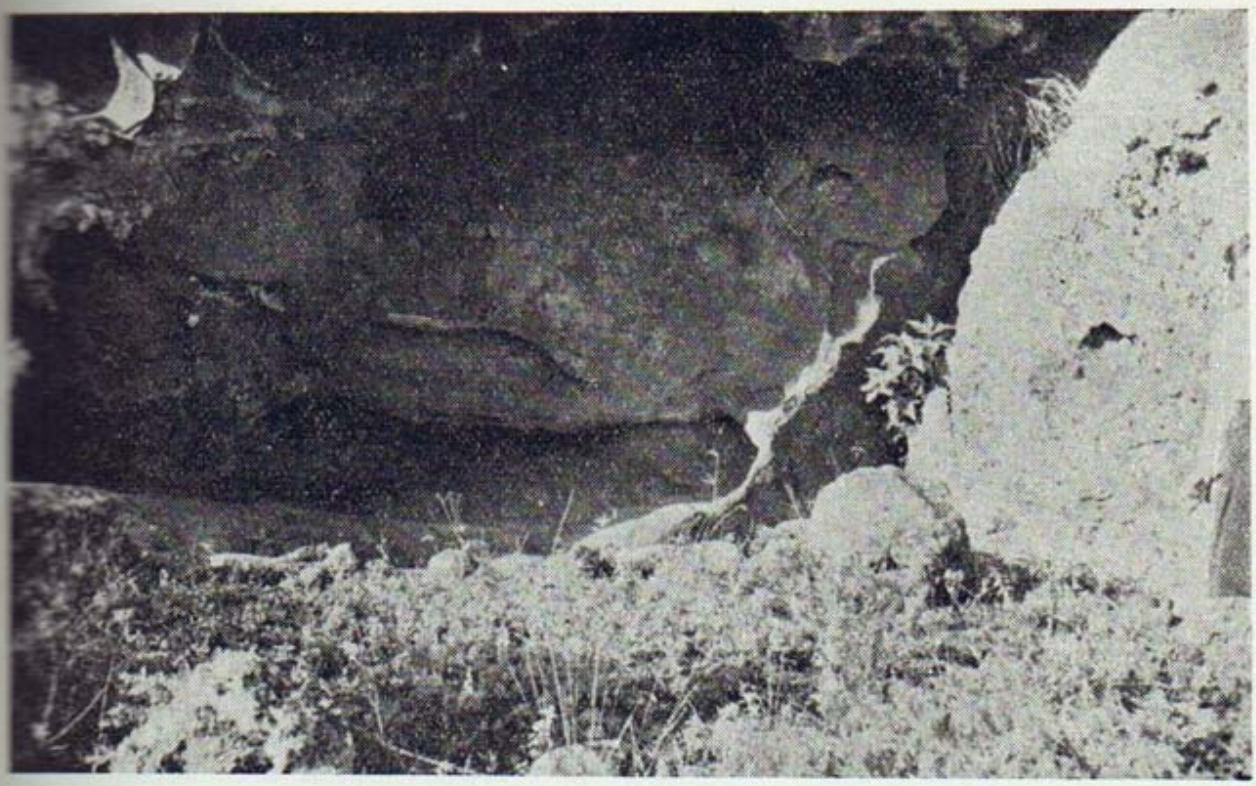
a

Vista general de la sierra de Carahuasi en las inmediaciones de El Lajar.



b

Aspecto de la sierra de Carahuasi en El Lajar.



a

Vista de conjunto de la "gruta pintada".



b

Vista de conjunto del abrigo que contiene grabados rupestres.



Vista del lienzo frontal de la "gruta pintada".



Detalle del lienzo frontal.

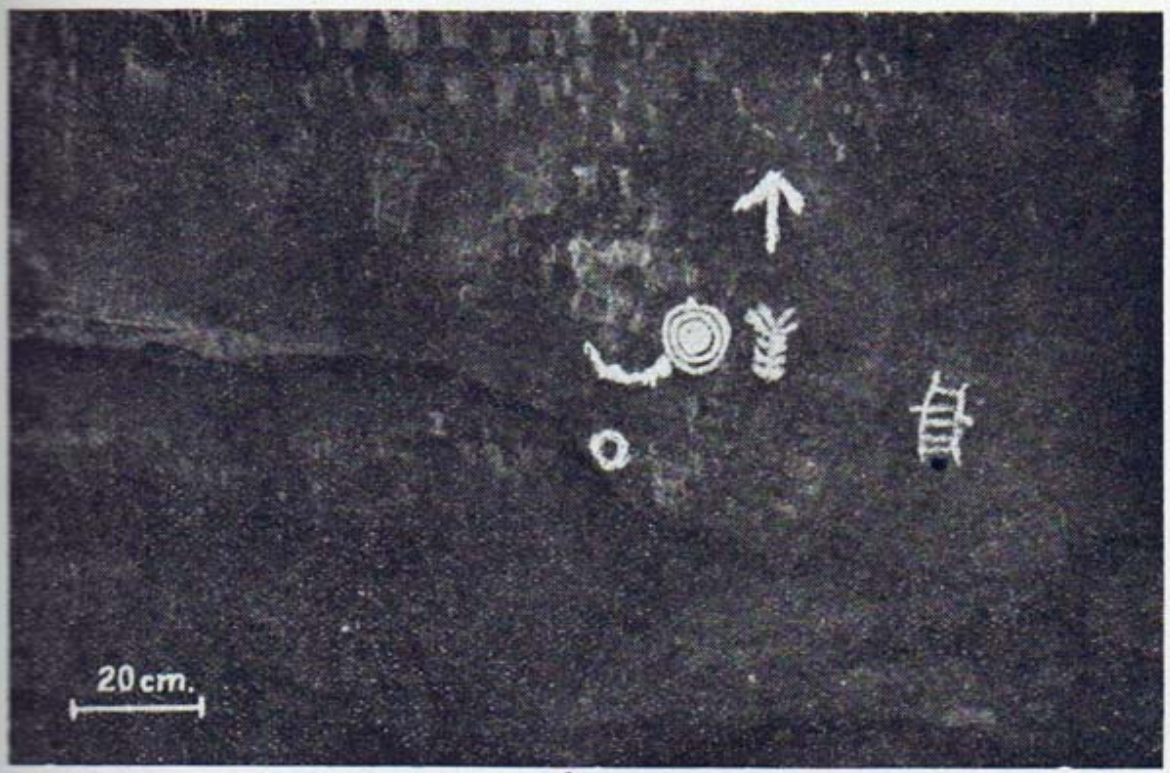


Sección derecha del lienzo frontal



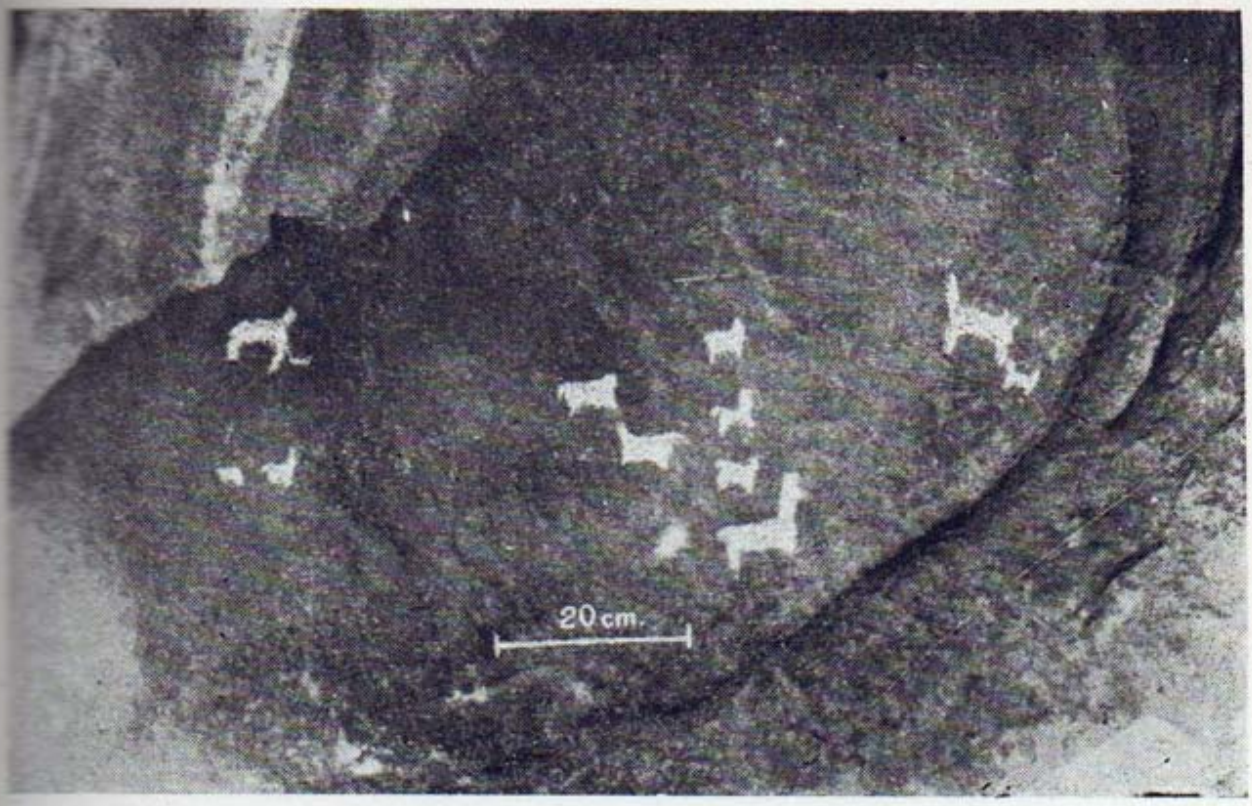
a

Representaciones zoomorfas de difícil interpretación.



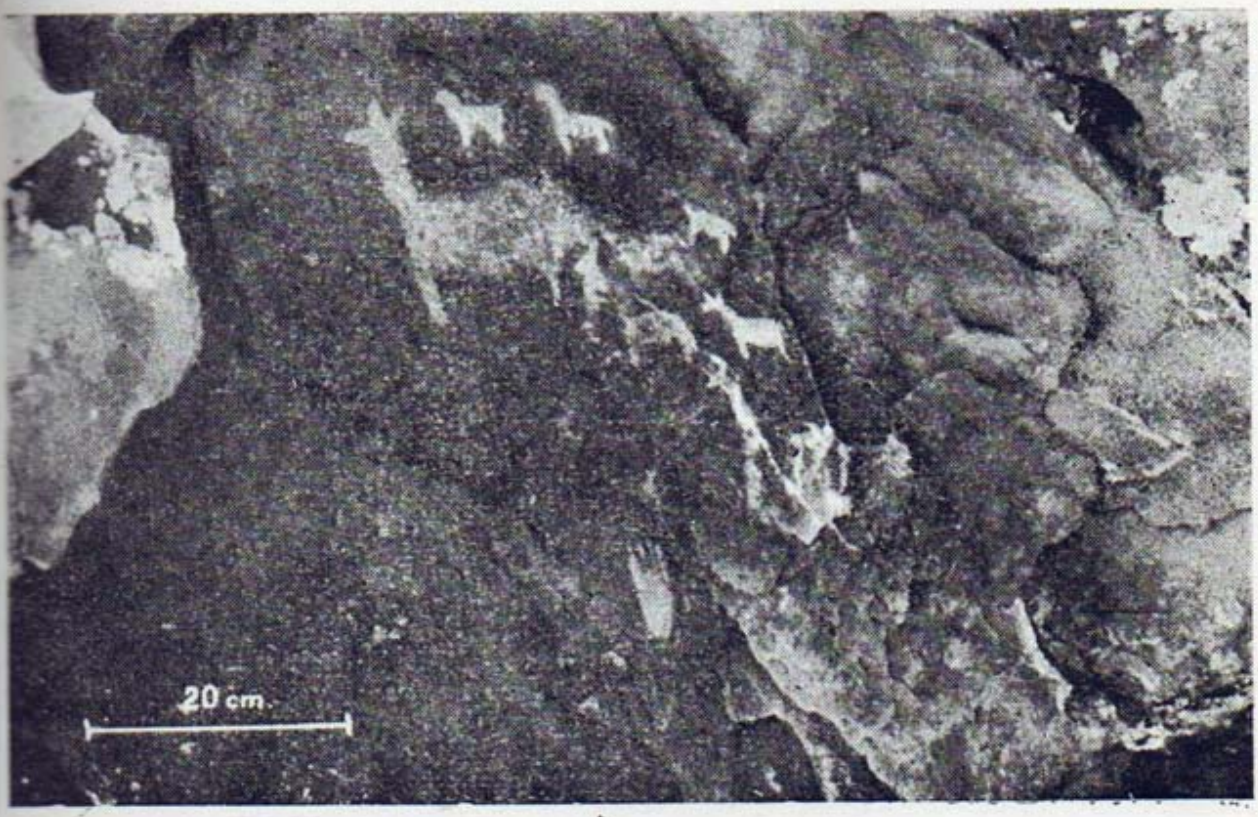
b

Detalle de las figuras grabadas sobre las pictografías.



a

Detalle de pinturas ejecutadas en paneles contiguos al lienzo principal.



b

Detalle de pinturas ejecutadas en paneles contiguos al lienzo principal.



a

Sección izquierda del abrigo que contiene grabados rupestres.



b

Sección derecha del abrigo que contiene grabados rupestres.

PRACTICAS FUNERARIAS NORTEÑAS: LAS DE LOS INDIOS DEL CHACO

por

ENRIQUE PALAVECINO

LOS indios del Chaco como la inmensa mayoría de los primitivos, usualmente no ven en la muerte el término natural de un proceso vital, y normalmente atribuyen el fallecimiento a maleficio. Los Toba Takshik o Kollaga ven en la enfermedad una analogía con las larvas que taladran los troncos de los árboles y suelen todavía hoy, fracturar a golpes de palo los huesos del cadáver o del moribundo para terminar en ese individuo el proceso de destrucción que puede afectar a otros individuos del grupo y también para determinar la muerte del causante del maleficio, contra el cual se vuelve su propio sortilegio.

Los datos concernientes a este hecho los recogí en Fontana, en 1935, y me fueron confirmados por el director de la reducción civil de Bartolomé de las Casas quien, en cierta oportunidad oyendo gritos de dolor que partían de indios vecinos a su domicilio se acercó a investigar y pudo ver cómo ultimaban a golpes de maza a una joven tuberculosa.

Este tipo de concepción de la enfermedad afecta muchas variantes entre los Matacos y aun entre los mismos Tobas occidentales.

Menciono aquí tan solo el hecho de la fractura porque explica la razón por la cual en una remoción de tumbas aparecieron huesos fracturados.

Afecta también el tratamiento del cadáver el fallecimiento repentino y la presunción de envenenamiento. En estos casos según noticias directas de los indios, el cadáver es incinerado para destruir la influencia maléfica del alma del difunto.

En el año 1929 vi la incineración del cadáver de un toba de cuya muerte se culpó a una mujer blanca que le había vendido varias golosinas.

El cadáver es preparado para la inhumación plegándolo fuertemente de modo que las rodillas toquen el mentón y los talones se ajusten a las posaderas. Los brazos son plegados y sólidamente atados.

Cuando por causas fortuitas la rigidez cadavérica dificulta el plegamiento se hacen cortes en las articulaciones a fin de facilitar el plegamiento. El cuerpo así dispuesto se coloca dentro de una gran bolsa de caraguatá y una vieja lo conduce hasta el sepulcro. También suele llevarse el cadáver extendido y atado a un largo palo que es conducido por dos hombres que lo levantan por los extremos.

Cualquiera que sea el aderezo con que se lleva el cadáver a la tumba es interesante destacar que apenas producido el fallecimiento se procede de inmediato a la inhumación. La prisa por librarse del cadáver es tal que no es infrecuente la conducción prematura del cuerpo a la tumba.

Conocí un caso entre los Matacos de Embarcación, quienes en el verano de 1941 llevaron una mujer a la sepultura y poco antes de ser enterrada se movió dando señales de vida. Los indios perplejos dejaron a la moribunda al borde de la fosa y consultaron al misionero sobre lo que debían de hacer con la mujer que suponían resucitada. Una piadosa hemoptisis puso fin a la situación, resolviendo así el problema de los apresurados enterradores.

La inhumación se realiza en varios tipos de fosas. La fosa simple es la más corrientemente usada en la actualidad. En ella se deposita el cadáver acostado y a cierta altura sobre el mismo, disponen troncos que recubren con pasto echando tierra encima.

También inhuman los Matacos, según datos comunicados por el viejo Martín, en fosas con excavación lateral, formando así una especie de ataúd de tierra abierto por un costado y cuya abertura da al fondo de la fosa. La boca de esta abertura se cierra con pequeñas estacas plantadas verticalmente en el suelo y luego se rellena con tierra la fosa. En los casos en que hay inhumación secundaria emplean también el foso con excavación lateral para colocar los huesos. Cuando inhuman cadáveres plegados hacen pozos cilíndricos, simples o con excavación lateral.

He podido ver varias tumbas de indios en todo el Chaco Oriental. Los sepulcros de esa región no tenían otro signo exterior que un amontonamiento enmarañado de ramas espinosas, destinadas a impedir que los animales salvajes cavasen la tumba para devorar los restos. Así era la tumba de un niñito Toba que exhumé en Las Palmas, en el año 1937. Las tumbas de los Matacos de Embarcación tenían un aspecto externo un tanto distinto. Dos o cuatro estaquillas de madera sobresaliendo de la tierra 10 ó 15 centímetros, señalaban los términos del sitio del enterratorio. Encima se hallaban depositados los postes o angarillas que habían servido para el transporte del cadáver y sobre algunas de las tumbas se habían acumulado también ramas.

Durante mi viaje a Formosa, en 1929, mi compañero, Julio Migoya, que se separó de mí en busca de ejemplares zoológicos, pudo ver en el bosque el cadáver de un niño envuelto en una estera de totora y depositado en las ramas de un árbol. La tumba en cuestión, pertenecía a los Tobas que habitaban la región, pero según pude entender por todas las averiguaciones que hice a raíz de este primer hallazgo, que tal práctica era solamente excepcional. En viajes posteriores ya en pleno territorio Mataco, tuve referencias verbales de la misma costumbre que, según me dijo el viejo Martín, era practicada por los Tainjlelei. En 1935, en una excursión que realicé a la banda de Wo Pelaj, cerca de Ballivian, en el Chaco salteño, me encontré al llegar al lugar de la tribu con que el jefe del grupo había muerto cinco días antes.

No fué, ciertamente, tarea fácil conseguir que los indios me llevasen al lugar en donde se hallaba el muerto, esto requirió más de cuarenta y ocho horas de gestiones diplomáticas en los que mis acompañantes indios Martín (Ahlohtajtó) y Nitipayis tuvieron la parte principal. Sastian, hijo mayor de Wo Pelaj y heredero del cacicato accedía a mostrarme la tumba pero la viuda y los dos hermanos menores se oponían; después de varias consultas Sastian bajo su responsabilidad personal me llevó al lugar. Nos acompañaban Martín, un pariente viejo y, a regañadientes, la viuda.

Entramos en el bosque por senderos angostos hacia el Sud. Sastian caminaba delante mío cortando las ramas que podían estorbar mi paso, a los veinte minutos de marcha salimos a un lugar descubierto, lo cruzamos y volvimos a entrar al monte en dirección SO. Caminamos pocos minutos por el bosque hasta que llegamos a un guayacán.

Sostenida por sus ramas, y por horquetas adicionales a unos tres metros del suelo, había una especie de urna hecha con troncos. Medía más o menos un metro por cada lado y tenía una cubierta terminada en cúpula como una choza, con paja colorada (*iloj*). Allí estaba el cadáver de Wo Pelaj. El sutil y penetrante olor *sui generis* revelaba el contenido del paquete. La viuda pronunció algunas palabras de salutación mientras Sastian, el viejo y Martín miraban respetuosamente el bulto. Aproveché el momento para tomar fotografías, temeroso de perder una oportunidad como esa para documentar un detalle tan interesante; hice catorce exposiciones con distintos tiempos y diafragmas. Al retirarnos la viuda pronunció un discurso de despedida.

Una vez en la toldería completé los datos. Supe que el cuerpo de Wo Pelaj fué plegado y fuertemente atado poco antes de expirar, a fin de que la rigidez cadavérica no estorbase después la operación de plegamiento; el cuerpo así doblado se colocó dentro de una bolsa grande de caraguatá, de las que emplean las mujeres para guardar los frutos silvestres que recogen en el monte. Luego una vieja cargó el cadáver y lo llevó al sitio preparado para recibir el cuerpo.

El cadáver no siempre queda en el árbol permanentemente; cuando por el natural proceso de descomposición restan sólo los huesos, estos se reúnen en un haz y se llevan a enterrar lejos, a un sitio recóndito, donde están los restos de los padres, abuelos y antepasados. Al regresar de los Awutsaj mis acompañantes indios me mostraron a un lado del camino otro guayacán donde había estado colocado el cadáver de un hermano de Wo Pelaj cuyos huesos habían sido llevados al sepulcro familiar. El tronco ennegrecido y restos de horquetas y ramas podridas mostraban todavía la huella del fúnebre depósito.

Según pude establecer, el sepulcro aéreo entre los Matacos no es general; casi siempre el moribundo pide que se le ponga en un árbol o bien que se le inhume directamente. A veces también los huesos se dejan en el árbol hasta que el tiempo destruye todo.

Ajuar fúnebre. — La costumbre de depositar agua y alimentos en la tumba, así como objetos de pertenencia del difunto, armas e instrumentos de trabajo y vestidos, está aún en vigencia.

Como es natural, esta práctica está destinada a proveer de tales implementos al alma del muerto. Algunos de estos depósitos significan verdaderos desprendimientos de objetos valiosos para un indio. Es así como entre los Pilagá pude ver sobre una tumba una escopeta que fué inmediatamente sustraída por mi acompañante. Entre los Toba, los bienes del difunto suelen incinerarse sobre la tumba y en el caso del fallecimiento de una mujer Mataco de la Misión de Embarcación, comprobé el entierro en la fosa, junto con el cadáver, de un atado de ropa perteneciente a la difunta y sus instrumentos de tejer.

Tanto los Mataco como los Toba creen en la vida ultraterrena. Aparicio, mi informante Vejoz, me dijo que cuando el muerto es sepultado su espíritu o *lehusek,* sale del cuerpo por la cabeza y por un pequeño agujero en la tierra, llega a la superficie. Por la noche vaga silbando para regresar al alba a la tumba. Hay *lehusek* que se vengan de sus enemigos extrangulándolos o pisándoles el pecho. Entre los Toba, también existe la creencia de que el alma del muerto o *L'kii* vaga por la noche en forma de nube, silbando.

Paralelamente a esta forma de vida que se atribuye a las almas de los muertos existe otra, sin que al parecer los indios noten la contradicción, que les atribuye en espíritu una vida igual a la terrena, con el mismo programa de actividades cotidianas de pesca, caza y recolección.

El lugar de residencia de los muertos es situado por los Toba y los Mataco bajo tierra, y un mito muy conocido, que me fué relatado en una de sus versiones por un indio Mataco del centro de Formosa, se refiere a un hombre tonto que se puso a cavar un pozo tan hondo que cayó al mundo de los muertos, donde fué muy bien recibido y se le ofreció una comida que por ser de los muertos no pudo comer. A propósito de esta comida de los muertos en cierta oportunidad el viejo Alótajló, regresando un día a pie del río Bermejo me señaló un árbol con una pequeña fruta roja del cual me dijo: "Este es el árbol que da la fruta que comen los muertos; decimos que es así, porque por la mañana encontramos las cáscaras en el suelo al pie del árbol".

Otra versión también mítica, coloca el mundo de los muertos en la superficie de la tierra, pero agrega que se hace visible únicamente de noche, en cuyo caso tiene toda la apariencia de un poblado de indios vivientes, con sus chozas, sus perros y sus fuegos que se desvanecen al amanecer.

Duelo. — Las manifestaciones de duelo son diversas. La primera que pude presenciar fué en el año 1927 en el Chaco salteño, cuando visitando una toldería de Mataco llegué pocas horas después de la inhumación del cadáver de un indio muerto por un policía. La esposa y la madre del difunto estaban en el espacio libre delante de su choza. Ambas tenían la cabeza tapada con trapos y cada una empuñaba un sonajero de calabaza con cuyos sonidos acompañaban un canto mortuorio al mismo tiempo que se desplazaban caminando en círculo con pasos cortos y rápidos.

No pude entonces averiguar el sentido de esta danza fúnebre.

El traslado y cremación de la casa del muerto es otra de las más típicas y difundidas manifestaciones de duelo; cuando llegué a la toldería de Wo Pelaj e inquirí sobre el destino de la choza del difunto me dijeron que la choza de la toldería vieja y que estaba abandonada en esos tiempos, sería quemada, en tanto que, la habitación en que había muerto sería desarmada y cambiada de lugar. Ambas maniobras parecían tener un sentido distinto. En el caso de la incineración, parece que se trataba de proporcionar choza al muerto en el otro mundo, en tanto que el caso del traslado, la finalidad principal no era otra que la de impedir el retorno del muerto al lugar de su deceso.

Entre los Toba-Pilagá la viuda se enclaustra en una pequeña choza en donde ayuna por un cierto tiempo.

Forma también parte del ritual de duelo el corte de pelo de la viuda y aún de los parientes más próximos. La razón de esta costumbre según me aseguraron es la de que si así no se hiciera el cabello de los deudos se caerá durante la putrefacción del cadáver.

Es característico también como manifestación de temor al alma del difunto, la interdicción de su nombre, cuando se le quiere mencionar accidentalmente en la conversación, el nombre es substituído por las frases: "el que ya no está" o "el que se fué".

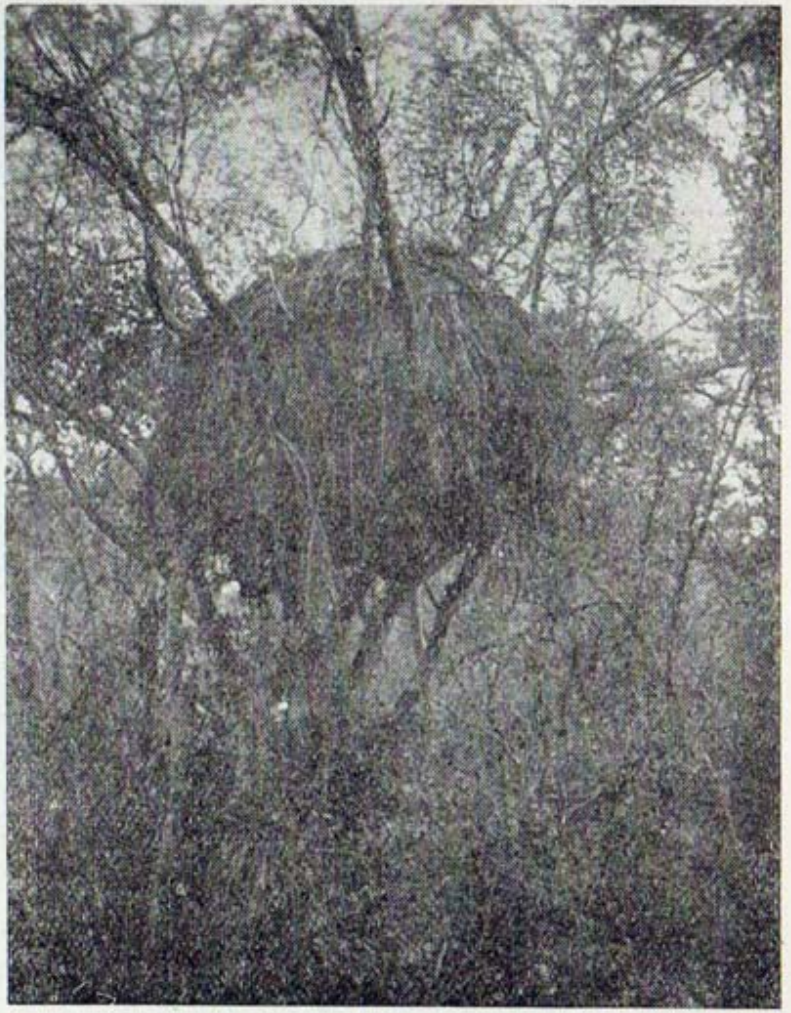
Si el nombre del indio tiene relación con el de algún objeto, planta o animal también es interdicto éste. Unicamente se levanta la prohibición, cuando al nacer un niño se le da el nombre del muerto y en cuyo caso la palabra vuelve al uso corriente. Claro está que estos cambios y prohibiciones son transitorios y no ultrapasan el límite del grupo social constituído por la banda, por lo cual cambios de esta naturaleza no afectan como se ha pretendido en el caso de los Patagones, el léxico del idioma.

En general la actitud del indio respecto al alma de los difuntos es de terror y el sentido oculto de muchas de las costumbres de duelo es tendiente a protegerse contra el enojo del alma del difunto y a impedir su regreso. Un indio Toba de Fontana, me dió en su mal castellano el texto de una jaculatoria que deja esto bien demostrado. Dice así: "No vengas porque no te he llamado. Porque no pienso en ti no hay que venir".

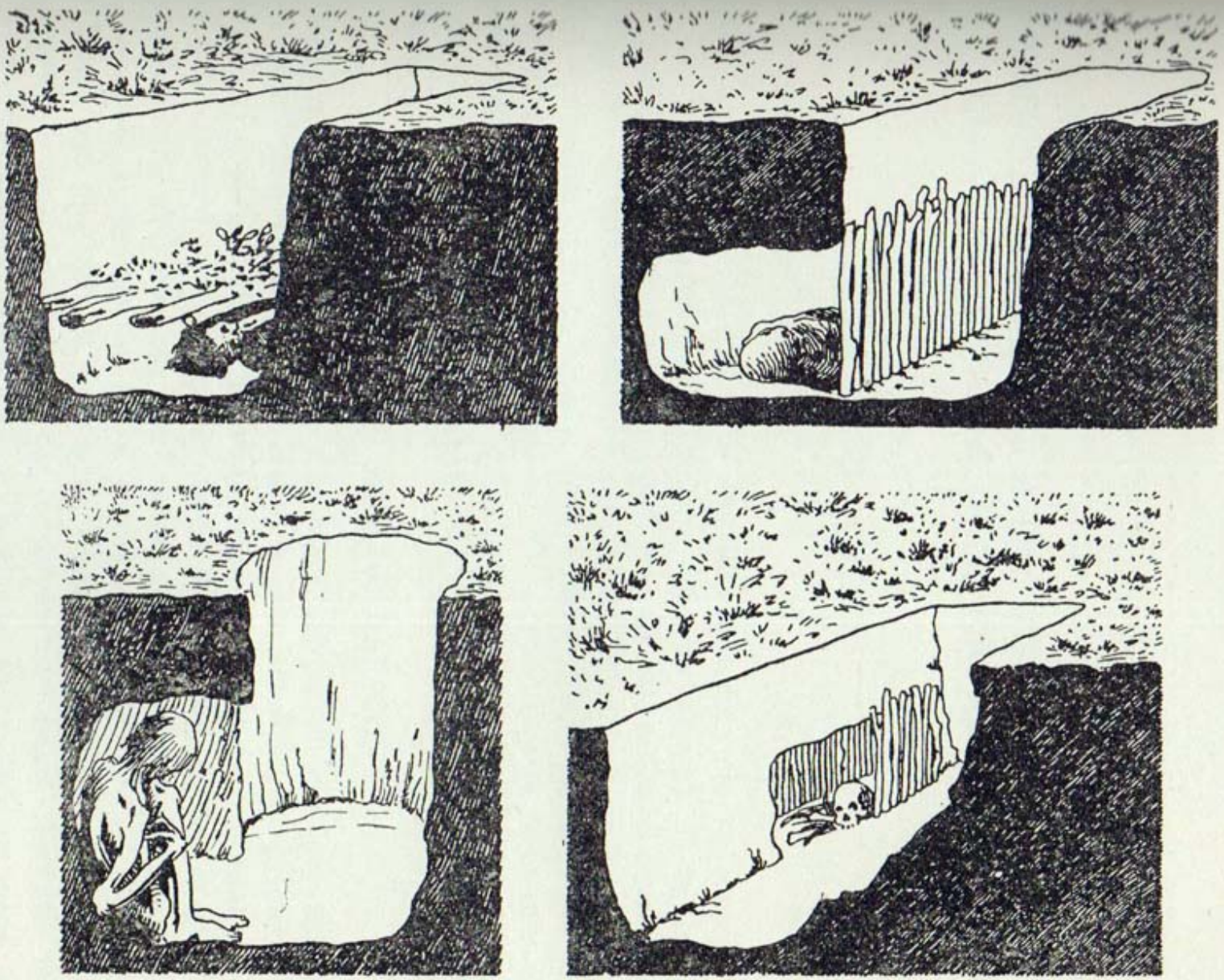
(Comunicación presentada en la sesión del 13 de agosto de 1941. Fotografías y dibujos del autor).



Tumba mataca de Embarcación



Sepulcro aéreo de Wo Pelaj.



Diversos tipos de sepulturas chaquenses.

ANDENES EN LA CUENCA DEL TORRENTE DE LAS TRANCAS (PROVINCIA DE CATAMARCA)

por

ROMUALDO ARDISSONE

LOS documentos materiales de la vida indígena que se conservan en el Noroeste argentino felizmente son muy claros y de tal índole que permiten reconstruir con facilidad más de un capítulo de geografía humana. A esta categoría pertenecen los bancales o andenes como suelen denominarse en la extensa zona andina, donde los ejemplos son múltiples e interesan a varios países. El cuerpo de esta comunicación corresponde a un caso que tuve oportunidad de observar en la provincia de Catamarca, y particularmente en el gran cordón montañoso del Ambato.

PRECEDENTES BIBLIOGRAFICOS

La existencia de andenes en esta región no es inédita, por cuanto ya se publicaron varias noticias más o menos precisas. En primer lugar recurriré al historiador Larrouy, cuya cita debe ser infaltable en toda publicación que se refiera al pasado de la provincia de Catamarca y especialmente al Valle, por sus escritos, como asimismo por los valiosos documentos que nos ha hecho conocer.

Manifiesta que "en las quebradas, sobre todo en la del Tala, abundan hasta el cansancio los *andenes*, o pircas muy bajas, distantes entre sí de tres, cuatro o más metros, y que se sobreponen, a modo de escaleras, hasta varias cuadras en las faldas de los cerros. Los mismos escalones sucesivos, pero más altos, se notan en el cauce de los

torrentes que originan las lluvias y que casi siempre están secos''. En cuanto a la utilización expresa: ''me es imposible adivinar el fin de varias de estas construcciones. Muchas al parecer estaban destinadas a cortar la violencia de las corrientes temporarias, detener la tierra y proteger así los cultivos que existirían en las mismas pendientes, o a su pie. En otras se observan pruebas inequívocas de haber sido habitadas''. Se pregunta luego a qué época y a qué pueblos corresponden; por ejemplo si es posible atribuirlas a la ''obra de tribus anteriores a los diaguitas, y que para morar habitualmente allí habían sido principalmente cazadores''. (1).

Diez años más tarde un escritor menos conciso, Carlos B. Quiroga, se ocupa del asunto. No obstante lo publicado por Larrouy, al proponerse dilucidar la finalidad ''de los pequeños e innumerables atajadizos de piedra en las quebradas menores'', dice que ''nadie los ha observado en detalle ni los menciona como minuciosa obra sistemática. Sólo los que hemos recibido en nuestra psiquis la herencia espiritual de los indios, podemos comprender las minucias de su vida y de su industria''. Es cierto que Larrouy no realiza al respecto un estudio completo, pero nos suministra unas noticias que no son muy superadas por las de Quiroga. Además, cabe hacer la acotación de que no se requiere invocar la *herencia espiritual de los indios* que hayamos *recibido en nuestra psiquis,* a los fines de observar e interpretar semejantes manifestaciones materiales de la actividad de los pueblos.

Según Quiroga, a considerable altura, el cerro albergaba una abundante población indígena. Funda esta afirmación en los numerosísimos trabajos que se conservan aquí intactos, allí deteriorados. ''No hay rugosidad del monte por pequeña que sea, que no esté cruzada de antiguas construcciones. Generalmente éstas consisten en *pircas* atravesadas en las quebraditas de rápido declive, donde la tierra vegetal arrastrada por las aguas pluviales, deteníase, contenida por el atajadizo de piedra. Obteníase así, múltiples y diminutos espacios llanos, de fecunda tierra humedecida por las aguas detenidas un tanto, donde crecían y aun crecen abundantísimos pastizales que, merced a dichos

(1) A. LARROUY, *Los indios del valle de Catamarca. Estudio histórico,* en *Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la Sección Antropológica,* nº 14, 7; Buenos Aires, 1914.

trabajos, resisten los años de prolongadas sequías. En la inmensa mayoría de los casos no es más que media, quinta o décima hectárea lo beneficiado; pero tales construcciones son innumerables en el espacio de algunas cuadras, y en mayores extensiones pueden contarse por millares". Tales obras tenían la función de frenar las aguas salvajes que en la gran pendiente del cerro producían destrozos excavando y llevando la tierra al fondo de las quebradas. A la vez deteniendo a la tierra se la humedecía disminuyendo el ímpetu de las aguas y de este modo se obtenía abundante pasto. Al preguntarse cuál era la finalidad de estas construcciones rurales, el autor expresa que "los indios dueños del cerro además de agricultores eran ganaderos, y de ahí que necesitasen de esas obritas para tener en todas partes reservas de buenos pastos" [1].

En mis viajes por el valle de Catamarca, no tuve ocasión de observar los bancales de la quebrada del Tala mencionados por Larrouy, pero fuí favorecido por el hallazgo de un caso que se halla en otras anfractuosidades orientales del Ambato. Como Quiroga sólo nos habla del cerro, no puntualiza lugar alguno y no presenta ningún topónimo orientador, ignoro por completo si los andenes que yo visité se encuentran comprendidos en sus noticias genéricas.

El 23 de enero de 1938, durante un viaje realizado a la zona de Las Juntas, en las vecindades de la confluencia del curso de Las Trancas con el de Las Juntas, algo me llamó la atención y me puso sobre el rastro de la existencia de andenes, aunque en ese momento no tuviese presente la noticia de Quiroga. Descendía al lecho pedregoso del torrente de Las Trancas por la ladera abrupta, impresionante, de la margen derecha. A cada paso las dificultades se multiplicaban y por consiguiente me veía obligado a observar con detención todos los detalles de la topografía a fin de colocar firmemente el pie. Estas circunstancias determinaron que descubriera una disposición que llamaré sintomática de una serie de piedras. El hecho no podía atribuirse simplemente a la obra de la naturaleza pues se descubría la existencia de unos escalones, de unas piedras formando pircas. Pero la amplitud del

---

(1) CARLOS B. QUIROGA, *Cerro Nativo. El hombre y la naturaleza (Espíritu de la región)*, 201-203; Buenos Aires, MCMXXIV.

hecho era pequeña, la conservación — tratándose de una construcción humana — resultaba muy deficiente, las piedras removidas, y cierto revestimiento de pasto, todo conspiraba para que el asunto no pudiera definirse, para que el nombre no acudiera prestamente a los labios. A pesar del carácter borroso y que hubiera podido hacerme caer en error, la cosa tuvo el mérito de tenerme alerta y de hacerme buscar otros indicios confirmatorios que me pareció descubrir abajo, en menor pendiente de la margen izquierda, aunque la duda fuese dominándome continuamente.

Sin embargo, emprendido el regreso, cuando trabajosamente había trepado por la ladera abrupta y alcanzado la cabecera del camino carretero, al dirigir la mirada hacia la cuenca de recepción del curso de Las Trancas, las dudas se disiparon en el acto. Efectivamente, una serie de hondonadas, aun a distancia, acusaba la existencia inconfundible de andenes. Por desgracia tuve que conformarse con esa visión fugaz que sólo me dió la localización y el carácter general, pues era menester que se emprendiese el regreso a la ciudad de Catamarca. Al escribir sobre la instalación humana regional, en el capítulo que expone la actividad agrícola indígena, después de citar a Larrouy y Quiroga, consideré oportuno incluir noticia de ese hallazgo [1].

NUEVA OBSERVACION

Lo observado no podía satisfacerme. Cuando me retiré del lugar tuve un poco la sensación de Tántalo. El desagrado fué mitigándose por virtud de la vaga esperanza de volver allí para conocer mejor esos restos de práctica agrícola que tanto me cautivaban. Mi deseo vehemente se vió satisfecho después de transcurridos más de tres años, el 3 de mayo de 1941. Sin embargo, las circunstancias no fueron del todo felices, por cuanto, a la suma de temas que en el nuevo viaje a Catamarca despertaban mi atención, se agregó el agravante de las derivaciones antropogeográficas de la extraordinaria peregrinación movida por el cincuentenario de la coronación de la Virgen del Valle.

---

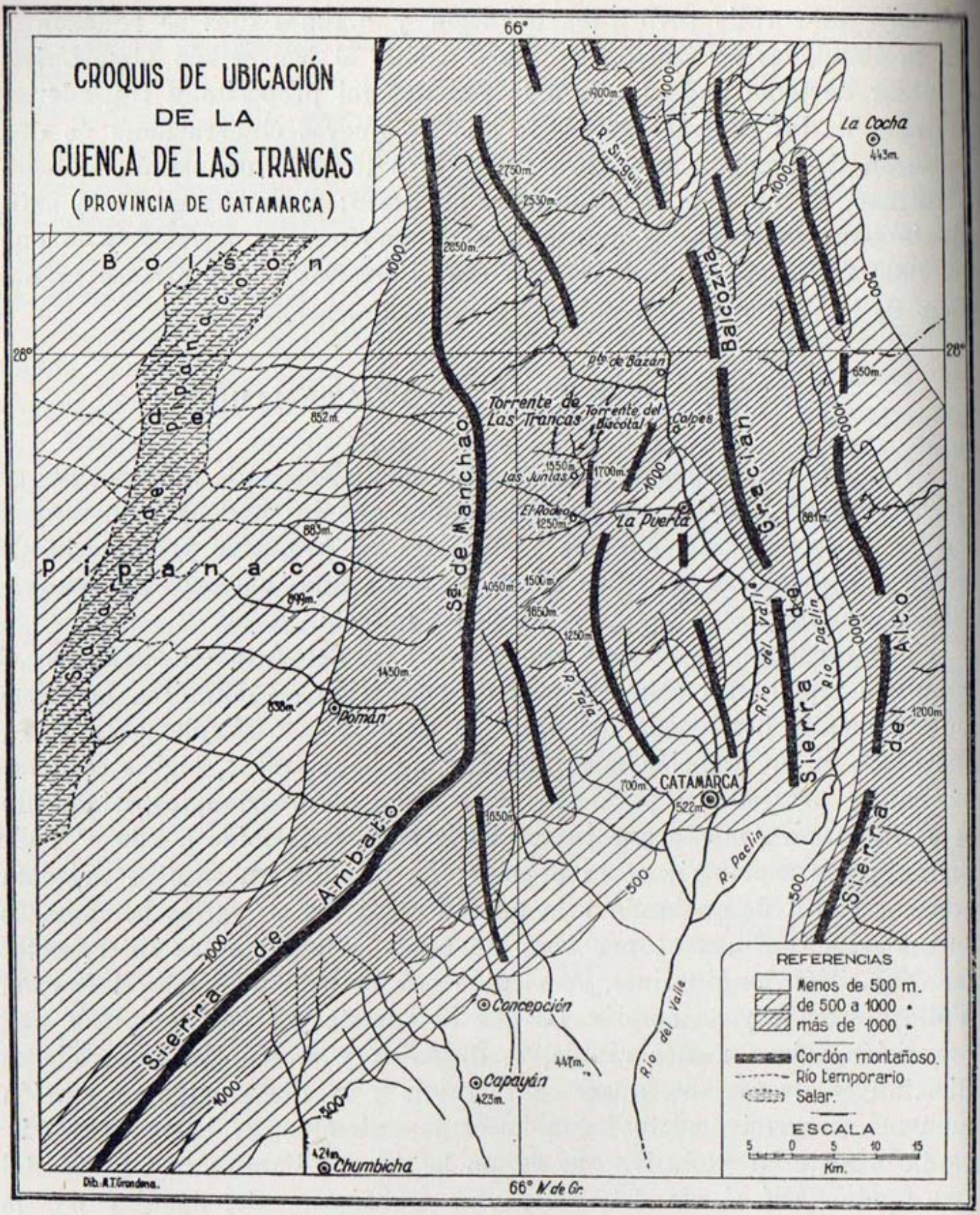
(1) ROMUALDO ARDISSONE, *La instalación humana en el valle de Catamarca. Estudio antropogeográfico*, 54-55; La Plata, 1941.

Además, este viaje tuvo poca duración y algunos días se restaron a las posibilidades de realizar estudios, debido al mal estado atmosférico. A pesar de todo, pude llevar a la práctica mi propósito y trasladarme al lugar de los andenes. Es cierto que las nuevas observaciones no dispusieron de tiempo como para conducir a término un estudio extenso e intenso, en un todo de acuerdo a mi deseo; sin embargo vi lo suficiente para confirmar y puntualizar de una manera apreciable lo que en 1938 fué de presentación harto fugaz. Gracias a ello ofrezco la noticia de la existencia de bancales en la comunicación de hoy.

ESBOZO DEL VALLE DE CATAMARCA

Dejando al margen todo lo que sea incumbencia de la capacidad y del género de vida de un pueblo, resulta que los andenes constituyen un hecho de geografía humana y como tal me propongo presentarlo, de modo que considero oportuno echar mano de unas nociones fisiogeográficas encaminadas a esbozar el ambiente natural.

Los cordones montañosos del Ambato y del Alto — simplifico el complejo toponímico con esta sola denominación — delimitan la interpuesta amplia hondonada del valle de Catamarca o simplemente Valle, entendido en su acepción más lata. Por un buen trecho, ambos cordones se hallan próximos y paralelos, pero luego se apartan, especialmente el occidental o Ambato que tuerce hacia el S. O. Debido a esto el Valle en su parte septentrional es angosto; en más de un sitio se presenta con caracteres de quebrada y la unidad se divide en varias hondonadas secundarias confluentes, por obra de cordones montañosos interpuestos de disposición longitudinal. A medida que se procede hacia el Sur, el Valle desciende y se amplía. Lo que es agreste y encajonado, con una transición más o menos rápida, se dulcifica y se amplía. Los rodados disminuyen de tamaño, aparecen la arena y la tierra cuya proporción aumenta progresivamente hasta hacerse predominante, hasta convertirse en el material exclusivo que forma la extensa llanura casi horizontal del fondo. Allí el río del Valle vive trabajosamente, agoniza por la sangría del riego artificial y muere mucho antes de alcanzar las Salinas Grandes; sólo de cuando en cuando el sojuzgado, con la furia


CROQUIS DE UBICACIÓN
DE LA
CUENCA DE LAS TRANCAS
(PROVINCIA DE CATAMARCA)
66°
28°
B o l s ó n
d e
p i p a n a c o
Sierra de Manchao
Sierra de Ambato
Balcozna
Graciana
Sierra del Alto
Sierra de Paclín
Río del Valle
Río Paclín
R. Singuil
R. Tala
R. Paclín
Torrente de Las Trancas
Torrente del Bucotal
Pdo de Bazán
Las Juntas
El Rodeo
Calpes
La Puerta
La Cocha
443m.
CATAMARCA
522m.
Poman
Concepción
Capayán
423m.
Chumbicha
421m.
REFERENCIAS
Menos de 500 m.
de 500 a 1000 "
más de 1000 "
Cordón montañoso.
Río temporario
Salar.
ESCALA
5 0 5 10 15
Km.
Dib. A.T. Grondona.
66° W de Gr.

devastadora de las crecientes, amenaza y domina a la dominadora chatura del suelo.

Topografía, constitución del terreno y clima seco impiden que se forme un gran colector fluvial. En la zona meridional, los torrentes se pierden en la franja de los conos de deyección y no pueden alcanzar la vaguada del Valle. Por tales causas, resulta que este importante accidente geográfico es parte del amplísimo bolsón de las Salinas Grandes, con fuertes limitaciones en cuanto a la intensidad y distribución de los habitantes y de su actividad.

La población es pedemontana; se concentra a la salida de las quebradas, sobre el terreno suelto de los conos de deyección; se extiende particularmente en la sección septentrional del fondo amplio, en correspondencia con el río del Valle y el Tala. Semejante repartición se vincula de manera estrecha con el aprovechamiento del agua para el riego, de lo cual nace la actividad agropecuaria que constituye la primordial fuente de recursos en la región.

Hecha la debida salvedad en cuanto al número de habitantes, a la extensión, forma y localización precisa de los cultivos, las cosas debieron ser más o menos análogas a las actuales, allá en el quinto decenio del siglo XVI cuando Diego de Rojas se topó con los indios del Valle en Capayán. La crónica de la célebre entrada nos da noticia de la existencia de cultivos, pero es muda en cuanto a los andenes de los cuales no quedaron rastros. El hecho puede achacarse a la necesaria remoción de material que significó la continuidad o la superposición de actividad agrícola hasta nuestros días, es decir, en el transcurso de unos cuatro siglos. Lo más probable es que los andenes no existieran en esa zona baja, por la sencilla razón de que la topografía llana o muy poco inclinada no requiere escalones, y en ciertos lugares la ausencia de piedras en el terreno conspiraba contra semejantes construcciones. Como ya dije, en otras partes del Valle los indios tenían bancales. Las crónicas no dicen palabra al respecto, pero los restos hablan de por sí y la geografía justifica plenamente el hecho.

Los lugares favorecidos por varios factores naturales y que gracias al riego artificial albergan el mayor número de habitantes dedicados a la actividad agrícola, se hallan en la mencionada zona baja, cuyo ni-

vel sobre el mar mide alrededor de quinientos metros. Con el propósito de presentar el hecho apenas esbozado, pero suficientemente ilustrativo, en el croquis se trazan las partes situadas a menos de quinientos metros y las que miden hasta mil, en el Valle y en el bolsón que llamo de Pipanaco, al O. del Ambato. Tales zonas corresponden a los llanos de aluvión ligeramente inclinados y a una porción inferior de la ladera de los cerros. Para la representación cartográfica altimetrica se aprovechan los datos del mapa publicado por la Dirección de Minas [1], mientras que para la confección general del croquis se utilizan dos hojas del Instituto Geográfico Militar [2].

El valle de Catamarca tiene perfil transversal asimétrico. Los dos cordones montañosos que definen la hondonada son desiguales en altura, como se documenta a simple vista. El Alto —a pesar de su nombre— palidece frente al Ambato que llega a medir hasta más de 4.000 metros. Además, la observación de estas montañas pampeanas hace conocer otra diferencia inherente al aspecto general de tal categoría de hechos orográficos. En efecto, la ladera oriental del Valle, que corresponde a la pendiente occidental del Alto, es sumamente abrupta, mientras que el Ambato contrapone a este frente de falla una ladera más suave.

VIAJE A LA CUENCA DE LAS TRANCAS

Se ha de tener cuidado en exagerar la nota, pues estamos muy lejos de encontrar una pendiente dulce, uniforme y de ascensión fácil. La realidad está allí patente para desmentir semejante suposición. Las amplias, las vigorosas espaldas del Ambato tienen su esqueleto, sus músculos y su vestimenta que se manifiestan por una serie de irregularidades consistentes en quebradas impresionantes, cauces profundos, torrenteras, cordones empinados, espolones que transversalmente avanzan hacia el fonde del Valle con pretensiones de diques y determinan hondonadas

---

(1) *República Argentina, Ministerio de Agricultura, Dirección de Minas, Geología e Hidrología, Mapa Hipsométrico de la República Argentina y regiones limítrofes.* Escala 1:2.000.000, [Buenos Aires], 1930.

(2) INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR, *Carta de la República Argentina.* Escala 1:500.000. Hoja nº 24, *Tucumán, Santiago del Estero* (Cap.) *y Andalgalá.* Edición año 1930.—Hoja nº 31, *Catamarca, La Rioja y Salinas Grandes.* Compilado año 1931, edición año 1933. [Buenos Aires].

interpuestas. Es la pintoresca y múltiple variedad de formas dentro de la unidad substancial de la ladera oriental de la masa majestuosa del Ambato. Si la pendiente general es acentuada, intensas y múltiples acciones erosivas y orogénicas vienen creando a cada paso una topografía muy accidentada que impone tiránicas condiciones a las comunicaciones y a una probable actividad agrícola.

En demanda de los andenes, hemos de ascender trabajosamente compensando con creces la tardanza en llegar con la observación instructiva de tan numerosos hechos geográficos, que se nos presentan a cada instante. Dejando a nuestra espalda la ciudad de Catamarca, por un buen trecho, el camino brega con los altos y bajos y con los rodados de la franja pedemontana de los conos de deyección, atravesando una abundosa manifestación de plantas xerófilas. Luego, casi repentinamente, el camino trepa la ladera abrupta, caracolea y aturde al viajero por el número infinito de curvas para alcanzar la cuesta del Rodeo. Desde la altura se domina al Valle con una visión panorámica que en el ánimo pesa mucho más que las molestias que haya podido producir la subida. Por otro lado, también nos libramos de la tiranía de lo particular, de lo cercano, que ya nos perseguía, pues la vista se va extasiando por un horizonte más amplio, más elevado, más puro. Dejando de admirar el Valle extenso y profundo con sus llamativos fenómenos físicos y humanos, el ánimo tiene sobrados motivos de goce ante la parte superior de la montaña excelsa que se destaca nítida, salvaje y atrayente por encima del impagable mirador que hemos alcanzado.

Desde allí nos toca descender nuevamente, el camino vuelve a serpentear, aunque ya no tanto como en la primera parte del viaje. Mirando más o menos hacia el Norte, a nuestros pies se extiende un hermoso valle elevado, a cuya izquierda se yergue una de las secciones más altas y admirables del Ambato. El lugar es francamente hermoso, gracias a su topografía y por su altura que excede en casi mil metros a la ciudad de Catamarca; el ambiente es fresco y a la vez más húmedo. Debido a estos factores, en el fondo del valle se ha formado una población veraniega semiaglomerada que realiza continuos progresos, aunque limitados por las posibilidades regionales, por el número de habitantes y recursos económicos de su zona de influencia. Este pueblo del

Rodeo, de vida especialmente temporaria, periódica, se halla a 1250 m. sobre el mar.

Nuestro viaje no ha terminado. Un buen trecho nos queda por hacer. En efecto, el camino sube de nuevo y más de un viboreo nos espera. En el trayecto uno que otro hecho antropogeográfico matiza el ambiente que es toda una sucesión de fenómenos naturales, ora suaves ora salvajes, pero siempre llamativos hasta el punto de que jamás la vista se harta de posarse sobre ellos. Esta subida nos permite acceder a otro valle también alto, situado al Norte del de Rodeo y análogo en más de un aspecto. Así, por ejemplo, no le faltan elementos de belleza geomorfológica e interesantes manifestaciones antropogeográficas (cultivos, ganadería, viviendas), concentradas particularmente en las hondonadas, por la proximidad del agua de los arroyos.

Este es el valle de Las Juntas cuyo fondo se halla a más de 1.500 m. sobre el mar. Las laderas —especialmente las occidentales— son relativamente suaves; en ellas aparece un predominio de formas redondeadas. Pero estamos en un período de erosión; las aguas descienden excavando más y más su cauce; se bosquejan las cuencas de recepción digitadas por el despliegue de los vallecitos y torrenteras; el transporte es intenso y el cauce pedregoso va seccionando profundamente aquí y allá los importantes depósitos de acarreo de otros tiempos, con lo cual se forman terrazas fluviales.

A medida que avanzamos hacia el Norte, siguiendo la dirección de las aguas del colector, el valle se angosta. las laderas se acercan y se presentan más empinadas, particularmente las de la derecha constituídas por material antiguo y cuya pendiente se vuelve impresionante. Una serie de cuencas de torrentes esbozadas y separadas por espolones breves y toscos da a esa montaña el aspecto de una mole que los cíclopes hubieran comenzado a esculpir. Entramos a la parte fragosa. El valle se despoja de su carácter. La naturaleza ha formado aquí una topografía fragosísima, de manera que al valle sigue una quebrada. El fondo se ha estrechado en tal medida que las aguas corren por un desfiladero, por una garganta que no deja paso ninguno al camino y da término a los cultivos Efectivamente, la carretera ya no puede seguir inmediata a la vaguada y se ve obligada a describir sus curvas a mayor

altura, obediente a las inflexiones del flanco montañoso, hasta que bruscamente se detiene pues llega al borde de una especie de pozo, al tajo profundo e impresionante cuyo fondo lo ocupa el lecho pedregoso del curso de Las Trancas o de La Soledad, en las vecindades de la confluencia del río de Las Juntas.

Mirando al frente, a la derecha, a la izquierda y al precipicio que se abre ante nuestros pies, bien comprendemos la causa topográfica de la muerte brusca del camino. Aquí los elementos naturales se han dado la palabra para producir este ambiente fragosísimo con el cual el hombre tuvo que habérselas para desarrollar ciertas manifestaciones de su actividad.

DIFERENCIA DE PRECIPITACIONES

Además de aspectos topográficos definidos, otros factores diversifican este lugar y la parte baja del gran valle de Catamarca. Se trata de manifestaciones climáticas. Dejando aparte el problema de la temperatura, indudablemente la humedad ha de presentarse desigual cuantitativamente, gracias a la altura tan acentuada y a la exposición favorable de esta ladera del Ambato. El fondo del Valle es más seco. Aunque el pie oriental del majestuoso cerro se halle un tanto favorecido en comparación con lo que sucede en otros parajes, estamos siempre en presencia de la miseria de unos 300 mm. o poco más a que se reducen las precipitaciones pluviales durante el año en la ciudad de Catamarca y localidades de exposición semejante.

La montaña con su altura determina una condensación de vapor de agua digna de nota y que resulta seguramente superior a los parajes situados en niveles bajos. Además, esta pendiente del Ambato se halla expuesta de manera ventajosa a las corrientes atmosféricas relativamente húmedas que en verano proceden del Este y causan las definidas precipitaciones periódicas. El fenómeno diferencial se documenta con el simple examen visual, aunque no se logre captar la apreciación cuantitativa exacta. Colocado en el fondo del Valle, el observador comprueba que, a diario durante el verano, las nubes ocultan al cerro, especialmente en las horas de la tarde. Ello es señal indudable

de que allá arriba las precipitaciones han de ser más frecuentes y más abundantes; cuando menos el aire será de mayor humedad.

A esta consideración se agrega el aporte del conocimiento directo. En El Rodeo, en Las Juntas y en otros lugares análogos, se observa una relativa abundancia de agua llevada por los torrentes, y la vegetación natural ofrece un verdor que no es usual en la zona baja del Valle. Por otra parte, se patentiza una manifestación algo frecuente y significativa: la existencia de cultivos a temporal, es decir, realizados sin necesidad de recurrir al riego artificial, cosa que resulta bien problemática en las vecindades de la ciudad de Catamarca. En la susodicha zona alta, actualmente se practican los cultivos empleando ambos sistemas. Esto no obstante, el área destinada a la agricultura es de reducido porcentaje frente a la extensión total disponible, aunque la topografía excesivamente accidentada y la constitución del terreno sean grandes factores adversos.

AMBIENTE PROPICIO PARA LOS ANDENES

Este es el ambiente en el cual se encuentran los restos de andenes que cité. Digo que se trata de restos, por cuanto no observé una práctica agrícola semejante entre los agricultores de ahora. Es de suponer que los factores naturales de la región, capaces de regir las formas agrícolas, no han experimentado variación sensible en el transcurso de siglos, de manera que el uso o desuso de los bancales debe atribuirse a cambios humanos. Efectivamente la conquista blanca determinó una transformación apreciable. Entre otras cosas, a pesar de haber traído nuevas plantas de cultivo que se suman a las autóctonas, el área agrícola en la zona de Las Juntas se redujo o por lo menos desapareció de una serie de pequeños lugares. Es tal la pendiente de los cerros y la constitución del terreno, que apenas se procediera a una ampliación del área cultivada se haría probable el uso de los andenes, y esta práctica llegaría a exigirse en caso de extenderse mucho más el área antedicha, particularmente si volvieran a incorporarse a la agricultura tantas rugosidades de la montaña, como se hacía en tiempos prehispánicos. Lo que en otro medio la naturaleza aconseja, favorece o encauza, aquí lo impone.

El esfuerzo para obtener algún provecho es mucho. El fruto es reducido. Pero, mejor es atenerse a un resultado modesto que el conseguir nada.

CUENCA DE LAS TRANCAS

Desde las inmediaciones del lugar donde termina la carretera, mirando hacia aguas arriba, se consigue observar la topografía accidentada de la cuenca del curso de Las Trancas o de La Soledad y en el fondo del cuadro se levantan las altísimas crestas del Manchao. Las laderas, generalmente empinadas, están cubiertas por tierra mezclada en proporción muy variable con piedras, pero este manto no es completo pues en algunos sitios deja aflorar materiales antiguos, que aquí y allá forman pendientes abruptas y peñones. La cuenca es todo un juego infinito de hondonadas. Las laderas ofrecen el cincelado de simples surcos, de rugosidades insignificantes, de torrenteras más o menos dibujadas, señales de que la erosión arañó la montaña, ora con suavidad ora con furia, desde lo alto hasta el fondo de la quebrada.

La observación descubre fácilmente que numerosas de estas entidades son partes de una entidad mayor, que cobra forma general de cuenca. Cuanto más se excava cada surco de erosión, en su trabajo de ahondamiento y de ensanche, más se define la hondonada de la cuenca. La montaña enflaquece y se descarna; se pone en evidencia el costillar con desnudeces y heridas impresionantes. Contribuyen a esta demolición, a este ataque despiadado, la gran pendiente y la acción del agua en movimiento rápido. Resulta que los materiales detríticos no logran detenerse, no consiguen formar una cubierta apreciable, particularmente los cuerpos de diámetro más pequeño que son los más propicios para la vida vegetal. Los materiales, que en otras circunstancias pudieron detenerse, no tardan en ser arrancados y a su vez van a parar al bajo, a las fauces voraces del torrente bravío en sus crecidas, que las somete a nuevos tormentos infernales, obligándolos a un largo viaje riquísimo en peripecias. Se atenta a la formación o a la conservación del suelo con la insidia de la pendiente abrupta que desmorona el detrito al debilitarle la base, se le atenta con la caricia sola-

pada del hilo de agua, con el empuje arrollador, con el manotón, con el cruel golpe de uña del torrente desenfrenado.

Dentro de la multitud extraordinaria de hondonadas parciales diminutas, la vista alcanza a captar la existencia de una que otra mayor, que a su turno se divide en una serie de otras pequeñas. Llama la atención la quebrada del río del Biscotal que, a poca distancia del observador, echa sus aguas en el río de Las Trancas o de La Soledad, por su margen izquierda. La denominación de río, para el curso del Biscotal y aun para el susodicho de Las Trancas —pese al uso popular en el paraje—, no es acertada. Corresponde emplear el nombre de torrente. En efecto, no obstante el hecho de que a principios de mayo, es decir, en pleno otoño, todavía no sean enteramente lechos secos, las características se inclinan más a favor del torrente que del río. No puede ser de otro modo considerando la pendiente acentuada del lecho que presenta numerosas peñas que, por su volumen, forma y disposición, atestiguan la furia temporaria del torrente, en el fondo de estos valles encajonados que merecen la designación de quebradas.

En la confluencia de la quebrada del Biscotal con la de Las Trancas se levanta el cerro Ipalampa de pendiente abrupta, esculpida por una serie de los mencionados surcos de erosión o vallecitos apenas esbozados. El dorso de este cerro es pedregoso y con frecuencia deja aflorar material antiguo. Los detritos diminutos, muy desmenuzados, la tierra, escasean y se nota mayor cantidad en las hondonadas. Semejante material —pese a la gran pendiente— logra aferrarse al lugar fragoso gracias a la acción protectora de la vegetación herbácea, a la paja que tanto se usa para techar en toda la región. La cubierta vegetal no es abundante ni continua, pues el tejido es bien ralo y están muy lejos de llenar los claros los ejemplares de arbustos y de matas que se ven aquí y allá y constituyen los combatientes más elevados de una flora trabada en lucha con las hierbas ya predominantes en la zona.

A un nivel poco más alto que el del lecho peñascoso de la confluencia, al pie del cerro Ipalampa, se halla una vivienda que es la única de este paraje. Aprovecha una especie de pequeña terraza; allí, junto a la construcción, hay algunas plantas cultivadas. Más arriba, con solución de continuidad y en un punto donde reina la piedra, se

observan otras construcciones: son las pircas que forman los corrales. Este hecho se parece a una floración natural, tan estrecho es el vínculo entre lo artificial y las condiciones del medio. A esto se reduce la materialidad de la instalación humana moderna.

ANDENES EN LA CUENCA DE LAS TRANCAS

No es necesario trasladarse a otro punto para observar muestras de actividad humana que respondan a formas diversas y que precisamente suministran el tema de la presente comunicación. El cerro Ipalampa tiene el mayor número, la mayor frecuencia y la mejor definición de andenes. Comienzan éstos con una serie pequeña pero patente, inmediata a las pircas de los corrales y que va ascendiendo la cuesta empinada de la montaña. Este es el comienzo, por cuanto esa ladera abrupta, que corresponde a la margen derecha del torrente del Biscotal, se ve poblada por series de andenes, en número casi igual al de los esbozos de vallecitos o surcos de erosión antedichos. Precisamente se trata casi siempre de restos de pequeñas pircas y diminutos rellanos que, desde el fondo de la quebrada, ascienden atrevidamente por esos surcos hasta la cumbre del cerro o sus inmediaciones. A pesar de que su conservación sea muy mala —hasta el punto de que a veces la forma resulta bien borrosa— en general no se escapa al examen aun rápido la conclusión de que estamos en presencia de construcciones agrícolas. La ubicación preferente en las pequeñas hondonadas confirma la finalidad que se tuvo al realizarlas: freno a la erosión y aprovechamiento agrícola de los escalones donde el material detrítico era más abundante y más adecuado en calidad.

Mirando desde la ladera opuesta, se abserva una serie de franjas de pequeños andenes, sensiblemente paralelos, en correspondencia con la disposición y la amplitud de los vallecitos esbozados. El número de las series, lo mismo que la amplitud, la forma y la disposición acusan una relación estrecha con la pendiente de la montaña, con el esculpido general y particular de la ladera, y con la clase del terreno. Cuando la pendiente es muy empinada, cuando aflora el material cristalino, los andenes tienen solución de continuidad. Cuando el surco se ahonda, las construcciones se estrechan y la franja se irregulariza,

ondea en los casos en que el eje del vallecito no sigue la línea recta. Donde la pequeña cuenca se ensancha, las pircas cobran mayor longitud; donde se esboza una diminuta cuenca de recepción con varios surcos en disposición digital, allí asoma en las series de andenes una especia de abanico. Es natural que a la adaptación de las series se haya hecho corresponder una acentuada adaptación de los andenes en particular, en cuanto al número de ellos y a características de pircas y de rellanos.

Los andenes observados en el cerro Ipalampa (ladera que corresponde a la quebrada del Biscotal) no son los únicos de esta zona. Restos generalmente borrosos observé aguas abajo, en varios puntos de la abrupta ladera derecha de la quebrada de Las Trancas o de La Soledad. Disponiendo de más tiempo, se podrán observar aspectos particulares y el estudio alcanzará la debida precisión. Además, correspondería ampliar la investigación, pues al transponer espolones, al mirar más adentro por esas recónditas quebradas, al ascender por otros cerros, quizás se logren descubrir construcciones agrícolas más interesantes que las descriptas en esta comunicación.

Por otra parte, cabe dar la noticia de que un informante serrano, señalando aguas arriba, dijo que algo lejos hay numerosas ruinas de viviendas de los antiguos. Es una lástima que la localización no haya podido alcanzar suficiente precisión, pues desgraciadamente el serrano pudo referirse a las ruinas más o menos conocidas por los arqueólogos y que se hallan en la franja de conoides al pie occidental del cordón del Ambato, en el bolsón de Pipanaco.

CONVENIENCIA DE COMPLETAR EL ESTUDIO DE LAS RUINAS EN EL AMBATO. FRONTERA SUDORIENTAL DE LOS ANDENES

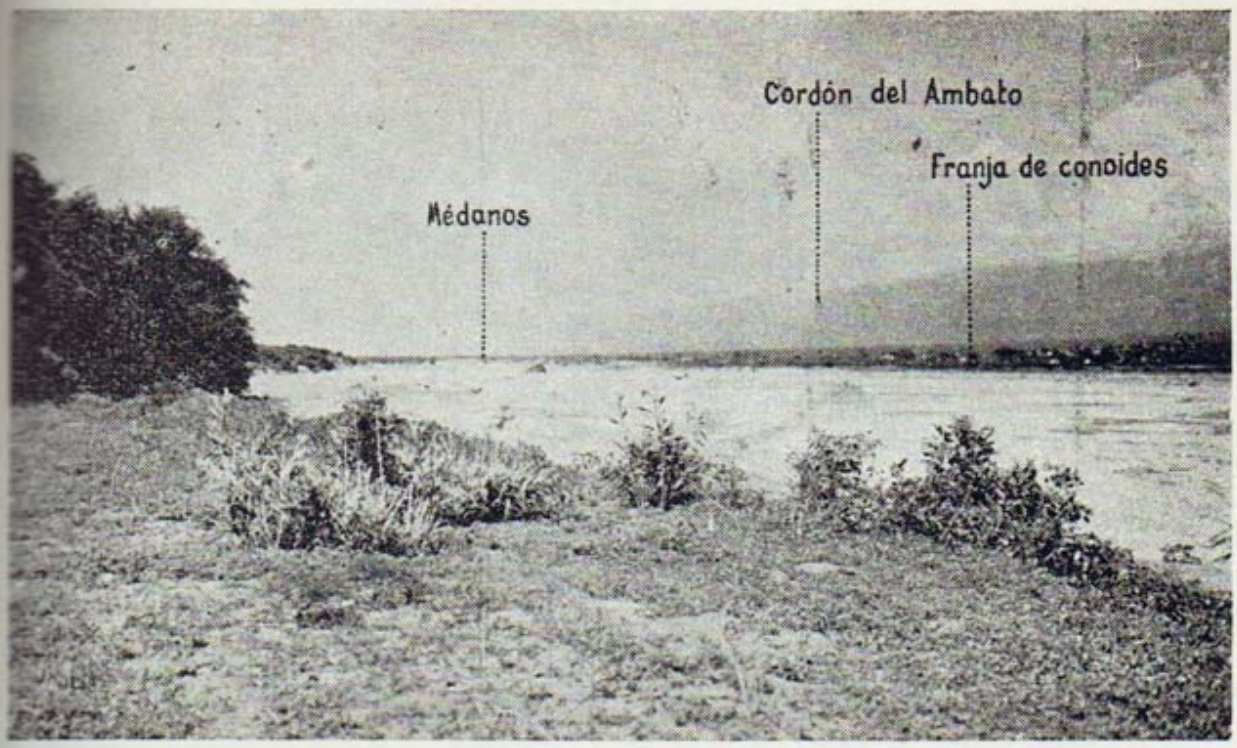
En concomitancia con el interés arqueológico, un examen suficientemente minucioso de las ruinas indígenas de viviendas y de andenes en la zona de Las Juntas —y, si posible fuera, con mayor amplitud— suscitaría un fuerte interés de geografía humana retrospectiva, por cuanto se lograría reunir una serie de noticias documentales acerca

de la intensidad. forma y localización de la vida indígena. Los restos hablarían claro respecto de la instalación humana y del género de vida de esos antiguos habitantes, con la seguridad de conseguir una noción aproximada en cuanto a la densidad de población. Asimismo, por encima de estos problemas, se plantea la certeza de alcanzar el conocimiento del límite altimétrico que en tiempos remotos tenía la población sedentaria en esta zona del cordón montañoso del Ambato.

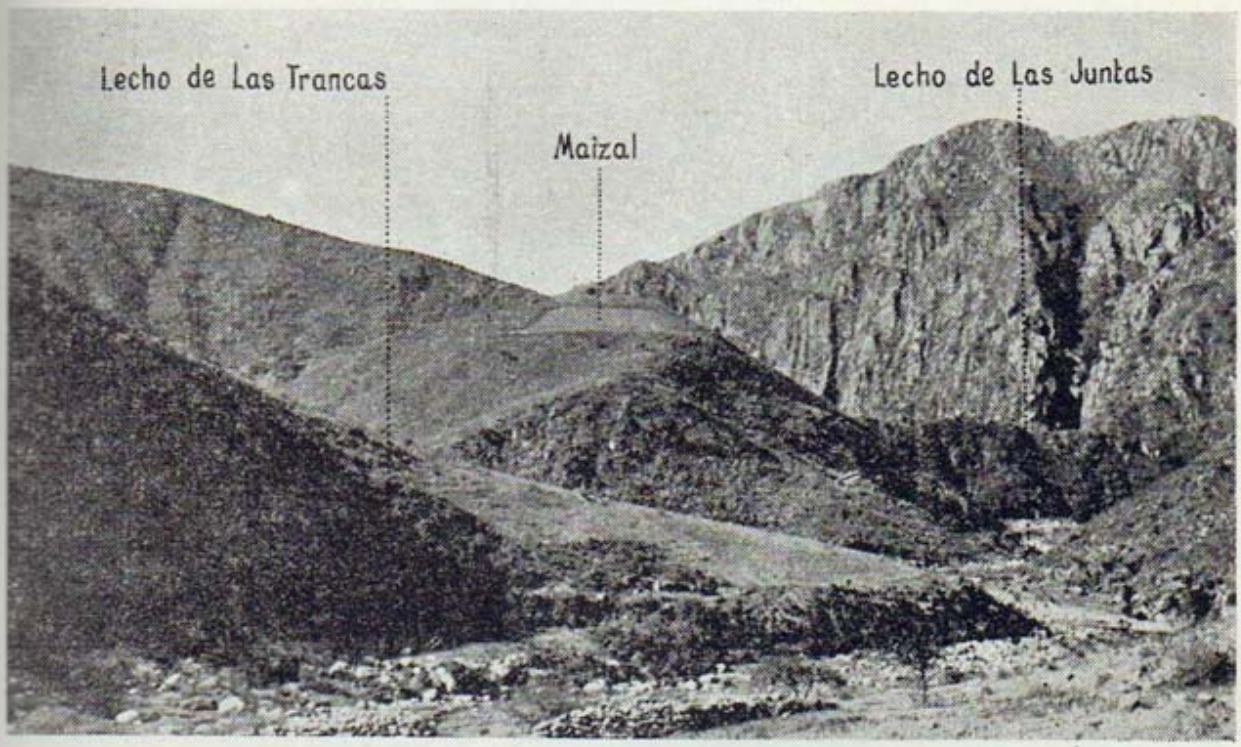
Los andenes de que doy noticia en esta comunicación responden a un estudio reducido en el espacio y en la intensificación. Sin embargo, la observación fué suficiente para caracterizar los restos como construcciones agrícolas indígenas. Digo indígenas, por cuanto se trata exclusivamente de la actividad de los antiguos; esto lo afirman los lugareños y se refuerza con la observación: ninguno de estos andenes se usa actualmente, ni siquiera en las inmediaciones de la vivienda en la confluencia.

A pesar de la poca amplitud del fenómeno estudiado, que salta a la vista apenas se citan las localidades jujeñas de Coctaca y del Alfarcito, considero que con esta comunicación se aporta un grano de arena a la dilucidación de su existencia en la pendiente oriental del Ambato. El hecho cobra mayor interés si se considera que, con esta modesta contribución al conocimiento del área de dispersión de semejante práctica agrícola en el Noroeste argentino, nos acercamos a la frontera sudoriental de esta importantísima manifestación de geografía humana.

(Comunicación presentada en la sesión del 17 de septiembre de 1941. Cartografía de María Teresa Grondona. Fotografías del autor.)



1. — Visión del fondo llano del Valle, mirando hacia aguas abajo; amplísimo lecho arenoso y seco del río; a la derecha, franja de conoides (con parte de la ciudad de Catamarca) al pie de la cadena del Ambato (1943-I-30).



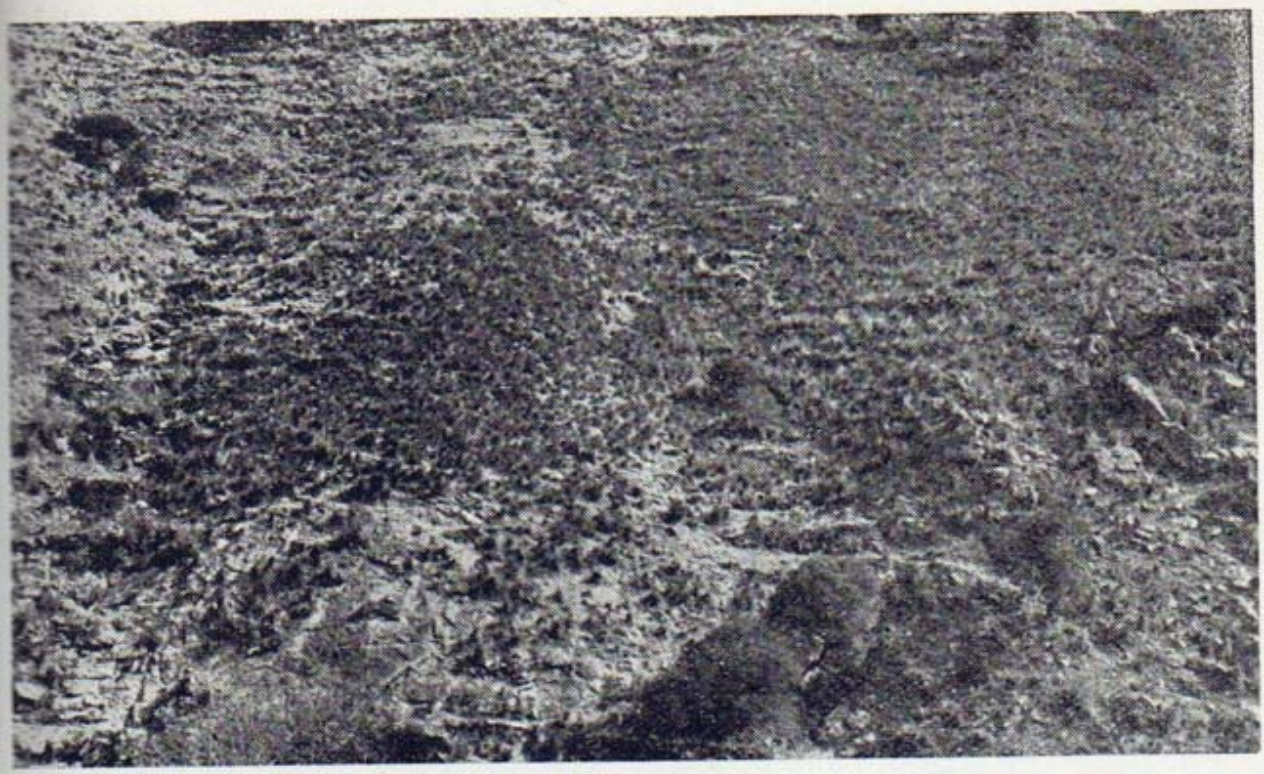
2. — Topografía fragosa en la confluencia del curso de Las Trancas con el de Las Juntas, mirando hacia aguas abajo; lecho pedregoso; en lo alto, maíz cultivado a temporal (1941-V-3).



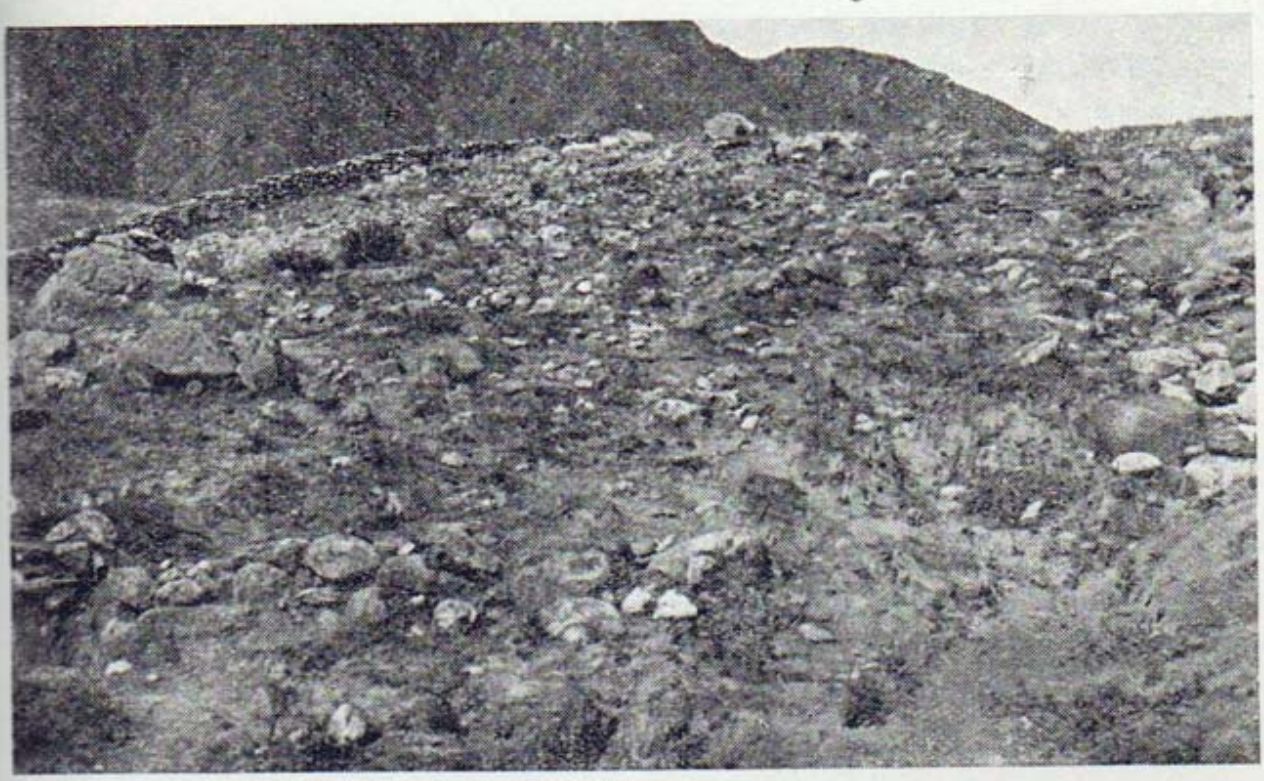
1. — Quebrada del Biscotal, dando espaldas a la confluencia. Es una forma típica de excavación debida al torrente cuyo lecho atestado de peñas documenta la furia de las crecientes. En las rugosidades de la ladera empinada hay múltiples muestras de andenes (1941-V-3).



2. — Vista de una parte del cerro Ipalampa, sobre la confluencia del Biscotal con el torrente de La Soledad. Topografía muy accidentada y predominio del material antiguo. Más arriba de los corrales hay una serie de andenes (1941-V-3).



1. — Muestra de cómo se presentan las series de pequeños andenes en las rugosidades de la abrupta ladera derecha, en la quebrada del Biscotal. Algunos ejemplares de vegetación arborescente (1941-V-3).



2. — Abrupta ladera de la margen derecha del curso de Las Trancas; lugar inmediato al término de la carretera. Vista frontal de los restos de varias pircas que corresponden a los antiguos andenes (1941-V-3).

SOLDADURA DE ATLAS A OCCIPITAL

por

MARIA DE LAS MERCEDES CONSTANZÓ

LOS restos óseos de los indígenas prehispánicos, suelen presentar diversas anomalías cuya consideración, en muchos casos, es suficiente dato para establecer las enfermedados que padecieron.

Una de las anomalías más interesantes, por el escaso número de piezas que la presentan, es la soldadura de la vértebra atlas al occipital. Estudiando la colección que el director del Museo Etnográfico, profesor Francisco de Aparicio, reunió en Pampa Grande (Guachipas, *Salta),* advertí uno de los casos que unido a otro hallado en el mismo Instituto y dos más que me cedió gentilmente el profesor Milcíades Alejo Vignati, jefe de la Sección Antropológica del Museo de La Plata donde se encontraban los ejemplares, constituyen el material objeto del presente trabajo.

Paso a continuación a describir las piezas:

Nº 1. (Lámina I). Cráneo Maturus nº 65.444 del Museo Etnográfico de Buenos Aires; procede de Pampa Grande (Guachipas, *Salta*). La vértebra está soldada casi por completo al occipital. El arco posterior se ha fusionado con el correspondiente del foramen magnum. Ambas apófisis transversas han perdido consistencia y se hallan deterioradas y unidas al hueso craneano por un proceso paracondíleo. Las apófisis articulares inferiores se conservan más o menos intactas presentando la vértebra una torsión hacia la derecha con respecto al diámetro ántero-posterior del agujero vertebral. Puede advertirse el cóndilo derecho del

americanos antiguos y modernos del Museo Peabody de la Universidad de Harvard. Dicho investigador anotó la mayor frecuencia: 2 % en dichas piezas mientras que no fué observada en las colecciones de las siguientes procedencias: Esquimales, Florida, Nuevo México, California, México y diversos restos. Por su parte, Macalister, halló un 0,14 sobre cráneos del Museo de la Universidad de Cambridge (Inglaterra).

Las causas determinantes de la anomalía han sido estudiadas en individuos contemporáneos. Macalister cree que en algunos casos se produjo por inmovilización provocada por osteitis, o artritis inflamatoria, o de un defectuoso cierre del arco anterior del atlas que habrían determinado los diferentes aspectos que presenta la anomalía. Esta provocaría, a su vez, diversas posiciones de la cabeza apreciables exteriormente y estaría acompañada de fenómenos secundarios modificando los huesos vecinos.

Los diferentes casos observados permiten establecer como causa determinante, al reumatismo articular, la osificación de músculos y tendones, etc. La tendencia de los enfermos, según observara Dwight, es a adaptarse a las nuevas condiciones biológicas inclinando la cabeza en el sentido de la mayor anquilosis.

En otros casos la anomalía ha sido observada con carácter congenital o bien en niños de corta edad.

En el presente trabajo es imposible establecer las causas que provocaron la interesante soldadura debido a que se trata en los 4 casos de restos prehispánicos. Se ha querido, simplemente, dar a conocer la aparición de la anomalía como un pequeño aporte al conocimiento de la patología indígena (1).

(1) (Comunicación presentada en la sesión del día 22 de abril de 1942. Fotografías de la autora).

foramen apenas visible y atrofiado. Este caso podría asimilarse al señalado con la letra *delta* por Le Double (1), donde cita a Macalister.

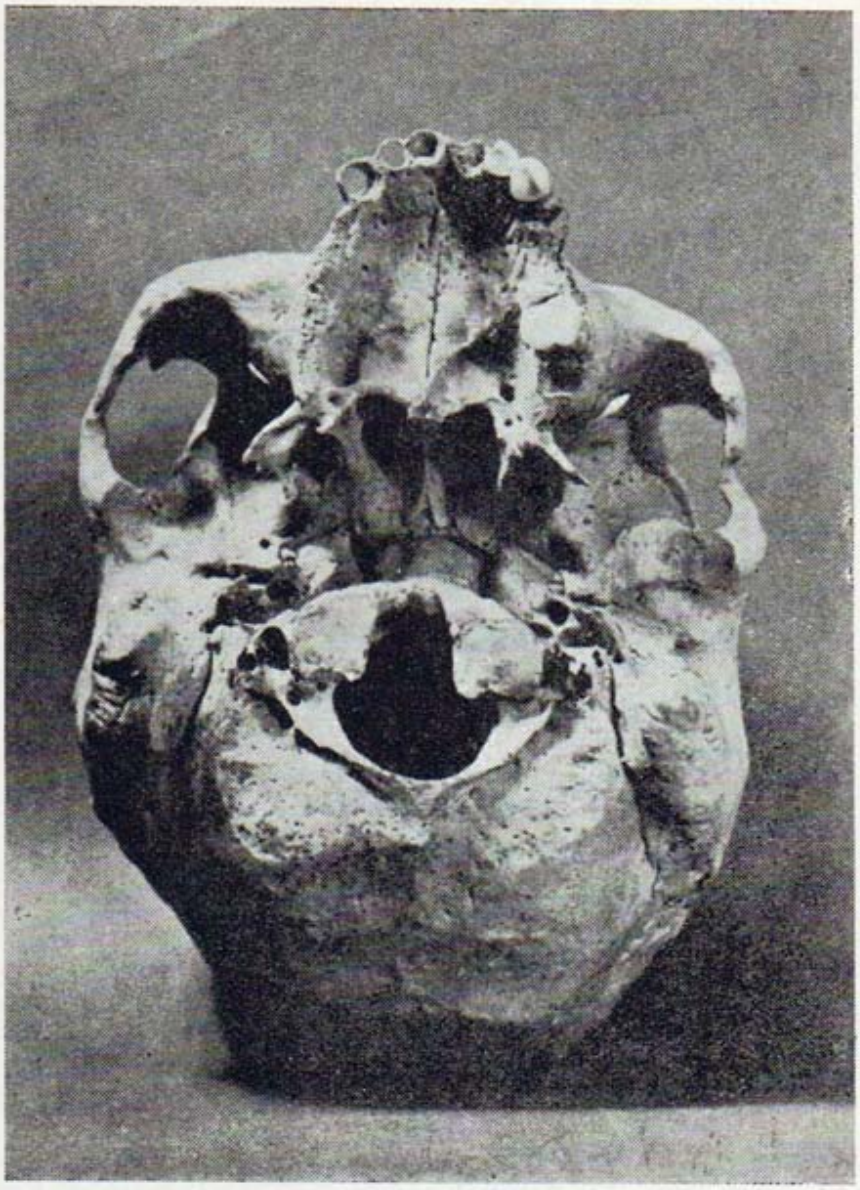
Nº 2 (Lámina II). Cráneo Adultus nº 25.267 del Museo Etnográfico de Buenos Aires; procede de Campo Morado (Humahuaca, *Jujuy*). El atlas conserva una cierta independencia principalmente en lo que respecta a las apófisis transversales. El arco posterior se encuentra, en su sección derecha fusionado al borde del agujero occipital, pero en la parte izquierda se advierte una fractura post-mortem que permite suponer la existencia de un vástago libre en vida del individuo. El arco anterior presenta una fuerte torsión hacia adelante, que hace visible la carilla articular para la apófisis odontoidea del axis. Los cóndilos occipitales, al fusionarse a la vértebra, se han deformado como es lógico. Este caso puede clasificarse en la variedad *alfa*, dentro de la sistematización citada para el anterior.

Nº 3. (Lámina III). Cráneo Maturus nº 672, colección ten Kate nº 94 del Museo de La Plata, procedente de la región Calchaquí. Es una pieza similar a la nº 2, con fractura post-mortem de un probable vástago libre en el arco posterior. Las apófisis articulares inferiores, semi destruídas, advirtiéndose el tejido esponjoso. Sólo la apófisis transversa izquierda está bien visible; la derecha, en cambio, se muestra fusionada y algo destruída.

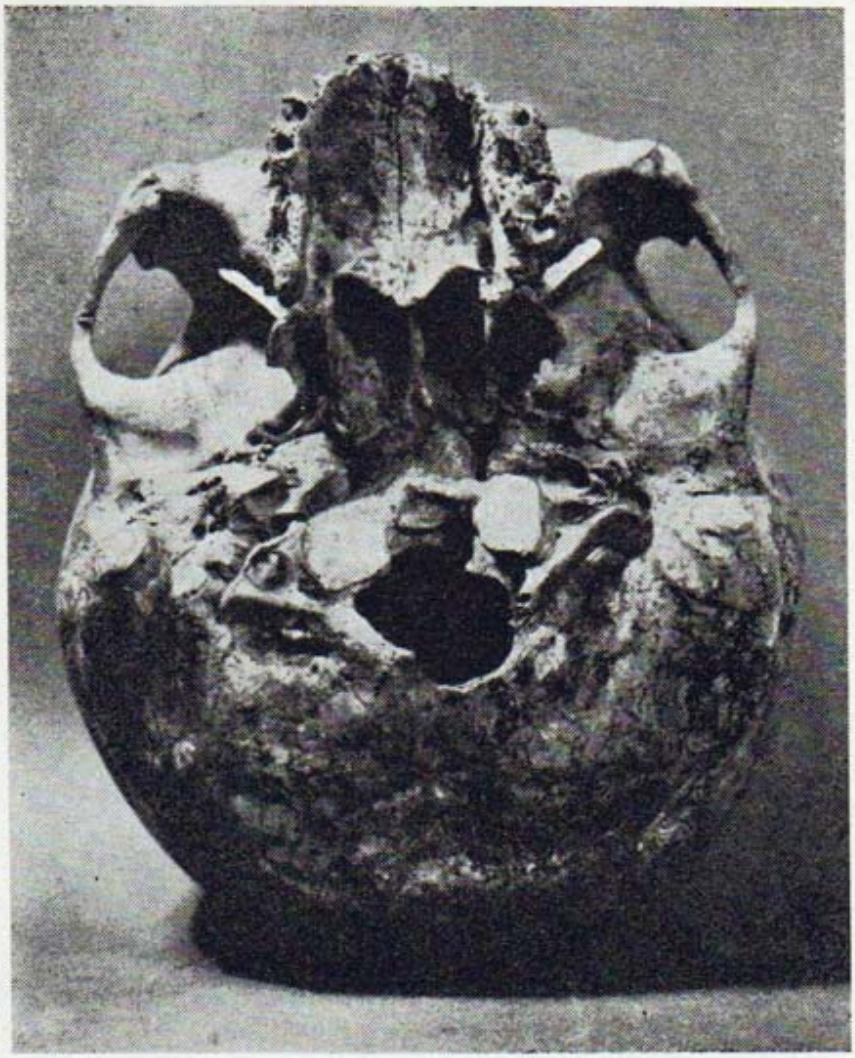
Nº 4. (Lámina IV). Cráneo Adultus nº 1207 del Museo de La Plata; procede de Chubut. La apófisis transversa derecha conserva cierta independencia, la otra se encuentra soldada en forma tan completa que sólo se la distingue como un relieve. En líneas generales, la vértebra no ha sufrido transformación muy grande. Puede considerarse dentro de la variedad *delta* como el ejemplar nº 1.

Le Double, en la obra citada, resume todo lo publicado sobre el tema y transcribe los porcentajes que han arrojado las numerosas observaciones de la anomalía. No se incluirá, por esa razón, en estas líneas la estadística a que se ha aludido, baste decir que en las colecciones provenientes de Nueva Inglaterra estudiadas por Frank Russel, quien a estar con Le Double, buscó la presencia de soldadura de atlas en cráneos

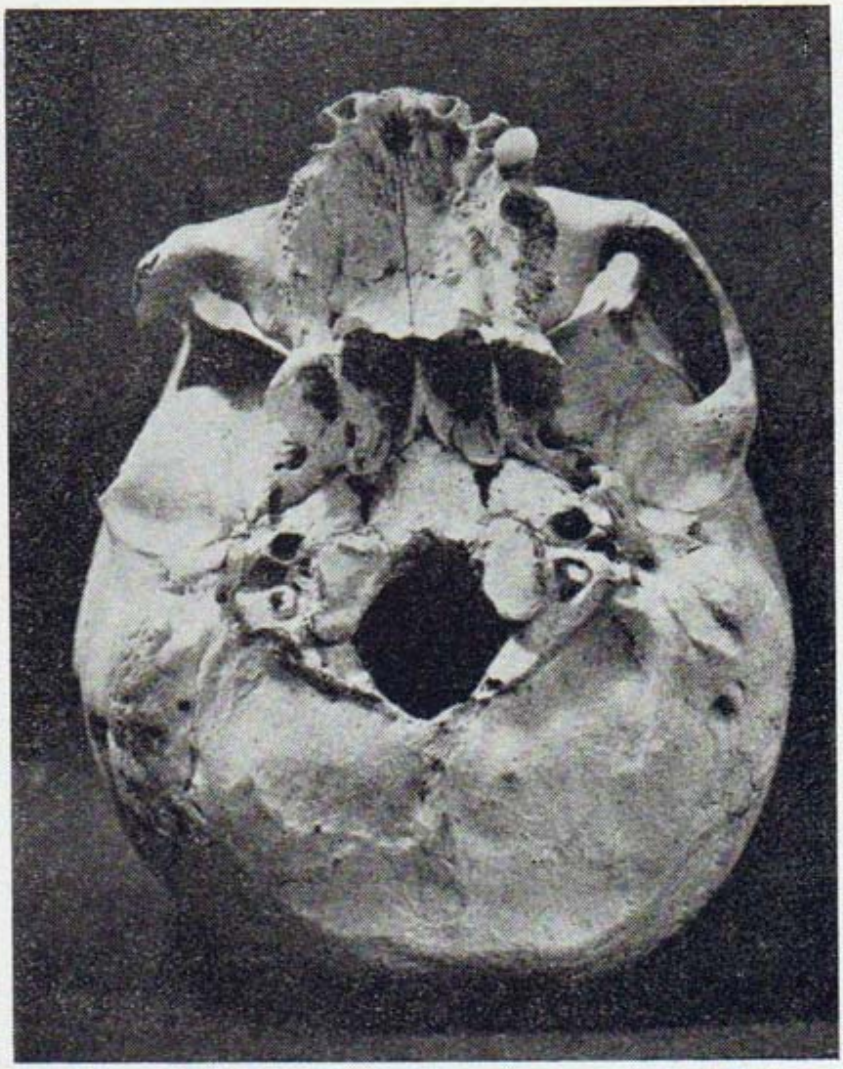
(1) A. F. LE DOUBLE. *Traité des variations de la colonne vertébrale de l'homme;* París, 1912.



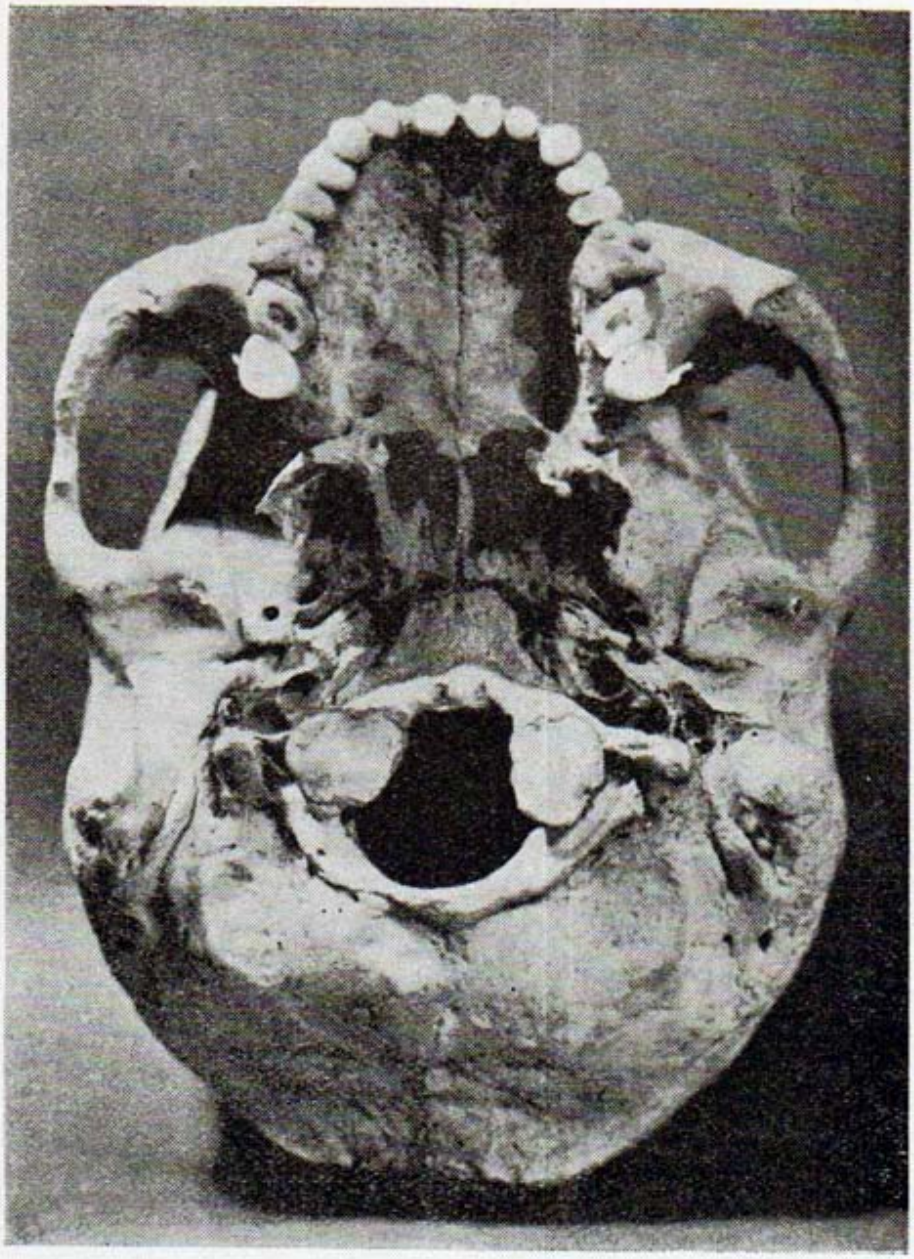
I. Cráneo nº 65.444. Pampa Grande (Guachipas, *Salta*). Museo Etnográfico.



II. Cráneo nº 25.267. Campo Morado (Humahuaca, *Jujuy*). Museo Etnográfico.



III. Cráneo nº 672. Colección ten Kate Nº 94. Calchaquí. Museo de La Plata.



IV. Cráneo nº 1.207. Chubut. Museo de La Plata.

UNA ESTOLICA DE LA PUNA JUJEÑA

por

EDUARDO CASANOVA

ENTRE los yacimientos arqueológicos que hemos explorado en los últimos años, en misiones del Museo Argentino de Ciencias Naturales, se destacan por su importancia y riqueza los situados en la cuenca del río Doncellas, en el departamento de Cochinoca, provincia de Jujuy.

Aunque en otra ocasión nos ocuparemos detenidamente, como el tema lo requiere, de esta valiosa zona arqueológica, es necesario dar aquí siquiera sea unos pocos datos sobre sus características. El Doncellas es un típico río de la Puna que, originado en manantiales situados a más de 4.000 metros de altura, serpentea entre montañas buscando la zona llana del altiplano. De escaso caudal en la mayor parte del año, aumenta sus aguas con las violentas aunque breves lluvias del verano; en algunos sitios lo bordean cerros ásperos mientras que en otros hay pequeñas vegas aptas para el cultivo. Esta doble circunstancia, tener agua todo el año y campos aptos para los trabajos agrícolo-ganaderos, ha hecho que la región fuera ocupada por los indígenas desde tiempos remotos y, posiblemente, por una población mucho más densa que la actual.

En la literatura arqueológica la primera mención sobre Doncellas nos la proporciona Boman [1], que tuvo noticias sobre su importancia pero no llegó a visitar la zona. Vignati, muchos años más tarde, efectuó allí tra-

---

(1) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. II, 611; París, 1908.

bajos, en el lugar llamado Agua Caliente, obteniendo un valioso material [1]. En el verano de 1941, después de haber investigado en temporadas anteriores en diversos yacimientos de la región, uno de los cuales ya hemos publicado [2], iniciamos excavaciones en la cuenca del Doncellas, las cuales han sido proseguidas en los primeros meses del año actual, reuniendo un total de 2.500 piezas.

Los hallazgos se realizaron, en su casi totalidad, en "chulpas" construídas en las laderas de los cerros o en grutas al pie de los acantilados. En un pequeño cerro aislado (lámina I, 1), descubrimos la entrada de una cueva semiobstruída por piedras, entre las que crecían algunos arbustos (lámina I, 2); su boca medía 7,30 metros de largo, con una altura máxima de 5,50 metros, y penetraba en el cerro poco más de dos metros.

Los primeros trabajos, efectuados cerca de la entrada, no dieron resultados, pero al avanzar apareció, a 0,30 metros de profundidad, una capa muy dura de aspecto resinoso y debajo de ella abundante paja y ramas colocadas cuidadosamente. Poco después descubrimos dos cestas, muy bien conservadas, una al lado de la otra, y al profundizar la excavación se vieron restos de tejidos (lámina II, 1). Levantada una de las cestas, hallamos debajo otra menor que había servido para cubrir la cabeza del cadáver que fuera inhumado en la cueva (lámina II, 2). El individuo, en posición en cuclillas, había sido envuelto en dos bolsas superpuestas y enterrado verticalmente, tapándole la cabeza con las cestas. A menos de un metro de distancia encontramos otro esqueleto de adulto, y entre ambos un ajuar fúnebre muy variado.

La pieza más interesante, y de la cual vamos a ocuparnos en este trabajo es la que ofrecemos en la figura 1; se trata de un ejemplar de estólica en cuya confección se ha empleado, principalmente, una madera muy dura que ha resistido en forma admirable los efectos del tiempo, a lo que mucho ha contribuído también la sequedad de ambiente que caracteriza a la Puna.

---

(1) MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Novissima veterum. Hallazgos en la Puna jujeña*, en *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie), I: Buenos Aires, 1938.

(2) EDUARDO CASANOVA, *Investigaciones arqueológicas en Sorcuyo. Puna de Jujuy*, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, XXXIX: Buenos Aires, 1938.

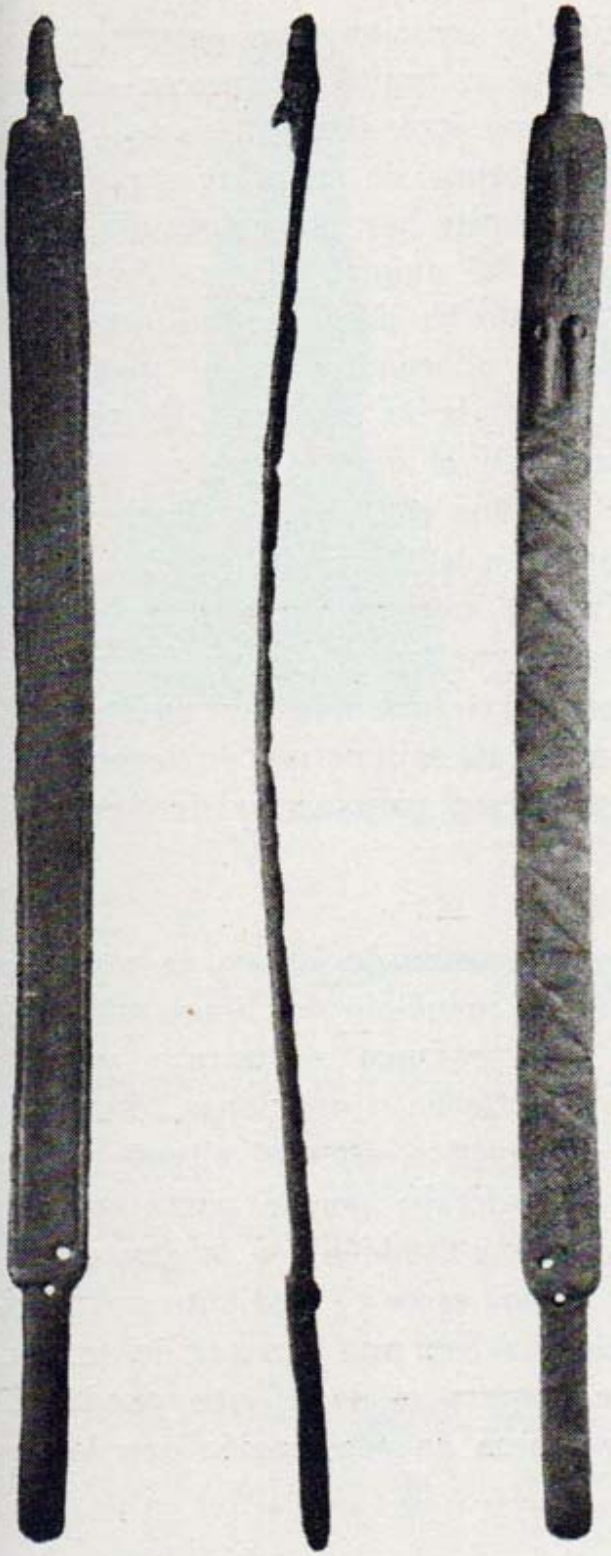


Fig. 1. — Estólica de Doncellas. Aprox. ¼ t. n.

El objeto mide 57 centímetros de largo, estando un poco arqueado lo que hace disminuir ligeramente su longitud, 3 centímetros de ancho y un grueso que varía de 6 a 9 milímetros. Morfológicamente se distinguen tres partes: la inferior o mango, de 9 centímetros de largo, 18 milímetros de ancho y 10 milímetros de grueso, cuyas aristas y punta han sido desgastadas por pulimento y presentan un aspecto redondeado; la parte media o cuerpo tiene dos caras que se unen en suave declive y mide 43 ½ centímetros de largo y 3 centímetros de ancho, estrechándose un poco en la parte de arriba; por último, la parte superior es un vástago en forma de cono algo achatado, su largo es de 25 milímetros y su diámetro máximo de 14 milímetros, sobre este vástago se ha atado el gancho de que luego nos ocuparemos.

En la unión entre el mango y el cuerpo de la pieza hay, uno en cada parte y a muy corta distancia entre sí, dos agujeros bicónicos y algo irregulares en su diámetro, que varía entre 4 y 7 milímetros. Una de las caras de la parte media ha sido pulida hasta dejarla completamente tersa y se ha inciso una línea paralela a los bordes. La cara opuesta presenta, tallados, diver-

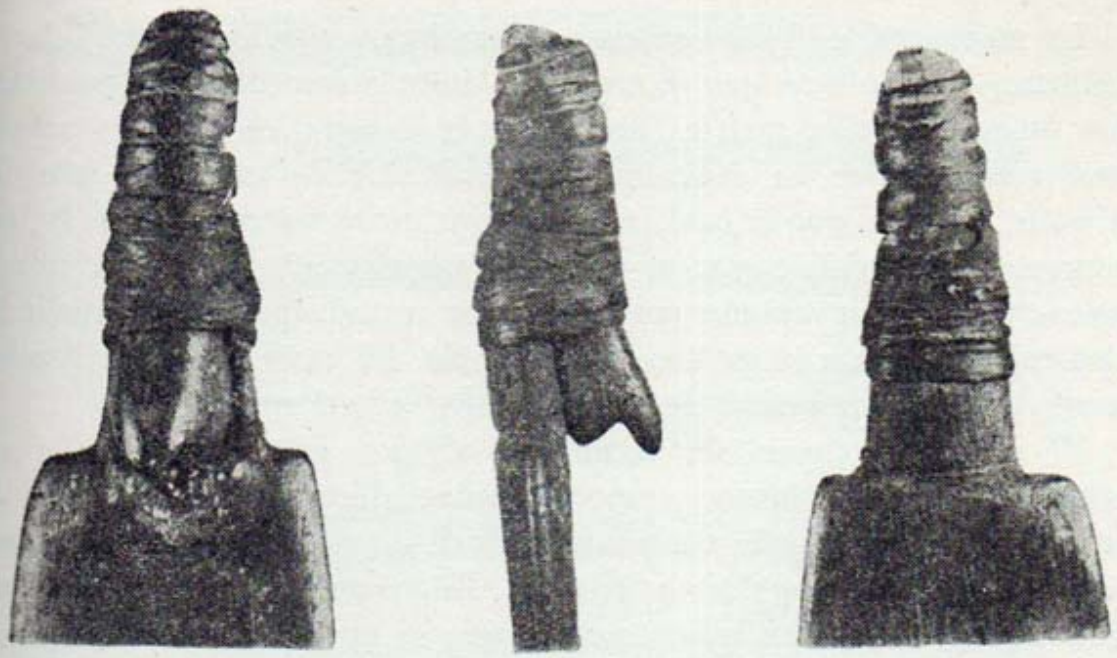
sos motivos decorativos que, en conjunto, semejan una serpiente; en realidad, el motivo es una especie de S que se repite ocho veces, entrelazándose pero sin confundirse un elemento con otro, al repetirse por última vez el motivo ofrece una gran variante, porque de su parte superior se desprenden dos rectas en cada una de las cuales hay una depresión circular que dan la impresión de ser los ojos del animal. Merece destacarse la seguridad y regularidad con que el tallado ha sido ejecutado, así como la habilidad y gusto con que el indígena ha adornado su arma predilecta.

De sumo interés es la parte superior de la estólica. El pequeño vástago ha sido utilizado para asegurar allí el gancho que es la parte esencial de este tipo de objetos; para facilitar el trabajo se ha hecho en la madera una concavidad que corresponde a la forma del gancho, que es la extremidad distal de una tibia de zorro, luego se lo ha atado con un tendón fresco o remojado que da muchas vueltas alrededor del vástago y que al secarse ha quedado tan tenso y firme que aún hoy resiste cualquier presión (figura 2). El hueso mide 45 milímetros de largo y su extremidad presenta el maléolo que se presta para servir de punto de apoyo al dardo arrojadizo.

La estólica, nombre que le dan los cronistas de Indias, es un arma llamada también propulsor y se basa en el principio del brazo artificial, es decir un aparato, bastón o tabla, que prolonga el brazo y permite aumentar la fuerza con que se arroja una flecha o una lanza. La parte posterior del dardo se apoya en un dispositivo especial situado en el extremo posterior del propulsor, que es sujetado por la parte anterior con una mano, si el dardo es largo se sostiene también con la otra mano; en la figura 3 se ofrecen ejemplos de ambos casos [1]. Mediante un movimiento circular del brazo que se acompaña con uno general de todo el cuerpo, para darle mayor impulso, se dispara el dardo que puede enviarse a triple distancia y con mayor fuerza de penetración que lo que se haría sin el empleo de la estólica.

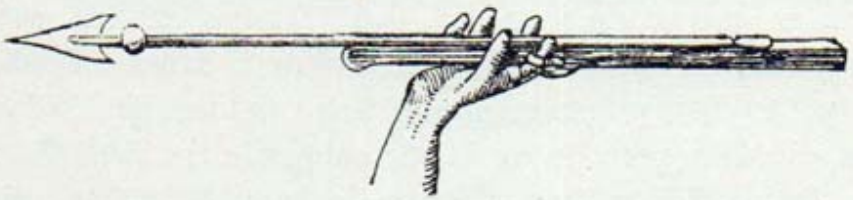
---

(1) GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano*, III, lám. 1, fig. 3; Madrid, 1853. JOSÉ IMBELLONI, *Epítome de Culturología*, fig. 26; Buenos Aires, 1936.



A B C

Fig. 2. — Extremo de la estólica con el gancho: A) cara principal; B) cara lateral; C) cara posterior. Tamaño natural.



1



2

Fig. 3. — Manera de usar la estólica.

1. — Entre las tribus del Castilla del Oro (según Oviedo).
2. — Entre las tribus del Brasil Oriental (según Krause)

La mayor parte de los autores que se han ocupado del propulsor lo consideran más antiguo que el arco y es, indudablemente, más primitivo; como única objección podría formularse la de que los pigmeos actuales tienen arco, pero se ha demostrado la existencia de tribus de este ciclo que no lo conocen, por lo cual, así como por otras razones que sería largo enumerar, es admisible que se trate de un elemento adoptado por los pigmeos más que inventado por ellos. Los tratadistas de la escuela histórico-cultural dan a la estólica como propia del ciclo totemista, también llamado de la gran caza o de los cazadores superiores.

El propulsor puede ser flexible o rígido; este último es el más común y el que nos interesa especialmente; afecta diversas formas que Montandon [1] ha agrupado en tres principales: propulsor masculino, propulsor femenino y propulsor andrógino. El primero se caracteriza por la existencia de un gancho saliente en el que se apoya la hendidura de la base del dardo (figura 4, números 1, 2, 9, 10, 11, 12 y 13); el ejemplar que aparece dibujado en el número 13 es el encontrado por nosotros en Doncellas y corresponde a esta categoría, pudiéndose ver claramente sus características en la figura 2. El propulsor femenino tiene una canaleta, excavada en el cuerpo de la pieza, que termina en una concavidad en la cual se afirma la punta de la extremidad de la lanza o flecha (figura 4, números 3 y 4). El tipo andrógino es una combinación de los anteriores, presenta la canaleta pero en su borde sobresale un pequeño gancho que se ajusta a la hendidura que existe en la base del dardo (figura 4, números 5, 6, 7 y 8).

Como la separación entre las tres formas no es siempre muy neta y como pueden considerarse también otros caracteres que son importantes, Montandon ha propuesto distinguir ocho clases de propulsores rígidos; una de ellas corresponde a la época prehistórica, habiéndose hallado ejemplares en los yacimientos europeos del Magdalenense, tales como el de Mas d'Azil. En la figura 5 puede verse el área de distribución geográfica de los distintos tipos de estólicas [2].

---

(1) GEORGE MONTANDON, *Traité d'Ethnologie cyclo-culturelle et d'ergologie systématique*, 399-406; París, 1934.

(2) El mapa ha sido hecho con los datos que proporciona Montandon en su obra: *Traité*, etc., mapa 17, ligeramente modificados y aumentados, en lo que se refiere a la América del Sur.

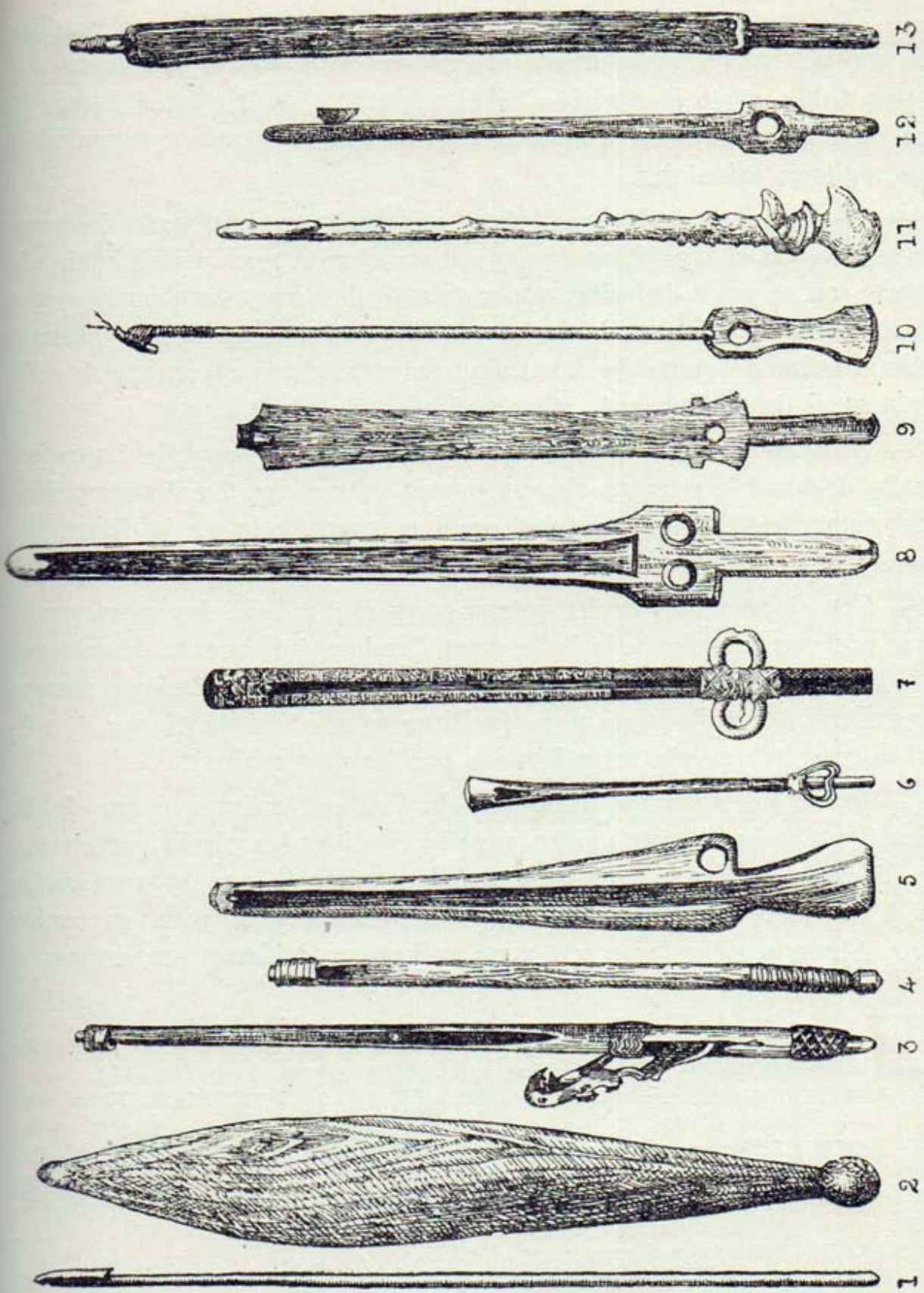


Fig. 4. — Tipos de estólicas.

1. — El propulsor australiano es del tipo masculino, y está confeccionado con un bastón, como puede observarse en la figura 4, número 1 [1] o con una tabla, como el ofrecido en el número 2 de la misma figura [2]; su área de dispersión cubre casi toda Australia, con la sola excepción de algunas regiones orientales.

2. — El propulsor de Nueva Guinea está hecho con una caña de bambú, perteneciendo al tipo femenino, y se caracteriza por la existencia de un soporte, en su parte inferior, generalmente de aspecto zoomorfo y que sirve de apoyo lateral para la lanza; se lo encuentra en Nueva Guinea y puntos aislados del norte de Australia; un interesante exponente de esta categoría es el de la figura 4, número 3 [3].

3. — El propulsor micronesio es similar al anterior, también femenino y en caña de bambú, pero no tiene soporte; su uso casi ha desaparecido, pero se conservan ejemplares tales como el presentado en la figura 4, número 4 [4].

4. — Con el propulsor ártico entramos ya en los dominios americanos, en cuyas regiones boreales se lo halla extendiéndose, igualmente, al extremo noreste de Asia. Pertenece al tipo andrógino, y su parte inferior o mango tiene agujeros o entalladuras para facilitar su uso; en la figura 4, número 5, ofrecemos uno de los utilizados por los esquimales [5].

5. — Entre los antiguos indígenas de Centro América y sur de la América Septentrional tuvo mucho auge la estólica; las piezas pertenecen al tipo llamado mexicano, que es andrógino, como la que aparece en la figura 4, número 6 [6], y están dotados de aditamentos para su mejor manejo. Algunos ejemplares son muy valiosos y debieron ser armas de

---

(1) F. KRAUSE, *Schleudervorrichtungen fur wurfwaffen*, en *Internationales Archiv fur Ethnographie*, vol. XV, lám. IX, fig. 2. Leyden, 1902. MONTANDON, *Traité*, fig. 182.

(2) KRAUSE, *Schleudehvorrichtungen*, etc., lám. IX, fig. 3. MONTANDON, *Traité*, etc., fig. 183.

(3) KRAUSE, *Schleudervorrichtungen*, etc., lám. IX, fig. 12. MONTANDON, *Traité*, etc., fig. 184.

(4) KRAUSE, *Schleudervorrichtungen*, etc., lám. IX, fig. 14. MONTANDON, *Traité*, etc., fig. 185.

(5) KRAUSE, *Schleudervorrichtungen*, etc., lám. X, fig. 19.

(6) KRAUSE, *Schleudervorrichtungen*, etc., lám. XII, fig. 34. MONTANDON, *Traité*, etc., fig. 188.

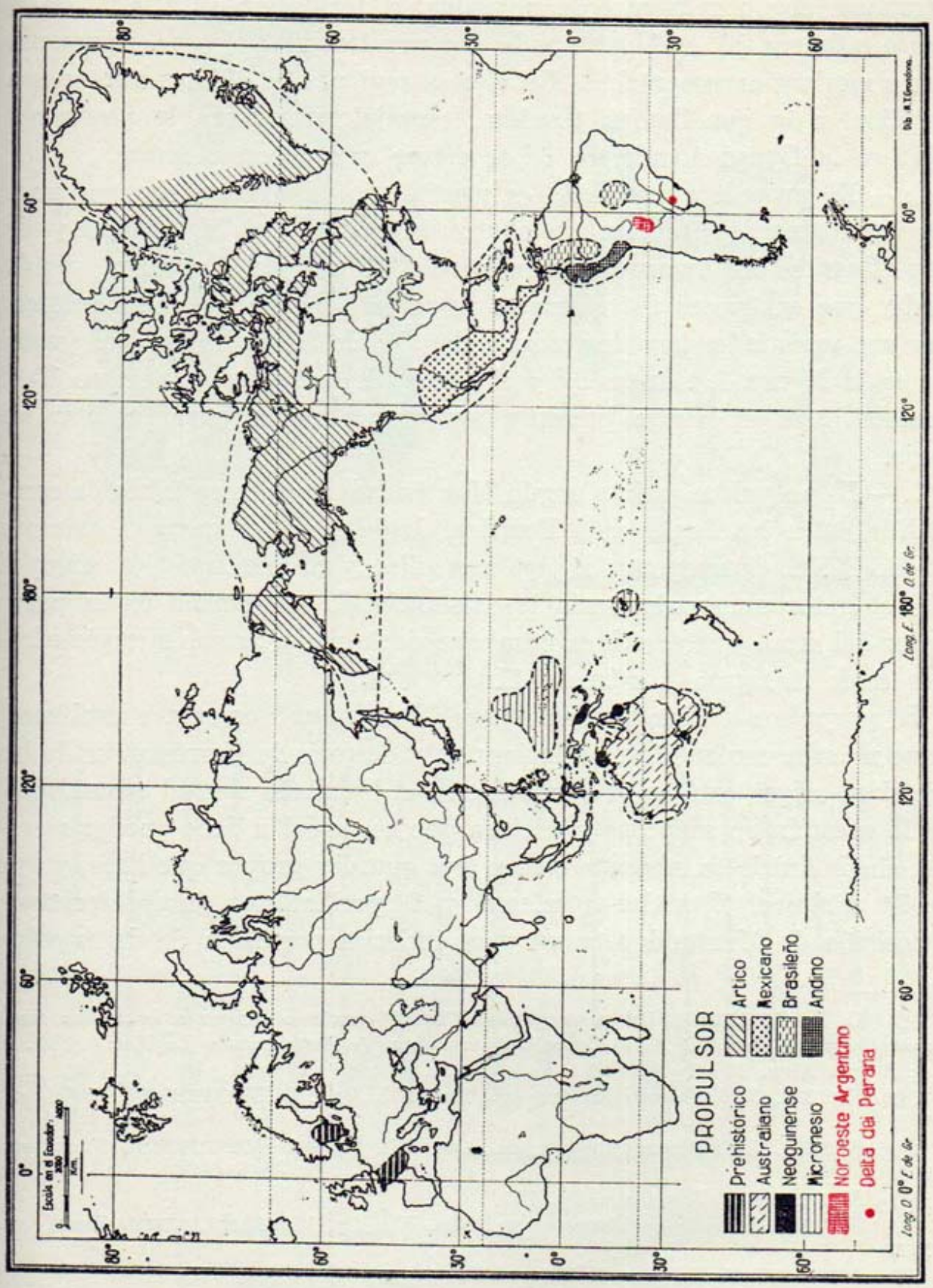


Fig. 5. — Mapa de distribución del propulsor rígido (según Montandon).

los grandes jefes o emblemas de su poder; el propulsor o "atlatl" de la figura 4, número 7 [1], está enchapado con una laminilla de oro y presenta diversos motivos ornamentales. En ciertas regiones de México aún se usa la estólica, a la que llaman tiradera, especialmente para la pesca con arpón; en la figura 4, número 8 [2] se ofrece una de estas armas.

6. — El propulsor brasileño es masculino, aunque se conocen unos pocos andróginos, y su dominio abarca la cuenca del Magdalena y de varios afluentes del Amazonas, tales como el Xingú y el Araguaya, siendo probable que en épocas anteriores se usara en toda la cuenca amazónica. Entre sus variedades hay dos principales: la de forma tabla, que puede verse en la figura 4, número 9 [3] y el bastón de la figura 4, número 10 [4]; en ambos casos el mango presenta agujeros o cortes para facilitar su manejo.

7. — El propulsor andino, según Montandon, aparece en la región comprendida entre los Andes y el Pacífico, desde Ecuador hasta el extremo norte de Chile. Corresponde al tipo masculino y su característica, siempre según el autor nombrado, sería la existencia de un gancho en la parte inferior del arma, que se utiliza para manejarla mejor; como ejemplo ofrecemos el de la figura 4, número 11 [5].

El propulsor andino presenta para Montandon [6] un grave problema, porque no sabe con cuál otro relacionarlo y después de expresar sus dudas sobre si su origen está en el mexicano, en el brasileño o en el australiano, deja la cuestión en suspenso y declara que su posición debe quedar reservada, sin incluirlo en ninguno de los tres grandes grupos que hace, y que son: 1º oceánico, 2º ártico-americano y 3º prehistórico (magdalenense). La posición de Montandon es un poco indecisa por falta de datos sobre

---

(1) G. V. CALLEGARI, *Un nuevo precioso "atlatl" mexicano antiguo recientemente descubierto en Roma*, en *Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas*. La Plata, 1932, II, fig. 1; Buenos Aires, 1934.

(2) KRAUSE, *Schleudervorrichtungen*, etc., lám. XII, fig. 35. MONTANDON, *Traité*, etc., fig. 189.

(3) KRAUSE, *Schleudervorrichtungen*, etc., lám. XII, fig. 44. MONTANDON, *Traité*, etc., fig. 190.

(4) MONTANDON, *Traité*, etc., fig. 191.

(5) KRAUSE, *Schleudervorrichtungen*, etc., lám. XII, fig. 39. MONTANDON, *Traité*, etc., fig. 192.

(6) MONTANDON, *Traité*, etc., 404 y 406.



1 2

Fig. 6. — Estólicas en la decoración de los vasos del antiguo Perú.
1. Nazca. — 2. Trujillo (según Means).

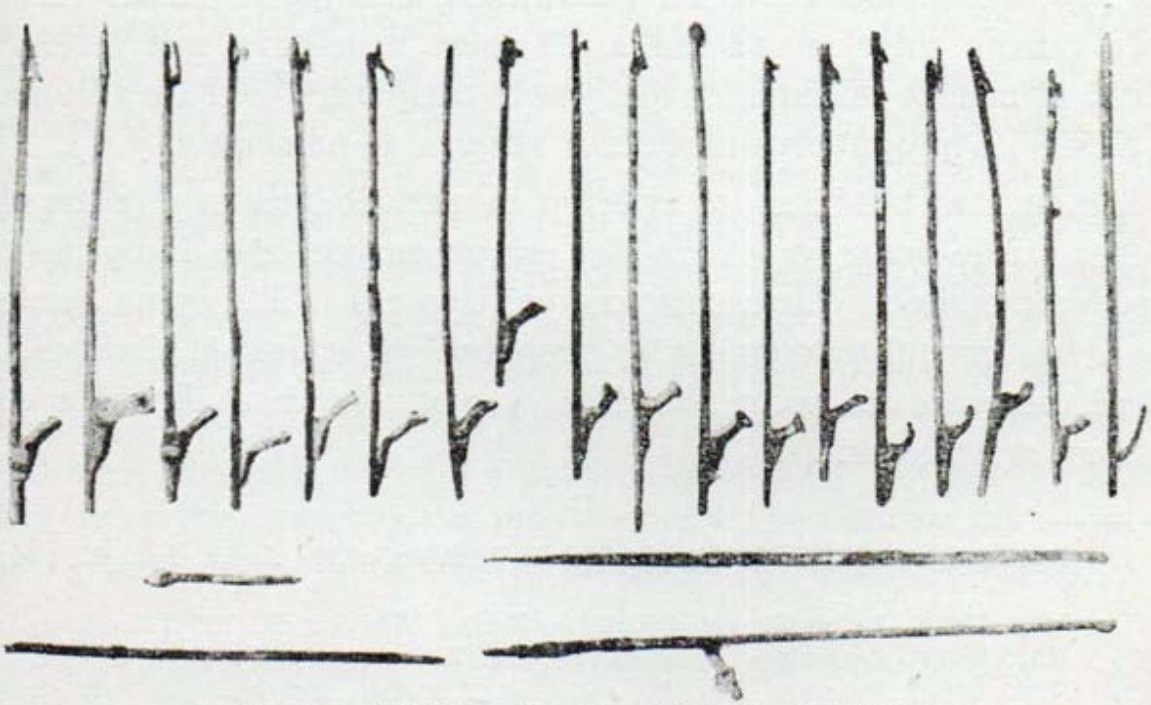


Fig. 7. — Estólicas del antiguo Perú (según Uhle).

la región, ya que a través de su bibliografía parece no haber dispuesto de los trabajos referentes a la zona.

Si buscamos las fuentes que puedan proporcionarnos elementos de juicio las tendremos de dos tipos: arqueológicas e históricas. Las primeras nos dan la representación del propulsor en los motivos decorativos de la cerámica y, además, ejemplares que se han descubierto en las excavaciones. Las antiguas civilizaciones peruanas de Nazca y Trujillo nos ofrecen en sus vasos de barro cocido figuras de guerreros con sus armas y, en algunos casos, toda duda es imposible, la estólica de dos ganchos aparece en la mano del indígena, como pasa en los ejemplares que presentamos en la figura 6 [1]. En varias de las excavaciones llevadas a cabo por el ilustre americanista Uhle fueron encontradas estólicas y en un trabajo sobre dicho tema hace notar que los dos tipos, con gancho anterior y con agujero, se hallan en el territorio peruano y más todavía que en un mismo cementerio, en Nieveria, descubrió una con doble gancho y dos con agujero [2]; en la figura 4, número 12, damos una de ellas [3]. Dos años después hacía conocer una nueva serie de estólicas con dos ganchos y tres ejemplares de dardos que reproducimos en la figura 7 [4]. En el Museo Histórico Nacional de Santiago de Chile se conservan varios propulsores de la colección de Uhle, procedentes del norte del país citado, uno de los cuales ofrece en vez de gancho anterior una anilla, de cuero bien duro, que servía para facilitar el manejo del arma y que puede compararse con los aditamentos que tienen los propulsores mexicanos (figura 4, números 6 y 7).

Las fuentes históricas se refieren al período incaico y a través de sus citas puede verse que la estólica era usada por estos indígenas, pero sin poder establecer, claramente, de qué tipo era. Uhle opina que en la época de la conquista española el propulsor ya estaba en decadencia en el Perú, teniendo un valor simbólico, y que sólo en el Ecuador seguía siendo un arma común.

---

(1) PHILIP AINSWORTH MEANS, *Ancient Civilizations of the Andes*, figs. 42 y 4; New York. 1931.

(2) MAX UHLE, *La estólica en el Perú*, en *Revista Histórica*, II, 119-121; Lima, 1907.

(3) MAX UHLE, *La estólica*, etc., lám. IV, fig. 2.

(4) MAX UHLE, *Peruvian Throwing-sticks*, en *American Anthropologist, new series*, 11, lám. XXXVIII; U.S.A., 1909.

Ante la circunstancia de que ambos tipos de estólica coexistieron en el antiguo Perú, Uhle considera que el que presenta el anillo o agujero es el más antiguo. Creemos que es acertada esta opinión y que esta clase de propulsores debe ser relacionada con el tipo brasileño, en tanto que la estólica con doble gancho es una adaptación local y posterior de los indígenas del antiguo Perú. Quedaría entonces el propulsor andino, de doble gancho, como una facies dentro del grupo americano y con la salvedad de que en la zona geográfica de su dominio existieron también propulsores, siempre masculinos, con otras características morfológicas en su extremo anterior.

En las obras de Krause y Montandon el límite sur de la zona ocupada por el propulsor andino corre desde el lago Titicaca hasta la costa norte de Chile, donde en Arica se han encontrado varios ejemplares. En consecuencia el propulsor no habría sido usado en el territorio que actualmente forma nuestro país. Los estudios efectuados en la Argentina en los últimos años, obligan a rectificar este concepto y establecer que la estólica fué conocida en distintas regiones de nuestra nación.

Como en el Perú, la cerámica fué la primera que proporcionó su aporte, correspondiendo a Debenedetti el mérito de haber señalado en la alfarería de los "Barreales", procedente de yacimientos de la provincia de Catamarca, piezas que ostentaban, grabados, guerreros que llevaban estólicas. En la figura 8 aparece uno de los vasos a los que el distinguido arqueólogo se refiere en los siguientes términos: "Nous ne pouvons passer sous silence —fait que sans doute les archéologes utiliseront dans leurs logiques déductions— l'apparition pour la premiére fois en territoire argentin de la représentation du propulseur, démontrée dans la gravure ornamentale de deux vases noirs sur lesquels ce singulier et suggestif instrument apparaît nettement dessiné entre des fléches décoratives" [1].

Casi al mismo tiempo que Debenedetti señalaba la representación de la estólica en vasos del noroeste argentino, el investigador norteamericano Lothrop descubría ganchos de propulsor en yacimientos del delta del Paraná; uno de ellos fué cedido al Museo de La Plata y publicado por

---

(1) SALVADOR DEBENEDETTI, *L'ancienne civilisation des Barreales du nord-ouest argentin*, 22. fig. 9. láms. XXXII *a* y XXXIV *a*; París, 1931.



Fig. 8. — Estólica en la decoración de un vaso de cerámica de los "Barreales" (según Debenedetti).

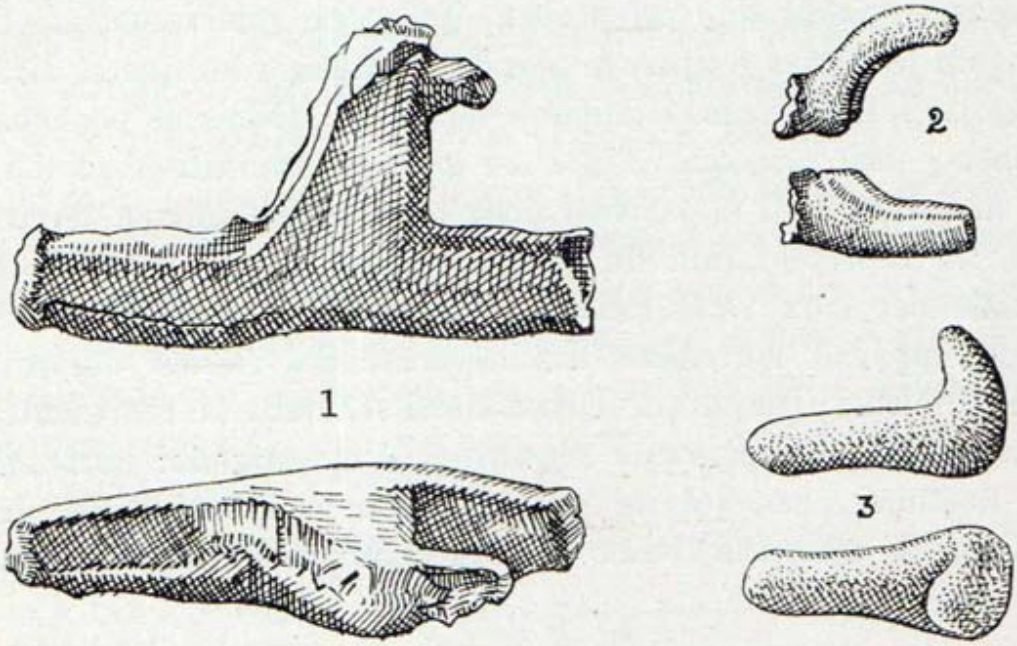


Fig. 9. — Ganchos de propulsores del noroeste argentino (según Vignati).

su Director, el Dr. Luis María Torres [1]; poco después Lothrop, al dar a conocer los resultados de sus trabajos, se ocupaba también del tema [2].

Algunos años después que Debenedetti hubiera hecho notar la existencia de la estólica en la decoración de piezas de los Barreales, Vignati, como consecuencia de una empeñosa búsqueda, descubría en las colecciones arqueológicas del Museo de La Plata un ejemplar de gancho de propulsor y otros dos en las series del Museo Argentino de Ciencias Naturales. Al dar a conocer las piezas [3] estableció que la primera es de cobre y que se trata de un gancho-talón (figura 9, número 1), mientras que las otras dos son de piedra y corresponden a ganchos-anteriores (figura 9, números 2 y 3). Por su procedencia infiere que pertenecieron a los indígenas que poblaron los valles calchaquíes y completando lo expresado por Debenedetti, cuya tesis refuerza con otro ejemplo, Vignati dice: "queda, pues, establecido el uso de la estólica en el N.O. de nuestro país en dos culturas diferentes: la de los Barreales y la Calchaquí" [4],

Tal era el estado de la cuestión [5], cuando el hallazgo de Doncellas, que ha proporcionado la primera estólica completa del territorio argentino, nos decidió a preparar esta noticia y realizar una revisión de los antecedentes más importantes.

Aunque sin poseer un solo ejemplar del arma, era posible afirmar su uso en el noroeste con los elementos de prueba dados por Debenedetti y Vignati, pero todo hacía creer que se trataba exclusivamente del tipo con doble gancho, característico del viejo Perú, aunque, como ya hemos visto, existieran allí también otros tipos. Nuestra pieza demuestra que

---

(1) LUIS MARÍA TORRES, *Hallazgo de ganchos de propulsor en un cementerio indígena de la cuenca del río Luján (Delta del Paraná)*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I; Buenos Aires, 1931.

(2) SAMUEL KIRKLAND LOTHROP, *Indians of the Paraná Delta, Argentina*, en *Anals of the New York Academy of Sciences*, XXXIII, 182, fig. 74; New York, 1932.

(3) MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *El uso del propulsor en el Noroeste Argentino*, en *Notas del Museo de La Plata*, t. I, *Antropología*, nº 3, figs. 2, 3 y 4; Buenos Aires, 1936.

(4) VIGNATI, *El uso*, etc., 355.

(5) Con posterioridad a la presentación de esta comunicación se ha publicado un trabajo del Dr. Fernando Márquez Miranda (*Los diaguitas y la guerra*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, IV; Mendoza, 1943), en que se aborda también el tema y se describen nuevos vasos de los Barreales en cuya decoración figura el propulsor y otros ganchos de estólica hallados entre las antiguas colecciones del Museo de La Plata.

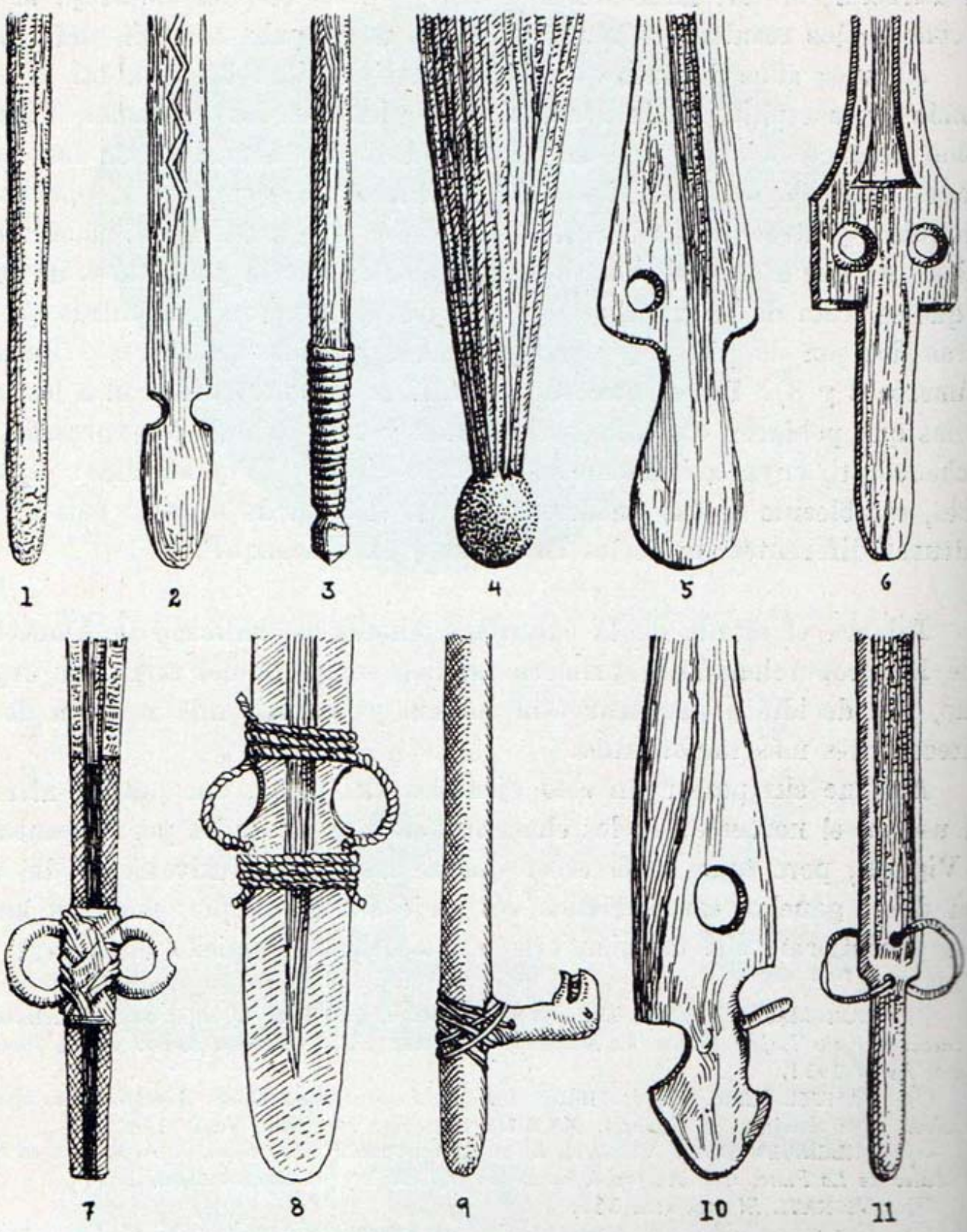


Fig. 10. — Distintos tipos de extremos anteriores de estólicas.

el mismo caso se repite en la Argentina y que, además de la estólica con doble gancho que aparece representada en la cerámica y cuya existencia corroboran los ganchos-anteriores descubiertos, hubo propulsores con un solo gancho, el que servía para apoyar el dardo, habiéndose recurrido a otros medios para facilitar el manejo del arma.

La morfología de la parte anterior del propulsor, destinada a ser empuñada por el guerrero, no ha sido suficientemente estudiada, seguramente por revestir menos importancia que el dispositivo usado para apoyar el dardo y quizá también porque su mayor variedad hace muy difícil cualquier intento de clasificación. No poseemos los elementos necesarios para llevar a cabo la tarea, pero como una contribución a la misma, que sólo podríamos completar disponiendo de muchos ejemplares de distintas partes del mundo, sugerimos la conveniencia de distinguir dos grupos principales:

1. — *Mangos simples.* — Resultan de la forma natural de la pieza, cuya extremidad ha sido sólo redondeada o tallada para que la mano pueda empuñarla más fácilmente; presentan variantes, que van desde una extremidad que no se diferencia del resto de la pieza (figura 10, número 1) hasta un mango claramente separado por profundas entalladuras (figura 10, número 2); en el primer caso, a veces, se ha reforzado el extremo con hilos o tientos que lo recubren y evitan que la mano resbale sobre la madera o caña (figura 10, número 3) y en el segundo se ha destacado la punta agregándole una materia resinosa (figura 10, número 4).

2. — *Mangos complexos.* — Son aquellos que han sido profundamente modificados para adaptarlos mejor. Su variedad es todavía mayor que la de los anteriores y señalaremos dos tipos capitales: a) extremidades con uno o dos agujeros para pasar los dedos (figura 10, números 5 y 6) o aditamentos que desempeñan el mismo papel (figura 10, números 7 y 8); b) extremidades con un gancho sólidamente fijado para servir de apoyo a la mano (figura 10, número 9). Cabe hacer notar que en ciertos propulsores árticos (figura 10, número 10) se presentan juntas las dos formas, por lo cual, como hipótesis, podría admitirse que ellos, por desdoblamiento, han originado la forma con agujeros o anillas y la de gancho adaptado, en vez de ser parte integrante del mango, como pasa en el propulsor ártico.

La estólica de Doncellas tiene dos pequeños agujeros que pudieron servir para pasar una cuerda o tiento con el cual hacer el dispositivo para los dedos (figura 10, número 11).

Como última cuestión nos referiremos al área de dispersión de la estólica en el noroeste argentino. Es indiscutible su presencia en la cultura o facies cultural de Barreales, que en el criterio de varios autores, entre los cuales nos contamos, es la más antigua; hasta ahora no tenemos ningún indicio de que estos indígenas tuvieran también arco. Numerosos documentos de la época de la conquista nos hablan de arcos entre los calchaquíes, pero no conocemos citas sobre la estólica; a pesar de ellos es admisible su existencia en estas tribus, partiendo de la base de que los ganchos de propulsor encontrados correspondan a yacimientos arqueológicos de dichos indios. Puede suponerse que el arco había desalojado a la estólica como arma principal, pero que ésta todavía subsistía, quizá reducida a la categoría de arma o insignia ceremonial; se habría así cumplido un proceso semejante al indicado por Uhle para el Perú[1]. También hubo estólicas en el extremo norte de la Argentina entre los habitantes de la Puna jujeña, debiendo destacarse el hecho de que el ejemplar de Doncellas fué encontrado en una tumba de personaje notable, posiblemente hechicero, como espero probar en otra oportunidad; es sugestivo el hecho de que habiendo reunido en el citado yacimiento más de cincuenta arcos ésta sea la única estólica que hemos obtenido.

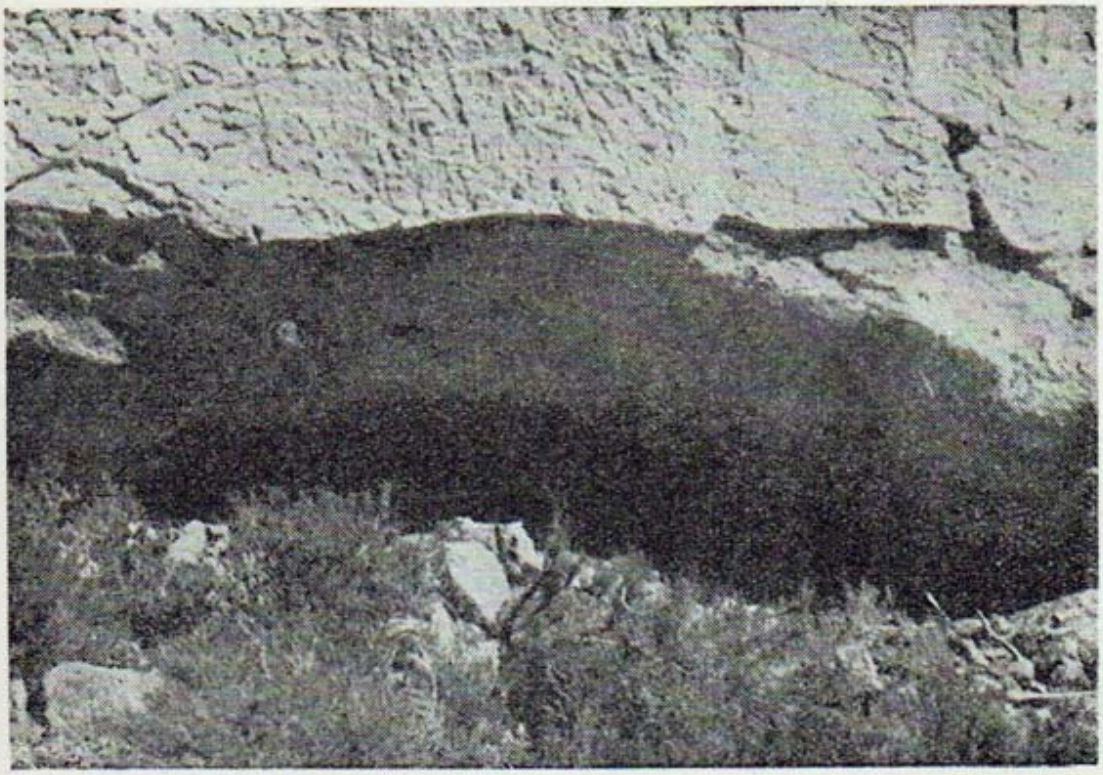
---

(1) UHLE, MAX, *La estólica*, etc., 124.

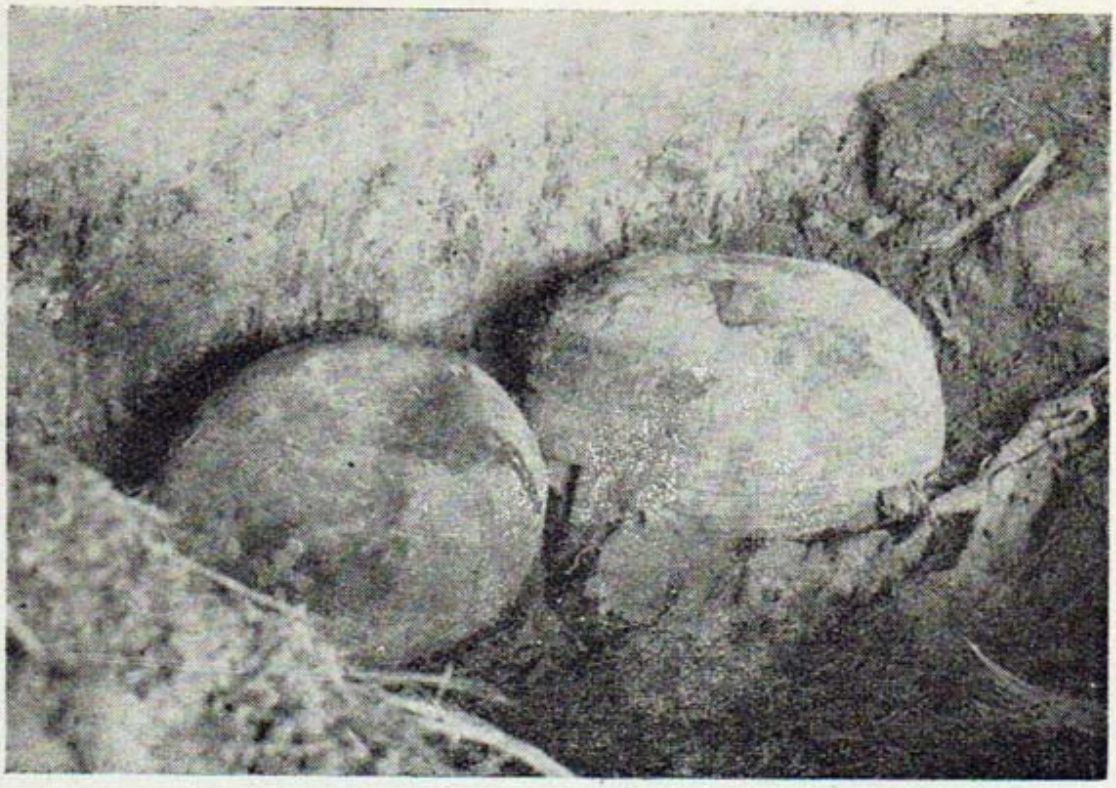
(Comunicación presentada en la sesión del día 5 de agosto de 1942. Dibujos realizados por Eduardo Ríos. Cartografía de María Teresa Grondona. Fotografías de Pablo Haedo y del autor.)



Aspecto general del cerro aislado en cuya base se abre la cueva.



Boca de la gruta, frente a la cual hay arbustos y algunas piedras.



Hallazgo de la sepultura ubicada contra la pared del fondo de la cueva y cubierta con tierra, ramas y piedras.



Extraídas dos canastas superpuestas se halló que habían sido empleadas para cubrir la cabeza del inhumado.

ENSAYO SOBRE LA ARQUEOLOGIA BOLIVIANA

por

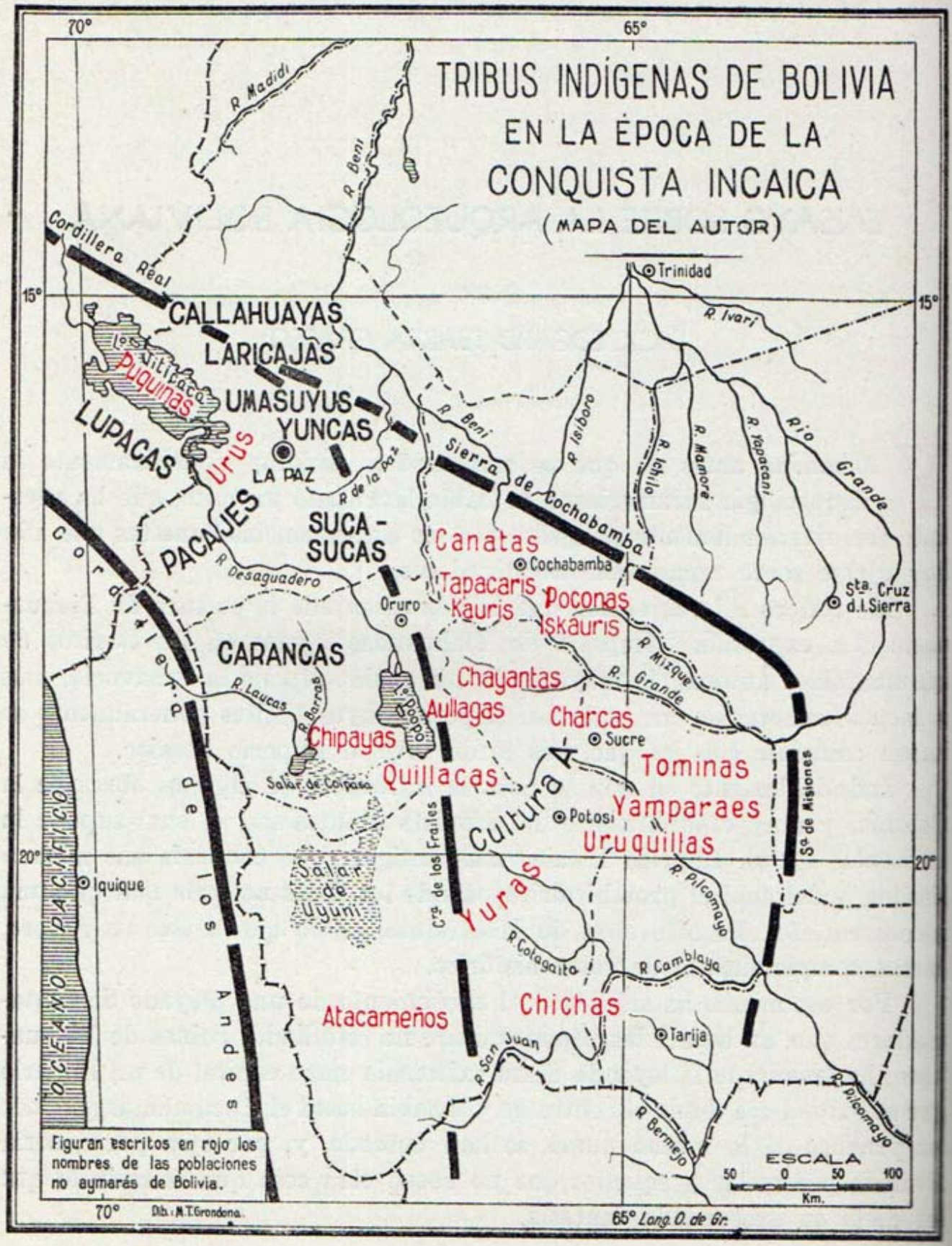
DICK EDGARD IBARRA GRASSO

YA mucho antes de que se empezara a estudiar científicamente la arqueología suramericana se había levantado un mito, que ha revelado ser extremadamente peligroso por las consecuencias funestas que aún hoy ejerce sobre numerosos investigadores.

Me refiero a la extensión que habría alcanzado la cultura de Tiahuanaco. La expresión "Imperio de Tiahuanaco" yace en los escritos de innumerables autores, la mayoría de los cuales supone la existencia, más o menos remota, de un poderoso imperio, cuyos límites generalmente se hacen coincidir con los que más tarde tuvo el Imperio Incaico.

Indudablemente en esto se nota la influencia de algunas obras de la Colonia, y muy especialmente del cronista Montesinos, el cual supone la existencia de un Imperio Incaico más antiguo, que ocuparía sus mismos límites, y del cual el protohistórico país de los Incas no sería más que una reconstrucción. Pero la obra de Montesinos, en lo que a ésto se refiere, carece completamente de valor histórico.

Por eso mismo ha sido fácil el surgimiento de una pléyade de fantaseadores que, en base a las prácticamente no estudiadas ruinas de Tiahuanaco, ha levantado la leyenda de su existencia como capital de un Imperio que se extendería desde el centro de Colombia hasta el Tucumán argentino; las pruebas de lo mismo nunca se han buscado, y, por otra parte, sería absurdo pedírselas a aquellos que no hacen otra cosa que escribir lo que les dicta su desbordada fantasía.


TRIBUS INDÍGENAS DE BOLIVIA
EN LA ÉPOCA DE LA
CONQUISTA INCAICA
(MAPA DEL AUTOR)
70°
65°
15°
20°
R. Madidi
R. Beni
Cordillera Real
Trinidad
CALLAHUAYAS
LARICAJAS
Los Kallipacas
Puquinas
UMASUYUS
YUNCAS
LUPACAS
Urus
LA PAZ
R. de la Paz
Sierra de Cochabamba
R. Isiboro
R. Ichilo
R. Mamoré
R. Yapacani
Río Grande
R. Ivari
PACAJES
SUCA-
SUCAS
Canatas
Cochabamba
R. Desaguadero
Oruro
Tapacaris
Kauris
Poconas
Iskauris
Sta. Cruz
d.l. Sierra
R. Mizque
R. Grande
CARANCAS
Chayantas
Aullagas
Charcas
Sucre
R. Laucas
R. Barras
Chipayas
Lago Poopó
Salar de Coipasa
Quillacas
Tominas
Yamparaes
Potosí
Uruquillas
Cultura A
Cdra. de los Frailes
Sa de Misiones
Iquique
Salar de Uyuni
Yuras
R. Pilcomayo
R. Cotagaita
R. Camblaya
Atacameños
Chichas
Tarija
R. San Juan
R. Bermejo
OCEANO PACIFICO
Cordillera de los Andes
Figuran escritos en rojo los nombres de las poblaciones no aymarás de Bolivia.
ESCALA
50 0 50 100
Km.
Dib. M.T. Grondona.
65° Long. O. de Gr.

Particularmente tratando del territorio andino boliviano, casi todo objeto arqueológico que hasta el momento se había encontrado en él, y que no perteneciera a la cultura incaica, era declarado automáticamente de origen tiahuanacota, por más que más de una vez las diferencias fueron tales que nada, absolutamente nada, autorizaba a ello.

En los dos años que me hallo estudiando arqueología boliviana, he encontrado que la casi totalidad de las regiones visitadas por mí nada tienen que hacer arqueológicamente con Tiahuanaco, y lo mismo pasa con las colecciones que he visto, tanto en los museos oficiales como particulares. En lo que respecta a esto último, la mayoría de las piezas proceden ciertamente de la cultura de Tiahuanaco y de la Incaica, pero cualquiera que se interese por las piezas provenientes de los otros departamentos de la República, advierte inmediatamente la enorme diferencia que hay entre ellas y Tiahuanaco y a la vez la que existe entre las que provienen de distintos lugares.

En las varias excavaciones que he hecho en distintos lugares del departamento de Potosí, el material hallado no tenía siquiera la más lejana hilación posible con Tiahuanaco, y ello tanto en los objetos hallados en las excavaciones como en la misma arquitectura de las ruinas encontradas o en la forma de los cementerios.

Exactamente lo mismo ocurre en los otros lugares que he visitado o he tenido noticias, en ocasiones con informes valiosos de los mismos que hicieron las excavaciones. Todo esto reduce enormemente la extensión de la cultura de Tiahuanaco, que no creo ocupase ni un quinto del total de los territorios andinos de Bolivia.

Las otras regiones se hallaban habitadas por diversos pueblos, algunos de los cuales hablaban la lengua kolla o aymara y los otros tenían diversas lenguas, como ser el puquina, el atacameño, el chicha, etc., completamente distintas tanto del kolla como del quichua. Por otra parte, conviene advertir que el quichua es una lengua alógena en Bolivia, y que fué esparcida recién con la conquista incaica y más tarde por obra de los misioneros católicos.

Entrando ahora a examinar más directamente la etnografía antigua de Bolivia, de acuerdo a los resultados de mis investigaciones hasta el momento, se encuentran dos corrientes culturales distintas por su zona

de penetración y por los elementos aportados, pero más o menos relacionados entre sí por su origen. Cada una de estas corrientes se compondría de pueblos de cultura totémica y matriarcal de la azada, más o menos mezclados entre sí, y enormemente elevados por la intromisión de elementos de la cultura señorial y de los Grandes Estados, lo cual habría dado como resultado un estado cultural equivalente al eneolítico de Europa.

Ello no implica, empero, que en las regiones andinas de Bolivia no hubiera habido antes pueblos de las culturas totémica o matriarcal de la azada; nada se opone a ello aunque tampoco nada lo propone, pero éste es un punto que hasta el momento permanece sin ningún estudio. De lo único que se puede responder ampliamente es de la existencia anterior de pueblos de raza y cultura fueguina, que habitaban las costas del Pacífico y la zona lacustre de la altiplanicie boliviana.

De las dos corrientes culturales citadas anteriormente, la primera tiene una neta procedencia centroamericana y se extiende por toda la costa del Perú entrando luego a la altiplanicie de Bolivia, de donde corre extensamente hacia el Norte argentino, lo mismo que por las costas de Chile. Lingüísticamente sólo puedo adjuntar a esta corriente la lengua yunga de la costa peruana al Norte de Lima, la cual en su numeración se caracteriza por la existencia de varias docenas de partículas numerativas, las cuales se sufijan a los numerales y sirven para contar las diversas cosas, que se hallan todas rigurosamente distribuídas en clases y que sólo con esas partículas se pueden contar. Esta característica es propia de las lenguas centroamericanas, entre las que el maya posee más de ochenta de estos numerativos, y es de indudable procedencia oceánica, ya que en Micronesia hay lenguas con las mismas características. Otro grupo con los mismos numerativos existe en la Columbia inglesa y también es de procedencia oceánica.

En los elementos materiales esta corriente aporta la fundición de los metales, la arquitectura en piedra, las deformaciones de la oreja, etc.; en la cerámica se caracterizaría por sus formas más variadas y la representación, en el mismo vaso, de figuras humanas y animales, y pintura sobre los mismos, con formas elevadas de representaciones naturales, por más que a veces estén fuertemente influenciadas por la forma geométrica

La segunda corriente tiene su origen cultural en Colombia o en las culturas que hoy hallamos en Colombia, y que también son de procedencia centroamericana. Su camino de introducción a Bolivia es, siguiendo la zona oriental de la cordillera andina, las zonas bajas del Alto Amazonas; por la zona del departamento de La Paz se introduce en el Altiplano y recorriéndolo totalmente llega también a la región Noroeste argentina, Probablemente también tiene varias penetraciones en la zona de la cordillera peruana, dando origen así a los elementos amazónicos que se hallan en la sierra del Perú.

Esta corriente cultural no ha sido estudiada hasta el momento, que yo sepa, por ningún otro investigador. Los primeros indicios de ella fueron obtenidos por mí al estudiar las numeraciones de los pueblos del Alto Amazonas y del Norte de Bolivia, las cuales eran indiscutiblemente de origen colombiano, lo mismo que una importante característica de la fonética de estas lenguas, pero entonces creí que esta corriente colombiana se detenía al pie de la cordillera. Posteriormente fuí encontrando en el Altiplano de Bolivia numerosos elementos culturales que no tuvieron explicación más que asignándolos a la misma corriente, y lo mismo, influencias lingüísticas colombianas en la kolla.

Las características de la numeración colombiana se manifiestan principalmente en la lengua leca del oriente boliviano, la cual forma los números siete, ocho y nueve, por medio de las frases "diez menos tres", "diez menos dos" y "diez menos uno", respectivamente. Esta forma numeral existe en Suramérica solamente en Colombia y es, por lo tanto, elemental asignarle tal origen. Este sistema, sin embargo, no se halla más que en unas pocas lenguas de esta corriente; en cambio, es más general la existencia de las clases numerales pero en número mucho más reducido que en Centroamérica; generalmente no pasan de dos, y sólo para los dos primeros numerales. Tal forma se encuentra inclusive en el aymara, que dice *maya* o *maa* para decir uno, y *paya* o *paa* para decir dos.

En cuanto a la característica fonética referida más arriba ella consiste en que la construcción de las sílabas de todas las palabras de la lengua, es sumamente simple, ya que sólo puede constar de dos elementos, una consonante y una vocal, siempre dispuestas en este orden y sin que exista nunca la forma invertida de vocal-consonante ni menos consonante-

vocal-consonante. Esta característica la poseen las lenguas: *huitoto* del oriente ecuatoriano y colombiano, el *caxinahua* del grupo pano, las lenguas *takana* del Norte de La Paz, etc., y ejerce una gran influencia en el aymara de modo de no permitirle consonantes finales; así, a las palabras quichuas adoptadas por el aymara se les añade siempre una vocal, por ejemplo: *cuntur* (cóndor) de la que hacen *cunturi, pachac* (cien) de la que hacen *pataca* (con más la transformación también común de la *ch* en *t*), y lo mismo ocurre con las palabras castellanas tomadas por el aymara: de Dios hacen *Diosa,* de papel *papela,* etc.

Lenguas de sílabas simples existen en Colombia, América Central, Centro y Sur de México (otomí, zapoteca(mixteca, chorotega, etc.) y la Florida (timukua). Para mí, todas estas lenguas son de un origen oceánico premalayo-polinesio y correspondientes a una cultura no mayor que la totémica, que elevada por influencias de las culturas del arco y señorial se traslada a América alcanzando una relativa importancia por su desarrollo. Su numeración original es bi-quinaria, o sea: *uno, dos, dos* y *uno* (3), *dos-dos* (4), *una mano* (5), *dos manos* (10), etc. En este estado se hallan la mayoría de las lenguas de la corriente colombiana y lo mismo el aymara o kolla si le sacamos las palabras numerales quichuas que tiene adoptadas, pues sólo le quedarían el uno, *maya,* el dos, *paya,* y el cuatro, *pusi.*

Resumiendo todo esto creo hallarme ante una corriente cultural comparable a la que llevó la cultura andina colombiana, a través de Venezuela y las Guayanas, hasta Marajó. Esta corriente tomó numerosos elementos amazónicos en su camino y luego los introdujo profundamente en la zona andina boliviana, y creo también que en la Sierra del Perú, cuyos investigadores insisten siempre en hablar de elementos culturales amazónicos en la base de las antiguas culturas de su país.

Los elementos culturales que traería esta corriente son numerosos y lo serán más cuando se los pueda separar mejor de los de la otra corriente. En la cerámica se caracteriza por las formas simplistas de los vasos, los cuales no presentan figuras humanas ni animales en su conformación; la pintura de ellos es igualmente sin representaciones naturalistas, dominada profundamente por las líneas geométricas. En una palabra, es una cerámica, más de tipo amazónico que andino.

De los otros elementos materiales traídos por esta corriente cabe mencionar, en primer lugar, la cerbatana, usada aún hoy por varios pueblos aymaras; creo que la deformación craneana occipital oblicua; el tembetá, que se encuentra hasta en las capas más profundas de Tiahuanaco, y que, a raíz de los estudios practicados allí por el señor Maks Portugal, ha sido asignado a esta corriente, en tanto que antes había sobre él la peregrina ocurrencia de que proviniese de restos de chiriguanos llevados como esclavos a trabajar en Tiahuanaco. Esto está desmentido no sólo por su hallazgo en tumbas de personajes, sino también por el recientísimo contacto de los chiriguanos con los pueblos andinos.

Otro elemento cultural importantísimo que creo que puede haber sido traído por esta corriente cultural es la escritura jeroglífica, redescubierta por mí, en uso actual en todo el altiplano de Bolivia, Norte argentino y gran parte del Perú; ella se halla íntimamente relacionada con la de los cunas de Panamá y, según informes, no confirmados hasta el momento, algunas tribus panos usarían escritos similares sobre cuero, y los tacanas los escritos en arcilla. Nada de esto último he podido confirmar hasta el momento, pero siempre es más creíble esta vía de entrada para la escritura que la de la costa del Pacífico, pues hasta el momento ningún escrito ha aparecido en las ruinas de la costa peruana ni hay noticias de la existencia actual de esta escritura en ella.

Otro elemento importante que parece haberse introducido por esta vía es una mezcla racial con elemento no andino. En efecto, en muchas partes de la zona altiplánica, principalmente en las de habla aymara, hay fuertes núcleos de población de una estatura mucho más alta que el común de los mongoloides andinos; en general esta talla es superior a 1.70, llegando muchas veces a cerca de 1.80. A ello se añade un color algo más obscuro, más achocolatado, y una braquicefalía fuerte pero distinta en su forma de la común andina, pues el cráneo es fuertemente alargado hacia arriba y la cara es larga. Para darse mejor cuenta de esta diferencia podemos comparar a los andinos comunes con los alpinos de Europa y a este otro elemento con los dináricos, pues ambos pueblos son braquicéfalos pero profundamente distintos entre sí.

Hay también otros dos grupos raciales a los cuales no sé qué origen atribuirles; los dos son propios de las zonas arqueológicas de las cercanías

de penetración y por los elementos aportados, pero más o menos relacionados entre sí por su origen. Cada una de estas corrientes se compondría de pueblos de cultura totémica y matriarcal de la azada, más o menos mezclados entre sí, y enormemente elevados por la intromisión de elementos de la cultura señorial y de los Grandes Estados, lo cual habría dado como resultado un estado cultural equivalente al eneolítico de Europa.

Ello no implica, empero, que en las regiones andinas de Bolivia no hubiera habido antes pueblos de las culturas totémica o matriarcal de la azada; nada se opone a ello aunque tampoco nada lo propone, pero éste es un punto que hasta el momento permanece sin ningún estudio. De lo único que se puede responder ampliamente es de la existencia anterior de pueblos de raza y cultura fueguina, que habitaban las costas del Pacífico y la zona lacustre de la altiplanicie boliviana.

De las dos corrientes culturales citadas anteriormente, la primera tiene una neta procedencia centroamericana y se extiende por toda la costa del Perú entrando luego a la altiplanicie de Bolivia, de donde corre extensamente hacia el Norte argentino, lo mismo que por las costas de Chile. Lingüísticamente sólo puedo adjuntar a esta corriente la lengua yunga de la costa peruana al Norte de Lima, la cual en su numeración se caracteriza por la existencia de varias docenas de partículas numerativas, las cuales se sufijan a los numerales y sirven para contar las diversas cosas, que se hallan todas rigurosamente distribuídas en clases y que sólo con esas partículas se pueden contar. Esta característica es propia de las lenguas centroamericanas, entre las que el maya posee más de ochenta de estos numerativos, y es de indudable procedencia oceánica, ya que en Micronesia hay lenguas con las mismas características. Otro grupo con los mismos numerativos existe en la Columbia inglesa y también es de procedencia oceánica.

En los elementos materiales esta corriente aporta la fundición de los metales, la arquitectura en piedra, las deformaciones de la oreja, etc.; en la cerámica se caracterizaría por sus formas más variadas y la representación, en el mismo vaso, de figuras humanas y animales, y pintura sobre los mismos, con formas elevadas de representaciones naturales, por más que a veces estén fuertemente influenciadas por la forma geométrica.

La segunda corriente tiene su origen cultural en Colombia o en las culturas que hoy hallamos en Colombia, y que también son de procedencia centroamericana. Su camino de introducción a Bolivia es, siguiendo la zona oriental de la cordillera andina, las zonas bajas del Alto Amazonas; por la zona del departamento de La Paz se introduce en el Altiplano y recorriéndolo totalmente llega también a la región Noroeste argentina, Probablemente también tiene varias penetraciones en la zona de la cordillera peruana, dando origen así a los elementos amazónicos que se hallan en la sierra del Perú.

Esta corriente cultural no ha sido estudiada hasta el momento, que yo sepa, por ningún otro investigador. Los primeros indicios de ella fueron obtenidos por mí al estudiar las numeraciones de los pueblos del Alto Amazonas y del Norte de Bolivia, las cuales eran indiscutiblemente de origen colombiano, lo mismo que una importante característica de la fonética de estas lenguas, pero entonces creí que esta corriente colombiana se detenía al pie de la cordillera. Posteriormente fuí encontrando en el Altiplano de Bolivia numerosos elementos culturales que no tuvieron explicación más que asignándolos a la misma corriente, y lo mismo, influencias lingüísticas colombianas en la kolla.

Las características de la numeración colombiana se manifiestan principalmente en la lengua leca del oriente boliviano, la cual forma los números siete, ocho y nueve, por medio de las frases "diez menos tres", "diez menos dos" y "diez menos uno", respectivamente. Esta forma numeral existe en Suramérica solamente en Colombia y es, por lo tanto, elemental asignarle tal origen. Este sistema, sin embargo, no se halla más que en unas pocas lenguas de esta corriente; en cambio, es más general la existencia de las clases numerales pero en número mucho más reducido que en Centroamérica; generalmente no pasan de dos, y sólo para los dos primeros numerales. Tal forma se encuentra inclusive en el aymara, que dice *maya* o *maa* para decir uno, y *paya* o *paa* para decir dos.

En cuanto a la característica fonética referida más arriba ella consiste en que la construcción de las sílabas de todas las palabras de la lengua, es sumamente simple, ya que sólo puede constar de dos elementos, una consonante y una vocal, siempre dispuestas en este orden y sin que exista nunca la forma invertida de vocal-consonante ni menos consonante-

vocal-consonante. Esta característica la poseen las lenguas: *huitoto* del oriente ecuatoriano y colombiano, el *caxinahua* del grupo pano, las lenguas *takana* del Norte de La Paz, etc., y ejerce una gran influencia en el aymara de modo de no permitirle consonantes finales; así, a las palabras quichuas adoptadas por el aymara se les añade siempre una vocal, por ejemplo: *cuntur* (cóndor) de la que hacen *cunturi*, *pachac* (cien) de la que hacen *pataca* (con más la transformación también común de la *ch* en *t*), y lo mismo ocurre con las palabras castellanas tomadas por el aymara: de Dios hacen *Diosa*, de papel *papela*, etc.

Lenguas de sílabas simples existen en Colombia, América Central, Centro y Sur de México (otomí, zapoteca(mixteca, chorotega, etc.) y la Florida (timukua). Para mí, todas estas lenguas son de un origen oceánico premalayo-polinesio y correspondientes a una cultura no mayor que la totémica, que elevada por influencias de las culturas del arco y señorial se traslada a América alcanzando una relativa importancia por su desarrollo. Su numeración original es bi-quinaria, o sea: *uno, dos, dos* y *uno* (3), *dos-dos* (4), *una mano* (5), *dos manos* (10), etc. En este estado se hallan la mayoría de las lenguas de la corriente colombiana y lo mismo el aymara o kolla si le sacamos las palabras numerales quichuas que tiene adoptadas, pues sólo le quedarían el uno, *maya*, el dos, *paya*, y el cuatro, *pusi*.

Resumiendo todo esto creo hallarme ante una corriente cultural comparable a la que llevó la cultura andina colombiana, a través de Venezuela y las Guayanas, hasta Marajó. Esta corriente tomó numerosos elementos amazónicos en su camino y luego los introdujo profundamente en la zona andina boliviana, y creo también que en la Sierra del Perú, cuyos investigadores insisten siempre en hablar de elementos culturales amazónicos en la base de las antiguas culturas de su país.

Los elementos culturales que traería esta corriente son numerosos y lo serán más cuando se los pueda separar mejor de los de la otra corriente. En la cerámica se caracteriza por las formas simplistas de los vasos, los cuales no presentan figuras humanas ni animales en su conformación; la pintura de ellos es igualmente sin representaciones naturalistas, dominada profundamente por las líneas geométricas. En una palabra, es una cerámica, más de tipo amazónico que andino.

De los otros elementos materiales traídos por esta corriente cabe mencionar, en primer lugar, la cerbatana, usada aún hoy por varios pueblos aymaras; creo que la deformación craneana occipital oblicua; el tembetá, que se encuentra hasta en las capas más profundas de Tiahuanaco, y que, a raíz de los estudios practicados allí por el señor Maks Portugal, ha sido asignado a esta corriente, en tanto que antes había sobre él la peregrina ocurrencia de que proviniese de restos de chiriguanos llevados como esclavos a trabajar en Tiahuanaco. Esto está desmentido no sólo por su hallazgo en tumbas de personajes, sino también por el recientísimo contacto de los chiriguanos con los pueblos andinos.

Otro elemento cultural importantísimo que creo que puede haber sido traído por esta corriente cultural es la escritura jeroglífica, redescubierta por mí, en uso actual en todo el altiplano de Bolivia, Norte argentino y gran parte del Perú; ella se halla íntimamente relacionada con la de los cunas de Panamá y, según informes, no confirmados hasta el momento, algunas tribus panos usarían escritos similares sobre cuero, y los tacanas los escritos en arcilla. Nada de esto último he podido confirmar hasta el momento, pero siempre es más creíble esta vía de entrada para la escritura que la de la costa del Pacífico, pues hasta el momento ningún escrito ha aparecido en las ruinas de la costa peruana ni hay noticias de la existencia actual de esta escritura en ella.

Otro elemento importante que parece haberse introducido por esta vía es una mezcla racial con elemento no andino. En efecto, en muchas partes de la zona altiplánica, principalmente en las de habla aymara, hay fuertes núcleos de población de una estatura mucho más alta que el común de los mongoloides andinos; en general esta talla es superior a 1.70, llegando muchas veces a cerca de 1.80. A ello se añade un color algo más obscuro, más achocolatado, y una braquicefalía fuerte pero distinta en su forma de la común andina, pues el cráneo es fuertemente alargado hacia arriba y la cara es larga. Para darse mejor cuenta de esta diferencia podemos comparar a los andinos comunes con los alpinos de Europa y a este otro elemento con los dináricos, pues ambos pueblos son braquicéfalos pero profundamente distintos entre sí.

Hay también otros dos grupos raciales a los cuales no sé qué origen atribuirles; los dos son propios de las zonas arqueológicas de las cercanías

de Potosí y los describo más adelante al tratar las culturas yura y cultura A.

En cuanto a la antigüedad relativa entre ambas corrientes culturales nada he podido averiguar hasta el momento. Creo para ambas una antigüedad equivalente a la Era Cristiana o poco anterior, pues la presencia en ambas de elementos de la cultura señorial no permite asignarles mayor antigüedad.

Ya en territorio andino de Bolivia ambas corrientes culturales se han mezclado intensamente, lo cual no obsta para que en unos sitios predomine una u otra, tanto racial como culturalmente.

De ello provienen los numerosos pueblos indígenas del Altiplano de Bolivia, de muchos de los cuales existen inclusive sus nombres históricos, y a los cuales iré pasando revista.

Dos núcleos principales se forman hoy con los indígenas de la zona andina boliviana: los kollas o aymaras y los quichuas, atendiéndose exclusivamente a la lengua que hablan. Esta división ya he expresado que es errónea, pues en Bolivia no hay quichuas, salvo tal vez algunos pocos provenientes de mitimaes incaicos; todos éstos son pueblos que han aprendido el quichua y habitan en forma casi exclusiva en los departamentos de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba, no faltando algunos núcleos en plena zona aymara, como ser la provincia Muñecas, de La Paz. Inversamente hay núcleos de habla aymara en territorios quichuas, como ser Llica y Urmiri en Potosí.

También creo que un gran número de los pueblos que hoy hablan aymara no son originariamente aymaras, sino que son pueblos que lo han aprendido, como ha ocurrido en forma indiscutible con los puquinas.

El número de esta población indígena puede ser calculado en cerca de dos millones sobre unos tres y medio que posee el país; de ellos algo más de la mitad habla el quichua. Pero estas cifras no se deben de tomar como representativas de las existentes en el momento de la conquista; sobre los datos de los censos de los españoles de fines del siglo XVI calculo que la población indígena de todo el territorio andino de Bolivia, en el momento de la conquista, pasaría muy poco de los trescientos mil, repartidos más o menos en la forma actual, o sea algo menos de la mitad, formada por pueblos de habla aymara y el resto ya más o menos quichuizado.

Esto tiene mucha importancia para no sobrevalorar el número de las poblaciones indígenas de Bolivia suponiendo una población exagerada y un Imperio Tiahuanacota con millones de habitantes. Las más poderosas de las naciones indígenas bolivianas, cuando la conquista incaica, no tendrían más de tres o cuatro docenas de miles de habitantes.

Cuando la conquista incaica, el territorio boliviano estaba habitado por multitud de tribus cuyos nombres han dejado, al menos fragmentariamente, los cronistas. Ningún trabajo se ha hecho sobre ello, que yo sepa, ni en Bolivia ni en el extranjero, pues, como ya he dicho, el concepto de que Tiahuanaco es todo en Bolivia ha impedido y ha desviado el interés por los pueblos protohistóricos.

La misma unidad de los pueblos aymaras se encuentra desvirtuada por la conquista incaica; los incas encontraron a los aymaras divididos en multitud de tribus, en guerra continua entre sí, y los fueron conquistando, poco a poco, unos por la violencia y otros por la persuación. Las principales de estas tribus eran las de los *pacajes, lupacas, suca-sucas* o *sica-sicas, laricajas, umasuyus, carancas, yuncas, callahuayas,* etc., muchas de las cuales han dado sus nombres a las actuales provincias de los departamentos de La Paz y Oruro.

Entre las poblaciones no aymaras de Bolivia se distinguen históricamente los *quillacas,* que habitaban al Sur del lago Poopo en Oruro, los *aullagas,* que habitaban la margen derecha del mismo lago; los *atacameños* o *lípez* de Potosí, que pasan a la Argentina y Chile; los *chichas,* que habitaban las dos provincias de su nombre en Potosí y pasaban a Tarija y la provincia de Cinti en Chuquisaca, constituyendo las divisiones de los churumatas y tomatas, y que igualmente pasan un poco la frontera argentina. Más al Norte estaban los *charcas,* que han dado su nombre a la capital de la República; igualmente los *chayantas* en la provincia de su nombre en Potosí; los *tominas* en la provincia Tomina en Chuquisaca; los *yamparaes* en Chuquisaca; los *uruquillas* en Potosí y Cinti; los *yuras,* que se extienden desde Uyuni hasta cerca de la ciudad de Potosí; los *canatas* en la zona de la ciudad de Cochabamba; los *tapacaris* al Sur de la misma; los *poconas* en la provincia de su nombre en Cochabamba; los *kauris* y los *iskauris* en la misma Cochabamba. Los *puquinas* en la zona del lago Titicaca y finalmente los *urus* y *chipayas* en la zona lacustre altiplánica.

Esta es una lista muy incompleta de las poblaciones nativas de Bolivia, y creo que han de faltar no menos de una docena más; además, por ejemplo, todavía no he podido averiguar los posibles habitantes de más de una región en donde han aparecido restos arqueológicos, como ocurre con los de las excavaciones que he realizado en la finca Cayara, a cinco leguas de la ciudad de Potosí, y que he denominado provisionalmente *Cultura A*.

De todos estos pueblos no aymaras los atacameños, los chichas, los puquinas, los chipayas y los urus, tenían cada uno su lengua propia, totalmente distinta tanto del quichua como del aymara; de estas cinco lenguas sólo las dos últimas se conservan habladas por unas pocas docenas de individuos. Las demás naciones debían tener también sus lenguas propias, ya desaparecidas o casi desaparecidas cuando la conquista española.

Todas estas naciones debieron tener su origen, a través de muchas vicisitudes y cambios, en los pueblos provenientes de las dos corrientes culturales citadas; tal vez con integración de elementos autóctonos anteriores, los cuales, sin embargo, por su menor desarrollo, serían más bien asimilados como pueblo.

Elementos antiguos de estos pueblos no se pueden señalar casi, pues salvo en Tiahuanaco no se han hecho, prácticamente, estudios en el territorio boliviano, y aún para Tiahuanaco es aventurado señalar objetos que provengan de sus primeras épocas, por la forma totalmente inorgánica en que se han hecho los trabajos en el mismo. El profesor Posnansky ha establecido una serie de varias épocas de Tiahuanaco, lo cual juzgo enteramente arbitrario, pues se basa sólo en los restos arquitectónicos sin señalar para nada las diferencias en la cerámica y el trabajo en metal y en piedra, que necesariamente tendrían que haber sido distintos en cada una de esas épocas.

Para las épocas más recientes, es decir, para la época inmediatamente preincaica e incaica de las tribus antes citadas, ya se pueden señalar muchas otras cosas y diferenciar las ruinas de unas de otras con bastante seguridad.

Empezando por el Sur para mayor facilidad de exposición, la arqueología de los *chichas* y *atacameños* es ya bastante conocida, no por estudios realizados en Bolivia sino por el hecho de que ambas pasan a los países vecinos. Los restos culturales de los atacameños en Chile denotan

una importante influencia de Tiahuanaco, que sucede a una época anterior de desarrollo indígena; pero en la Argentina los atacameños han mantenido en general las condiciones de vida más primitivas de su pueblo. En cuanto al territorio atacameño de las dos provincias Lípez, de Potosí, nada se puede decir hasta el momento, pues no tengo noticias de ningún trabajo realizado en ellas, no habiendo en ninguno de los museos de La Paz una sola pieza de esa procedencia.

Sobre los *chichas* se está casi en las mismas condiciones. La cerámica chicha denota un pueblo culturalmente independiente en su desarrollo, pero es muy poco más lo que se puede decir; de los pueblos chichas, de los tomatas y churumatas, he visto muchas piezas en mi viaje a Tarija y lo mismo ruinas de sus pueblos; se nota en ellas un alto desarrollo de la talla en piedra, destacándose en forma notable un hermoso vaso globular en piedra negra con grabados geométricos en bajorrelieve que he visto en la colección del señor Zambrana en Concepción, Tarija. Un hacha de bronce posee el señor Strocco en Tarija, y un pequeño trozo de oro que halló el mismo en una excursión que realizamos juntos a las ruinas del Saire, demuestran el uso del metal por esos pueblos; igualmente en Concepción he hallado los fondos de los hornos de fundición indígenas llamados *huairachinas*. Un solo vaso tarijeño que he visto denota una lejana influencia de Tiahuanaco, que creo más bien introducida por las relaciones que los chichas mantenían con los atacameños.

Los *yuras*, que se extienden sobre los chichas hasta la ciudad de Potosí, mantienen en todo una absoluta independencia con Tiahuanaco. En el Museo Nacional de La Paz había unos cuantos vasos procedentes de Potosí, sin que prácticamente se supiera nada de su procedencia; en compañía del señor Maks Portugal, ex director del Museo Nacional, realicé excavaciones en su territorio y han aparecido valiosas piezas. Su cerámica es bastante pobre, con pinturas geométricas siempre en negro; hay un interesante tipo de vasos funerarios "campaniformes", cuanto más de 20 centímetros de alto.

Sólo un pequeño prendedor de bronce he hallado en su territorio, pero ya es lo bastante para mostrar su conocimiento del metal. Las piedras de boleadoras son muy abundantes, aún las de hierro meteorítico o de simple hierro de veta, naturalmente sin fundir, siempre son sin surco;

en los cementerios encontré varios vasitos dobles de cerámica, de tamaño como copitas de anís, que creo que han podido servir para absorber alguna droga por la nariz. Faltan totalmente las puntas de flecha.

Los cráneos presentan siempre la deformación occipital oblicua y dolicocefalía; los huesos largos denotan tratarse de individuos de alta estatura. En el cementerio de la finca Cayara los restos estaban enterrados hasta de a seis, en hoyos en unas dunas, la posición siempre era encogida y el ajuar funerario abundante; en cambio en la zona de la estación Yura las tumbas estaban contra las rocas, aprovechando la protección de las salientes superiores, y hechas en forma de un medio horno con techo en falsa bóveda. Todas las tumbas estaban saqueadas, pero había abundantes muestras de tejidos en muy buen estado de conservación. En la misma región hay restos arqueológicos de lo que parece ser un campo religioso, y en él tres casitas cuadrangulares aún enteras con techo de piedra en falsa bóveda.

La llamada por mí "*Cultura A*", provisionalmente, por oposición a la cultura *B*, que luego fué identificada con los yuras, se extiende al Norte de éstos y tampoco tiene ninguna influencia de Tiahuanaco. Nada se sabía de ella antes de mis trabajos, hechos primero en compañía del señor Mak Portugal y posteriormente en compañía del prof. Pedro Vignale. Su cerámica es más pobre que la anterior, por más que tiene pinturas en colores, las cuales son siempre lineales y sencillísimas; hay estaciones antiguas indígenas y otras que han estado bajo el dominio incaico. Hemos encontrado prendedores de bronce y dos laminitas de plata, e igualmente los fondos de los hornos de fundición. Abundan las boleadoras, que en una colección de doce, nueve son de hierro, siempre sin surco; en cambio faltan las puntas de flecha; en la cerámica hay un interesante tipo de jarrita con pico, que también se encuentra entre los yuras; también se hallaron morteritos de piedra. En Cayara hay "tornos" de piedra sumamente primitivos, y en la vecina finca de Totora aún se los usa actualmente, pero hechos de cerámica; los mismos vasitos dobles de los yuras, etc. Los cráneos presentan algunas veces una débil deformación occipital erecta y la estatura de los individuos es bastante menor que la de los yuras; es típica la dolicocefalía y un cierto prognatismo. Un cráneo hallado en la finca Totora es absolutamente prognato, dolicocéfalo, e indudablemente

de negro. Los cementerios se hallan en las laderas de los montes y unas veces consisten en un óvalo o cuadrado de grandes piedras de un tamaño total que no pasa de dos metros, y otras en una cista o especie de hornito con techo en falsa bóveda, en su interior se encuentran restos de varios individuos y cerámica ordinaria de uso doméstico. Las ruinas de las poblaciones, siempre casitas cuadrangulares y con patio, se encuentran en sitios elevados. Las ruinas de una población en la hacienda Rosario, a cinco leguas de Potosí, cubre irregularmente una superficie de media docena de hectáreas.

En la hacienda Mondragón, a seis leguas de Potosí, hay una enorme roca aislada, a la cual no se puede subir; en su cima se ven, desde lejos, ruinas y dos círculos irregulares de piedras grandes con una piedra en el centro. Parecen ser una forma primitiva del Kalasasaya de Tiahuanaco, y que por su posición corresponderían a la cultura A. En la hacienda Rosario parece haber también otros dos, uno frente al otro y cuadrangulares, hechos de piedras labradas, pero todo está cubierto de una espesísima capa de arena y no asoman más que dos paredes. En Totora y Tarapaya hay, en cada una, un grupo de tres casitas orientadas a la salida del sol, con techo en falsa bóveda, y que parecen ser edificios religiosos.

En el valle de San Lucas, que corresponde a la cultura de los *uruquillas*, contiene restos de una docena de poblaciones, y también una cerámica totalmente distinta de la de Tiahuanaco. Frente a la escuela indigenal de Yacusiri están las ruinas de un pueblo en el cual hay, en bastante buen estado de conservación, las ruinas de un templo cuadrangular que mide 13,20 por 8,44 metros, dividido en su interior en cuatro habitaciones, y a sus lados existen los restos de siete torrecillas circulares; a poca distancia hay un canchón de pirca con cerca de medio metro de restos humanos calcinados, demostrando que en tal sitio se practicaba la incineración, pero en otros lugares de la misma cultura parece haber enterramiento y existen los mismos vasos "campaniformes" de los yuras.

Procedente de Otaví tiene el señor Maldonado Pacheco un hermoso cuchillo de bronce de forma foliácea; en la cerámica predomina el color negro con adornos geométricos y muchos vasos son de una arcilla blanca-grisácea. Hay cuentas de conchas blancas y otras azules de piedra. Estas últimas también existen entre los chichas, y la cultura A. Finalmente hay

unos hermosos "tornos" de piedra de forma lenticular, y el mismo señor Maldonado tiene un vasito de cerámica totalmente cubierto de finas pinturas geométricas en colores, que es lo más hermoso que he visto de Potosí.

De los *charcas, tominas* y *yamparaes* no he podido averiguar más que el nombre, por su existencia histórica; ni una pieza de estas regiones existe en los museos de La Paz; algunos historiadores consideran a los charcas como aymaras, lo cual me parece inexacto.

De los *quillacas* no sé, ni se sabe nada. Monseñor Abel Antezana, obispo de La Paz, me ha informado que cerca del pueblo Quillacas, al Sur del lago Poopo, existe un cerro cubierto de ruinas. Sin embargo, todavía nadie ha ido por allí.

De los *chayantas* he visto dos fragmentos de cerámica, sin pintura, pero con figuras humanas en relieve que formaban faja alrededor del vaso. Igualmente, un patito labrado en una piedra blanca, que puede compararse con ventaja con los mejores ejemplares de Tiahuanaco. Creo que más adelante esta cultura será relacionada con alguna época primitiva de los chimús de la costa peruana.

Del departamento de Cochabamba hay abundante material en el Museo Nacional y en el particular del coronel Federico Díez de Medina. En la forma de los vasos esta cerámica tiene una neta influencia de Tiahuanaco, pero en la pintura y técnica de su ejecución son casi siempre inferiores. Esta cerámica es generalmente llamada "Tiahuanaco decadente", por suponerse que corresponde a una época posterior al Tiahuanaco típico, pero en mi opinión nada tienen de "decadente", y se trataría simplemente de una influencia transitoria de la cultura de Tiahuanaco sobre un pueblo distinto, el cual después retomó su trayectoria de desarrollo independiente. Prueba de ello es que en Tiahuanaco no se halla nada parecido y que el Tiahuanaco típico subsiste aun bajo el dominio incaico.

Por falta de tiempo para el estudio de este material aun no he podido asignarlas ni provisionalmente a las tribus cochabambinas citadas, pero naturalmente no creo que sea típico de todas ellas sino sólo de alguna o algunas; hay también unos pocos vasos cochabambinos con pinturas geométricas que nada tienen que hacer con Tiahuanaco.

De los *aullagas* nada he podido averiguar. Maks Portugal ha traído hace poco de Oruro una hermosa colección de piedras talladas y pintadas,

que actualmente están en el Museo Nacional, y que tal vez correspondan a ellos. Algunas de ellas denotan una influencia del período de Huanané, del que trato más adelante.

Los *puquinas* habitaban conjuntamente con los aymaras la hoya del Titicaca, y a pesar de que algunos autores han querido asimilarlos linguísticamente a los urus, nada han tenido que hacer con ellos, pero desgraciadamente de su arqueología nada puedo tampoco decir.

Los *urus* y *chipayas* son restos de antiguos pescadores fuéguidos que nunca han tenido mayor desarrollo ni importancia cultural en el Altiplano.

Sobre los pueblos no aymaras resta todavía hacer conocer un hecho curioso y es la existencia actual en la zona Sur del Titicaca, tanto entre los urus como los aymaras, de una numeración decimal que nada tiene que hacer con la numeración decimal común de estos pueblos (es enteramente distinta en sus palabras) y de la que nada se puede saber sobre su origen. Tampoco es puquina. Parecería ser el último resto de una lengua desaparecida sobre la que nada se sabe.

Tratando ahora de las tribus de habla aymara empezaré por los *carangas* de Oruro, pueblo que hoy habla aymara pero que no consta que lo fueran en su origen; de su arqueología no se sabe más que su territorio está lleno de los sepulcros habitación llamados chullpas. No hay piezas de esta procedencia en los museos.

Sobre el pueblo aymara o aymarizado de los *suca-suca* existen los mismos datos que sobre los carangas.

En Sica-sica empieza una interesantísima lengua de pueblos que llegan hasta cerca de la ciudad de Potosí y que se caracterizan por la existencia de casitas con techo cónico; se hallan mezclados con diversos pueblos todos los cuales tienen habitaciones con techo a dos aguas y planta cuadrangular. Nada he podido averiguar sobre ellos, ni si poseen restos arqueológicos especiales. Los españoles parecen haber llamado urus a todos los pueblos que tenían casitas redondas, sin fijarse en la profunda diferencia existente entre el techo cónico y el en media naranja, propio de los urus. De aquí han provenido muchos errores y el atribuir a los urus una mayor cultura de la que tenían.

Los *larecajas* o *laricajas* habitaban la provincia de su nombre y regiones vecinas. Su cerámica es absolutamente distinta de la de Tiahuanaco, a pesar de su relativa cercanía. Los vasos tienen multitud de formas distintas, pero sin representaciones humanas ni animales en los mismos, la pintura es geométrica, predominantemente en negro. Abundan las boleadoras, inclusive de bronce, las cuales tienen una anilla para la cuerda; igualmente los tupus de bronce. La existencia de numerosos topónimos que no tienen traducción en quichua ni en aymara en su territorio, me hace suponer que se trata de un pueblo aymarizado que antes hablaba una lengua distinta.

De los *umasuyus* es poco lo que sé. Varias piezas de cerámica procedentes del Norte de la provincia de Omasuyus son de estilo y pintura larecaja, pero en Pucarani, capital de la provincia Los Andes y, según creo, antiguo territorio umasuyu, existe un enorme cementerio indígena, preincaico e incaico, situado debajo y en los alrededores del cementerio actual. En una larga zanja que se había abierto para poner los cimientos de una pared, cuando mi visita a esos lugares, se había partido parte del cementerio y habían aparecido docenas de vasos de cerámica, todos los cuales habían sido destruídos por los excavadores. En esta cerámica, junto con los trozos que denotaban el dominio incaico, aparecían otros con pinturas geométricas en colores, completamente distintos de todo lo incaico y también completamente distintos de Tiahuanaco.

En la misma zona conseguí varias boleadoras de bronce de procedencia regional.

De los *callahuayas*, que habitan al Norte de los larecajas, no he podido averiguar nada de su arqueología; se ha pretendido que además del quichua y del aymara hablan otra lengua propia distinta, pero no lo he podido confirmar.

Los *yuncas* habitaban las dos provincias de su nombre en La Paz. En Coroico conseguí cerca de treinta piezas que habían sido halladas casualmente en los sembrados de coca; hachas de piedra con aletas posteriores (que eran usadas como pesas por las vendedoras del mercado), dos hachas de bronce hermosísimas, un cuchillo de bronce incaico y varias boleadoras con surco. Obtuve datos de varias ruinas existentes en la región, pero no pude visitar ninguna.

Los aymaras *lupacas* habitaban principalmente el departamento de Puno, en el Perú, e ignoro si pasaban algo al territorio boliviano. Los lupacas, pacajes y umasuyus son los que figuran en la historia como las tribus propiamente aymaras.

Los hallazgos realizados en Puno, principalmente en la localidad de Pucara, corresponderían a los lupacas, y tienen relación inmediata con Huancané y no con Tiahuanaco.

Quedan únicamente por tratar los *pacajes*, en cuyo territorio parece hallarse Tiahuanaco, y digo parece porque resulta casi imposible establecer los límites de estos pueblos. Igualmente, a cuatro leguas al Sur de Tiahuanaco se hallan las ruinas de Huancané, estudiadas hace cuatro años por Maks Portugal, sitio importantísimo que corresponde a un Tiahuanaco primitivo, con representaciones humanas y animales más naturalmente representadas que las rígidas del Tiahuanaco típico.

De las demás regiones de los pacajes no se sabe mayormente nada. En Taraco, hace poco, Portugal y la señora Bustamante de Urioste hicieron excavaciones y apareció el Tiahuanaco Típico, pero también otra cerámica distinta que tal vez corresponda a una influencia umasuyu.

De acuerdo a los resultados de los trabajos hechos por Maks Portugal en Huancané y mis trabajos posteriores sobre ellos, habría que considerar en la región del Sur del Titicaca tres períodos completamente distintos de cultura, que serían los siguientes: 1º) Período de Huancané, que corresponde al Tiahuanaco primitivo de otros autores; 2º) Período de Tiahuanaco, que es el tiahuanaco típico o común con el mismo estilo del anterior pero geometrizado en vez de naturalista; 3º) Período incaico, que sucede inmediatamente al anterior.

Sobre los probables constructores de Huancané y Tiahuanaco, y sólo a título de hipótesis provisional, creo posible que los constructores de Huancané hayan sido los lupacas por el hecho de que la cultura de Pucara correspondería a ellos, y que los constructores de Tiahuanaco fueran los pacajes. El primer período no habría ciertamente desaparecido con la desaparición de Huancané, sino que puede haber durado en sus formas culturales inclusive hasta más allá de la conquista incaica, y esto tanto en Puno como en Oruro; igualmente Tiahuanaco persiste bajo la conquista

incaica, pues la cerámica pura de Tiahuanaco se halla mezclada con la incaica en muchas regiones.

En resumen, en la arqueología boliviana, como en la argentina, no hallamos nada parecido a una unidad cultural, y sí, en cambio, multitud de pueblos pequeños, cada uno de los cuales tiene un proceso de desarrollo independiente, dentro siempre de una organización social de tipo señorial y con elementos culturales que corresponden aproximadamente al eneolítico europeo, iniciándose la edad de bronce con la conquista incaica. En cerámica el trabajo es pobre, sin lustre o pulido; Tiahuanaco no es más que uno de estos pueblos, que, por una nueva influencia exterior realizada indudablemente en el período de Huancané, y que correspondería a la cultura de los Grandes Estados, alcanza un mucho mayor desarrollo, especialmente en la cerámica con un notable pulimento mate, y tiene expansiones, más culturales que políticas, inclusive a gran distancia, como en el caso de los atacameños. Finalmente, poco antes de la conquista incaica, la ciudad es destruída, posiblemente en guerra con otra tribu aymara vecina, pero la cultura persiste y es conquistada por los incas, con cuyos productos culturales aparece mezclada, evidenciando la persistencia de la cultura de Tiahuanaco bajo el dominio incaico.

(Comunicación presentada a la sesión del 3 de septiembre de 1942. Cartografía de María Teresa Grondona.)

INFLUENCIA DEL AMBIENTE FISICO EN LA DISTRIBUCION DE CULTURAS (VALLE CALCHAQUI)

por

JOAQUIN FRENGUELLI

EN esta oportunidad mi propósito no es resolver problemas, sino sólo plantearlos. No he de esbozar tampoco la forma como el ambiente físico pudo influir sobre el desarrollo de las culturas primitivas de América, sino sólo insistir en la necesidad de estudiar, junto con los demás elementos de estas culturas y los factores que concurrieron a su formación y desarrollo, también el ambiente geográfico en que ellas se desenvolvieron y cómo este medio pudo acelerar, retardar o de cualquier manera modificar el progreso de las asociaciones humanas antiguas de América a través del tiempo.

Bien conocida es la influencia de estos factores, especialmente las condiciones climáticas, la productividad del suelo y las posibilidades extractivas, sobre las mismas naciones modernas y el sello particular que a cada una ella confiere. Sabido es cómo la misma influencia actúa y actuó en grado mucho mayor sobre las poblaciones primitivas, cuyo estado de organización y de civilización no les permitió sustraerse al influjo de las acciones naturales con recursos adecuados o suficientes. Seguramente en mucho mayor grado ella debió manifestarse en nuestro ambiente, cuyas asociaciones humanas anteriores a la conquista indudablemente carecieron de muchos de aquellos arbitrios que a pueblos de otras partes del mundo permitieron alcanzar altos grados de industria y de cultura.

El estudio de cómo pudieron manifestarse estas influencias en las regiones montañosas del noroeste argentino, por ejemplo, sin duda podrá depararnos elementos de juicio importantes y la explicación de muchos hechos que permanecen aún dudosos o del todo incomprensibles.

Por de pronto, en estas regiones, cuyas manifestaciones culturales indígenas son harto conocidas, convendrá examinar prolijamente el carácter de los diferentes valles, en cuyo abrigo más intensamente se desarrolló la vida indígena prehispánica, y las particularidades morfológicas que distinguen cada uno de ellos y hasta las diferentes partes de los mismos.

Por lo que se refiere a su ambiente, en general hablamos de "valles andinos". Empezamos, por lo tanto, con un término que desde el punto de vista geográfico seguramente no es exacto. Evidentemente, aun si quedara definitivamente comprobado que sus pobladores formaron parte de las llamadas "culturas andinas" o con ellas estuvieron más o menos directamente vinculados, el ambiente geográfico en que ellos vivieron ciertamente no puede llamarse andino, ni participa de las condiciones geográficas que caracterizan una que otra de las diferentes secciones en que podemos dividir la inmensa cordillera de los Andes.

Sin duda, estos valles forman, por el contrario, uno de los rasgos más característicos del sector septentrional de aquel sistema montañoso peripampásico que Stelzner, en 1885, indicó como "Pampinen Sierren". Algunos de ellos son verdaderos valles, excavados por ríos en los flancos de la Puna, y constituyen fáciles vías de acceso, desde el altiplano, a las cuencas de la Prepuna y a las planicies del Chaco occidental. La mayor parte son, en cambio, bolsones más o menos amplios y alargados entre altos troncos de montaña. Los troncos de montaña, que con su elevado dorso chato y árido son pequeñas punas desprendidas de la masa del gran altiplano por el diastrofismo, caen al bajo con altas paredes abruptas desigualmente surcadas por cauces de torrentes y quebradas, a menudo atestadas de derrubios. Los bolsones son cuencas tectónicas, que se formaron por el hundimiento de bloques como aquellos que, en cambio, se levantaron en su derredor para erguirse como cintura de montaña periférica. Su amplio fondo chato conserva la forma originaria de la porción de penillanura hundida y hoy desaparecida debajo de la

pila de sedimentos detríticos que sobre ella se acumularon a medida que progresó su descenso. Salvo los casos en que ellos fueron capturados en épocas geológicamente reciente por un cauce capturador que, con erosión retrógrada, los ha alcanzado excavando profundas brechas a través de cordones orográficos, todos los bolsones son cuencas cerradas al desagüe oceánico.

Esta condición a considerarse es importante, por cuanto reduce cada bolsón a un ambiente propio y hasta cierto punto independiente, en cuanto a su evolución física y biológica, de los demás bolsones; independencia que alcanzó, y acaso en mayor grado todavía, la vida de las poblaciones indígenas que en ellos lograron fijarse. Sus altas paredes abruptas, que todo alrededor sólo dejan angostos pasos a alturas que a menudo pasan los 3500 metros, representan, en efecto, obstáculo serio a la libre expansión de elementos humanos o, por lo menos, limitan considerablemente el tránsito migratorio. En los mismos bolsones drenados, los cauces de brecha que los capturaron, generalmente son desfiladeros o gargantas angostas, difíciles de salvar especialmente si se hubieran establecido en sus laderas o en los rincones de sus quebradas poblaciones hostiles.

Pero, los bolsones, además de ser ambiente de aislamiento, llevan en su mismo interior condiciones que pudieron actuar como causas eficientes de diferenciaciones en el desenvolvimiento de las culturas indígenas. Me refiero especialmente a la notable asimetría morfológica que afectan las laderas de sus cuencas, alcanzando grados máximos en los grandes bolsones, que se alargan como valles según el rumbo de los meridianos.

Estas asimetrías, mantenidas y aun progresivamente acrecentadas por las condiciones áridas o subáridas de la región, son esencialmente debidas a causas geomorfológicas. Los intensos empujes tectónicos que, desde el Oeste, transmitieron a los bloques montañosos las convulsiones orogénicas andinas, a mediados y en las postrimerías del Cenozoico, aplastaron y dislocaron hacia el Este la pila de sedimentos, a menudo de notable espesor, que se habían acumulado en el fondo descendente de las cuencas. Fué ésta, entonces, la causa prima de la asimetría: sobre las laderas occidentales del bolsón, hasta notable altura, se adosa-

ron espesas series de capas plegadas, en su máxima parte constituídas por arenas, arcillas y cenizas volcánicas cargadas de yeso y de otras sales estériles; sobre las laderas orientales, en cambio, siguieron acumulándose y extendiéndose hacia el fondo chato del valle los detritos de los faldeos y de los abanicos de los grandes conoides.

Su diferente exposición a los vientos húmedos, que bastante exhaustos sólo pueden llegarles desde el lejano Atlántico, completó la obra: las corrientes húmedas golpean las laderas occidentales, a barlovento, y allí se detienen, se elevan y se saturan en lluvias, especialmente estivales, que alimentan arroyos perennes; transponen, en cambio, las laderas orientales, a sotavento, y las dejan en sus condiciones de perenne aridez. A su vez, esta considerable desigualdad en la repartición de las aguas meteóricas determina entre ambas laderas diferencias profundas de orden morfológico y biológico.

En las laderas occidentales, desde grandes alturas, bajan con suave pendiente las superficies amplias de los conóides detríticos: arriba pedregosas y desnudas, más abajo revestidas de arenas y rodados que abrigan estepas de hierbas y arbustos, en el fondo hechas suelos arenosolimosos que alimentan bosquecillos de Acacias y Algarrobos. Los arroyos perennes riegan estas superficies, a veces con caudales abundantes, que a menudo, entre la masa de los detritos, se abren en numerosos brazos como en un sistema artificial de riego; a lo largo de su recorrido han esculpido terrazas muy aptas para pequeños cultivos; en los bajos se derraman para filtrar en el subsuelo o acumularse en estanques naturales.

En las laderas orientales, cunde, en cambio, el desierto y el *badland*. En el espesor de los sedimentos terciarios, las lluvias esporádicas han surcado un laberinto de cañadones profundos y torrenteras, y el viento ha modelado las rocas desnudas en un sinnúmero de formas arquitectónicas esbeltas y caprichosas, a veces arregladas como en ruinas de viejos castillos, otras caóticas. En los derrubios, en el lecho de los cauces secos, en los suelos salados de las "bajadas", sólo arraigan ralos arbustos halófilos.

Un ejemplo clásico lo tenemos en el Valle de Santa María, cuya importancia arqueológica es bien conocida. Hoy mismo, a las laderas

y las faldas de las Cumbres Calchaquí, áridas, sólo pobladas de ranchos muy ralamente esparcidos, cuyos pobladores seminómades viven pobremente criando pequeñas majadas de cabras o sirviendo a las vendimias y a las zafras en comarcas distantes, hacen violento contraste las laderas y las faldas de la Sierra del Cajón, que abrigan una población estable, reunida en pueblos y pequeñas ciudades prósperas, dedicada al cultivo de la viña, de la huerta y de industrias domésticas.

Aun más intenso debió ser el contraste en tiempos pretéritos. En las laderas occidentales, sobre la superficie de los conoides regados, que bajan de la Sierra del Cajón, vemos, en efecto, las ruinas de las grandes ciudades diaguitas y los famosos pucarás, admirables por su recia estructura; y, entre los escombros, adornos de latón y de oro, estatuitas en piedra, alfarerías de uso doméstico variadas en su forma y pintadas con esmero, entre ellas algunas con esmalte polícromo acaso importadas, y aquellas urnas funerarias para párvulos, de decoración "draconiana" y "santamariana", que enriquecen nuestros museos.

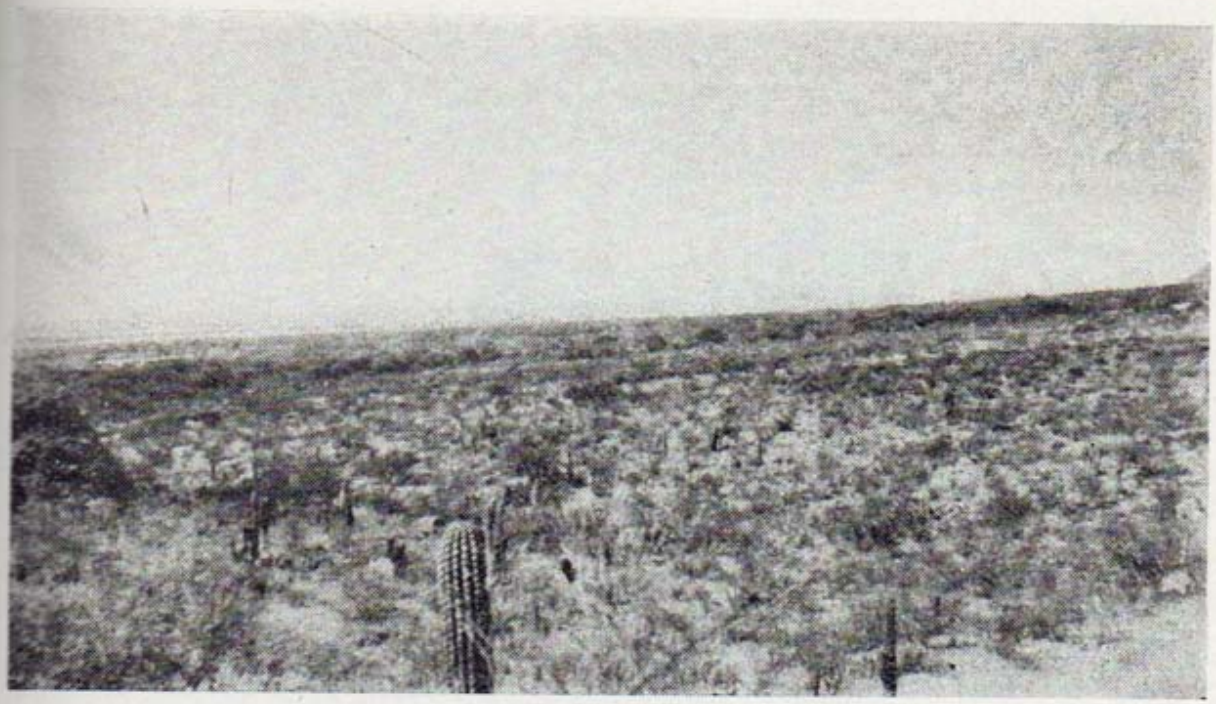
En el lado opuesto, en cambio, a los pies de las Cumbres Calchaquí, en el tramo inferior de las quebradas áridas, sólo vestigios de raros "paraderos" superficiales, revelados por trozos esparcidos de alfarerías, en su mayor parte de pasta negra y de superficie grabada; y, en la parte alta de los cañadones, una que otra pared rocosa marcada con toscas pictografías.

Evidentemente, la comparación nos indica dos formas o por lo menos dos grados de cultura sensiblemente diferentes: el de las faldas de las Cumbres Calchaquí considerablemente rezagado con respecto al grado elevado de cultura alcanzado en las faldas de la Sierra del Cajón. ¿Cuáles son las causas de este notable contraste entre poblaciones de un mismo valle? ¿Se trata acaso de dos pueblos indígenas diferentes por edad y cultura que en épocas sucesivas han poblado el Valle de Santa María? O bien ¿los pobladores de las faldas de las Cumbres Calchaquí representan los sobrevivientes de una antigua población que fué rechazada hacia la zona árida por invasores más aventajados que se instalaron en la zona más fértil? O, en cambio, ¿las faldas de las Cumbres representaron el asilo de los individuos más ineptos y más indigentes de una misma población y de una misma cultura?

Es bien posible que se trate de un hecho análogo al que en la actualidad se desarrolla en el valle mismo y en cualquier parte fuera del valle, donde los elementos de inmigración reciente, más activos, más dinámicos, más industriosos y también más codiciosos, paulatinamente desplazan hacia zonas o comarcas menos aptas y menos fértiles el indígena y los antiguos mestizos.

El problema es interesante y bien vale la pena estudiarlo prolijamente. Pero, cualquiera sea su solución, parecería evidente que, en su ausencia, los factores climáticos han desempeñado un cargo importante; o, por lo menos, han tenido una participación considerable, que hasta pudo ser preponderante o decisiva en ambientes geográficos adversos a un rápido y exuberante progreso de la civilización, como lo son los áridos bolsones entre las altas montañas del Nordeste argentino.

(Comunicación presentada durante la IV Semana de Antropología, en la sesión del 3 de noviembre de 1942. Fotografías del autor.)



a

Ladera occidental del Valle de Santa María. Gran conoide de deyección bajando de la Sierra del Cajón frente a Tolombón, diseminado de ruinas de antigua ciudad diaguita.



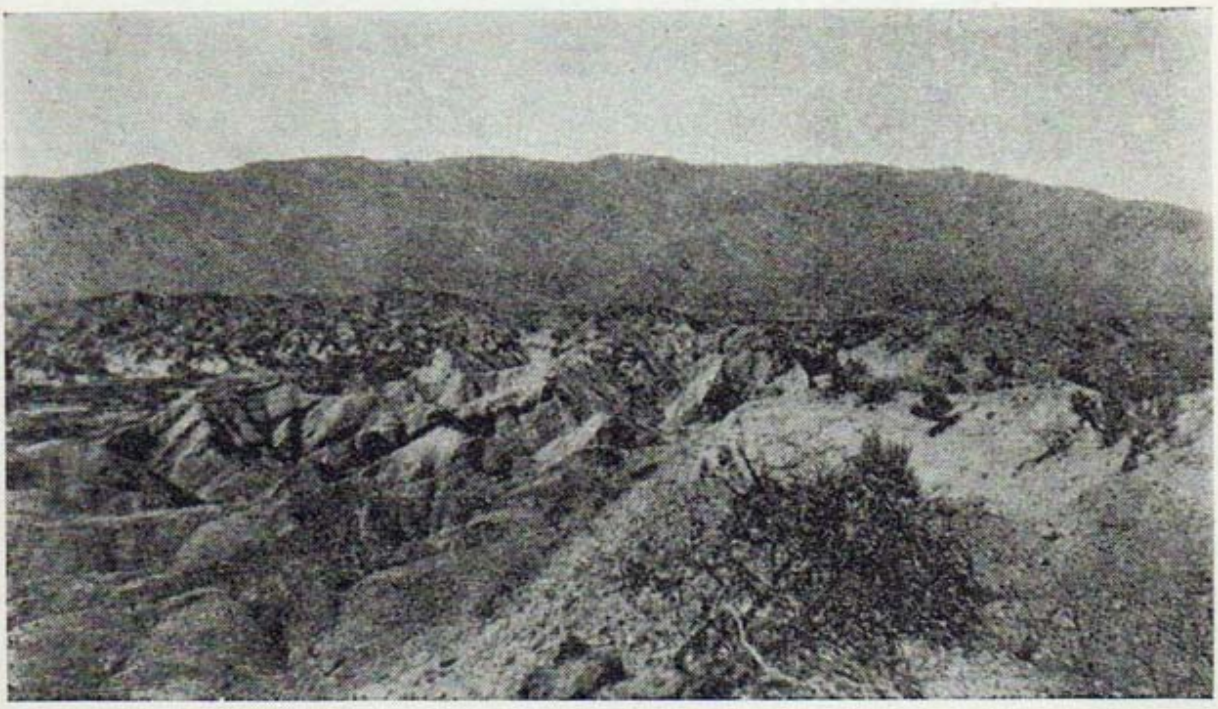
b

Ladera oriental del Valle de Santa María cerca de la Quebrada del Agua Negra. Sedimentos terciarios plegados y surcados por cañadones.



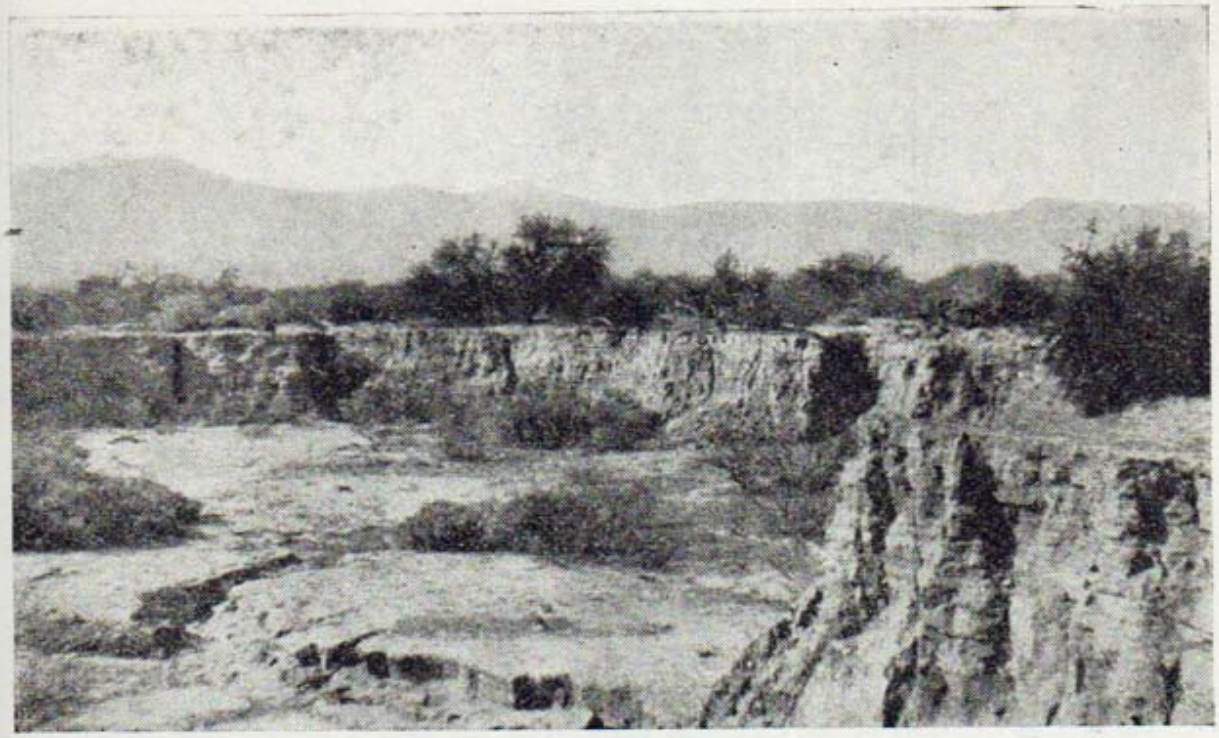
a

Entrada al pueblo de Cafayate, entre viñedos al pie de la Sierra del Cajón (laderas occidentales del Valle de Santa María).



b

Faldas de las Cumbres Calchaquí sobre la ladera oriental del Valle de Santa María. Bad-lands esculpidos sobre sedimentos yesíferos terciarios dislocados.



a

Cañadones en el fondo del Valle de Santa María, excavados entre montes de algarrobos frente a la Sierra del Cajón entre la Banda de Tolombón y el bajo de Las Arcas.



b

Detalle de las ruinas de la antigua ciudad indígena de Tolombón al pie de la gran Sierra del Cajón.

HALLAZGOS DE ALFARERIA DECORADA EN EL TERRITORIO DEL CHACO

por

ANA BIRO DE STERN

EL Chaco es una región muy pobre, arqueológicamente considerada. No se han efectuado hasta ahora investigaciones sistemáticas, acaso por las dificultades que presenta el terreno, y las escasas noticias de que disponemos débense a hallazgos ocasionales. De tal origen son las piezas que fueron presentadas en esta tribuna por el doctor Fernando Márquez Miranda [1] y las que yo misma he presentado en otras oportunidades.

Los tiestos que motivan esta comunicación tienen mejor procedencia. Tuve noticia, hace algún tiempo, de que a unos 15 kilómetros de la localidad chaqueña de *Basail* había un paradero indígena. Mi informante me refirió que hace algunos años se hallaron en el mencionado lugar, además de muchos restos, algunos esqueletos humanos que fueron transportados e inhumados en el cementerio local. Después de tan prometedoras referencias, emprendí la marcha en una luminosa mañana de invierno, en compañía de mi informante, colono típico del Chaco y otros dos paisanos que servían como macheteros. El sendero, angosto, estaba cubierto por la enmarañada vegetación del monte chaqueño. Después de una marcha accidentada, que reunía todas las características de un itinerario a través de esos montes subtropicales, con inmensos charcos de agua, enjambres de mosquitos, espinas en todas partes, llegamos al

(1) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Hallazgos arqueológicos chaqueños*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, III, 7-27: Buenos Aires, 1942.

borde de una laguna de agua limpia, de regular extensión, cubierta casi en su totalidad de vegetación acuática. El lugar indicado, pequeño claro entre los árboles, mostraba haber sido revuelto, con pequeños montículos en un lado y agujeros por otros. Sobre la superficie, diseminados por todas partes, abundaban los fragmentos de alfarería y brillaban los pedazos de concha, entremezclados con la tierra. A modo de cateos efectué algunas excavaciones hasta unos 50 ó 60 centímetros. Hasta esta profundidad se hicieron presente los hallazgos, más abajo no se registraron en absoluto. No se halló más que innumerables tiestos de alfarería grosera.

Entre la gran cantidad de tiestos de diferente factura, grosor, color y consistencia, he encontrado algunos, muy pocos, que por su decoración difieren completamente de las otras piezas de alfarería que conocemos.



Fig. 1

Creo conveniente, antes de todo, presentar el material encontrado, escaso en lo que respecta al número. Un fragmento, figura 1, está decorado con presiones unguiculares. Aunque podemos considerar esta clase de decoración como el procedimiento más primitivo en la historia del arte, sin embargo, no está exenta de ciertas expresiones artísticas por la ordenación rítmica, en serie de las pequeñas líneas. La pasta es homogénea, muy compacta, la factura es fina y bien cuidada, pulida en ambos lados y de color gris oscuro.

Otro fragmento, fig. 2, muestra una hermosa composición de motivos geométricos que consiste en combinaciones de líneas, formando rombos y losanges. El trazado se ha efectuado con un fino instrumento a manera de espátula, con la ayuda de la cual se han obtenido surcos poco profundos de pequeñas líneas verticales. Esta clase de decoración ha sido llamada por el profesor Aparicio: surcos con escalonamiento interior. El fragmento es pequeño pero su decoración está ejecutada con extraordinaria destreza y buen gusto. Su color gris es uniforme, la pasta es fina, delgada y bien alisada.

La decoración del tercer fragmento, fig. 3, es bastante borrosa. Consiste en dibujos geométricos formados con líneas finas. Estas líneas se diferencian de las del fragmento anterior porque presentan una con-



Fig. 2

tinuidad absoluta. El borde superior presenta una pequeña ondulación hecha con delicadeza y regularidad. La factura es fina y delgada, de color pardo claro.

En un cuarto tiesto, figura 4, los surcos con escalonamiento interior están enérgicamente marcados sobre el material que en esta pieza es grueso y tosco. Por último, señalaré un pequeño fragmento de alfarería que por su desgaste no ofrece seguridad suficiente para su estudio. Parece tener la decoración imbricada, pero es imposible diagnosticarlo con certeza por el estado de la pieza. El material es excelente, de color negro brillante, compacto y fino. Además de estos fragmentos decorados, hemos encontrado millares de pedazos de alfarería lisa, de color y factura muy diferentes, que no trataré hoy.



Fig. 3

Ahora bien, Outes habla de la existencia de tres grandes culturas a lo largo de la cuenca del Paraná cuyos restos ofrecen caracteres bien marcados. Una de ellas, sin duda la más difundida, la sitúa en el curso del Paraná medio y la singulariza con la presencia de representaciones plásticas zoomorfas y fragmentos de alfarería grabada [1].



Fig. 4

Los primeros datos sobre estos hallazgos se deben a Estanislao Zeballos y al ingeniero Pedro Pico y datan del año 1877 [2]; pero en realidad no han sido estudiados con criterio orgánico y científico hasta las excavaciones efectuadas por el profesor Francisco de Aparicio sobre la margen derecha del río Malabrigo [3].

En el rico material encontrado en aquella oportunidad, figuran algunos fragmentos de alfarería decorada que presentan notable analogía con los tiestos hallados en el Chaco. En primer término, el fragmento número 2 muestra en su dibujo, en la composición de figuras geométricas, una analogía completa con un pequeño fragmento publicado por el profesor Aparicio en "Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo". El dibujo se ha obtenido en ambos casos con una

---

(1) FÉLIX F. OUTES, *Nuevo jalón septentrional en la dispersión de las representaciones plásticas*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, LXXXV, 53; Buenos Aires, 1918.

(2) ESTANISLAO ZEBALLOS y PEDRO P. PICO, *Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, VI, 244; Buenos Aires, 1878.

(3) JOAQUÍN FRENGUELLI y FRANCISCO DE APARICIO, *Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo*, en *Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación*, I, 7; Paraná, 1923.

pequeña espátula marcando el surco con escalonamiento interior. El fragmento número 4 también es una muestra típica de la factura que tanto caracteriza la alfarería del litoral del Paraná.

Conjuntamente con estos fragmentos que ofrecen una característica tan típica del litoral, se encontró la pieza número 3 que en cambio nos hace recordar, por su decoración lineal, a la alfarería del Delta. Mencionaré por último una observación del profesor Aparicio quien hace notar que las representaciones plásticas se encuentran, invariablemente, acompañadas de tiestos con decoración grabada de este tipo. En el yacimiento estudiado no encontramos ningún resto escultórico.

Para terminar, citaré que entre los hallazgos de la alfarería del delta del río Negro, en Uruguay, publicados recientemente por Carlos A. de Freitas, existe un fragmento grabado con surcos escalonados interiormente cuyo motivo es igualmente el rombo [1].

Al presentar tan exiguo material, no he tenido la intención de aventurarme en conjeturas y conclusiones más o menos definitivas. Sólo he querido reforzar el jalón más septentrional que ha señalado Outes y contribuir así al conocimiento de aquella "terra incógnita" que en arqueología es el Chaco.

---

(1) CARLOS A. FREITAS, *Alfarería del delta del río Negro;* Montevideo, 1943.

(Comunicación presentada en la sesión del 5 de noviembre de 1942, durante el desarrollo de la IV° Semana de Antropología).

REPRESENTACIÓN PLÁSTICA DE LA SERPIENTE EN EL ÁREA DE LOS RIBEREÑOS PARANAENSES

por

VICTOR M. BADANO

EN el cuadro culturológico contenido en su trabajo clasificatorio de los aborígenes argentinos[1] el profesor Antonio Serrano establece como "área de los ribereños paranaenses" el área cultural que tiene como manifestaciones típicas y frecuentes la de la alfarería con asas y apéndices zoomorfos. Según la clasificación étnica a que arriba el mismo autor, los portadores de dicha cultura (área 20 del cuadro) serían los indígenas del grupo chaná-timbú (etnos Nº 14). He preferido referir la ubicación de la pieza de que se ocupa esta nota al área cultural y no por el dato de su procedencia geográfica, por creer que encuadra mejor dentro del criterio con que he procedido a su estudio. No me propongo más que presentar la descripción de la pieza y señalar la novedad del motivo en nuestra bibliografía.

Sabido es que el territorio que delimita el área cultural mencionada es rico en asas y apéndices con representaciones plásticas, denunciadoras de la existencia de un arte singular y definido en el litoral argentino. Ya ha sido destacado por otros autores este arte que aparece como el más notable elemento cultural dentro del patrimonio de sus portadores. La bibliografía sobre el tema es, en nuestros días, suficiente para satisfacer la curiosidad científica, pero bien merece la calidad de la muestra

---

(1) ANTONIO SERRANO, *Clasificación de los aborígenes argentinos*, en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año XXVII, nº 9-10; Córdoba, 1940.

y la riqueza del material existente, un trabajo exhaustivo que investigue en toda su amplitud este notable y excepcional acervo cultural.

Desde que Estanislao Zeballos y Pedro P. Pico hicieron referencia a "Una cabeza de papagayo hecha en barro cocida y pintada de colorado" [1] en su *Informe* sobre las excavaciones en el túmulo de Campana, y Ambrosetti analizara con su habitual clarividencia los hallazgos de Goya en 1894 [2], los estudios en nuestro siglo han proseguido con los trabajos de Outes, Torres, de Aparicio y Serrano. No me ocuparé de reseñar, ni aún brevemente, el aporte de cada uno de estos distinguidos arqueólogos. Sólo diré que ninguno de ellos, en sus enjundiosos y sistemáticos estudios, han presentado la representación del ofidio, a pesar del vasto material que han examinado.

La representación de loros es la que más abunda dentro de las zoomorfas. También hay hermosos ejemplares de moluscos y mamíferos.

El ejemplar que paso a describir procede del paradero del Arroyo de la Mula, distrito Tacuaras, departamento La Paz (E. Ríos); fué recogido en una excursión de los empleados del Museo provincial de Paraná, señores M. Adalberto Rosillo y Rolando Sanguinetti, junto a otros fragmentos similares pero cuyo motivo, en éstos, era el de los psitácidos.

La rotura de la pieza no ha alterado mayormente el trabajo del artista. Como puede apreciarse en la figura, se conserva íntegramente la cabeza y casi el cuerpo, pudiendo observarse en todos sus detalles los rasgos delineados por el autor. El reptil que ha servido de motivo pertenece al orden *Ophidia*, familia *Crotalidae*, ser. *Solenoglypha;* determinar la especie me parece aventurado.

La representación plástica de la víbora ha sido lograda merced al trabajo efectuado simultáneamente sobre la arcilla con que primero fué modelado el resto de la pieza. Así lo hacen pensar la cabeza y el cuerpo del animal confundidos con el resto. El cuerpo serpentea emergiendo medio centímetro sobre el nivel del asa, encerrado entre dos surcos de decoración incisa, hechos con punzón. La víbora ha sido representada "en movimiento". El artista ha logrado plenamente su propósito.

---

(1) ESTANISLAO S. ZEBALLOS y PEDRO P. PICO, *Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 251; Buenos Aires, 1878.

(2) JUAN AMBROSETTI, *Los paraderos precolombianos de Goya (provincia de Corrientes)*, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, XV, 401-422; Buenos Aires, 1894.

El detalle más sugestivo lo constituye, sin duda, la cabeza. Afecta la forma de un triángulo casi equilátero. La unión de la cabeza con el cuerpo se ha realizado sin violencia, pues el modelamiento ha sido conjunto; no hay separación marcada, si bien la mandíbula está definidamente conformada. Los ojos están representados por cuadriláteros, cuyos lados, formados por surcos imperfectos, delinean los glóbulos. Estos sobresalen sin alcanzar el relieve del cuerpo. La boca se extiende en un amplio surco continuado que parte de una de las uniones mandibulares para extenderse hasta la otra, en una extensión de 64 mm. El surco izquierdo, que determina el cuerpo, se prolonga en la cabeza en forma de U, unida por una línea horizontal al cuello.

En el lado derecho, la curva graciosamente trazada, se corta al llegar a la cabeza, para luego continuar con un surco de 1 cm. paralelo a la mandíbula. A la vez sirve para marcar aún más el extremo de la mandíbula, lugar donde el ofidio lleva sus bolsitas de veneno.

Observando el conjunto se observa cierta desproporción entre la cabeza y el cuerpo. Se ha acentuado el tamaño de aquélla en todo sentido: espesor y largo. No resulta aventurado suponer que ha influído en el espíritu del artista el hecho de que estas víboras tengan su exclusivo y temible medio de defensa y ataque en la cabeza. Por eso, quizá, se ha acentuado el realismo en las uniones mandibulares.

El tamaño probable del cuerpo no he intentado calcularlo. Es buena la cocción de la pasta y la pieza presenta un color rojo apagado.

Como dato complementario y, para terminar, creo oportuno recordar el pasaje de Schmidel, donde hace referencia al episodio de la serpiente que "los tenía mal a los indios" y que fué muerta de un tiro de arcabuz. Los indios que poblaban el lugar eran los "machkuerendes" (mocoretá). El lugar de donde procede la pieza corresponde al señalado por Schmidel. Cabe preguntarse: ¿No será algún artista indígena de esta tribu el autor de la pieza que ha motivado esta nota?

(Comunicación presentada en la sesión del 6 de noviembre de 1942. Fotografías del autor.)



Vista lateral de la pieza, donde puede observarse el surco que determina el cuerpo.



La representación plástica, vista desde arriba, en la que puede advertirse el intento de reproducción del ofidio "en movimiento".

LOS YÁMANA Y EL LLAMADO "OJO MONGÓLICO"

ESTUDIO ANÁTOMO-FISIONÓMICO

por

JOSÉ IMBELLONI

CONTAMOS con una copiosa bibliografía de estudios antropológicos sobre los indígenas de la Tierra del Fuego, especialmente en lo que atañe a la craneología y a la antropometría; con muy pocas noticias —en cambio— en lo que concierne a la parte fisionómica. Es por esta razón que cobran especial interés las bellas fotografías que publicamos en la presente nota, tomadas en nuestros días, las que reproducen el aspecto de algunos indígenas de la isla Navarrino y de otros recogidos en la misión Salesiana de Río Grande, en Tierra del Fuego, con tal nitidez que permiten el examen de sus características faciales en un grado notable.

1. *Carácter de esta nota.* Nos limitaremos en estas páginas al estudio de la conformación de la abertura palpebral, cometido que envuelve la ya vieja cuestión del llamado "ojo mongólico", u "ojo oblicuo", *oeil bridé* de los autores franceses, *epichantic or mongoloid fold* de los norteamericanos.

Abundan en la descripción de los Indios, y en general en toda la literatura antropológica antigua y moderna, las menciones del "ojo mongólico", pero evidentemente no se ha llegado sobre este punto a una definición exacta de tal conformación, ni a su interpretación anatómica, ni —lo que es peor—, a la adopción de una nomenclatura definitiva y correcta, y estas fallas resultan sobremanera adversas al empleo de una técnica descriptiva realmente eficaz.

Se presentan en este problema ciertas etapas bien distintas:

1º La exacta definición de las conformaciones anatómicas externas, con la fijación de sus características y grados.

2º Una nomenclatura racional de tales conformaciones, que responda plenamente a cada una de sus formas fisionómicas y anatómicas.

3º Interpretación de las peculiaridades fisiológicas de dichas conformaciones, sin perjuicio de consultar la estructura profunda (osteológica) que los determina.

4º Crítica de las denominaciones que se usan corrientemente, las que envuelven su asignación étnica definida a uno o más grupos de la humanidad, en el sentido de la anatomía raciológica.

No pretendemos, naturalmente, tratar todos estos puntos de manera sistemática, lo que reclamaría un desarrollo demostrativo que sobrepasa los límites de la nota, pero hemos de presentar algunos delineamientos generales, que permitan orientar al lector en un tema tan complejo, sin desdeñar alguno de sus aspectos más salientes.

2. *El "ojo mongólico" en los Autores antiguos.* La vieja literatura tuvo la tendencia de concentrar toda su atención sobre los tejidos blandos que revisten el ojo, y observar la formación de los pliegues palpebrales que originan la impresión del "ojo oblicuo". Ya se sabía que ambos aspectos del llamado "ojo grande" y "ojo pequeño" están determinados por la abertura de los párpados, y cuanto más ancha y larga es la hendidura, tanto mayor es la parte visible del globo. En realidad, la esfera ocular no presenta variaciones sensibles en su diámetro, y en personas muy distintas tiene iguales dimensiones; en los niños de corta edad alcanza ya el desarrollo del adulto (Ranke).

La hendidura ocular, a su vez, es el efecto de los pliegues palpebrales, y éstos constituyeron el objeto de la más acuciosa investigación. Se vió, así, que el párpado superior de los Mongoles forma una especie de replegamiento o retroversión en su parte inferior visible, y tiende a ocultar el borde ciliar y a menudo, con su dobladura falciforme, a cubrir en todo o en parte la glándula lacrimal (*caruncula*). De tal retroversión resulta el carácter de la fisura palpebral mucho más angosta que en el Europeo, y además, su forma geométrica, que, en lugar de asemejarse a una almen-

dra, asume la imagen de un triángulo escaleno (Deniker) con la base en la parte medial del ojo y el vértice en el ángulo lateral.

Explicado de este modo el carácter general de la fisura, había que interpretar el por qué de la "oblicuidad", ya que el ángulo lateral se encuentra más elevado que el medial. En parte la explicación estaba ya contenida en la dirección falciforme del pliegue, que tiende a bajar la



Fig. 1. — El ojo mongólico comparado con el europeo por E. Baelz: 1, ojo europeo; 2, ojo mongólico que mira hacia adelante; 3, íd. que mira hacia abajo. Nótese en 2 la plegadura del párpado superior vista en sección, y en 3 la plegadura del inferior. 4, aspecto frontal de ambos ojos, con la plegadura palpebral y la posición relevada de la comisura lateral. (Baelz, 1901, pág. 187).

fisura en su porción medial. Por lo que concierne a la porción lateral (o ángulo externo del ojo), Broca sugirió que la disposición peculiar de las cejas (*supercilium*) tiende, por su parte, a exagerar la impresión de oblicuidad, puesto que su arco se dispone en los Mongoles a una altura menor que en el Blanco *en los dos tercios interiores*, mientras se eleva mayormente *en el tercio externo*. (En cambio, Regalia ha afirmado que el ángulo lateral de la fisura ocular se encuentra, realmente, situado a mayor altura que el interior o medial, a consecuencia del hecho que en ese sitio los ligamentos palpebrales de la raza mongólica se insertan a mayor altura sobre el cráneo).

Las primeras observaciones comparativas fueron establecidas muy simplemente a manera de contraste entre el Europeo y el Mongólico.

Topinard nos dice con explícitas palabras que: *Bref, dans l'état de la science, il n'y a guère que deux formes des yeux de bien connues: l'oeil européen et l'oeil typique des races jaunes* (1885, pág. 999). He aquí una de las clásicas descripciones de este ojo mongólico, que Kidd observó en los Esquimales: "La parte interior está bajada, mientras la externa es relevada; el ángulo interior está cubierto por una plegadura del tegumento blando; este pliegue está ligeramente tendido sobre los bordes palpebrales y recubre la carúncula lacrimal, que en cambio es visible en el Europeo, y forma como un tercer párpado en forma de medialuna".

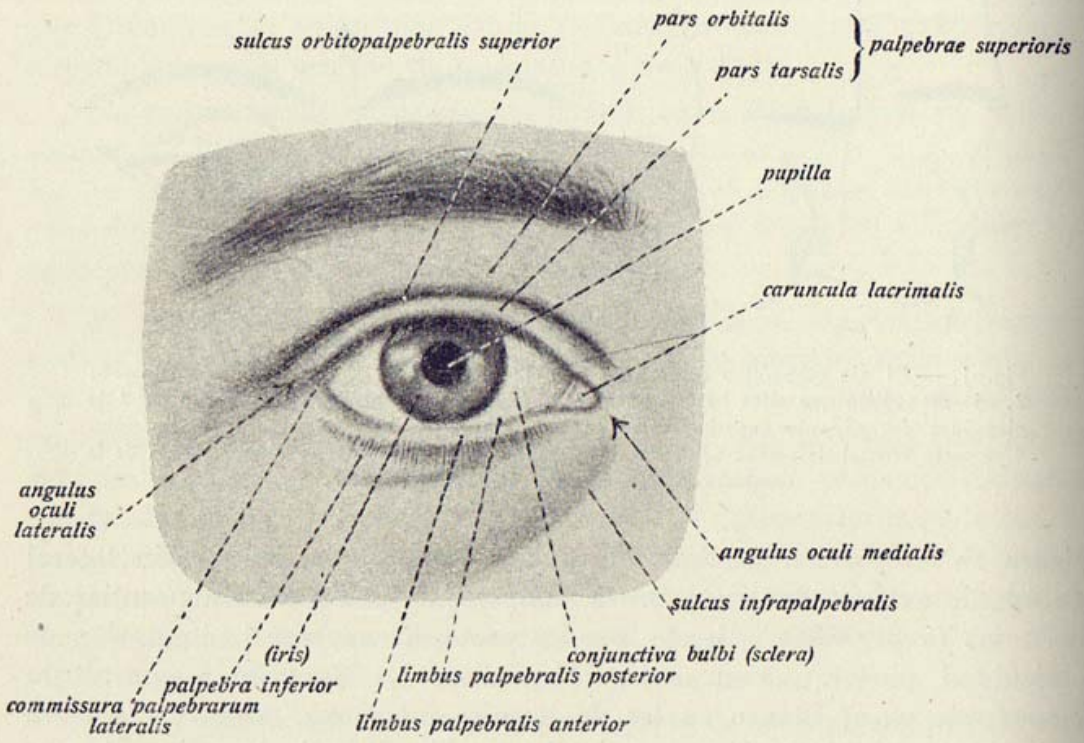


Fig. 2. — Ojo derecho, abierto (Sobotta).

En tiempos menos alejados, Deniker distingue dos categorías de caracteres: los primeros de menor importancia, tal que pueden encontrarse, a veces, también en ojos comunes, y otros realmente esenciales.

Los primeros son: a) el ángulo lateral más alto que el medial, y b) la fisura palpebral más angosta, en forma de triángulo escaleno. Caracteres

esenciales son: c) el pliegue o *boursouflure* del párpado superior, y d) la plica semilunar del ángulo interior.

En el manual de Sullivan dedicado a los alumnos de Antropometría de Nueva York leemos, en el párrafo intitulado *The epichantic or mongoloid fold,* que "ocasionalmente en el blanco, algunas veces en el negro, muy a menudo en los pueblos mongoles, una plegadura de la piel recubre el ángulo interior del ojo. Además, debe ser bien comprendido que no se trata del párpado superior que se sobrepone al inferior, sino de una plegadura de piel que nace a tres o cuatro milímetros arriba del borde

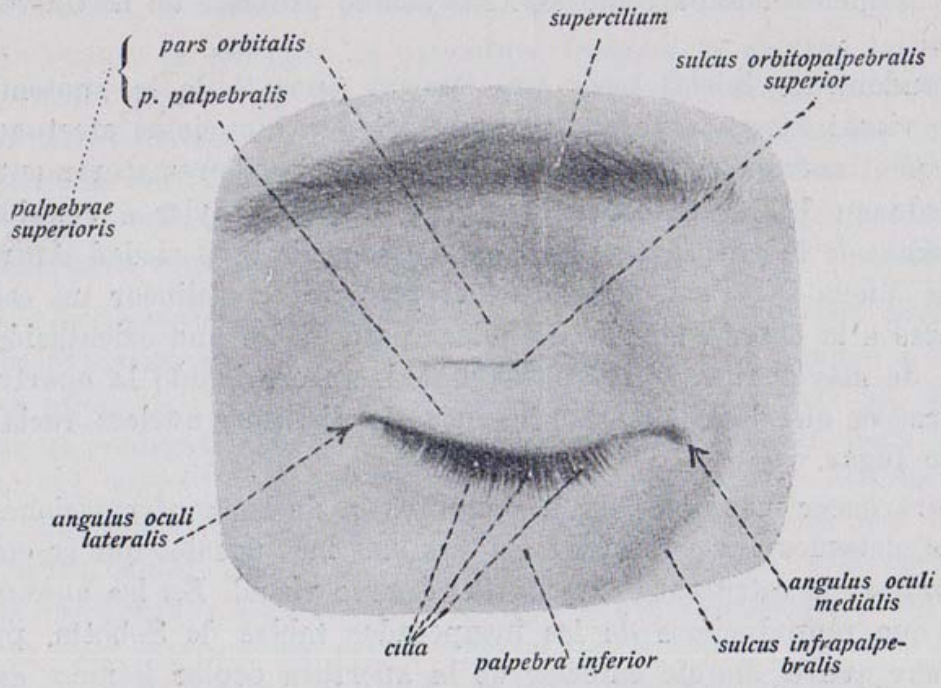


Fig. 3. — Ojo derecho, cerrado (Sobotta).

libre portador de las pestañas. En los casos extremos este pliegue puede sobresalir al borde mismo y ocultarlo por completo". "Este pliegue produce a menudo la impresión que los ojos sean oblicuos, o inclinados. Pero no todos los ojos situados oblicuamente o inclinados poseen ese pliegue. Cada ojo debe ser observado aparte. Es frecuente que el pliegue

exista en un ojo, y no en el otro. Un alto porcentaje de mongoles no tienen el pliegue, a pesar que sus ojos puedan ser angostos y situados oblicuamente. Se le encuentra en los negros y blancos con alguna frecuencia. Observar este carcáter en todas las razas'' (Sullivan, 1923).

3. *Renovación del estudio del ''ojo mongólico''.* Actualmente estas descripciones, conceptos y nomenclaturas se hallan superadas por las investigaciones especializadas de Eugen Fischer, Rudolf Poech, Hella Poech, Joseph Weninger y otros, cuyos resultados vemos oportunamente comunicados, en conexión crítica y constructiva, por el antropólogo de origen alemán, pero nacido en la ciudad chilena de Concepción, Dr. Otto Aichel, prematuramente desaparecido en 1935 siendo profesor de la Universidad de Kiel.

Fundamento inicial para esta ''nueva época'' de la anatomía del órgano visual externo fueron las observaciones minuciosas efectuadas en 1916 por el antropólogo vienés Prof. Rudolf Poech, prematuramente desaparecido en 1921, en los campamentos donde estuvieron reunidos los prisioneros de la guerra mundial, por encargo de la Sociedad Antropológica de Viena. El Prof. Poech fué el primero en delinear un esquema que diese a la observación de las plicas palpebrales una orientación anatómica de mayor fineza y responsabilidad, aprovechando la oportunidad comparativa que brindaba la presencia de distintos núcleos raciales en un solo lugar.

Para hacer más accesible la comprensión de las conformaciones anatómicas, debemos acaso recordar los términos más usuales que se emplean para indicar la estructura externa del órgano visual. En las anexas imágenes, que reproducimos de las insuperadas tablas de Sobotta, puédese averiguar que el ángulo exterior de la apertura ocular llámase *angulus oculi lateralis,* y el interior (hacia la nariz) *angulus oculi medialis.* En otra nomenclatura, procedente del sustantivo griego κάνθος, o rincón, denomínanse respectivamente *canthus exterior* y *canthus interior.* En este último se observa la *caruncula lacrimalis,* unida a un repliegue de la *sclera,* falciforme, que es la *plica ssemilunaris conjunctivae;* entre ambos el llamado *lacus lacrimalis,* o ''lago de las lágrimas''. Cada párpado tiene una zona posterior conjuntiva, *limbus palpebralis,* que se hace más visible mediante el estiramiento; un borde que lleva las pestañas, *margo,*

y la superficie externa visible. En el párpado de arriba se observa una zona superior, *pars orbitalis* y otra inferior que termina con las pestañas, *pars palpebralis;* la primera queda relativamente inmóvil al cerrarse y abrirse del párpado, mientras la segunda corre de arriba hacia abajo en el acto del cierre. Entre ambas se delínea con bastante relieve negativo una especie de pequeño canal: *sulcus orbito-palpebralis* (*palpebrae superioris*), que puede notarse con claridad aun cuando el ojo esté cerrado. Refiriéndome ahora más especialmente a la *pars palpebralis,* distinguimos en ella tres regiones: 1° el tarso o *pars tarsalis* en el medio; 2° la parte medial o *pars medialis* en el tercio hacia la carúncula, y 3° la parte lateralis, *pars lateralis,* en el ángulo exterior.

En cuanto al concepto de plegadura tenemos la palabra latina *plica* en su clásica sencillez, y sus equivalentes *bride* Fr., *piega* It., *fold* Ingl., y *falte* Al., mientras que en los casos de verdaderas bolsas los franceses emplean *boursouflure* y en el de cobertura los alemanes *Deck.* El sustantivo castellano *plica* responde exactamente a la voz latina, a pesar de que el uso le haya conferido el valor especializado de "pliego" sellado.

4. *La confusión con el Epicanthus.* Empezaremos por aceptar en toda su extensión el rechazo de las nomenclaturas que tienden a confundir las plicas del párpado con la conformación particular del epicanto. Es éste un replegamiento de la piel que se extiende a partir desde la parte orbital del párpado superior hasta la parte orbital del inferior, dibujando una concavidad semilunar suficientemente simétrica con respecto a la fisura ocular, más a menudo en el ángulo medial, y a veces en el lateral (*epicanthus medialis* y respectivamente *marginalis*). Reproducimos un caso extremo del *epicanthus* medial ilustrado por von Ammon, en un niño cuya carúncula y parte del iris quedaban invisibles (Fig. 4). Es una conformación que aparece entre los niños, pero se desvanece con la edad; a veces es objeto de cuidados por parte de los oftalmólogos. Conócense casos de *epicanthus* conexos con otros síntomas patológicos, que han tenido el nombre (impropio) de "idiocia mongoloide". El epicanto, en resumen, es más bien una anomalía, que un carácter raciológico; se diferencia de los pliegues "mongólicos" por ser generalmente transitorio, mientras los últimos son persistentes. Una nomenclatura fundada en la confusión de ambos fenómenos, por ejemplo la denominación

epicanthus o pliegue mongólico es absolutamente digna de rechazo. Debemos a Aichel un método muy sencillo para averiguar si se trata de un *epicanthus medialis* o de un pliegue mongólico, en los casos de sospechada persistencia del primero. Déjese que el paciente cierre los ojos: en el caso de ser realmente una plica mongólica, desaparece el pliegue en el ángulo medial del ojo, siendo esta porción y la restante del párpado una sola cosa, inseparable. En el caso de ser —en cambio—, un verdadero *epicanthus*, el velo palpebral se descoje para cubrir el ojo, mientras no sufre alteración alguna el pliegue medial, cuya hoz mantiene su posición simétrica respecto al eje de la fisura.

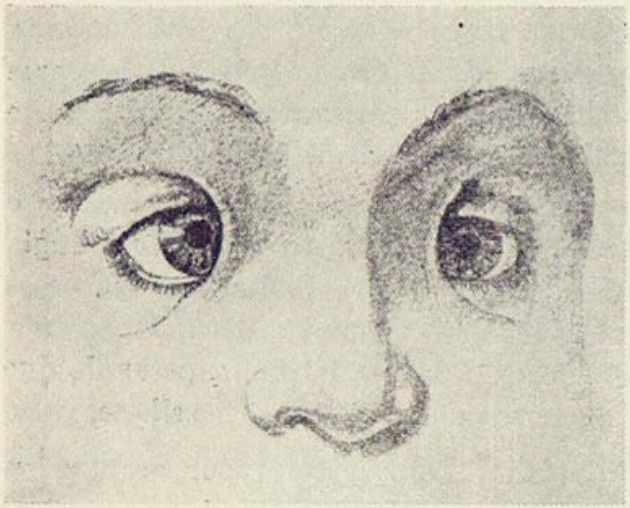


Fig. 4. — "Epicanthus medialis" en un niño; ejemplo ilustrado por von Ammon.

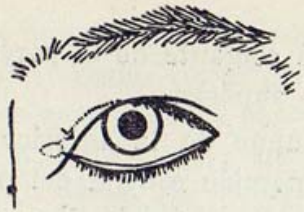
5. *Las distintas conformaciones de los pliegues palpebrales.* Una vez apartadas ambas formas de epicanthus (el medial y el lateral, que es patológico), se preocupa Aichel de brindarnos una nomenclatura anatómica precisa de las principales conformaciones-bases y de sus formas mixtas más comunes:

I. *Plica naso-palpebralis superior,* que es la real plegadura mongólica: es aquella plegadura de la piel que cae sobre el ángulo medial del ojo, de arriba hacia abajo, oblicuamente, partiendo del *sulcus orbito-palpebralis* del párpado superior.

II. *Plica naso-palpebralis inferior:* plegadura que del párpado inferior, de abajo hacia arriba y oblicuamente, se extiende a la piel de la nariz, siendo su límite inferior el *sulcus orbito-palpebralis inferior.*

III. *Plica naso-palpebralis superior et inferior,* que es una combinación de ambas plegaduras anteriores.

I.



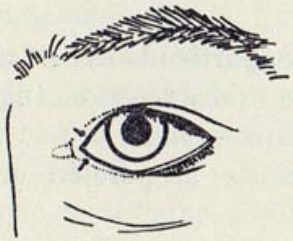
Mongolenfalte
(v. Siebold)

VII.



Randleiste " von Weninger
Mediale Negerfalte

III.



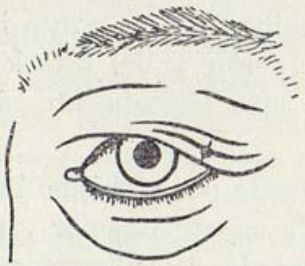
Mongolendoppelfalte
(Baelz)

VIII.



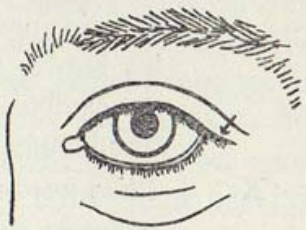
Tarsalfalte
(Aichel)

V.



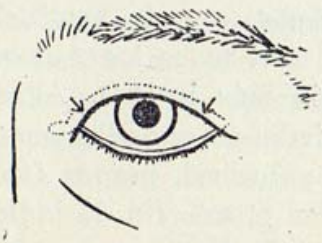
Hottentottenfalte
(Schultz-Pöch-Fischer)

IX.



Laterale Negerfalte
(Aichel)

VI.



Mongolen - Hottentottenfalte

X.



Jndianerfalte
(Aichel)

Figs. 5 a 12. — Representación esquemática de Aichel de las plegaduras palpebrales más importantes.

IV. *Plica palpebralis media:* replegadura colgante de la porción medial de la *pars orbitalis* del párpado superior.

V. *Plica malo-palpebralis,* que se distingue de la anterior por el hecho que no interesa solamente la porción central del párpado, sino también la porción lateral, y oculta el borde libre del párpado en el *canthus,* o ángulo, externo.

VI. *Plica naso-malo-palpebralis,* que es una combinación del número 1 con el número 5.

VII. *Plica tarsalis medialis:* plegadura que, partiendo del *sulcus orbito-palpebralis,* por debajo del mismo se extiende en el ángulo interior del ojo a la parte tarsal del párpado superior; su recorrido es oblicuo y no interesa mínimamente la porción orbital del párpado.

VIII. *Plica tarsalis:* un repliegue paralelo al *sulcus orbito-palpebralis,* que se origina ya en la comisura interior.

IX. *Plica malo-marginalis,* que interesa al ángulo (externo) lateral del ojo, por el hecho que allí no terminan en un punto idéntico los bordes marginales del párpado superior y del inferior, pues en cambio, el superior se prolonga más lateralmente, desarrollando una especie de plegadura.

X. *Plica naso-marginalis:* plegadura formada por el mismo borde del párpado, que puede ocultar en medida mayor o menor y también totalmente, el *lacus lacrimalis.* El borde del pliegue está formado por el mismo borde del párpado, provisto de pestañas, y éstas son visibles desde su origen.

Hemos presentado brevemente la casuística y la nomenclatura de Aichel, quien a su vez tuvo en cuenta a casi todos los Autores que se ocuparon de este tema con especificación más intensa. Agregamos la reproducción de sus mismas figuras, advirtiendo que ellas no son aptas para dar una impresión real de la fisura palpebral, porque fueron dibujadas con el iris excesivamente visible y con el solo fin de indicar esquemáticamente los pliegues y su dirección simbolizada con sendas flechas.

6. *Apreciaciones críticas de la doctrina de Aichel.* Diré sin titubeos que el aporte de Aichel es novedoso e importante, y de todos modos nos

lleva a una concepción menos embrionaria de las conformaciones de esta parte del órgano visual externo.

Nos encontramos, ahora, a muchas millas de distancia de las ideas de los Autores citados en el segundo párrafo.

Si tenemos que hacer observaciones al trabajo de Aichel, ellas no pertenecen ciertamente a estos resultados descriptivos, ni a la nomenclatura anatómica, sino a otros dos puntos de su estudio, que examinaremos en su doble aspecto, positivo y negativo.

Comenzando por el primero, diremos desde ya que no nos parece acertado en todos los casos su empleo de una nomenclatura étnica, como la que él mismo adopta, para distinguir a cada una de las conformaciones principales, a manera de denominación subsidiaria que aclara y acompaña a la anatómica, mientras luego termina por adoptarla en el cuadro final como el término distintivo por excelencia. He aquí esta nomenclatura de aguda pretensión raciológica:

El Nº 1 de la serie, *Plica naso-palpebralis superior* tiene por segunda denominación *Plica mongólica*, y en este caso con derecho no discutible. No sólo la justifica el interés de conectar la nomenclatura anatómica con las definiciones generalizadas en la literatura, sino el hecho no objetable de su mayor frecuencia entre los Mongoles[1]. Ello no excluye que se le encuentre en muchos niños de Rusia (Metschnikoff) y en un 33 % de los lactantes de Baviera, según Ranke (aun excluyendo de este número algunas confusiones con el *epicanthus*) y se le observe también en pueblos de otros continentes, en el adulto.

Al Nº 3, *Plica naso-palpebralis superior et inferior*, se le denomina "*doble plica mongólica*" que el Autor ejemplifica con fotografías de Japoneses.

Al Nº 5, *Plica malo-palpebralis*, le corresponde, en el trabajo de Aichel, la denominación de *Plica Hotentote*. Algo habíase mencionado sobre el ojo oblicuo de algunos Hotentotes en Topinard, edición de 1877, al que, por una oscuridad de estilo, no se comprende bien si debe extenderse la explicación de que "a la inversa del párpado muy angosto o muy corto,

(1) La estadística publicada por Talko-Hryncewicz (1927) brinda las cifras que siguen: China septentrional, 98,7 por ciento; Mongolo-Khalkhas, 88,8; Buriatos, 71,3 y Khamniegans, 88,8. Estos últimos son Tungusos mongolizados.

hay un párpado cayente, como hinchado o demasiado flojo, que encubre una parte del globo ocular'', descripción que a pesar de ser indeterminada y anatómicamente imprecisa, conviene en parte a la conformación de algunos Hotentotes descripta por Schultze, Poech y especialmente Fischer.

Al Nº 7, *Plica tarsalis medialis*, asigna Aichel el nombre de *Plica medial de los Negros*, porque fué observada por Weninger en el 62 % de los individuos de raza negra por él estudiados.

Finalmente, al Nº 10, *Plica naso-marginalis*, Aichel atribuye el valor diagnóstico de la raza Americana, y le confiere la denominación de *Pliegue Indio* (*Indianerfalte*).

7. *La ''plica india'' de Aichel.* Ahora bien, es justamente esta última denominación la que nos proponemos objetar, no ya en el mero aspecto nomenclatorio, sino por los motivos —bien discutibles— que indujeron a su Autor a formularla y sostenerla como carácter étnico. Nuestras objeciones —a su vez— son de doble alcance. En primer término discutiremos las presunciones teóricas que impulsaron al Prof. Aichel, y en el segundo aduciremos las pruebas de que un característico y antiguo pueblo indígena americano posee una conformación ocular que no entra absolutamente en su definición.

Empieza por decir Aichel que la plegadura del Nº 10 ha sido vista por él en gran número de casos, durante su viaje por Chile y Bolivia, e inserta fotos de dos indias de Quillagua y del altiplano Boliviano, indicando luego otra publicada por Ehrenreich y procedente de Brasil. No niega que puede presentarse en América la plica mongólica, y cita una foto de Gusinde que concierne a una india Yámana, de Tierra del Fuego. Protesta con vivacidad, sin embargo, contra la costumbre de los escritores de cosas americanas, de hablar siempre del ''ojo mongólico'', sin hacer atención a la forma peculiar de los Indios, que es su llamada *Indianerfalte*. Reprocha igualmente a Biasutti, porque en su carta de la difusión mundial del ojo mongólico ha incluído amplias regiones del doble continente americano. Todos esos hechos han contribuído a dar la apariencia de que fuese un carácter típico de los Indios.

Aichel vé en ello una consecuencia de la teoría que el Hombre no emigró hacia América en una época ya muy lejana, sino en un tiempo



Fig. 13. — India Yámana de la isla Navarrino, que figura en el texto con el nombre "Madre Nº 1" (Foto Weinstein, 1940).

reciente, cuando ya el ojo mongólico se había estabilizado en Asia como uno de sus peculiares caracteres de raza, teoría que sostiene, en suma, que los Indios en su conjunto son descendientes de los Mongoles. Esta doctrina —agrega el Autor textualmente— coincide también con la concepción de una moderna escuela de antropólogos norteamericanos, cuya hipótesis tiene sus bases en la llegada muy reciente del Hombre en América, a pesar de que los Indios de Norteamérica no presentan este carácter sino pocas veces, en el adulto, y así los de Sudamérica. Gusinde —agrega— ha presentado como plica mongólica una típica *Indianerfalte.*

En conclusión, dice el Autor, *la literatura sobre la plica mongólica de América reclama una revisión crítica, a causa de la confusión entre conformaciones infantiles y adultas y entre las diversas disposiciones de los pliegues que interesan al ángulo medial del ojo* (esta proposición del Autor es muy respetable, por cierto, y yo no sabría oponerme en principio a su *desideratum*).

Sin embargo, no podemos admitir con facilidad su declaración final, que consiste en preconizar la distinción, sumamente rigurosa, de una plica Mongólica propia de los Asiáticos orientales, de una plica Hotentote, de otra medial propia de los Negros, de una lateral también Negroide y por último de una plica India propiamente dicha.

En su aspecto teórico aceptamos plenamente la posición del Autor, cuando reclama que no se tome por base la hipótesis que presenta al Indio como una simple descendencia de los Mongoles. Pero con la misma repugnancia lógica rechazamos igualmente su propia teoría, que tiende a reconocer en los indígenas de América un único gajo de la humanidad, provisto de caracteres congruentes y representado por un tipo *sui generis,* tal que se le pueda distinguir de los demás mediante la observación de un grupo de propiedades somáticas o una sola de ellas.

8. *Algunos ejemplos de la Tierra del Fuego.* Si examinamos la región ocular en la fotografía de esta joven Yámana (madre Nº 1) de la isla Navarrino, vemos a primera vista, que por nada se trata de una *Indianerfalte.* La fisura palpebral es extraordinariamente cerrada: corta y baja en un grado extremo, tal que permite apenas a un pequeñísimo sector del iris su visibilidad desde afuera. No solamente la carúncula, sino toda la sclera es igualmente invisible, tanto en el ángulo interior que en el

exterior. Ningún vestigio de epicanthus, ni de plica naso-palpebralis propiamente dicha; por el contrario, la brevísima fisura palpebral presenta su punto relativamente más libre hacia el lado medial. Parece que los ojos se han acostumbrado a moverse en ese angosto espacio medial, y de ello procede la ligera impresión de estrabismo, que por nada debe confundirse con el *pseudotrabismus mongolicus* del Doctor E. Baelz, propio de los Asiáticos. En cuanto a la comisura externa, o *canthus lateralis*, se vé de inmediato que las extremidades laterales del párpado inferior y del superior no se unen, como de ordinario, en un punto, pues el inferior desaparece muy pronto y se le superpone la imponente plegadura del superior, que se prolonga lateralmente por un trecho mayor que la misma fisura ocular. Ni arriba, ni abajo, dejan verse en lo más mínimo las pestañas del *margo*, carácter que visiblemente se opone a la descripción de la *Indianerfalte*.

Anatómicamente, es claro que en el párpado inferior se ha producido la retroversión del *margo* ciliar, que ha quedado escondido posteriormente, mientras se ha formado un *limbus* anómalo a expensas de la *pars palpebralis*. El surco que se vé en su base, no es ya el *sulcus orbito-palpebralis*, sino el verdadero y propio *sulcus infrapalpebralis*, que en los ojos ordinarios señala la curva inferior del globo. En el párpado superior, de consuno, se ha perdido toda noción del *sulcus orbito-palpebralis*, y la *pars palpebralis* en su integridad ha pasado a formar una enorme plica, mediante su retroversión completa, que se continúa lateralmente. En otras palabras, es como si la piel que ordinariamente forma ambos párpados, hubiese sufrido un proceso de envolvimiento hacia adentro, hasta ocultar toda la zona que fisiológicamente está destinada a descojerse sobre el globo —en el cierre— como lo hace el telón de un teatro; si se observa en nuestra foto el perfil del ojo derecho, se tendrá una clara idea de tal enrollamiento hacia el interior de la cavidad. Tal introflexión ha sido posible, naturalmente, por el hecho que los ojos no tienen la convexidad extraorbitaria que acostumbramos ver, y parecen hundidos.

Resumiendo: si quisiéramos emplear los conceptos clasificatorios de Aichel, tendríamos que discernir en este ejemplo, contemporáneamente, no sólo la *plica malo-palpebralis superior* en un grado notabilísimo, sino la *plica malo-palpebralis inferior* (no descripta por Aichel) con elevado

desarrollo, no sin admitir que en el lado medial el grueso pliegue palpebral superior ha producido las condiciones propias de una breve *plica naso-palpebralis superior*. De ningún modo, en cambio, se trataría de una *plica naso-marginalis*, que Aichel supone carácter diagnóstico de los Indios.

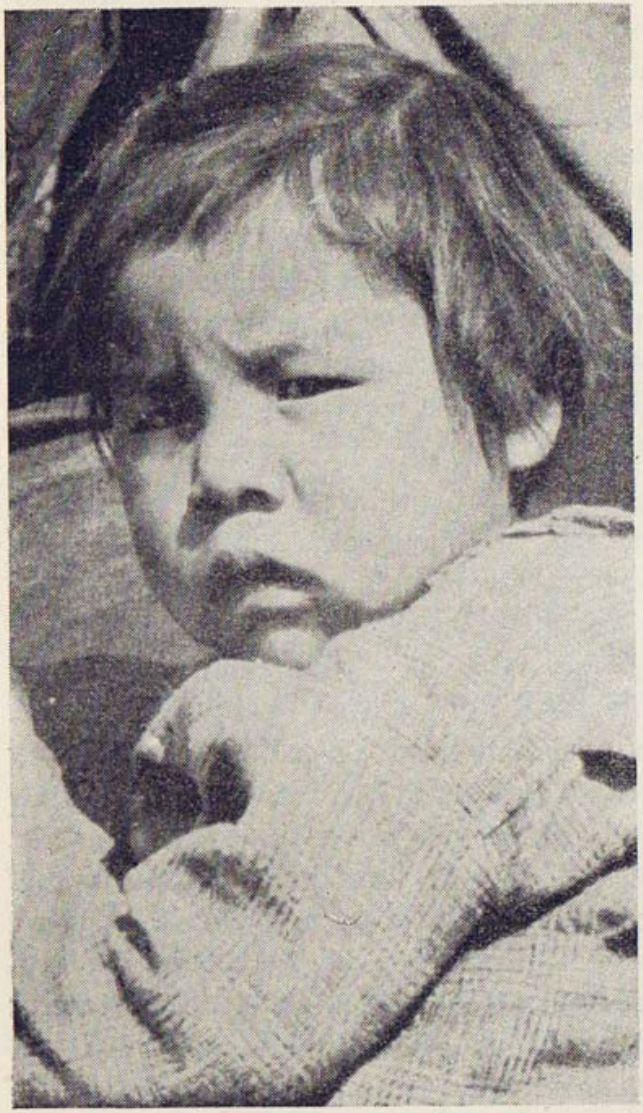


Fig. 14. — Niñita Yámana Nº 1, hija de la mujer de la fotografía anterior (Foto Weinstein, 1940).

Esta conformación no es esporádica, sino común entre los Yámana, con mayor o menor grado de intensidad. En un grado sin duda menos intenso reaparece en la niña representada por la figura 14. Se trata de la hija de la mujer Yámana que llamamos "madre Nº 1", y representa una hibridación de primer grado. Para mostrar que el padre nada tiene de indígena, reproducimos su fotografía en la figura 16. A pesar de la mestización, la niña posee las principales características del ojo materno, en gran parte atenuados, y en el sector interior combinados con una breve plica *naso-medialis*; su aspecto está dominado por la gruesa plegadura del párpado superior en el ángulo lateral. Un segundo niño, hijo de otra mujer india cuyos ojos tienen las mismas características de la madre Nº 1 (no los reproducimos frontalmente por no permitirlo el



Fig. 15. — Niño Yámana Nº 2.

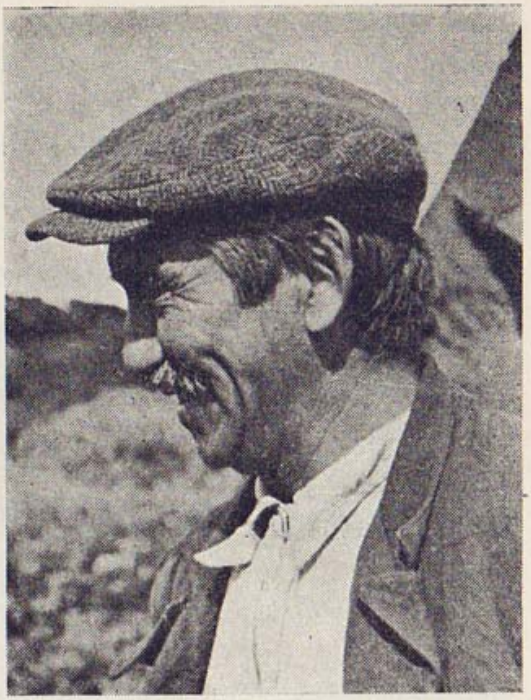


Fig. 16. — Padre de la niñita Yámana Nº 1.



Fig. 17. — Adolescente Yámana Nº 3, fotografiada con el niño Nº 2.

negativo), que es también mestizo, sólo presenta la plica *naso-medialis* (Fig. 15). No puede excluirse *a priori* que se trate de un carácter transitorio, ya que la muchacha de unos 8-9 años, igualmente mestiza, de la figura 17, conserva sólo leves vestigios en el ojo izquierdo.

Por fin, comparando las dos fotografías 18 y 19, ambas de ojos cerrados, que pertenecen la primera a la india Yámana descripta en primer término y la segunda a una india de raza Ona, pueden captarse diferencias notables. En la mujer Ona el globo ocular no está hundido





Figs. 18 y 19. — Porción de la cara de la Madre Yámana Nº 1 y de una india Ona de la Misión Salesiana de Río Grande.

en las órbitas, y ambos párpados modelan su relieve esférico; visibilísimo es el *sulcus infrapalpebralis*, que en la Yámana ha desaparecido por completo.

9. *"La estructura profunda"*. El segundo y grueso defecto que encontramos en la concepción de Aichel es la absoluta prescindencia de todo carácter anatómico que no fuese propio de los tejidos blandos. Todo sería cuestión de plegaduras de la piel, y no otra cosa más honda. Esta misma manera de pensar fué propia —ya lo hemos visto en el segundo párrafo— de los Autores de la época antigua. Los pliegues palpebrales —en cambio— y particularmente sus grados más vistosos que acabamos de analizar, pertenecen sólo en parte a los tejidos tegumentarios, mientras su determinante esencial reside en el esqueleto de la cara. En nuestras lecciones del curso de Antropología usamos mencionar estas conformaciones entre los caracteres "fisionómicos", después de definir a los mismos como el producto de la superposición de las partes blandas sobre el armazón óseo.

Ya hemos visto que el primero en abrir este nuevo camino fué Regalia, quien sostuvo que el levantamiento del ángulo exterior no era ya un

hecho aparente, como lo sugería Broca, sino real y anatómico, y buscó la causa en las inserciones de los ligamentos palpebrales colocados en un sector más elevado del hueso malar.

La visión de Regalia era por cierto incompleta e imperfecta, y quedó sin eco en su época, hasta que, en 1909, un sucinto artículo de J. L. Sera vino a completar racionalmente el análisis anatómico del ojo oblicuo.

No resultaría completa esta reseña si olvidáramos que también antiguamente Virchow, Buschan y Stratz, y principalmente King, habían pensado en explicaciones de carácter osteológico, enfocando —sin embargo— sólo la región nasal. Dichos Autores pusieron de relieve que los huesos de la nariz se presentan en las razas mongólicas sumamente aplanados en su base, y King formuló esta observación de un modo gráfico, al decir que en los Esquimales le fué fácil colocar una regla apoyada en ambos malares, sin que tocase la nariz. También el Dr. Jens Paulsen en los últimos tiempos (1921), ha hablado del dorso de la nariz, escasamente relevado en los mongoles, como causa eficiente.

Pero es el Prof. Sera quien por primera vez funda sobre bases sólidas la observación de la morfología ósea. Sus ideas se encuentran insertas, ya en 1900, en el tratado de Deniker, y luego en la memoria de Biasutti, de 1912. Pocas veces un artículo tan breve (apenas 5 páginas) ha logrado mayor resonancia.

El Prof. Sera observó que la relación anatómica formulada por Regalia no explicaba más que un solo carácter, y de los menos importantes: la oblicuidad. Se dedicó, por su parte, a comparar el cráneo de los Mongoles con el de las razas no mongólicas, especialmente en la región de la órbita, y en la *norma lateralis*, por entender que "en ella se revela mejor la conformación de la abertura orbital". (Descontamos por el momento la relativa imperfección del plano investigativo de Sera, en lo que concierne a la oposición de "razas mongólicas" a "razas extramongólicas" —así las llama— con lo que se limitan artificialmente los extremos del problema. Es indudable que en 1909 no se había impuesto aún la necesidad de superar la antigua nomenclatura que descuidaba *a priori* las plegaduras palpebrales de razas que no fuesen mongólicas).

La observación de Sera es que los cuatro bordes óseos de la abertura

orbitaria tienden en los Mongoles a colocarse en un plano único, casi del todo normal al plano sagital, mientras en los demás cráneos forman en el espacio una línea quebrada irregular, pero siempre con el borde lateral considerablemente hacia atrás con respecto al medial.

Observa el Prof. Sera que en los ojos comunes, a ojos cerrados, es perfectamente apreciable la forma esferoide del globo. La comisura lateral se inserta sobre la órbita ósea en un punto situado muy atrás, y de tal manera el párpado constituye la única protección de gran parte del globo; la apertura del ojo, que es debida al levantamiento del párpado superior, se realiza en función de su descogimiento sobre el mismo globo ocular. No sucede otro tanto en el "ojo mongólico". "Debiendo el ojo quedar siempre bajo la protección del borde superior de la órbita, el cual debe defenderlo de los traumatismos, y no pudiendo correr adelante para corregir la condición creada por los cuatro bordes colocados es un mismo plano normal al plano sagital, resulta de ambas circunstancias que el cierre y la apertura deben realizarse con otro funcionamiento. El plano de los párpados está situado adelante, en tangencia al globo ocular, y no lo reviste de manera que los párpados tengan posibilidad de correrse sobre el mismo. Puede decirse que la apertura se efectúa a manera de un telón, esto es, casi del todo en un solo plano".



Fig. 20. — Madre Yámana Nº 2, en una posición apta para observar la relación de los ojos con respecto a los malares.

Repartiendo en tres zonas horizontales el párpado superior, observa Sera que el tercio superior queda inmóvil durante la apertura, mientras el tercio mediano se "dobla" hacia arriba, pero es el tercio inferior el

que se corre efectivamente para dejar el iris descubierto, por acción del músculo elevador, cuya inserción puede estimarse realizada en el borde del cartílago tarsal.

Que también en nuestros Yámana las plicas palpebrales —sin ser las del llamado "ojo mongólico", ni las del tipo descripto como "ojo americano"—, deben ser atribuídas a condiciones anatómicas que interesan la caja ósea del ojo, y en especial a su borde malar, lo confirma —sin dubitaciones posibles— la fotografía de la india de la isla Navarrino que hemos llamado, por brevedad, la madre Nº 2 (es, en efecto, su hijo el indiecito de la figura 15). Resulta evidente que sus huesos cigomáticos juegan un papel preponderante en la orientación de los cuatro márgenes de la órbita en un plano perpendicular al sagital. Sus ojos no dejan ver parte alguna de su esferoide. Más que *à fleur de tête*, es exacto decir que están *hundidos* en la cavidad craneana. Una línea ideal apoyada en los bordes laterales de las órbitas encontraría un cierto obstáculo en la raíz nasal, pero de ningún modo en los ojos, sobre cuya superficie correría a guisa de puente. A pesar de lo desacostumbrado de esta posición en las fotografías de tipos raciales, recomiendo su empleo a los viajeros que estudian pueblos que presentan peculiaridades en los pliegues palpebrales, porque estimo que una colección de buenas fotografías comparables con ésta de la madre Yámana Nº 2 ha de proporcionarnos resultados apreciables.

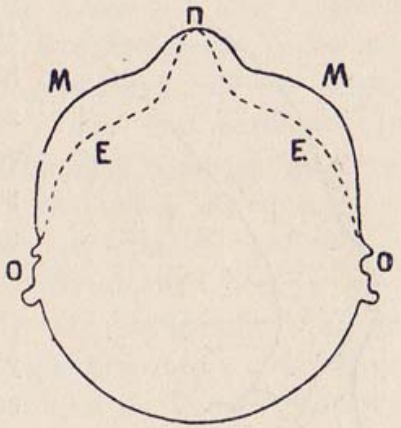


Fig. 21.—Perfil horizontal de una cara mongólica (*M*) comparado con la europea (*E*); ambos han sido trazados a la altura del *meatus auditivus* (Stratz).

Ya Stratz —en su figura que reproducimos— perfeccionando los contornos comparativos anteriormente trazados por E. Baelz (1901, p. 170) había señalado hechos análogos, mediante la comparación de una cabeza mongólica con otra europea. Una conformación menos esquemática la podemos deducir del perfil (Fig. 22) del cráneo japonés Nº 16.565 del Museo Etnográfico (Facultad de Filosofía y Letras) apto para

demostrar la posición del borde externo de la órbita y de la apófisis malar del frontal en la *norma lateralis*.

Dejamos de lado las consideraciones fisiológicas, a pesar de su importancia. Los ojos hundidos, y en general toda fisura palpebral reducida, limitan las posibilidades de la visión lateral, como ya lo observara Eggeling en sus estudios de anatomía comparada de los pliegues palpebrales de los mamíferos, y para la percepción visiva de los objetos situados lateralmente hace necesaria una mayor movilidad de la cabeza, mientras, en los ojos comunes, con amplia curvatura externa del globo, tienen mayor juego los resortes musculares que presiden a la torsión del ojo, quedando la cabeza relativamente inmóvil.



Fig. 22.— Porción anterior del cráneo japonés Nº 16.565 en la *norma lateralis*.

10. *En conclusión, ha sido nuestro cometido:*

I. Llamar la atención sobre la impropiedad y unilateralidad de la antigua oposición: "ojo caucásico", "ojo mongólico", y refirmar la existencia de gran número de plegamientos palpebrales, antes insospechados.

II. Optar por el rechazo de las nomenclaturas anticuadas, y tomar en examen las modernas, propuestas especialmente por R. Poech, J. Weninger y O. Aichel.

III. Poner en discusión la atribución étnica de una plica determinada, que sería peculiar del conjunto formado por los Indios, los cuales —en realidad— constituyen una masa compuesta por distintas organizaciones somáticas.

IV. Propender al estudio de la "construcción profunda" que determina la morfología externa, siendo todo carácter fisionómico el producto de conformaciones del tejido blando que se suman y adaptan a otras de la armazón ósea.

V. Invitar a nuestros etnólogos y antropólogos a concentrar la atención sobre las características palpebrales de los distintos grupos de

Indios que sobreviven en el continente, en correlación con las características del esqueleto facial y craneal.

Muchas son, en efecto, las plegaduras palpebrales típicas, y de diverso grado, pero ya es presumible —por el acervo de datos que se poseen— que en todas ellas se revelen caracteres generales y otros peculiares de cada forma. El más perfecto conocimiento de tales relaciones no sólo ha de iluminar las cuestiones puramente raciológicas —y en primer lugar, para nosotros, los problemas del Hombre de América— sino también dilucidar complicadas cuestiones embriológicas y ontológicas. Todos recuerdan la vieja opinión de Metschnikoff, quien sostuvo que las plegaduras son supervivencias de estados fetales, y con esto explicaba la mayor frecuencia en niños de todas las razas. También la mujer, que evidentemente presenta ciertas características de detención del desarrollo —llamadas "infantilismos"— suele poseer ese carácter en grado más intenso que el varón. Metschnikoff, influído ciertamente por la consabida fórmula de Heckel, que la filogénesis está recapitulada en la ontogénesis, llegó a postular que los pueblos que presentan con mayor intensidad las plegaduras palpebrales son residuos de la más antigua raza del Mundo, y esta prerrogativa correspondía a los Calmucos.

Aun desechando esta arbitaria conclusión, no puede excluirse que Metschnikoff haya tenido el mérito de esbozar por primera vez una explicación ontológica y filética.

Si me fuese permitido expresar mi opinión en esta materia —con la más prudente limitación a los hechos que actualmente nos son conocidos— diría que me inclino a ver en las conformaciones palpebrales "replegadas", en general, la prueba de un desarrollo en cierto modo independiente, en el sentido de la armonía de construcción, entre los tejidos blandos por una parte y el esqueleto facial por la otra. Es indudable que los primeros tienden —ya desde la vida intrauterina— a predisponerse para brindar la más perfecta protección del globo ocular (y en esto voy de acuerdo, indirectamente, con la interpretación "fetal" de Metschnikoff). En la maduración ontológica del órgano, vemos que la llamada raza "caucásica" alcanza, en el estado adulto, una perfecta armonía entre la función fisiológica de los párpados y la curvatura extraorbitaria del globo ocular, la que depende a su vez de la morfolo-

gía del hueso maxilar y principalmente del malar. No sucede otro tanto en todos los grupos humanos, porque en el adulto de varias razas la disposición asumida por los bordes de la órbita vuelve inútil una gran parte de los tejidos protectores, por lo que estos se ven solicitados a reducir su superficie, replegándose. Los distintos sistemas de estas replegaduras y retroversiones son, a su vez, el epifenómeno de las peculiares condiciones estereométricas de la caja ósea, en correlación con la textura del párpado. Hablando en sentido filético, todo ello sugiere que, al encontrarnos frente a dos elementos que han variado en medida desigual, si queremos abrir juicio sobre el grado relativo de conservación de las disposiciones ancestrales (*memoria morfológica*), tenemos que reconocer que la palma corresponde a los tejidos blandos, y que la modificación de la caja orbitaria es efecto de mutaciones posteriores. Por lo que concierne a los pueblos del Asia oriental, este resultado no repugna a las concepciones modernas sobre la subespecie Mongoloide, en cuyo seno los taxonomistas más adelantados distinguen un plano de base general (raza Premongólide) y un desarrollo posterior (raza Mongólide), que fué el efecto de la intensificación de caracteres especializados. Con respecto al asunto tratado, se hace necesario aceptar que la conformación caucásica y correlativamente la premongólide representan un tipo menos diferenciado, y de naturaleza conservativa.

De esta manera, y en aguda oposición al concepto filético de Metschnikoff, los Calmucos, Buriatos y Chinos septentrionales representarían la raza más especializada, y por tal modo reciente, del conjunto asiático oriental.

BIBLIOGRAFIA CITADA

OTTO AICHEL, *Epicanthus, Mongolenfalte, Negerfalte, Hottentotenfalte, Indianerfalte*, en *Zeitschr. f. Morphologie u. Anthr.*, XXI, 123-166; Stuttgart, 1932: "Separatum" *Ergebnisse einer Forschungsreise nach Chile u. Bolivien.*

E. BAELZ, *Menschen-Rassen Ost-Asiens, mit specieller Rucksicht auf Japan*, en *Verhandlungen r. Berl. Gesells. f. Anthrop., Eth. u. Urg.*, 166-189; Berlín, 1901.

E. BAELZ, Pareceres expuestos en la discusión al trabajo de R. Pöch, en *Correspondenz-Blatt d. D. Gessellsch.*, etc., XLII, 79, 190; 1911.

RENATO BIASUTTI, *Studi sulla distribuzione dei caratteri o dei tipi antropologici;* Firenze, 1912.

J. DENIKER, *Quelques observations sur les Boschimans*, en *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, IX (S. 3), 570; París, 1886.

J. DENIKER, *Les Races et les Peuples de la Terre;* París, 1900; II Ed. 1926.

H. EGGENLING, *Nochmals zür Morphologie der Augenlider*, en *Anatomischer Anzeiger*, XXIX, 35-42; Jena, 1905.

E. FISCHER, Opiniones expuestas en la discusión del trabajo del Prof. Pöch, en *Correspondenz-Blatt d. D. Gesellsch.*, etc., XLII, 79; 1911.

ELIAS METSCHNIKOFF, *Beschaffenheit der Augenlider bei den Mongolen und Kaukasiern*, en *Zeitschr. f. Ethnologie*, VI, 153-160; Berlín, 1874.

JENS PAULSEN, *Wesen und Entstehung der Rassenmerkmale*, en *Archiv f. Anthropologie*, N. S., XVIII, 60-70; Braunschweig, 1921.

RUDOLF POECH, *Die Stellung der Buschmannrasse unter der übrigen Menschenrassen*, en *Correspondenz-Blatt d. D. Gesellsch*, etc., XLII, 75-78; 1911.

RUDOLF POECH, *Bericht über von der Wiener Anthrop. Gesellschaft in den k.u.k. Kriegsgefangenenlager veranlassten Studien*, en *Mitteilungen der Anthrop. Gesellsch, in Wien*, XLVI, 119; Viena, 1916.

HELLA POECH, Contribución a la Memoria de Weninger que se cita luego.

GIOACCHINO LEO SERA, *Nota sull'occhio mongolico*, en *Atti della Societá Romana d'Antropologia*, XV, 49-55; Roma, 1909.

C. H. STRATZ, *Die Körperformen in Kunst und Leben der Japaner;* Stuttgart, 1902.

LOUIS R. SULLIVAN, *Essentials of Anthropometry; a Handbook for explorers and Museums Collectors*; New York, 1923.

J. TALKO-HRYNCEWICZ, *Forme extérieure de l'oeil comme caractère ethnique*, en *Revue Anthropologique*, XXXVII, 93-100; París, 1927.

JOSEF WENINGER, *Leitlinien zur Beobachtung der anatomischer Merkmale des Kopfes und Gesichts am Menschen*; mit einem Beitrag von HELLA POECH, en *Mitteilungen d. Anthrop. Gesellsch. in Wien*, LIV; Viena, 1924.

(Comunicación presentada el 6 de noviembre de 1942.)

UN IMPORTANTE HALLAZGO PARA LA LINGÜISTICA ABORIGEN

EL LIBRO INENCONTRABLE DEL P. VALDIVIA

por

FERNANDO MARQUEZ MIRANDA

A MODO DE INTRODUCCION

SE me ha de perdonar —lo espero— la calificación de "importante" que doy al hallazgo que he verificado, y cuyo comentario constituirá esta comunicación.

Tengo para mí que, al finalizarlo, no se ha de juzgar a ese adjetivo como demasiado vanaglorioso o desmedido. La parquedad, con que habitualmente calificamos en nuestra Sociedad las aportaciones que cada uno de nosotros presentamos, debe ceder paso, en esta oportunidad, a un título que, desde el comienzo, califique la jerarquía del descubrimiento. Ello no implica, según queda indicado, excesiva ponderación del autor hacia sí mismo. Como en muchos otros casos, este hallazgo se ha debido, en buena parte, a la obra de la casualidad. Oculto, el documento de que voy a tratar, en el despoblado silencio de una biblioteca poco frecuentada, disfrazado más aún por un título arbitrario, ha reposado allí, sin ser reconocido en su importancia científica y tipográfica, durante 335 años. Su descubrimiento se debe, según a su tiempo se verá, si se tiene la paciencia de seguir este relato, a un encadenamiento de felices circunstancias que me llevaron a encontrarlo. Buscando otra cosa he llegado hasta él. Mi

único mérito es haber estado enterado de la importancia que se le asignaba, de su rareza extraordinaria y del papel excluyente que le corresponde en el desentrañamiento de lo que es el idioma, hoy desaparecido, de una colectividad otrora importante de aborígenes argentinos.

Para poder apreciar debidamente por qué la obra es importante, quién es su autor, cuál es el medio en que desenvolvió sus actividades, cuáles las vicisitudes y los problemas que le tocó afrontar, deberemos dar un largo rodeo. Espero que no parezca demasiado extenso cuando se pueda apreciar, en toda su amplitud, el aporte que me es dado hacer ahora al conocimiento de la lingüística aborigen.

ANTECEDENTES RELIGIOSOS EXPLICATIVOS

Cuando el movimiento religioso llamado de la Reforma sacudió la conciencia y reformó las costumbres político-religiosas de Europa, escindiendo a la Cristiandad, hasta entonces agavillada en unidad unánime, la Iglesia se vió obligada a plantearse a sí misma el problema de la continuación o de la modificación de su conducta interna. Para resolver el cúmulo de vastos problemas en que se descomponía esta magna cuestión, se convocó el Concilio de Trento, que duró reunido una década y media. En este lapso se tomaron medidas cuya proyección extraordinaria iba a renovar la posición de la Iglesia ante el mundo, dotándola de nuevos órganos de acción y de una reestructura de sus viejas maneras. Una de las medidas más importantes, por su trascendencia ulterior en los modos de actuar del catolicismo, fué la creación de nuevas órdenes religiosas, destinadas no ya a la meditación y al rezo, como la mayor parte de las antiguas, sino a la milicia católica en lo social.

Así, y bajo ese signo, nació la Compañía de Jesús, organizada por Iñigo de Loyola a la manera militar que su nombre preanuncia, y que siguió a las órdenes de franciscanos, mercedarios, agustinos, junto a los dominicos, en la evangelización en territorio americano. Es tal el número de los miembros esclarecidos de la nueva Orden, que se distinguieron en el campo de lo cultural, como heroicos "adelantados" en el campo de las distintas disciplinas o ramas del saber —y especialmente en la elaboración

de las crónicas— que puede decirse, con verdad, que de todas las órdenes que, trasplantadas de Europa, florecieron en América, ninguna tiene una ejecutoria cultural más tenaz y constante que la Compañía de Jesús. En efecto, la Compañía trajo a América, con pujanza avasalladora, la doble finalidad de la evangelización y del afán cultural[1], cosa que ha sido siempre reconocida, cualesquiera sean los reparos que a su labor hayan sido hechos respecto a algunos modos de su actividad.

Hombres famosos por su saber y por su tesón fueron buena parte de esos jesuítas, y la mejor prueba de ello está en el elevado número de obras que dejaron editadas o inéditas cuando fué llegado el momento de su expulsión. Todo un amplio sector de las crónicas de Indias les es debido. La etnografía ha recibido de ellos un legado que aún hoy se enriquece, de tanto en tanto, con algún aporte inesperado. ¿Cuánto menos sabríamos de las costumbres de nuestros aborígenes —para no salirnos de los ejemplos argentinos— si no poseyéramos la crónica de Nicolás del Techo sobre los diaguitas, tan utilizada por su continuador en la Orden, Pedro Lozano, o si no nos quedase la de Martín Dobrizhoffer sobre los abipones o la de Florián Paucke respecto de los mocobíes? ¿Cuánto más, en cambio, sabríamos de los propios diaguitas, antes citados, si —así como poseemos los datos de los primeros predicadores jesuítas, como Juan Romero y Gaspar de Monroy— hubiésemos alcanzado a conocer el *Arte y gramática* de su lengua que escribiera el padre Barzana. Y lo propio ocurre para las regiones aledañas. Que el cronista de los Chiquitos sea Juan Patricio Fernández, como lo advierte la edición madrileña de la *Relación historial* publicada en 1726, o Domingo Bandiera, nada hace al caso, en el momento. La Orden es tan rica que puede darse el lujo de que éste sea el verdadero autor y aquél el autor mucho más tarde supuesto, sin que ambos deban pertenecer a órdenes distintas, y hasta el traductor —y aquí debemos de volver a mencionar a Lozano— será, igualmente, miembro notable de la Compañía. Tal predilección etnográfica y lingüística ha continuado en las promociones jesuíticas posteriores, siendo sufi-

---

(1) Para un aspecto de esta última actividad, puede verse: GUILLERMO FURLONG, *Los Jesuítas y la imprenta en la América Latina* (1ª parte), en *Estudios*, LXIII, 237-260 y (2ª parte) 311-336; Buenos Aires, 1940.

ciente recordar a tal efecto la obra del padre Machoni. Bastan estas someras referencias, que podrían multiplicarse si el hecho afirmado, por evidente, no permitiese darlo por sentado, para mostrar en qué rica medida la aportación jesuítica, tan importante con respecto a otros sectores del saber, se ha apoyado, con predilección, en el conocimiento de la vida de los aborígenes americanos y de las lenguas vernáculas.

Naturalmente, esto no se hacía sino en conexión con la misión evangelizadora y captativa, que era la función esencial. Conocedores los misioneros de los ocultos escondrijos del alma humana, comprendieron que el recto camino para adentrarse en ella era hablar a cada cual en el idioma que le es propio. De ahí que no vacilaran en aprender el lenguaje de los indígenas para ganarse su confianza y aumentar, de tal suerte, los efectos de su predicación. Dificultados en tales propósitos por la diversidad originaria de las hablas indígenas, el quichua, el guaraní y el araucano les sirvieron, en nuestro actual territorio, de *lingua general*, en cada caso, para acercarse a los nativos que poseían hablas particulares, todavía no conocidas. Este fué el primer paso de la penetración [1]. El segundo lo constituyó —por vía de la interrogación y del estudio del funcionamiento interno de esos idiomas— la posesión de esas hablas locales, llaves del corazón de sus parladores. Poco tardaron en adueñarse de los secretos de esas rudimentarias lenguas, recopilando sus vocabularios y estudiando a la luz del latín y del español del Siglo de Oro la estructura íntima de los idiomas aborígenes y vertiendo, por último, a ellos, el Catecismo, la Doctrina Cristiana y las oraciones fundamentales de expansión ecuménica: el Padre Nuestro, el Credo y la Salve.

EL HOMBRE Y LA EPOCA

Uno de estos humildes pero sabios evangelizadores —vinculado por su obra a las cosas de nuestro país, aunque actuara especialmente en

(1) Los propios generales de la Compañía disponían que no se ordenasen los que no supiesen algunas de las lenguas generales. Así lo resolvieron primero para Méjico y luego para el Perú. En el tercer año de la probación el tiempo de la doctrina y ejercicio corporal debían insumirlo en aprender la lengua. Entretanto podían, acaso, ser ordenados, pero no ejercitar su ministerio. CONSTANCIO EGUÍA RUIZ, *Algo sobre la Compañía y las lenguas indígenas*, en *Estudios*, nº 333, 249; Buenos Aires, 1939. También recuerda el hecho VICENTE D. SIERRA, *El sentido misional de la Conquista de América*, 253; Buenos Aires, julio de 1942.

zonas trascordilleranas—, fué el Padre Luis de Valdivia, jesuíta de los más eminentes que la Compañía de Jesús envió a América. Sus trabajos se realizaron en el "Reyno" de Chile. Ya habían actuado allí Fray Antonio de Quadramiro y Fray Cristóbal de Mérida, sacerdotes ambos pertenecientes a la orden de los menores, quienes, aventurándose con absoluto desprendimiento de toda preocupación personal, por el archipiélago de Chiloé y la región insular de Chile, aspiraban a llegar hasta el estrecho de Magallanes para fundar allí una misión. Conectaron, en el estrecho, después de terribles padecimientos, con la fundación de San Felipe, avanzada austral que acababa de establecer Pedro Sarmiento. Para estos denodados propagadores del cristianismo, no era concebible esperar a que los indígenas vinieran hacia ellos. Fueron ellos, por el contrario, quienes llevaron la palabra de paz y el conocimiento del dogma católico a las tribus de los Huiliches y de los Cuncos, sin que haya podido establecerse de que ardua manera terminaron sus días entre estas poblaciones indígenas. Destruída por los aborígenes la ciudad de San Felipe, el hecho importó el abandono de toda esa región austral.

Entre tanto, Fray Reginaldo de Lizárraga se dirigía al Rey, solicitando se le permitiese llevar a Chile sacerdotes de su orden, lo cual motivó dos providencias del monarca: una destinada a poner bajo la protección del Obispo de la naciente ciudad de la Imperial a dichos sacerdotes; la otra encomendando al Virrey del Perú un informe sobre el estado de las misiones existentes en aquella diócesis.

Es el momento de apogeo de la evangelización por obra de la orden de Santo Domingo, cuyo provincial, Fray Francisco de Riveros, obtenía del Rey de España privilegios especiales para la fundación de hospicios de su orden. En cumplimiento del permiso otorgado por Su Magestad, Fray Acasio de Naveda pasó de Santiago de Chile a la Imperial y, proyectando sus esfuerzos en el contorno, llegó a establecer hospicios dominicanos en Angol, Coya, Valdivia y otros lugares [1].

A su vez los jesuítas realizaron paralelas tareas. Fué su director el Padre Luis de Valdivia, de quien nos venimos ocupando, quien en los

---

(1) JOSÉ IGNACIO VÍCTOR EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile*, I, 143-147; Valparaíso, junio 1850.

últimos años del siglo XVI y primeros del XVII residió en Chile, a donde alcanzó el grado de rector del primer colegio de esa orden. Comprendiendo la importancia que tenía la pacificación y evangelización de las tierras de la Araucania, envió a los padres Fernando de Aguilera y Gabriel Vega, para adoctrinar a esos indígenas. Los jesuítas llevaban una técnica nueva: la predicación en el habla de los propios indígenas. El Padre Fernando de Aguilera pasaba por maestro en esa lengua y el propio Vega pudo conocerla prontamente. Su primera actuación fué el establecimiento de una misión volante, recorriendo continuamente la mayor parte de las poblaciones españolas situadas al sur del Biobio.

Enterado el Padre Valdivia del éxito alcanzado por estos dos misioneros, pasó de Santiago a Concepción, a donde se encontró con ellos, y resolvió asumir, en persona, las tareas de la penosa prédica. Dispuso que Vega tornase a Santiago y él, en unión del Padre Aguilera y del Hermano Miguel Teleña, regresó al Arauco. El propio Valdivia era un conocedor experto de la lengua araucana, como había de demostrarlo luego escribiendo su obra más conocida, de suerte que la predicación pudo verificarse totalmente en el habla vernácula. Fundó una nueva misión, la primera estable, y no la abandonó hasta haber formado un grupo de catequistas que continuaran la tarea. Convirtió a los indígenas de los territorios de Valdivia, Villarica, la Imperial y Osorno. Pero, su tarea se veía entorpecida por las demasías de los propios españoles que encendían, con sus violencias injustificadas, el natural ya de suyo belicoso de los indígenas. Los jesuítas debieron regresar a Santiago. No bien lo hubieron hecho, se extendió la guerra por todo el sur del Biobio [1].

Uno de los más feroces actos de guerra fué el asesinato del gobernador Loyola y de toda su comitiva compuesta de su propia familia, sesenta oficiales y tres franciscanos [2]. Los españoles tuvieron que abandonar las nacientes ciudades de Angol y Coya [3]. En la primera de ellas

---

(1) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 146-147.

(2) JUAN IGNACIO MOLINA, *Compendio de la historia civil del Reino de Chile*, en *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, XXVI, 280; Santiago de Chile, 1901.

(3) Así llamada en honor de la "princesa" indígena Beatriz Clara Coya, descendiente de Huaina Capac, esposa del gobernador Loyola que ordenó la fundación: MOLINA, *Compendio de la historia civil*, etc., cit., 281. La muerte de Loyola es comentada por muchos historiadores de esa época. Este episodio llenó de dolor y de indignación a los españoles, como lo prueba la repercusión

fueron muerto Fray Martín de los Santos y Fray Cristoval de Buiza. En el asalto de la ciudad de Valdivia cayó, igualmente, Fray Pedro Zoza, prior de Santo Domingo. Estos ataques araucanos significaron la pérdida y destrucción de las doctrinas dominicanas de las tres ciudades mencionadas [1].

Vistos estos desastres, se afirmó aún más en el tesonero corazón del Padre Valdivia, la idea de que no podía lograrse entendimiento durable con los aborígenes sino era insistiendo en la predicación en su idioma y creando, entre los catecúmenos, quienes pudiesen predicar a sus compañeros de raza. A esta tarea se dedicó, sin olvidar las muy arduas restantes, desde su cargo de rector del Colegio de Santiago. Logró que el Gobernador autorizase a estos indios seleccionados a llevar vara, a la manera de los alcaldes o justicias de ese tiempo. Dos veces por semana hizo celebrar solemnes funciones religiosas para los indios, en las que se cantaban las oraciones sagradas en su idioma, seguidas de procesión por los lugares más públicos de la ciudad. Inició a los mejores neófitos en las prácticas de visitas de enfermos y otras obras pías, para que los restantes indígenas advirtieran, de una manera práctica, los beneficios de su incorporación al cristianismo. Y hasta logró poblar el monasterio de la Concepción con jóvenes indias que se sentían llamadas al catolicismo [2].

¿Quién era este prelado, que encabezaba de tan resuelta manera los esfuerzos de los jesuítas en Chile? Ha de responder por nosotros el Obispo de la Serena, luego Arzobispo de Santiago, así como hombre público eminente, el doctor José Alejo Eyzaguirre [3], quien nos dice: "Creeríamos

---

que tuvo en las páginas de la crónica. Así lo muestra, especialmente, un fuerte guerrero: ALONSO GONZÁLEZ DE NÁJERA, *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile*, en *Colección de historiadores de Chile*, etc., XVI, 63-64; Santiago de Chile, 1889. Allí se cuenta, con todo detalle, "la infelice muerte" del gobernador. También la lamenta FELIPE GÓMEZ DE VIDAURRE, *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, II, en un tomo de la misma *Colección*, XV, 176-177; Santiago, 1889, aunque su carácter sacerdotal le inhiba de destacar tanto el aspecto militar de "un caso tan infeliz".

(1) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 149-151.

(2) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 154-155.

(3) De la preparación de este sabio sacerdote para conocer de tales sucesos y valorar a los hombres que en ellos intervinieron, nos informa un testimonio poco sospechable de complacencia, quien nos hace saber que su "biblioteca de manuscritos nacionales no tenía rival en el país": BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, pliego-especimen de la *Historia jeneral del Reino de Chile desde la época aborigene hasta la gran rebelion del Siglo XVII*, por DIEGO DE ROSALES, XV; Valparaíso, 1877.

cometer una injusticia si entre todos éstos nos nombrásemos el primero á uno de los hombres más insignes que brillaron no solo en Chile, sino en todo el continente de América; á un hombre de tanta autoridad que en su época fué tenido por oráculo; á un hombre que poseyó sin medida el don de dirigir almas por el camino del cielo, y que libertó en la tierra á mil individuos de una esclavitud ignominiosa'' [1].

Valdivia había nacido en Valladolid, de noble linaje, en el año 1562. Estudió en Salamanca, se incorporó a la Orden Jesuítica y fué enviado al Perú, a donde actuó como profesor de teología en el Colegio de Lima. Fué durante tres años, ''maestro de novicios'', cargo solo concedido a aquellos cuya conducta podía ser ofrecida como ejemplo. Pasó a Chile en el grupo de predicadores jesuítas encabezado por el Padre Baltazar Piñas y, a propuesta del mismo, llegó al rectorado del Colegio jesuítico de San Miguel Arcángel, en Santiago, a cuyo frente le encontrábamos en este momento. Fué, igualmente, confesor en el Monasterio de Agustinas [2], pues su capacidad de trabajo era tan grande como su celo y no concedía tregua a sus fatigas. Así actuó hasta que, por orden de su provincial volvió a Lima a ocupar la cátedra de teología.

Parecía esto conspirar contra el desarrollo de la acción importante que, en materia de conversión de infieles, venía desarrollando en Chile. Pero, por el contrario, este retorno a la Ciudad de los Reyes le dió oportunidad para ser llamado por el Virrey, que deseaba tener noticias directas de los sucesos de Chile, y de la manera como terminar la guerra contra los araucanos. Este contacto personal permitió advertir al representante del Monarca que se encontraba en presencia de un hombre superior. Y Valdivia lo era, por sus conocimientos, por su filantropía, por su enorme piedad hacia el desvalido. A esta entrevista inicial le sucedieron otras, hasta que el Virrey, convencido de hallarse ante un valor real y seguro de que la información directa que Valdivia aportaría al Monarca

---

(1) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 337-338.

(2) El historiador Olivares manifiesta que el P. Piña (sic) y el P. Valdivia fueron, conjuntamente, confesores de las religiosas del Convento de la Concepción, cargo en el que luego continuó el segundo solo, "que duró más años en Chile": MIGUEL DE OLIVARES, *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile*, en *Historiadores de Chile*, etc., IV, 274; Santiago, 1864. También disiente en algún detalle de lo anterior de este estudio, cuando expresa que el P. Valdivia fué designado primer rector del Colegio de Santiago "por asignación que hizo en él, al tiempo de partirse, el padre provincial Juan Sebastián": OLIVARES, *Historia militar*, etc., 278.

y la pasión con que aquel la presentaría, no podía ser reemplazada por noticias epistolares, le rogó que se encaminase a España a enterar al Su Magestad del estado de las cosas en Chile y de los medios conducentes a la pacificación de la Araucania [1].

En efecto, la guerra en aquel "Reyno" seguía cada vez más cruenta. Felipe III quiso poner a don Alonso Sotomayor como gobernador de Chile, pero éste no deseó trocar su apacible presidencia de Puerto Rico por la turbulenta gobernación de Chile, encendida en enconada guerra. Pensaba Sotomayor, con razón, que ya había actuado como gobernador en Chile para dar fe de su capacidad y que era preferible no volver. Renunció, pues, al honroso pero delicado cargo que se le ofrecía, sugiriendo al Rey la conveniencia de designar, en su reemplazo, al antiguo maestre de campo García Ramón, quien había luchado suficientemente con los araucanos como para tener una gran experiencia de la guerra con ellos. Así lo hizo el Rey, en tanto que la guerra proseguía y el gran jefe araucano Paillamacu sitiaba y destruía a la Imperial, Villarica y Osorno [2]. Ese mismo año, 1604, murió Paillamacu, siendo sucedido por Huenecura. García Ramón ocupó Boroa y la guerra siguió así, con suerte alternativa y diversa [3], mientras que el Padre Valdivia, ya llegado a España, proseguía ante el Monarca la exposición ardorosa de sus planes iniciada, poco antes, ante el propio Virrey.

Es evidente que era el hombre para tal tarea. "Pocos sujetos reunían en aquella época las cualidades que el Padre Valdivia para desempeñar

---

(1) Vicuña Mackenna califica de "quimérica" la idea de la "guerra defensiva" sustentada por Valdivia, atribuyéndola a su "ilusa filantropía": BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Prólogo*, en el *Pliego-especimen*, anunciador de la aparición de la obra de ROSALES, *Historia jeneral del Reino de Chile*, etc., cit., XV. De su opinión era, asimismo, Luis Tribaldos, cuando se lamentaba de que el virrey del Perú hubiese continuado sosteniendo a Valdivia sin querer jamás mudar de opinión, "porque le debió de parecer que sería quiebra de su calidad dejar de perseverar en lo ya dicho como si no fuese mas acertado mudar consejo cuando el primero no va bien encaminado. En suma el padre relijioso trató de este negocio contra lo que sentia la esperiencia del gobernador gran soldado y práctico en la guerra de aquel reino [García Ramón], fundandose en leves apariencias"... LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO, *Vista jeneral de las continuas guerras, dificil conquista del gran reino, Provincias de Chile; desde su primer descubrimiento por la nación española en el orbe antártico hasta la era presente*, en *Historiadores de Chile*, etc., IV, 54; Santiago, 1864.

(2) MOLINA, *Compendio de la historia civil*, etc., cit., 282-285.

(3) MOLINA, *Compendio de la guerra civil*, etc., cit., 288, indica que a la muerte de García Ramón, ocurrida el 19 de agosto de 1610, en Concepción, los propios araucanos se lamentaban de la pérdida de un enemigo tan caballeroso.

un cargo semejante: él había recorrido las posesiones de los indios y vivido entre ellos: conocía su genio, sus costumbres, sus inclinaciones y sobre todo había hecho un estudio particular de cuanto les mortificaba en el trato con los europeos" [1]. Su convicción era la de la indispensable necesidad de dar al indígena condiciones de seguridad y de tranquilidad que la actitud de los blancos no había permitido hasta ese momento. Desde este punto de vista, Valdivia era un notorio defensor de los indios —el autor de quien son las palabras recién recordadas llega a compararle con Fray Bartolomé de las Casas [2]—, de ahí las resistencias que más de una vez suscitó su acción o su prédica entre los propios españoles. El creía que era necesario suspender las agresiones contra los araucanos, cambiar a los principales jefes españoles y limitar la acción guerrera, a la sola defensa del territorio ocupado. A la larga, pensaba, los araucanos abandonarían su posición bravía no sintiéndose atacados y, entre tanto, podría hacerse sentir entre ellos, más eficazmente, la acción evangelizadora, que acortaría las distancias.

Felipe III escuchó a Valdivia con la sagacidad de un conocedor de hombres. Comprendió el alcance político y religioso del proyecto y quiso que lo llevase a cabo quien lo explicaba con tanto conocimiento de causa y tan profunda convicción. Dada la importancia que en esa época era concedida a la jerarquía, no es de extrañar que se empeñase en dar a su enviado la categoría episcopal, a la que quiso agregar el título de gobernador y capitán general de Chile. Esto colmaba, de excesiva manera, los deseos del humilde sacerdote. Valdivia no deseaba atarse con las funciones político-militares a que este cargo correspondían. El, que conocía tan bien los menesteres de su oficio, desconocía los que atañían a la función que el Monarca deseaba poner en sus manos. Temía errar y que sus yerros en lo político y su absoluta falta de conocimientos en lo militar, le acarreasen la pérdida de su finalidad social y religiosa. Por último, el Monarca transó: designó a Valdivia visitador general del "Reyno" de Chile,

---

(1) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I. 174.

(2) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I. 342-343. Allí se lee este rotundo juicio: "Nosotros creemos encontrar mucha semejanza entre Luis Valdivia y Bartolomé de Las Casas: ambos trabajaron en favor de una misma causa, emprendieron para sostenerla dilatados viajes, sufrieron insultos y otros vejámenes de una misma clase de personas, y al fin descendieron a la tumba con el placer inesplicable de haber empleado su larga vida en procurar el bien de sus semejantes, aunque sin la satisfacción de haberlo conseguido".

además de Obispo de la Imperial, le permitió que llevase consigo diez compañeros de su Orden, y hasta le concedió que sugiriera el nombre de quien sería designado gobernador y capitán general [1].

El Padre Valdivia propuso a don Alonso Rivera, oficial que había ganado gran reputación en las guerras que el duque de Alba comandaba en los Países Bajos y que ya había sido gobernador de Chile hasta 1604 en que le reemplazó Ramón, cargo del que había sido removido, por el Monarca, celoso de sus prerrogativas, por haber contraído matrimonio sin haber logrado previamente la autorización Real [2]. Era hombre que, pese a su capacidad guerrera, era tenido por moderado y de carácter benigno para con los indios, así como de acendrada catolicidad, condiciones todas que Valdivia conocía muy a fondo y que eran, para él, garantía de éxito en la empresa.

Para facilitar la acción de Valdivia, Felipe III expidió una Real Cédula, fechada en Madrid, a 8 de diciembre de 1610 [3], dirigida a los "Caciques y capitanes, toquís, indios principales de las provincias de Chile. Y en especial los de Arauco, Tucapel, Catiray, Guadaba, Puren, Quechereguas, Angol, Imperial, Villarica, Valdivia y Osorno y de cualquiera otra de las costas del mar o de la cordillera grande; así á los que de presente estais de guerra, como á los que en algún tiempo lo estuvisteis, y ahora estais en paz". Allí anuncia que desde que el Padre Valdivia ha llegado ante él "á representar algunos medios que os podían ayudar a vuestra pacificación y quietud, he sido informado que la ocasión y causas que habeis tenido para vuestra rebelion y perseverar en la guerra tantos

---

(1) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 175. El hecho no puede ser puesto en duda, a lo que parece, pues casi todos los viejos historiadores de la Orden lo mencionan. Así, OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 102. MOLINA (*Compendio*, 289) también lo dice.

(2) MOLINA, *Compendio de la historia civil*, etc., cit., 287. Durante su ausencia, Rivera (como escribe Eyzaguirre, o Ribera, como lo hace Molina) gobernó nuestro Tucumán. PEDRO DE CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile*, en *Colección de Historiadores de Chile*, etc., II, 189, con citas de Virgilio, Marco Aurelio y Séneca, tan del gusto de su época, recuerda que "el amar y saber apenas a los dioses se concede", para explicar la amorosa premura que provocó para Rivera la cólera real. Pero, ¿que son estas sentencias de filósofos, al lado de las madrigalescas expresiones de Olivares, al recordar que "le aconsejaban la libertad al que amaba la prisión y gustaba del peso de sus propias cadenas"...?; OLIVARES, *Historia militar*, etc., cit., 320.

(3) Puede verse el texto completo de este documento en EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., III, 50-53. Un cronista califica a Valdivia de "asociado" del gobernador, por mandato del Monarca, y considera a esto como "providencia nunca vista": CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile*, cit., 197. OLIVARES, *Historia militar*, etc., cit., 335, emplea el mismo término.

años, han sido algunas vejaciones y malos tratamientos que recibisteis, cuando estuvisteis de paz, de los españoles y en particular el de servirlos personalmente, siendo lo uno y otro contra mi voluntad''.

Agrega el Monarca, en ese importante documento, que ''lo que con más cuidado'' han procurado él y sus antecesores ha sido que ''seais aliviados de toda vejación y agravio, y tratados como hombres libres, pues no lo sois menos de los demás de mis vasallos Españoles é Indios, y la causa de no se haber ejecutado por mis gobernadores puntual y precisamente las cédulas que en diferentes tiempos están dadas, ha sido el haber andado embarazados y ocupados en la guerra y por la turbación de ella con que se han escusado de no haberlo cumplido''. A continuación, el Soberano se duele de los trabajos de la guerra en palabras que revelan el conocimiento que de los hechos le ha proporcionado Valdivia y agrega que ha mandado escribir al Gobernador de Chile para que evite en lo sucesivo se les moleste, ''para que seais tratados como los demás mis vasallos sin ningún género de yugo ni servidumbre''. Agrega que, para el cumplimiento de estas órdenes, ha ordenado el regreso a Chile del Padre Valdivia y ''os ruego y encargo le oigais muy atentamente, y deis entero crédito á lo que dijere á cerca de esto que todo lo que el os tratare y ofreciere de mí parte tocante á vuestro tratamiento y alivio del servicio personal, y de las demás vejaciones, se os guardará y cumplirá puntualmente''.

Para facilitar la pacificación, el Rey concede, en ese mismo documento, un perdón general por todas las culpas y delitos que hubieran sido cometidos durante los años de rebelión. Este perdón es amplísimo: comprende tanto a los indígenas como a los mestizos y hasta a los soldados españoles que, por cualquier causa, se hubiesen refugiado entre los indios. Anuncia el envío de nuevos misioneros, que viajan con el Padre Valdivia a costa de la Corona, y solicita que se les escuche ya que ellos les tratarán paternalmente. El Monarca termina esta paternal homilía, en la que claramente se advierte la mano —o, al menos, el pensamiento del Padre Valdivia, expresando a los indígenas el deseo del Monarca de que gocen de sus tierras, mujeres, hijos y ganado, ''Salvando vuestras almas que es lo que de vosotros solamente se pretende'' [1].

---

(1) MOLINA, *Compendio de la historia civil*, etc., cit., 289, menciona la existencia de este mensaje real, sin transcribir párrafo alguno.

No impunemente se proponía el Padre Valdivia encabezar, en Chile, una cruzada en favor de los indígenas. Hacerlo significaba verificar una acción temeraria, puesto que eran infinitos los intereses levantados en torno a la explotación del aborigen. Estos intereses debían concitarse, en contra de Valdivia, en cuanto el nuevo visitador quisiese alterar el estado de cosas existente. Capitanes que veían terminada la época de adelantamiento por las armas, de despojo brutal de los indígenas; encomenderos que no podrían ya expoliar a sus encomendados; funcionarios que advertían reducida o desaparecida su jurisdicción; hasta religiosos olvidados de los evangélicos preceptos; todos, tocados en uno u otro interés, iban a reaccionar al unísono contra el justo varón que, intrusivamente, quebraba el estado de cosas consagrado por la demasía y la costumbre. Tan es esto cierto, que puede decirse que más fueron los obstáculos opuestos por los españoles al cumplimiento del tratado pacificador que Felipe III disponía y el Padre Valdivia propugnaba, que los de los propios indígenas [1].

En efecto, llegado Valdivia a Concepción —después de haber ganado a su causa, en Lima, al Virrey— comenzó a ponerse en contacto con españoles y araucanos, tratando de convencer, a unos y a otros, de la bondad del proyecto de paz general que se proponía entablar. A pesar de la hostilidad con que la mayor parte de los españoles acogieron el cumplimiento de la Real Cédula, Valdivia logró concertar entrevistas con algunos jefes araucanos principales, los cuales sostuvieron la necesidad de considerar al río Biobio como límite entre la colonia española de Chile y los estados independientes de Arauco. Igualmente solicitaban la libertad absoluta de todos los indios que los españoles mantenían bajo su servicio, la libertad de los cautivos y la evacuación de los fuertes hispanos existentes al sur del Biobio. Por su parte, Valdivia, en prueba de buena fe, había traído de Lima algunos jefes araucanos allí prisioneros y les había dado la libertad [2].

La primera entrevista, aunque largamente dilatada por la copiosa

---

(1) "Desde los primeros conatos que en Chile y toda la América sujeta al rei católico se pusieron para reducir a los indios a la fé romana, luego se entendió que todos serian inútiles, sino se quitaba de raiz el pernicioso abuso del servicio personal": OLIVARES, *Historia militar*, etc., cit., 333.

(2) CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile*, cit., 197.

elocuencia araucana, no dió resultado alguno. Los indios eran pocos y sus peticiones desmesuradas. No se sabía en que grado lo que se resolviese podría comprometer a los jefes de las parcialidades ausentes, de manera que fué menester celebrar otra reunión en la que estuviesen representadas el mayor número de las parcialidades restantes. El nuevo encuentro se celebró en Nancú, el 13 de junio de 1612. Las figuras principales de él fueron el Padre Valdivia, en representación del Rey, y el jefe Huaiquinilla, que había sucedido a Paillamacu en la dirección de la guerra de Arauco. La paz quedó concertada sobre la base de la prohibición del servicio personal de los indígenas y de la evacuación del fuerte de San Jerónimo, avanzada de los españoles sobre el territorio araucano [1].

Valdivia regresó a Concepción, acompañado de un numeroso séquito indígena. El gobernador Rivera libertó a los cautivos y ordenó la demolición del fuerte. Valdivia, por su parte, decidido a reemplazar la acción bélica por la evangelizadora, estableció misiones en las plazas de Arauco y Monterrey. Dos jesuítas, los padres Oracio Vecchi, Vicente Mondolelli y otros, dirigieron la catequización. Había que empezar por reformar las costumbres de la soldadesca hispana, piedra de toque de las reacciones indígenas. Pero, la pacificación seguía su camino. Nuevos tratados verificados por Valdivia con el jefe Ancanamon, parecieron llevar a un acuerdo total las negociaciones. Francisco Núñez Pineda y Bascuñan, en su clásico *Cautiverio feliz*, explica los pormenores de la conducta desdorosa de un oficial español que hechó a perder la negociación con su lujuria [2]. Los araucanos se levantaron en armas y tres jesuítas, el ya mencionado Vecchi, el mexicano Diego Montalva y el chileno Martín Aranda,

---

(1) TRIBALDOS DE TOLEDO, *Vista jeneral de las continuadas guerras*, etc., cit., 136-144, hace una extensa relación de esas memorables entrevistas.

(2) FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN, *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, en *Colección de Historiadores de Chile*, etc., III, 128-133; Santiago, 1863. Eran muy del gusto de la época la narración de los hechos adobada con citas clásicas y reflexiones moralizadoras en que Núñez de Pineda se complace. ALONSO DE OVALLE, *Histórica relación del Reino de Chile*, II, 115-116, en *Colección de Historiadores de Chile*, etc., cit., XIII; Santiago de Chile, 1888, lo narra como un caso de autodecisión de las mujeres, pero olvida que los argumentos de la única que era cristiana —su religión, el deseo de que también fuese la de sus hijos, su añoranza por los suyos— no rezaban para las otras que también aparecen huyendo con ella. MOLINA, *Compendio de la historia civil*, etc., cit., 290-291, da una versión más breve y menos romancesca del asunto. CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile*, cit., 199-200, que cuenta el asunto a su manera, tratando de exculpar al oficial, reconoce que los indígenas "no dudaban de la buena fe del padre Valdivia, ni de su sincera intención".

fueron muertos [1]. Los españoles, que no habían visto con buenos ojos la obligación de suspender el servicio personal, clamaron venganza y el gobernador Rivera no pudo aplacar esta interesada indignación sin ordenar la guerra [2].

Fueron inútiles las tentativas de Valdivia por volver la serenidad a los ánimos. Las calumnias y las diatribas de todos los que hubieran resultado lesionados por el mantenimiento y aseguramiento de la paz cayeron sobre él. "Se le achacaban miras personales y siniestras, suponiéndole interesado en la paz por ganar un nombre tan prestigioso entre los úlmenes, que le diese influencia para realizar aquellas a su tiempo" [3]. Serenamente, aguantó la borrasca y dispuso que el Padre Gaspar Sobrino, que había sido hasta entonces su compañero inseparable, se trasladase a España a informar a Felipe III de lo ocurrido. El gobernador Rivera, temeroso de ser juzgado como interponiéndose en los planes del Monarca, envió a su vez al franciscano Fray Pedro Sosa y al coronel Pedro Cortés, para que hicieran lo propio [4]. Entre tanto las luchas prosiguieron.

En 1617 regresó el Padre Sobrino a Concepción, trayendo una nueva Real Cédula, dirigida por el Rey al Padre Luis de Valdivia, y fechada, en Madrid, a 3 de enero del año anterior. En efecto, las informaciones de Valdivia habían sido consideradas por la Junta de guerras y por el Consejo de Indias. En otro documento, de igual solemnidad, dirigido a Rivera, el gobernador era reprendido, se le mandaba guardar el tratado

---

(1) Los padres Torres y Valdivia, y los demás, creían que lo peor que les podía ocurrir a estas víctimas era caer presas, y consideraban que ello, de ocurrir, "no hacia mucho peso por que a eso vinimos y a eso nos envía Su Majestad para que nos entremos por esas tierras de infieles; y no se cogería poco fruto en el cautiverio"... como dice una carta del P. Torres, que recuerda OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 120. En el padre Aranda, especialmente, había pasta de mártir: cuando fueron agredidos se entiende que pidió ser muerto él solo, para que las paces comenzadas pudiesen ser llevadas adelante: OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 133.

(2) NÚÑEZ DE PINEDA, *Cautiverio feliz*, etc., cit., 324-337, no omite razones para considerar la falsía y parcialidad con que se ofendía, con "guerra injusta" a los araucanos.

Por su parte, Olivares agrega, después de enunciar los especiosos argumentos que se usaban "los que sentian mal de la guerra puramente defensiva": "Así peroraba el vulgo y aun el no vulgo de los soldados paliando el deseo del aprovechamiento particular en las presas y cautiverios que ofrece la guerra con la capa del bien común": MIGUEL DE OLIVARES, *Historia militar*, etc., cit., 347.

(3) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 185.

(4) Para saber lo que fué el forcejeo de razones y de influencias en la Corte —que terminó con el triunfo del representante del P. Valdivia— puede verse FRANCISCO ENRICH, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, I, 313-317; Barcelona, 1891.

con los araucanos, atenerse al cumplimiento de diversas disposiciones tendientes al prolongamiento *sine die* de la guerra defensiva y de la abstención de entrar con tropa armada en el Arauco.

Por su parte el Virrey, sabedor del descontento real, hasta llegaba a amenazarle con avocarse el gobierno de Chile y proveer directamente los puestos de guerra, si el gobernador no acataba dichas disposiciones [1].

Algunas de las cláusulas de aquella Real Cédula citada reconocían explícitamente las funciones, de suprema importancia, que Felipe III había concedido a Valdivia y que hacían de él, en muchos aspectos, un funcionario de categoría casi superior a la del propio gobernador: la facultad de tratar con los indios de guerra pertenecía exclusivamente al Padre Valdivia; el gobernador debía acceder, en todas las relaciones con los indígenas de la Araucania a las insinuaciones que el sacerdote hallase por conveniente hacerle; que los intérpretes rentados por la Corona para la comunicación con los indígenas fuesen nombrados por el propio Valdivia y dependiesen totalmente de él; que fuese el mismo Padre quien pudiese disponer la entrada de los misioneros en tierras de Arauco, sin intervención del gobernador. Completando, aun más, estas disposiciones, el Virrey del Perú anunció que privaría de su cargo a los funcionarios que no las cumpliesen. Pero Rivera no se enteró ni de la reprimenda del Soberano, ni de la revocación de las disposiciones guerreras que él había tomado sin autorización. En marzo de 1717, antes de la llegada de Sobrino, había fallecido en Concepción.

Lope de Ulloa, nuevo Capitán General de Chile, designado por el Virrey del Perú, fué confirmado por Felipe III. A su vez los araucanos, acaudillados hasta entonces por Loncothegua, tomaron como jefe principal a Lientur, quien alcanzó grandes éxitos militares, aun en la región del norte del Biobio, hasta entonces territorio netamente español [2]. Los éxitos del nuevo caudillo inclinaron a la opinión del Consejo de Indias hacia una menor consideración por los propósitos conciliatorios que preconizaba

---

(1) ENRICH, *Historia de la Compañía de Jesús*, etc., cit., I, 319.

(2) MOLINA, *Compendio de la historia civil*, etc., cit., 293-294. Refiriéndose a su actividad guerrera dice: "Aunque Biobio estuviese coronado de centinelas y de fortalezas, él, con todo eso, encontró siempre modo de pasarlo y repasarlo sin recibir algún daño" (293). Puede verse, también, OLIVARES, *Historia militar*, etc., cit., 352-355. Era tan rápido que los españoles le apodaron "el duende": ENRICH, *Historia de la Compañía de Jesús*, etc., cit., I, 324.

Valdivia y Ulloa recibió orden de continuar o no la guerra ofensiva, según viese lo que pudiera corresponder [1].

Entre tanto el propio Valdivia había vuelto a España, parte para justificarse ante la injuriosa campaña que se le hiciera en Chile, pero en parte, sobre todo, para lograr, de nuevo, el favor del Rey para la pacificación y evangelización de aquel "Reyno" [2]. Recibido de nuevo por Felipe III, le informó de todo cuanto había acontecido y de sus esfuerzos y peligros, pasados en pro de la causa del mejoramiento de la condición de los indígenas. Tanto en la Corte, como fuera de ella, Valdivia encontró quienes, no dejándose cegar por la codicia y por la ambición por los bienes materiales, sostuvieron su causa. Prueba de ello son las siguientes frases, tomadas del manuscrito anónimo titulado *Tratado sobre la ilegalidad de la Real Cédula que declara esclavos a los indios chilenos* y que Eizaguirre publica, entre sus documentos: "Los indios tuvieron causa legítima y muy justa al principio del descubrimiento de este reyno para no sujetarse a los españoles, ni al Rey, por los muchos agravios y crueldades que con ellos usaron" [3].

Más aún, para documentar de una manera gráfica sus dichos, Valdivia presentó al Rey un mapa de Chile, en donde aparecían, claramente diseñadas, las dos jurisdicciones, de españoles y de indígenas, recomendando como frontera natural el curso del Biobio [4]. Pero Felipe III, con una cavilosidad heredada, no tomó medidas inmediatas. Diversos gobernantes se sucedieron en Chile sin que la guerra amenguase: Cristóval Cerda, Pedro Sores de Ulloa, Francisco de Alava, llevaron a cabo gobiernos de muy corta duración; Luis Fernández de Córdoba, señor del

---

(1) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 188.

(2) CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile*, cit., 200-201, expresa, respecto de la obra de Valdivia el siguiente juicio: "Suscitáronse contra el padre Luis muchas calumnias, no solo en Chile, mas tambien fuera de él, y era el objeto de la murmuracion de los criticos, como el que viniendo para alivio del reino, habia sido su ruina, y que el rogar a indignos, como habia ejecutado con los indios era insolentarlos, vulnerando el decoro de las armas y de la nacion española con indecentes bajezas... Los [deseos] del padre Valdivia no pudieron ser mejores, y el que no correspondieran a la espectacion en que se estaba, no tuvo ninguna culpa, y sus acusadores querian que obra tan grande se consumase mui breve... Retirose a España porque vió el caso sin remedio; pues todas las cosas tienen su tiempo, el de la paz y el de la guerra, como dice el Eclesiástes"...

(3) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., III, 56.

(4) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 189. OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 114-115, dice que el Biobio serviría "de uno como baston para poner la paz y concordia entre los que tantos años habia que se abrazaban en guerras".

Carpio, les sucedió, con órdenes del Virrey del Perú de continuar la guerra ofensiva; Francisco Lazo de la Vega, antiguo miembro del Consejo de Guerra Metropolitano, en mérito a sus triunfos en Flandes, y Caballero de Santiago, tomó el mando en un momento crítico llevando su exageración guerrera hasta motivar su exoneración del cargo, siendo sucedido por el Marquéz de Baides, Francisco Lopez de Zuñiga [1]. Con él llegaron los araucanos a un acuerdo, en 1641, en el tratado de Quillin, que no difiere fundamentalmente del anteriormente suscripto con intervención de Valdivia. En tanto, el ilustre jesuíta permanecía en España demostrando con su conducta el absoluto desinterés de que estaba poseído. Renunció la dignidad episcopal, así como el cargo de miembro del Consejo de las Indias, con que el Rey hubo de distinguirle. Felipe III le otorgó una pensión vitalicia, a la que también renunció. Con la protección del Monarca "cesaron las persecusiones de su combatida inocencia" [2]. Vivió el resto de su días casi oculto en la celda escondida del Colegio Jesuítico de Valladolid, al que fué a visitarle Alonso de Ovalle. Allí le encontró rodeado de sus queridos libros, pues el Rey había concedido "una buena limosna para una buena librería que mandó comprar para su celda" [3].

Su humildad se había ido exagerando con los años, a tal punto de que, dice este cronista, que "Sabiendo que yo trataba de retratarle, para consuelo de los que le conocieron en Chile, me llamó, riñó, y mandó que no lo hiciese, pues parecía no justo dejar al mundo memoria de un tan gran pecador. Aunque sus achaques lo habían postrado en sus últimos años de modo que no podía moverse, el celo de las almas le abrasaba todavía; deseaba vivamente volver a Chile y había hecho voto al Señor de realizarlo si le daba salud para ello" [4]. Así, pidió a Ovalle que le llevase consigo

---

([1]) Sobre estos sucesivos gobiernos pueden verse, entre otros, GÓMEZ DE VIDAURRE, *Historia geográfica, natural y civil*, etc., cit., 211-247. También, aunque muy resumidamente, en JERÓNIMO DE QUIROGA, *Compendio histórico de los principales sucesos de la conquista i guerra del Reino de Chile hasta el año 1659*, en *Colección de historiadores de Chile*, etc., XI, 142-147; Santiago, 1878; o en JOSÉ BASILIO DE ROJAS I FUENTES, *Apuntes de lo acaecido en la conquista de Chile desde su principio hasta el año de 1872*, en la misma *Colección*, XI, 167-173. Bien pudiera haber dicho con este motivo CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile*, cit., 186, lo que dice al respecto de período ligeramente anterior: "En Chile todo era mutaciones de gobernadores" . . .

([2]) CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile*, cit., 201.

([3]) OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 143.

([4]) OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 335; EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., I, 341, reproduce —con ligeras variantes— ese párrafo de Ovalle.

y, a pesar de su penuria corporal, era tanto su espíritu, que parecía verse ya catequizando de nuevo a los "jentiles". Recordaba lugares y personas, como si aun los estuviese viendo y, el retiro de su celda, se poblaba de voces y de rostros de españoles y de indígenas amigos.

Pese a sus achaques de salud, no había abandonado su capacidad de escritor ni sus propósitos de captación de almas. Lo prueba el hecho de que, cercano a sus 80 años escribió una obra de la que no tengo conocimiento personal y que Eyzaguirre denomina la *Historia de los acontecimientos más notables de su vida y de los favores particulares que había recibido de Dios* [1]. Esta obra —según su descriptor— más que un tratado de los acontecimientos externos de su existencia, es una fervorosa plática consigo mismo, un iluminado examen de conciencia, notable por la limpidez de la doctrina, por la generosidad de alma que revela y por la agudeza con que contempla el problema de las relaciones de los blancos con los aborígenes de América. Murió a los 80 años, en Valladolid, el 5 de noviembre de 1642.

LAS OBRAS

Nos hemos detenido en la consideración de la vida del Padre Luis de Valdivia, por la trascendencia pública de su conducta como apóstol misionero y defensor de los indios araucanos, así como por la jerarquía de las funciones que invistió en el Chile colonial naciente y por los problemas económicos-sociales que su prédica removió. Pero no es este aspecto de su vida el que más nos interesa en esta oportunidad. Por el contrario, ha de preocuparnos, con más esmero todavía, su papel en las letras chilenas de esa hora y en las argentinas, a cuyo nacimiento se vinculó con

---

(1) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., 462, menciona, textualmente, así dicho título. Aunque Ovalle no nos da el dato, es de suponer que algunas cosas se creyese en el deber de escribir —en descargo suyo y de la Orden— quien tuviera tan importante papel en los sucesos públicos. La propia Compañía debió de incitarlo a ello. "Escribió él mesmo los particulares sucesos y cosas de su vida, por habérselo así mandado la santa obediencia": OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 336. El padre Enrich, que se hace un curioso galimatías con las obras sobre Cuyo del padre Valdivia, no menciona, sin embargo, este trabajo de senectud. En cambio le atribuye *De casibus reservatis in communi* y *De casibus reservatis in Societatis Jesu*, así como un tomo de *Varones ilustres de España* y otro, in folio, con la *Historia de la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús*, amén de siete memoriales o cartas diversas, que enumera, algunas de las cuales dice fueron impresas, y que se refieren a los sucesos político-guerreros de Chile: FRANCISCO ENRICH, *Historia de la Compañía de Jesús*, etc., cit., I, 353.

dos de sus producciones, aunque nunca estuviera en parte alguna de nuestra tierra. Este aspecto es ya mucho menos tratado por los comentaristas autores de crónicas coloniales [1].

En efecto, el Obispo de la Imperial y el Visitador General del "Reyno" de Chile, sin abandonar las arduas tareas del rectorado del Colegio de la Orden —mientras las desempeñó— se preocupó sumamente, según hemos visto, del conocimiento del araucano y del de otras lenguas trascordilleranas, que se hablaban en la gobernación de Cuyo, dependiente por ese entonces de la jurisdicción de la Real Audiencia de Santiago. Además, fué uno de los mejores hablistas de su tiempo, en Chile, y, asimismo, se distinguió en una disciplina gramatical que, aun en la propia Península, sólo era frecuentada por muy pocos. Mi distinguido amigo el profesor Amado Alonso, director del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, me asegura que este misionero fué uno de los cuatro o cinco más grandes conocedores de la casi desconocida fonética en la España de su tiempo. Este dominio idiomático hace aún más importante el conocimiento de sus conclusiones sobre hablas indígenas, así como valoriza nuestra actual posesión de la totalidad de su obra en tal terreno.

Nuestro misionero ha sido autor de tres obras de esta índole, que han tenido desigual fortuna y cuyas visicitudes, en cuanto al conocimiento público, reseñaremos brevemente. La primera de ellas —y la más conocida— es la que el padre Valdivia dedicó al idioma araucano, uno de los que servía de "lingua general", según hace un instante señalamos. Por la relativa universalidad que tal circunstancia le comunicaba, así como por la abundancia de los informantes aborígenes, que el padre rector tuvo tan a la mano, lo que le permitió realizar una labor de control de sus dichos que no le cupo en sus obras siguientes, este *Arte y Gramática General*, impreso en Lima en 1606, es su trabajo más elaborado y en el que el dominio del idioma aborigen que se estudia aparece más transparente y cabal. Por ello no es de extrañar que este libro mereciese —aparte

---

(1) A este respecto nada más concluyente que el silencio de Molina, dos siglos después de la labor lingüística de Valdivia sobre la contribución de éste, en las nutridas páginas que dedica, al final de su obra, al análisis de la lengua araucana: MOLINA, *Compendio de la historia civil*, etc., cit., 331-360.

de una reimpresión antigua— la que en 1887 hizo de él el erudito Platzmann.

Trátase de un examen cuidadoso de la lengua araucana, estudiada en sus detalles, de acuerdo con las peculiaridades de su particular arquitectura, según informes directos recibidos por el sacerdote de labios de su autóctona feligresía. El número de los sujetos de experimentación es, por las razones dichas, mucho más amplio que aquél con que tuvo que manejarse en sus obras posteriores. El análisis claro y agudo de la lengua acusa la presencia del especialista.

Por ello, y por el hecho de continuar existiendo en Chile, hasta nuestros días, un núcleo aborigen araucano, no fusionado con los blancos (especialmente en las regiones de Valdivia y Temuco), explica el interés permanente por la obra y justifica ampliamente su moderna republicación. Aunque la obra, con su vocabulario y análisis gramatical, estaba especialmente enderezada a la reducción de aquellos beligerantes gentiles a la religión cristiana —como lo prueba su confesionario, doctrina y catecismo en araucano, calcados de los modelos aprobados por el Concilio de Lima—, la existencia actual de araucanos, hoy asimilados en alguna parte a la vida general del país hermano, actualiza, a su vez, a la obra de referencia.

El propio Eyzaguirre explica que el papel de Valdivia fué tan brillante como sacerdote celoso y como político profundo que como escritor sabio e ilustrado. Se refiere, al considerarlo de esta manera, a la realización de la obra acerca de la lengua araucana que venimos considerando. "Imperfecta fué á la verdad esta obra, como todas las que se emprenden por primera vez; pero á pesar de esto su utilidad fué inmensa y pronta. En ella encontraron los misioneros la llave para abrirse la entrada a los indios y ponerse en inmediato contacto con ellos". El comentarista hace notar, a pocos renglones de distancia, que, junto con la gramática, publicó Valdivia un vocabulario y agrega que "Estos dos trabajos han servido de base a todos los otros que con el mismo objeto se emprendieron después" [1].

Esto es totalmente cierto. Lenz, que hablaba un español de Universidad, aprendido en Alemania y no el vivo idioma hispano, comete el

(1) EYZAGUIRRE, *Historia eclesiástica*, etc., cit., 461.

error de posponer a Valdivia, como conocedor de la fonética araucana [1], y hace aún más grande su equivocación al exaltar, en cambio, la obra del misionero catalán Febrés [2], mediano conocedor, que escribió algo más de un siglo y medio después suyo, y cuya labor consiste, esencialmente, en repetir al propio Valdivia, en ocasiones sin mencionarlo. Algunos estudiosos actuales están tratando de poner las cosas en su lugar y Amado Alonso, como lo tengo recordado precedentemente, no se queda corto en afirmaciones encomiásticas [3], destinadas a devolver a Valdivia la consideración que se merece.

Es curioso que el Arzobispo Eyzaguirre, tan experto conocedor de las obras de los eclesiásticos que actuaron y escribieron en Chile, no mencione, como producciones de Valdivia, más que ésta obra, algunos memoriales dirigidos al Rey que no han sido impresos, y su *Historia de los acontecimientos más notables...* Sin embargo, la buena acogida dispensada a su *Arte y Gramática General*, debió de alentar a su autor a dar a luz a otras dos obras que venía elaborando de tiempo atrás, durante su permanencia en Chile. No estaban ellas tan maduras como la producción primigenia. y así lo reconoce el propio Valdivia al decir que "No pensaua imprimir estos dos Artes de lengua Millcayac y Allentiac por auer mas de ocho años que los hize y otros tantos que no vso estas dos lenguas esperando tener mas vso y exercicio dellas" [4].

Sin embargo sus tres obras están animadas por el mismo generoso impulso de hacer llegar los fundamentos de su propia y ardiente fe a los que aún no la han recibido en el idioma vernáculo, en el que si no pueden

---

(1) RODOLFO LENZ, *Para el conocimiento del Español de América*, en *El español en Chile, Biblioteca de Dialectología hispanoamericana*, VI, 234-238. Sin embargo, no puede menos de reconocer, con respecto a una descripción de Valdivia: "Ni un fonetista moderno describiría mejor esta *ii* de la cuarta serie vocálica de Trautmann" (*Ibíd.*, 235).

(2) LENZ, *Para el conocimiento del Español*, etc., cit., 233: "basándome en los datos de la mejor de las gramáticas, la de Febrés"... Agregando en otra parte: "El padre Andrés Febrés, como catalán nativo, percibe muchos sonidos de manera más distinta y más exacta que Valdivia" (*Ibíd.*, 236).

(3) "El P. Valdivia presenta una suscinta y certera oposición entre el sistema araucano y el español y todas, absolutamente todas las oposiciones se mantienen hasta hoy en el castellano de Chile... tampoco ha adquirido el chileno las especiales combinaciones silábicas que Valdivia denunciaba ya en 1606": AMADO ALONSO, *La interpretación araucana de Lenz para la pronunciación chilena*, en *El español en Chile*, cit., 289.

(4) He recordado estas expresiones en un trabajo reciente, en el cual —aunque con distinto enfoque— trato del problema que hoy me ocupa: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Los textos Millcayac del P. Luis de Valdivia (con un Vocabulario Español-Allentiac-Millcayac)*, en *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie), Sección Antropología, II, 69; La Plata, 1943.

comprenderla en su plenitud, al menos la recibirán por esta vía con espíritu más abierto y cordial. Era lógico que las nuevas obras no estuvieran tan bien elaboradas, no sólo por las razones que el propio autor recuerda, sino también por una diferencia fundamental en cuanto a la cantidad de informantes de que él se había servido. El material humano, en uno y otro caso, era sumamente diferente. Para los araucanos, el Padre Valdivia había tenido una corta preparación linguística [1], pero un extenso contacto. Quien había fundado misiones entre ellos, quien les había adoctrinado con frecuencia, quien había celebrado extensos parlamentos con los jefes más importantes, demostraba, por todo ello, una preparación lingüística formidable.

Otra era la situación con respecto a las nuevas obras, destinadas a iluminar la lengua de dos grupos de indígenas de allende los Andes. El no había actuado como misionero en esos territorios de Mendoza y de San Juan de la Frontera; no había conocido otros indígenas que los pocos huarpes, poseedores de esas lenguas que se proponía estudiar, que habían cruzado, en el séquito de sus amos, la cordillera. El material humano era pobre, no había manera de controlar, crítica y minuciosamente, sus dichos. Los datos llegaban, a veces, malamente, a través del idioma araucano, que los indígenas poseían. Las amnesias de los propios informantes, o sus confusiones derivadas de aquellos u otros contactos intertribales, o personales, durante el tiempo de servicio a los blancos, debían de ser, más de una vez, motivo de error para el preocupado lingüísta. Finalmente, las diferencias con el araucano eran totales [2]. Esto, dicho sin ánimo de excusar algunos trocatintas personales.

---

(1) Hablando de su capacidad de aprender las lenguas aborígenes, Ovalle nos hace saber que la araucana la aprendió "tan apriesa", que en trece días comenzó a confesar en ella y a predicar en pocos más: OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 335. En otra parte de su relato, agrega que a los veintiocho días predicaba: OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 214. Por su parte, Olivares nos dice que "A los nueve días de haber saltado a tierra [la hablaba muy corrientemente], y a los veintidos la sabia con tanta perfeccion, que desde entonces comenzó a componer el arte, diccionario y confesionario que hoi corren con su nombre": OLIVARES, *Historia militar*, etc., cit., 278.

(2) "También se diferencian en las lenguas que hablan, de manera que no sé que tengan ni una palabra que sea común a unos y otros; cada país habla la suya, pero como la de Chile es tan universal que no hay más que una en todo el contenido entre la cordillera y el mar, la hablan también muchos de los de Cuyo, que la aprenden y con perfeccion los que pasan la cordillera y están algun tiempo en Chile, y se ve bien la ventaja que hace ésta a aquella, porque no me acuerdo de haber visto jamás un indio de Chile que hable la lengua de Cuyo y al contrario, he visto muchos de Cuyo, que tienen muy familiar la de Chile": OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., I, 175.

Sin embargo, y guiado por el afán religioso que era el norte de su vida laboriosa, al año siguiente de publicar su trabajo sobre el araucano, es decir en 1607, el Padre Valdivia hizo aparecer en las prensas de Lima, poco antes de abandonar la tierra peruana para ir a explicar al Rey la situación de Chile, sus dos obras, que debieron de aparecer casi simultáneamente [1]. Su editor fué el mismo Francisco del Canto, que había impreso su libro primero. Para nosotros, los argentinos, estas obras tienen un interés directo, pues, como queda antes insinuado, se refieren a las dos ramas idiomáticas del grupo étnico de los huarpes, que poblaban primigeniamente gran parte de nuestro Cuyo: el grupo Allentiac, de San Juan de la Frontera y el grupo Millcayac de Mendoza. Las dos obras, tiradas a brevísimo número de ejemplares, en los casi nacientes tórculos limeños, debieron distribuirse rápidamente [2], "ad-mayorem Deo Gloria", entre los evangelizadores de la Orden y desaparecieron del mercado.

La aparición de las tres obras y el interés que ellas suscitaron está en directa vinculación con las normas establecidas por el Concilio Provincial de 1582, que estableció, como normas de gran eficacia catequística, el aprendizaje por parte de los misioneros de las lenguas vernáculas y la predicación a los aborígenes en ellas. A esta disposición le siguió la impresión, en el taller de Ricardo, primer impresor limeño, del famoso *Catecismo* trilingüe, obra ordenada por dicho Concilio y que, tras de incidencias diversas, que no son del caso recordar, apareció dos años después.

De las cuatro partes que componen la obra de Valdivia sobre el Allentiac, impresas y vendidas en un solo volumen, no se conocía, hacia fines del siglo pasado, más que un sólo ejemplar, existente, por ese entonces, en la Biblioteca Nacional de Lima. Allí pudo consultarle el gran bibliófilo chileno José Toribio Medina, cuando preparaba su ensayo sobre la literatura colonial en Chile. Le utilizó de paso, con el propósito ulterior de editarle, dada su rareza. Pero, años después, a raíz de la guerra

---

(1) A este respecto cabe señalar el curioso error en que cae el P. Enrich, que, al mencionar las obras lingüísticas cuyanas del P. Valdivia le atribuye, tomando los datos, parcialmente, de un informante que no cita: "Otras tres gramáticas, con sus respectivos diccionarios de las lenguas huarpe, alenciaca, y milcaya", que fueron impresas —según agrega— cada una de ellas en un tomo en 8º en el mismo Lima en 1607: ENRICH, *Historia de la Compañía de Jesús*, etc., cit., I, 353.

(2) En efecto, Ovalle reconoce que con esa tarea "dejó allanado el camino a los nuestros, para poder emplearse en la enseñanza y conversión de los indios, como lo han hecho y hacen los que después de él le han sucedido": OVALLE, *Histórica Relación*, etc., cit., II, 215.

del Pacífico y de la ocupación por parte del ejército de Chile de la capital peruana, la Biblioteca Nacional de esa ciudad fué saqueada y aventadas la gran mayoría de sus riquezas. En esos tristes episodios, con la ruina y la dilapidación de ese tesoro, este libro único se perdió para siempre.

Cuando ya se creía imposible el hallazgo de algún otro ejemplar, un noble español, el Conde de la Viñaza, según unos, y el Padre Mier, según otros, descubrió un nuevo ejemplar en la Biblioteca de Palacio de Madrid. Infaustamente, el pequeño volumen estaba tan deteriorado que no pudo ser sometido a la fotografía, tal como Medina lo deseara. Este debió limitarse a copiarlo, pacientemente, en forma integral, publicándolo luego en transcripción, a plana y renglón, en una pequeña *plaquette*, joya bibliográfica que es hoy, ya, una verdadera rareza [1]. Muy recientemente, en 1941, nuestro consocio Salvador Canals Frau, lo ha reeditado por segunda vez en los interesantes *Anales* que dirige en Mendoza [2].

Si casi no se han conocido, modernamente, ejemplares de los textos Allentiac, mucho más ignotos aún eran los correspondientes al Millcayac, de los cuales, prácticamente, lo único que se sabía era que habían sido escritos al mismo tiempo que la obra anterior. Pero, la ignorancia respecto de su impresión era tan grande que llegó hasta el extremo de creerse que nunca habían sido impresos. Más de un erudito sostuvo que tal obra no había pasado del estado larval del manuscrito. Las búsquedas inútiles a que se libraron en bibliotecas, archivos y colecciones, parecieron dar razón a esta tesis pesimista.

Sin embargo, en 1912, un suceso inesperado vino a poner algo de luz en las tinieblas que hasta entonces se cernían sobre los textos Millcayac. En ese año, sin buscarlo, el profesor Rudolph R. Schuller, revisando los nutridos anaqueles de la Biblioteca de la Universidad de Harvard, descubrió dos folios sueltos, maltratados y vandalizados por una

---

(1) JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Doctrina cristiana y catecismo con un confesionario, arte y vocabulario breves en lengua Allentiac por el Padre Luis de Valdivia. Reimpreso todo a plana y renglón, con una reseña de la vida y obras del autor*; Sevilla, 1894.

(2) SALVADOR CANALS FRAU, *Introducción y notas a la Doctrina Cristiana y Catecismo en la lengua Allentiac, que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera, Con un Confesionario, Arte y Vocabulario Breves, por el P. Luis de Valdivia*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, I, 19-94; Buenos Aires, 1940.

mano anónima, que habían sido brutalmente arrancados de un ejemplar impreso de los textos Millcayac. Inútil fué buscar el resto de la obra, así como averiguar el autor anónimo de este atentado a la cultura. Sin embargo, y pese a la parvedad del hallazgo, el profesor Schuller tuvo con ello una de las alegrías más grandes de su vida. Una carta de mi buen amigo, el arqueólogo peruano doctor Julio C. Tello, Director del Museo de Antropología de la Magdalena, en Lima, quien a la sazón se encontraba en Harvard, me testimonia aquella alegría [1], pues él encontró a Schuller, radiante por su hallazgo, en un encuentro callejero casual y aquél le comunicó la dicha de que estaba poseído. El caso no era para menos puesto que este testimonio de las cuatro carillas permitía abandonar, definitivamente, la tesis, predominante hasta ese momento, de la no existencia de la obra impresa.

Schuller se apresuró a publicar su hallazgo, con prólogo laudatorio del profesor Putnam, en una edición inglesa [2], casi simultánea con la aparición de otro trabajo suyo en lengua germana [3]. En ambos, Schuller intenta una valoración crítica y un pequeño comentario lingüístico del trozo salvado de la destrucción, pero es evidente que, limitado por la mutilación de dichos textos, su investigación no puede revelarnos casi nada de la intimidad misma de la lengua en cuestión, pues, por un desdichado azar, la mayor parte del texto de estas cuatro carillas —entre las que está incluída la portada interior del confesionario y el decreto autorizando la impresión— estaba escrita en español.

Es curioso señalar, como un nuevo testimonio del interés suscitado por el hallazgo de dichas paginitas, que José Toribio Medina tuvo conocimiento de su existencia y obtuvo una copia de ellas por intermedio de un amigo norteamericano, que había actuando en Chile en la diplomacia, Henry L. Janes, publicándolas en otra de sus pequeñas impresiones personales, de la preciosa *Biblioteca Elzeviriana*, con amable dedicatoria

---

(1) Carta privada al autor del presente estudio.

(2) RUDOLPH R. SCHULLER, *Discovery of a fragment of the printed copy of the work on the Millcayac Language by Luis de Valdivia, with a bibliographical notice*, en *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Harvard University, III, nº 5, 221-258, Cambridge, Mass., 1913.

(3) RUDOLF SCHULLER, *Zur Sprachlichen Stellung der Millcayac-Indianer*, en *Internationales Archiv für Ethnographie*, XXI, 117-178; Leiden, 1913.

a Samuel Lafone Quevedo [1]. Esta publicación, aunque ligeramente posterior a las de Schuller, según el propio Medina lo hace constar [2], está llena de interés por el gran conocimiento que Medina tenía sobre Valdivia y sobre el belicoso medio en el que le tocó actuar.

En 1942, realizando un meritorio esfuerzo, Canals Frau ha intentado un análisis más acucioso de esas breves frases Millcayac conocidas [3], pero —aunque reconozcamos su habilidad para extraer lo más posible de los parvos materiales de que disponía y de la analogía notoria de esa lengua con su homónima la Allentiac, ya estudiada por Mitre [4] y por el propio Canals Frau [5]—, es evidente que nuestro consocio se debate contra el límite que le impone la limitación misma de lo que hasta entonces se conocía del propio Millcayac.

Ha querido mi buena estrella que fuese yo, que hasta ese momento apenas me había asomado a los problemas etnográficos cuyanos, quien encontrase, en mi quinto y último viaje al Perú, un ejemplar casi absolutamente completo de esa obra inencontrable y, lo que es más, que tal ejemplar estuviese en un estado casi absolutamente perfecto de conservación, para su edad, pues sólo ha perdido su portada inicial [6].

---

(1) J. T. MEDINA, *Fragmentos de la Doctrina Cristiana en Lengua Millcayac del P. Luis de Valdivia, únicos que hasta ahora se conozcan sacados de la edición de Lima de 1607 y reimpresos en facsímil con un prólogo por...*, V-VII; Santiago de Chile, 1918. Tirado a sólo 100 ejemplares. He utilizado uno, rarísimo, de nuestro consocio y amigo el prof. Milcíades Alejo Vignati, a quien aquí expreso mi agradecimiento.

(2) MEDINA, *Fragmentos de la Doctrina Cristiana*, etc., cit., XXXVI.

(3) SALVADOR CANALS FRAU, *La lengua de los huarpes de Mendoza*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, III, 157-184; Mendoza, 1942.

(4) BARTOLOMÉ MITRE, *Lenguas americanas, Estudio bibliográfico lingüístico de las obras del P. Luis de Valdivia sobre el araucano y el allentiak, con un vocabulario razonado del allentiak*, en *Revista del Museo de La Plata*, VI, 45-99; La Plata, 1895 [Hay una tirada especial, del Museo, con pie de imprenta de 1894]; BARTOLOMÉ MITRE, *Catálogo razonado de la Sección Lenguas Americanas por... con una introducción de Luis María Torres* (publicación del Museo Mitre); Buenos Aires, 1909-1910.

(5) SALVADOR CANALS FRAU, *La lengua de los huarpes de San Juan*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, II, 43-167; Mendoza, 1941.

(6) Esa obra ha sido reeditada, en edición a tamaño reducido, absolutamente fidedigna, por el autor del presente estudio: MÁRQUEZ MIRANDA, *Los textos Millcayac*, etc., cit., 185-223. Medina ha señalado el silencio producido en torno al nombre Millcayac: MEDINA, *Fragmentos de la Doctrina Cristiana*, etc., cit., XV-XIX.

CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO

Hace varios años el Gobierno del Perú ofreció generosamente catorce pasajes para que un grupo de estudiantes del doctorado en Ciencias Naturales del Museo de La Plata, se trasladase, asistido por alguno o algunos de sus profesores, a aquel país. Las tramitaciones corrieron lentamente. Varias veces estuvo la promesa al borde de la prescripción, hasta que, en julio de 1942 trece estudiantes y yo mismo, nos pusimos en marcha hacia el Cuzco [1]. Mi primer viaje databa de julio de 1937. Poco había cambiado felizmente, la ciudad insigne desde mi partida. La Universidad misma, creada en 1696, hirviente de estudiantes fervorosamente indigenistas, continuaba en su viejo y decorativo local, tan saturado de historia como la ciudad misma: la pequeña capilla, colegio y noviciado de los Jesuítas, edificado sobre lo que había sido el Amaru Cancha, palacio del emperador Huayna Capac. Como es natural, una de nuestras primeras visitas fué para esa casa de estudios de San Antonio Abad, en la que se nos recibió con la cordialidad que en todas partes del Perú se guarda para los argentinos y con la fraterna consideración que se deben entre sí todos los estudiosos de América.

Uno de los tesoros más preciados de esa Universidad es su Biblioteca, que conserva, como parte integrante, la vetusta "Librería" de la Orden de los Jesuítas. En mi viaje anterior había ya echado una mirada sobre aquel notable conjunto de libros arcaicos, encuadernados en pergamino, sin poder tener con ellos otro contacto, pues no había, por aquel entonces, en 1937, catálogo alguno que permitiese penetrar en ese dédalo. En cambio, ahora sí existía. La Universidad Nacional de Cuzco había editado, en 1938, un año después de aquella visita mía, un apéndice al catálogo general [2], y lo obsequiaba, gentilmente, a todos sus visitantes distinguidos. Una rápida mirada a su interior me hizo, sin embargo, perder las esperanzas prematuramente concebidas. El supuesto catálogo no es, en verdad, más que la transcripción de la desordenada forma en que están hoy alineados en los estantes los libros de la Orden. De manera que para poder

---

(1) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Noticias, Misión de estudio al Perú*, en *Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología*, nº 2, 23-24; Buenos Aires, agosto de 1942.

(2) UNIVERSIDAD DEL CUZCO, *Inventario de la "Biblioteca de los Jesuítas", Apéndice Nº 1 al Catálogo general de la Biblioteca;* Cuzco, 1938.

saber lo que la biblioteca contenía sólo era posible un sistema: leerse de cabo a rabo, renglón por renglón, aquel indigesto e interminable centón de datos inconexos...

Eso fué, precisamente, lo que hice, aprovechando las noches en que me quedaba solo, mientras los estudiantes salían a pasear románticamente las románticas callejuelas cuzqueñas. El hallazgo —debe ya sospecharse— fué el resultado excesivo de esa actividad desesperada. Gracias a ello pude descubrir el brillante oculto entre tanta farragosa ganga. No quiero atribuirme más mérito del que me corresponde. Desde 1938, todos los visitantes presuntamente ilustres tuvieron en sus manos el mismo Catálogo. Mi único mérito es haberlo leído, mientras que ninguno de ellos lo leyó... Y haber sabido la importancia atribuible al libro de Valdivia, oculto en esas páginas espesas bajo un título ligeramente equivocado.

No sospechaba yo, en modo alguno, que pudiera llegar a obtener un resultado tan espléndido de mi búsqueda erudita. Mi propósito era enterarme de lo que aquella Biblioteca colonial contenía y tratar de encontrar, eventualmente, algunos cronistas en sus primeras ediciones, particularmente a Garcilaso de la Vega Inca, que es en Cuzco, por razones obvias, una de las figuras cumbres de la ciudad. Nada de eso apareció en aquel complicado inventario. A lo largo de sus páginas esa Biblioteca jesuítica revelaba su contenido preponderantemente religioso: salvo excepciones, que Federico Schwab ha señalado en comentario reciente [1], la mayor parte de las obras eran textos de cánones y comentarios de segunda o tercera mano, de Santo Tomás y San Agustín. En trabajo anterior, he citado, entre esos libros particularmente importantes, el clásico estudio de Mabillon sobre las reglas de autenticidad en materia diplomática, libro que fué punto de arranque de una lucha de panfletos que se conoce en Europa con el nombre de "Guerre diplomatique" [2].

Por ello fué tanto más grande mi sorpresa cuando encontré en la página 195 —y el catálogo tiene 200— sin pie de imprenta, pero bajo el nombre de Luis de Valdivia, la mención de una obra titulada *Doctrina Cristiana y Catecismo traducidas en las dos lenguas Millcayac y Allentiac.*

---

(1) FEDERICO SCHWAB, *Los Textos Millcayac del P. Luis de Valdivia y la antigua Biblioteca de los jesuítas del Cuzco*, en *Boletín Bibliográfico publicado por la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima*, año XVI, núms. 3-4; Lima, diciembre de 1943.

(2) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los textos Millcayac*, etc., cit., 65.

La falta de pie de imprenta nada le quitaba de importancia a la escueta noticia. Yo sabía que la única edición colonial existente era la limeña de 1607. En cambio, era desconcertante la mención de ambas obras bajo un mismo título [1]. ¿Se trataba de un error ¿A cuál de las dos obras gemelas se refería? Si se trataba de la Allentiac, el hallazgo era ya suficientemente importante, pues el Catálogo anotaba, en la columna de observaciones, que se trataba de un ejemplar en buen estado, aunque le faltaba la portada, y el único ejemplar conocido era inmanejable por su deterioro. Pero, ¿y si se trataba de la por nadie vista obra en Millcayac? La perspectiva de que así fuera, dada la mención de esa lengua en primer término, era suficientemente alucinante como para hacerme perder el sueño. Pero era de noche y no había forma de enterarse de ello hasta la mañana siguiente. Sólo era posible armarse de paciencia y esperar.

Es así como, a primera hora, me presentaba en la Biblioteca de la Universidad, para comprobar la exactitud de la última sospecha. La obra perdida, la obra desconocida, estaba por fin en mis manos. Mi distinguido amigo, el Rector de la Universidad, doctor David Chaparro, no tuvo inconveniente en prestármela, bajo la única garantía de mi palabra, para fotografiarla y Champi, el mejor fotógrafo de Cuzco, se hizo bien pronto cargo de esa tarea. Mas, ¿cómo describir la emoción con que me paseé casi toda una mañana, por esa ciudad única que es Cuzco, con ese ejemplar único en el bolsillo? Sólo quien ama los libros con amor entrañable puede comprender y valorar la fruición con que mi mano oprimía, a través de la tela de mi traje, ese librillo oculto.

Juzgados en la materialidad de su estructura, los textos Millcayac del Padre Valdivia constituyen un pequeño librito, cuyas dimensiones exactas son 0.136 mm. de alto por 0.093 mm. de ancho. Comprende un total de 72 fojas útiles (con alguna página en blanco intercalada). Está impreso en papel San Lorenzo, de 200 gramos. Sea porque las hojas han

---

(1) Una investigación posterior, que se traduce en el presente estudio, me permite anotar que análoga confusión cometieron, por azar, los primeros bibliófilos que hablaron de estas obras: PHILIPPO ALEGAMBI, *Biblioteca Scriptorum Societatis Jesu*, 319; Amberes, 1643; NATHANAELE SOTVELLO [SOUTHWELL], *Bibliotheca Scriptorum*, 575; Roma, 1775. Los autores posteriores no hicieron, en ocasiones, más que complicar estos errores: MEDINA, *Fragmentos de la Doctrina Cristiana*, etc., cit., IX-XIII. Schuller ha mencionado, también, los diversos textos en que la obra del P. Valdivia es citada con errores diversos: SCHULLER, *Zur Sprachlichen Stellung*, etc., cit. [separata] 4, nota 2, y 5.

sido recortadas al encuadernársele en pergamino, como ahora se le encuentra (con dos abrochaduras del mismo material), o sea porque la caja es demasiado grande, casi no ofrece márgenes. Exteriormente, el librillo no presenta más que una sola palabra, cuya cándida inscripción, en el lomo, ha salvado al ejemplar, para mí, de más amplias investigaciones, a lo largo de todos los años en que ha dormido apaciblemente en los anaqueles cuzqueños. Esa palabra reza, simplemente, *Catecismo*. La simplicidad de esa mención ha encubierto durante más de tres siglos al contenido. No se trata, sin embargo, de ninguna alevosa mistificación, de ningún manifiesto engaño. Es que, esencialmente, *Catecismo*, por encima de toda otra cosa era, en verdad, para Valdivia y para los hombres de su tiempo, antes de que el andar de los años convirtiera al librillo en un tesoro tipográfico y en un documento lingüístico y etnográfico de primer orden, realmente único, para el conocimiento del idioma y de muchos de los usos y costumbres de los primitivos habitantes de Mendoza.

Esos textos están divididos en cuatro partes. Salvo la portada del primer cuaderno, desgraciadamente inexistente, cada una de las tres restantes representa una, sumamente hermosa, decorada con el escudo de la Orden Jesuítica, es decir el anagrama del nombre de Cristo, reposando sobre un corazón hacia el que se dirigen tres flechas y sobremontado por una cruz, cuyo extremo inferior descansa en el medio de la barra transversal de la segunda letra [H] de la sigla.

La obra ha sido compuesta con una arquitectura interna absolutamente semejante a la destinada al estudio de los textos Allentiac. Como aquella, se divide en cuatro partes, cuya ordenación es igual en ambas obras. Naturalmente, el desarrollo y la extensión de estas partes internas no es igual. Dependen de la mayor o menor profundidad alcanzada por el autor en el conocimiento de las características especiales de cada lengua. Pero, como queda dicho, las líneas generales de ambas obras son las mismas. En el libro que en esta comunicación nos interesa, esas partes son las siguientes:

a) Doctrina | Christiana | y Cathezismo en Len | gua Millcayac para la Ciudad de Men- | doça y sus terminos. || (Falta la portada, aunque de escudo abajo debió ser la misma de las otras partes). 20 ff.

b) Confessionario | Breve Enla | Lengva Millcayac, | de la Prouincia de Cuyo. Por el Pa- | dre Luys de Valdiuia dela Com- | pañia de Iesus. Enla Pro- | uincia del Peru. | Provechoso, Para Confessar los Indios de Cuyo, y | otras personas. | (escudo de la Compañía de Jesús) | Con Licencia. | En Lima por Francisco del Canto. | Año M. DC. VII. || 16 ff. (21-36 ff.).

c) Arte Y | Gramatica | En Dos Lengvas De In-dios Millacayac. y Allentiac delas Ciudades de Mendoça y S. Iuan dela Frontera de la pro- | uincia de Cuyo. Cõ Cathecismos, Con | fessionarios, y dos breues Vo- | cabularios en ambas lenguas. | Compuesto Por el Padre | Luys de Valdiuia dela Compañia de Ie- | sus dela Prouincia del Peru. | (escudo de la Compañía de Jesús) Con Licencia. | En Lima por Francisco del Canto. | Año M. DC. VII. || 24 ff.

d) Vocabvlario | Breve En Len | gva Millcayac, En | que estan los vocablos necessa- | rios y suficientes para cate- | quizar y confessar. | Compvesto Por El Padre | Luys de Valdiuia de la Compañia de Ie- | sus dela Prouincia del Peru. | (escudo de la Compañía de Jesús) | Con Licencia. | En Lima por Francisco del Canto. | Año M. DC. VII. || 12 ff. (sin numerar).

Ambas obras de Valdivia presentan, también, otro punto de contacto: los inconvenientes derivados de un conocimiento insuficiente de las hablas estudiadas, de la incipiente tipografía limeña y de las fluctuaciones derivadas de la inseguridad misma de la ortografía hispánica de la época. Para lo primero, ya hemos señalado la humildad que el Padre Valdivia testimoniaba en el aprendizaje de los idiomas vernáculos, condiciones de que se hacen lenguas sus contemporáneos y que contrasta, en su evangélica modestia, con el orgullo de que ellos habitualmente hacían gala ante los indígenas, siendo incapaces de admitir que aquellos pudiesen enseñarle algo.

La importancia tipográfica de estos textos, en relación con la naciente tipografía americana, y especialmente limeña, ha sido objeto de un capítulo especial de un trabajo anterior mío [1], en el que he dado a conocer, reproduciéndolos, a estos mismos textos. En cuanto al estado

(1) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los textos Millcayac*, etc., cit., 69-72.

fluctuante de la ortografía española, baste decir que fines del siglo XVI y comienzos del XVII, corresponden, precisamente, en España, al momento en que va a fijarse definitivamente la ortografía hispánica. De ahí las confusiones, no siempre imputables a errores de caja, en que cae, una y otra vez, el Padre Valdivia, al escribir de distinta manera las mismas palabras. En el vocabulario español-allentiac-millcayac, que he publicado, como parte extensa de mi primer trabajo sobre los textos Millcayac [1], he tenido oportunidad de poner en evidencia estas angustias ortográficas.

Como documento lingüístico, permite aclarar la laguna que anteriormente se lamentaba. La comparación del Millcayac, por fin ahora conocido en su totalidad, con el Allentiac, permite sostener, con más conocimiento de causa, la fraternidad de ambas hablas, que era un hecho ya descontado para Brinton [2], desde fines del siglo XIX, como tuve oportunidad de recordarlo en un trabajo anterior [3]. Comparando ambos vocabularios integralmente, se advierte una mayor riqueza de voces Millcayac, para las cosas concretas referentes al individuo o a su dintorno. Las reglas gramaticales, tan semejantes a las del Allentiac, no permiten poner en duda su cercano parentesco idiomático. Por ello no podemos aceptar la opinión, dubitativamente expresada por Imbelloni [4], de que el Millcayac sea "variante dialectal" del Allentiac. Schuller [5], en uno de sus dos trabajos ya recordados, sostuvo que eran "undoubtedly y sister languages", adhiriendo a la tesis de Brinton y Boman [6], por su parte, algo anteriormente, preconiza que no se les confunda, pues el Allentiac no es un dialecto del Millcayac.

Las relaciones de ambas lenguas se demuestran, no sólo en la arquitectura interna —ya de por sí sumamente importante—, sino también en la identidad o en la extremada semejanza de muchos de sus vocablos. En ocasiones, la raíz es la misma para ambas y sólo la desinencia varía.

---

(1) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los textos Millcayac*, etc., cit., 79-182.

(2) DANIEL G. BRINTON, *The American Race*, 323; New York, 1891.

(3) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El problema arqueológico sanjuanino, a comienzos del Siglo XVII*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, I, 155-167; Buenos Aires, 1940.

(4) J. IMBELLONI, *Lenguas indígenas del territorio argentino*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 204; Buenos Aires, 1936.

(5) SCHULLER, *Discovery of a fragment*, etc., cit., 258.

(6) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du desert d'Atacama*, I, 37; París, 1908.

Es frecuente el caso de que el lector descubra, si recurre a la fonética, la igualdad absoluta de dos voces, aparentemente disímiles, de las lenguas Allentiac y Millcayac, disfrazadas por la fluctuante ortografía del Padre Valdivia o por leves variantes fonéticas, que él trata de reproducir adecuadamente dentro de la ortografía castellana. Las partes principales del cuerpo humano, salvo excepciones, se conocen, en ambas lenguas, con palabras iguales. Lo propio ocurre habitualmente con los números, cuya base aritmética de ordenación es la misma. Los colores tienen las mismas raíces, sólo la desinencia (la palabra "color", que en ambas hablas va siempre pospuesta al color que se señala), varía en cada caso. Muchas palabras que tienen dos o más significados en Millcayac suelen mostrar iguales características en la lengua homóloga. En cambio, es más frecuente el desdoblamiento de las voces para señalar diversas acepciones que en Allentiac se concentran en una sola. En el extenso vocabulario incorporado a mi anterior trabajo se señalan, con precisión, todos estos casos. Por último el mismo Valdivia ha señalado las concordancias en "el nombre y verbo en número y persona", como lo recordara, últimamente, Canals Frau [1]. Y toda la estructura gramatical revela "una máxima similitud, si no identidad" [2].

No es menos principal el valor del conocimiento de estos textos Millcayac para el estudio de ciertas modalidades etnográficas del pueblo que lo habló. El lenguaje, al fin de cuentas, no es más que la expresión del repertorio de ideas y de cosas de que dispone un pueblo o un individuo. Por ello, el lenguaje es, en última instancia, la representación de su estado cultural. Bernard Shaw ha demostrado magistralmente eso, en un caso personalísimo, al escribir su *Pygmalion*. Por ello, la gramática y el vocabulario Millcayac nos muestran el escaso nivel cultural de ese pueblo, en cuyo lenguaje —como ya lo señaló Mitre para el Allentiac [3]— no existen vocablos abstractos. El mundo mental de los huarpes no podía concebir lo que no tuviera existencia visible y material: vivían un mundo pequeño, limitado y concreto, sin evasiones mentales. Eso se traduce claramente en una de sus reglas gramaticales: en el desarrollo de los tiempos del

(1) CANALS FRAU, *La lengua de los huarpes de Mendoza*, cit., 160.
(2) CANALS FRAU, *La lengua de los huarpes de Mendoza*, cit., 180.
(3) MITRE, *Lenguas americanas, Estudio bibliográfico-lingüístico*, etc., cit., 77-78.

verbo, ignoraban el infinitivo y Valdivia debe reemplazarlo siempre —aunque no lo diga en su Vocabulario— por un presente de indicativo [1]. Este mero dato gramatical abre una puerta inmensa a nuestra comprensión de este tipo de mentalidad primitiva y muestra, además, las enormes dificultades con que debió tropezar la predicación evangelizadora. Existía una imposibilidad mental para que estos indígenas pudieran comprender la esencia misma de una religión que escala las cimas de lo abstracto para plantear sus misterios.

Aunque el estudio de la lengua de los aborígenes de Cuyo, que ahora es totalmente posible, pueda hacerse sobre estas sólidas bases lingüísticas, la lingüística debe ser controlada por los datos etnográficos y no es posible considerar al repertorio de las palabras recogidas por Valdivia como la expresión absoluta de los conocimientos de estos aborígenes antes de su contacto con los blancos. Valdivia conoce a los indígenas que llegaban a Chile con sus señores blancos, o que estaban a su servicio desde tiempo y cuyo pueblo había sufrido la aculturación blanca. Hay testimonios absolutamente probatorios de ello en el propio vocabulario que el sabio jesuíta recogió. Así, por ejemplo, cuando nos da el equivalente Millcayac de la voz española "hierro" —*all all* [2]— no hay dudas de que se refiere a un elemento introducido muy modernamente en el patrimonio cultural de los huarpes. Este caso es, por sí solo, dirimente. Pero, ¿cuántas otras palabras que él da sin comentarios, corresponden a cosas originariamente desconocidas por los aborígenes cuyanos? Por eso no podemos aceptar, sin ciertas reservas, el entusiasmo de Canals Frau [3], que basa el alto nivel cultural que atribuye a los huarpes en datos que toma, sobre todo, de la lingüística. Por supuesto, esto no importa desconocer la importancia del aporte lingüístico, sino, solamente, señalar la necesidad de una vigilante atención discriminadora —hasta donde ella pueda ejercerse sobre la base de nuestros conocimientos de otras fuentes—, para marcar los límites entre el patrimonio primitivo de los huarpes y el que

---

(1) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los textos Millcayac*, etc., cit., 75 y numerosos ejemplos en el Vocabulario comparado de ese mismo estudio.

(2) MÁRQUEZ MIRANDA, *Los textos Millcayac*, etc., cit., 124.

(3) SALVADOR CANALS FRAU, *La cultura de los Huarpes*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, III, 289-322; Mendoza, 1942.

subsecuentemente adquirieron por su contacto con los blancos o con otras culturas.

Con todo, creo que el hallazgo del inencontrable librito que el Padre Valdivia hiciera imprimir en 1607, justifica el calificativo de "importante" que me he permitido concederle en el comienzo de esta exposición. Como una corroboración final de lo recién expresado, séame permitido expresar que la fama de la inencontrabilidad de esta obra había trascendido ya a ciertos medios cultos europeos en la época de Voltaire. Justamente su hallazgo fué una de las pocas "desiderata" incumplidas de Catalina II de Rusia, mujer culta —o, al menos, rodeada y festejada por los cultos— y ávida de lo difícil y de lo inencontrable. En efecto, ya en 1787, la casi todopoderosa emperatriz solicitaba desde el fondo de su retiro helado de las estepas desoladas, este libro entre 16 de lenguas indígenas americanas, que señalaba como deseosa de conocer. La no aparición de ejemplar alguno de dicha obra, hasta el presente, en los archivos nacionales de Rusia, parece indicar —y ésta es también la interpretación de Medina [1]—, que esta obra no pudo serle enviada. ¿A qué se debía este subitáneo interés imperial por las cosas de América? Nadie lo ha dicho hasta ahora, pero me parece evidente que se debe al cuarto de hora del romántico-erótico interés de Su Majestad por una figura americana de singulares atractivos, que acaba de interferir en su vida. En efecto, el 25 de febrero de ese año, Francisco de Miranda es presentado a la emperatriz, en Kiev, por el favorito de turno [2]. Catalina II le dió su mano a besar, le invitó a su mesa y le interrogó acerca de la América Española y sobre si existía en ella la Inquisición [3]. De esta primera conversación surgieron otras, y Miranda gozó del favor real durante una temporada. En una recepción, Catalina II le confió que había solicitado a la Corte de Madrid informes sobre América, sus habitantes y sus lenguas, con el objeto de

---

(1) MEDINA, *Fragmentos de la Doctrina Cristiana en lengua Millcayac*, etc., cit., XXXVI.

(2) WILLIAM SPENCE ROBERTSON, *La vida de Miranda* (traduc. esp. de Julio E. Payró), en *IIº Congreso Internacional de Historia de América*, edición de la Academia Nacional de la Historia, VI, 76; Buenos Aires, 1938; C. PARRA-PÉREZ, *Miranda et la Révolution Française*, XXVI; París, 1925.

(3) *Archivo del General Miranda, Viajes, Diarios, 1785-1787*, II, 258; Caracas, 1929. Ya sabemos que este era uno de los temas preferidos de Miranda, por aquel tiempo: PARRA-PÉREZ, *Miranda*, etc., cit., XXIX.

hacerlas figurar en un Diccionario de todas las lenguas conocidas y cómo aquella Corte se los había negado alegando ser secreto de Estado [1]. Que un simple estudioso argentino haya logrado lo que aquella mujer casi omnipotente deseó sin conseguir, es cosa que muestra hasta dónde puedo estar contento de mi suerte...

(1) ROBERTSON, *La vida de Miranda*, cit., 77; *Archivo del General Miranda*, etc., cit., II. 266.

(Comunicación presentada en la sesión del 5 de mayo de 1943.)

ALFARERIA CHAQUEÑA

por

ENRIQUE PALAVECINO

TODAS las tribus chaquenses sin excepción poseen recipientes de barro cocido. La alfarería es arte practicado exclusivamente por las mujeres.

El proceso de fabricación de la alfarería comienza con la extracción de la tierra considerada apta para la manufactura. Esta no siempre se halla en las proximidades de las viviendas y en tal caso las indias emprenden caminatas bastante largas para procurarse el material requerido. Entre los Mataco Vejoz la extracción de la tierra se verificaba hasta hace poco tiempo dando al dueño de la tierra, Honatwuk, una compensación consistente en una tira de trapo rojo o hilos del mismo color.

La tierra se saca del yacimiento en terrones y se transporta en bolsas de caraguatá hasta las viviendas donde se practica la primera fase de la elaboración que consiste en la moltura practicada sobre un cuero con la ayuda de una mano de mortero. Triturados los terrones, se procede al tamizado de la tierra, el cual se realiza pasando el polvo a través de una bolsa de caraguatá de malla fina que se extiende sobre la boca de un mortero o de un cántaro.

Por separado se prepara el antiplástido que está constituído por trozos de alfarería molidos en mortero y también tamizados hasta formar un polvo lo más fino posible. Con el fin de preparar antiplástido las mujeres indias guardan todos los trozos de cacharros rotos; pero si por casualidad llegaran a faltarles amasan un trozo de barro y lo cuecen al

fuego para molerlo después. Entre los Toba orientales el antiplástido preferido es el que obtienen con huesos calcinados y pulverizados.

La mezcla de antiplástido y de tierra tamizada se verifican en seco y sus proporciones respectivas son por partes iguales más o menos. Luego se agrega agua para formar la masa. El amasado se hace con los dedos hasta que la pasta tiene la consistencia requerida, la cual es comprobada durante la operación por la alfarera quien forma entre las palmas de sus manos pequeños cilindros que en seguida quiebra y del aspecto y grado de resistencia que sus sensibles dedos notan deduce el punto de la pasta y sabe si para mejorarlo requiere el agregado de mayor cantidad de agua o la alteración de las proporciones de tierra y antiplástido.

Los indios Mataco del Pilcomayo prefieren preparar una gran cantidad de barro de una sola vez y lo ponen a secar formando grandes bolas las cuales se guardan para su uso ulterior volviendo a practicar la moltura y el tamizado.

En los demás grupos de Mataco a la preparación del barro sigue su utilización inmediata.

La primera fase del modelado consiste en la formación del fondo del recipiente. Para esto toman una porción de barro y forman una bola que luego aplastan entre las palmas de las manos hasta darle una forma discoidal. En seguida colocan este disco sobre una superficie plana y proceden a levantar un reborde hasta que queda formado una especie de plato. Sobre este reborde se comienza un sucesivo agregado de anillos constituídos por largos cilindros de barro arrollados. Cada anillo es cuidadosamente incorporado al borde, primero mediante presión del índice y del pulgar en todo el contorno y en seguida con un proceso de alisado hecho con los nudillos, o bien con una valva de molusco por la parte interna y con un marlo de maíz por la parte externa. Este alisado borra cualquier huella de separación entre el anillo últimamente agregado y el precedente, y al mismo tiempo, adelgaza la pared del vaso dándole el espesor que se adopta desde el comienzo de acuerdo con el tamaño de la pieza que ha de confeccionarse.

Durante toda la operación de modelado la alfarera humedece frecuentemente los bordes de su obra tanto para facilitar la adhesión de nuevas partes, como para favorecer el pulimento. La pasta también se mantiene húmeda y plástica golpeándola frecuentemente con los nudillos.

La cara interna de las alfarerías está bien pulida cuando la boca del vaso es amplia, pero cuando la forma del recipiente es estrecha progresivamente hasta terminar en una abertura de escaso diámetro, como ocurre en los botijos para el agua, la cara interna carece del pulido interior en la parte superior y conserva las huellas de su construcción anular.

Una vez terminado el modelado se procede a exponer la pieza al sol durante unas cuantas horas hasta que toma un hermoso color gris; seco ya el vaso sufre la última fase de su elaboración manual que consiste en un pulimento final realizado con la ayuda de un pequeño canto rodado de forma alargada.

De inmediato se procede a la cocción. Para la cocción de un vaso prefieren los Mataco el combustible de cortezas de árboles y maderas podridas muy secas, o bien, excremento de vaca.

Los Mataco depositan la pieza en el suelo y colocan el combustible alrededor formando una especie de cono. Si hay viento construyen una pequeña mampara que lo templa sin atajarlo, o bien encienden el fuego en una excavación de poca profundidad. Entre los Toba he visto quemar un botijo bastante grande con leña cortada en trozos de unos cuarenta centímetros de largo cuidadosamente apilada en exágono en torno a la pieza.

La cocción da a veces por resultado el resquebrajamiento de la pieza en cuyo caso los trozos son guardados para antiplástico. Las piezas de mejor cocción se reservan para el uso personal de la alfarera y de su familia, en tanto que las más imperfectas se venden a los turistas o a otros indios. La cocción a veces, sin ser mala, da a la pieza un color desparejo por cuya razón creen las indias que sus hijos nacen con la mancha mongólica.

En las formas de la alfarería nativa del Chaco hay tres que considero típicas y fundamentales. Son el plato, la olla y el botijo. Otras formas son adquiridas por contacto con indios Chiriguano o modeladas imitando las formas de los recipientes de los blancos, unas veces por iniciativa propia y otras a pedido de los mismos.

El plato llamado "aset" en Mataco y "koyit" en Toba, es de forma y dimensiones variadas. Los hay grandes y pequeños, su diámetro oscila entre 10 y 15 centímetros. Generalmente tienen el fondo plano y su borde

es casi siempre liso aunque en algunos ejemplares aparecen festoneados y a veces reforzados con una banda saliente de un espesor mayor que el de las paredes (Lámina I).

En la forma del contorno prevalece la circular, pero abundan mucho las formas elipsoidales, algunas de las cuales imitan la cáscara del quirquincho o están adornadas con apéndices en forma de cola de pescado o tienen escotaduras de carácter ornamental en su parte central.

Entre los Mataco del Pilcomayo he recogido una cantidad de estas piezas de las cuales algunas eran de una curiosa fantasía.

Las ollas llamadas "towej" y "tachi", en Mataco y en Toba, respectivamente, tienen tamaños y dimensiones diversas (Lámina II). La forma que considero más típica es una de fondo redondeado, cuerpo globuloso, boca ancha y corto cuello cilíndrico con borde ligeramente extravertido. Su capacidad es de dos o tres litros. En los grupos más sedentarios se advierte la tendencia a modelar piezas de mayor tamaño en las que almacenan grasa de pescado derretido o guardan agua para el consumo diario. Tratándose de cántaros de dimensiones mayores las formas parecen ser imitaciones de las análogas chiriguanas.

El botijo es una pieza más típicamente chaqueña. Su nombre es en Mataco "ioté" y en Toba "nákona"; a pesar de su enorme difusión su filiación más remota parece ser andina (Lámina III).

Esencialmente el botijo está constituído por un cuerpo subesférico dotado de un pequeño cuello cilíndrico. Dos pequeñas asas colocadas más o menos en la zona ecuatorial sirven para pasar el cordón de suspensión (Lámina IV).

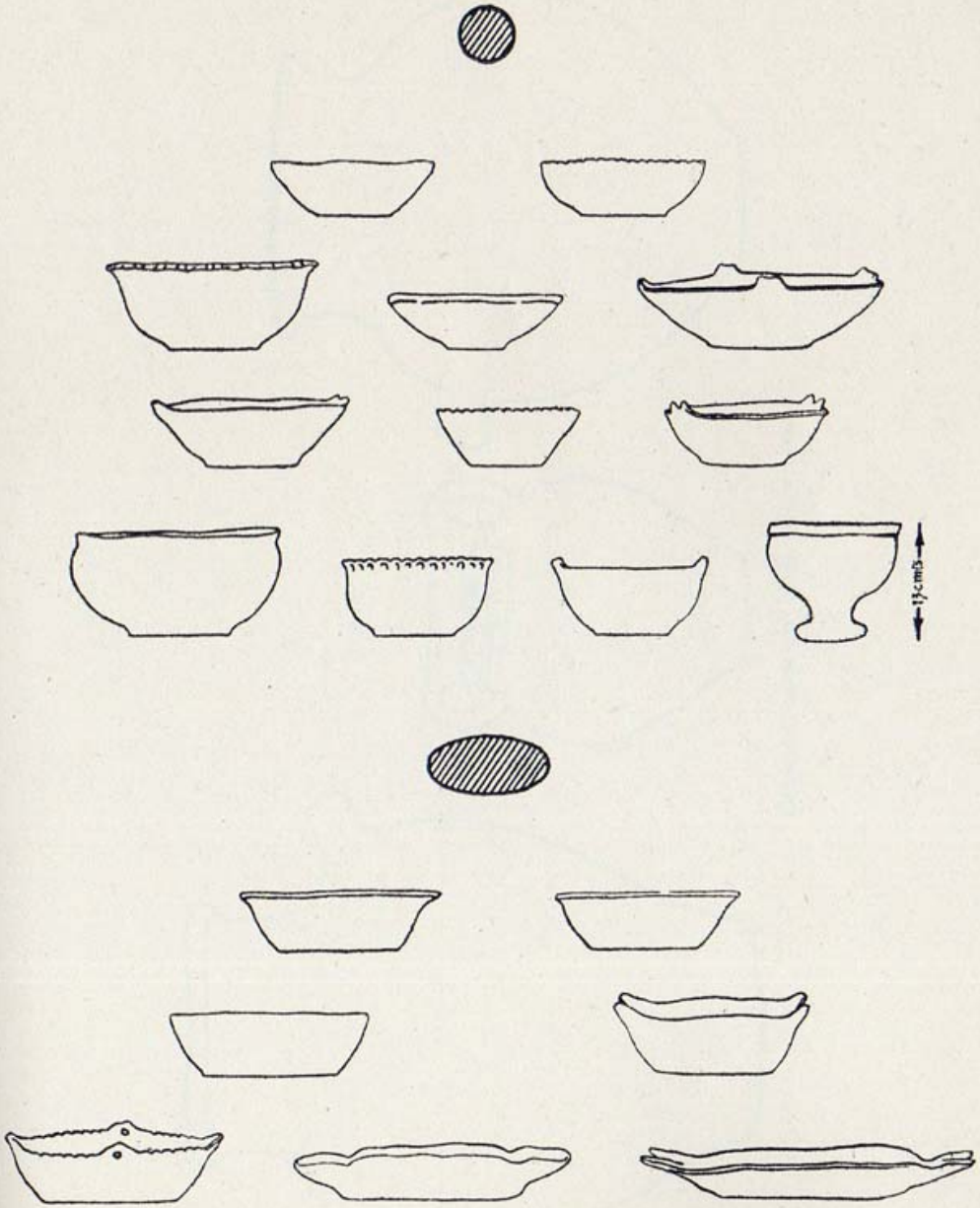
Su capacidad varía entre uno y diez litros. Las formas derivadas adoptan variantes que consisten en la presencia de un fondo plano, en la mayor o menor extrangulación de la pared ecuatorial la cual suele ser muy exagerada dando lugar a la formación de un cuerpo de dos subesferas y hasta tres cuando las extrangulaciones son dobles. A los botijos de dos subesferas los Mataco le llaman "suluj", nombre de una avispa solitaria cuyo nido de barro está formado por dos esferitas acopladas; distinguen también con ese nombre a las mujeres blancas por su talle estrecho que encuentran análogo a la forma de sus botijos y al nido de la avispa. Otras veces el cuerpo esférico se aplana hasta adoptar una

forma parecida a la de las caramañolas de los soldados (Lámina V), o bien asume francamente la forma del cuerpo de un ave sin cabeza, cuyo cuello también es el cuello del vaso. En todos los casos el botijo se utiliza para el transporte del agua; las mujeres lo llenan en las lagunas o en el río y echándoselo a la espalda apoyan la cuerda sobre la frente conduciéndolo hasta la vivienda.

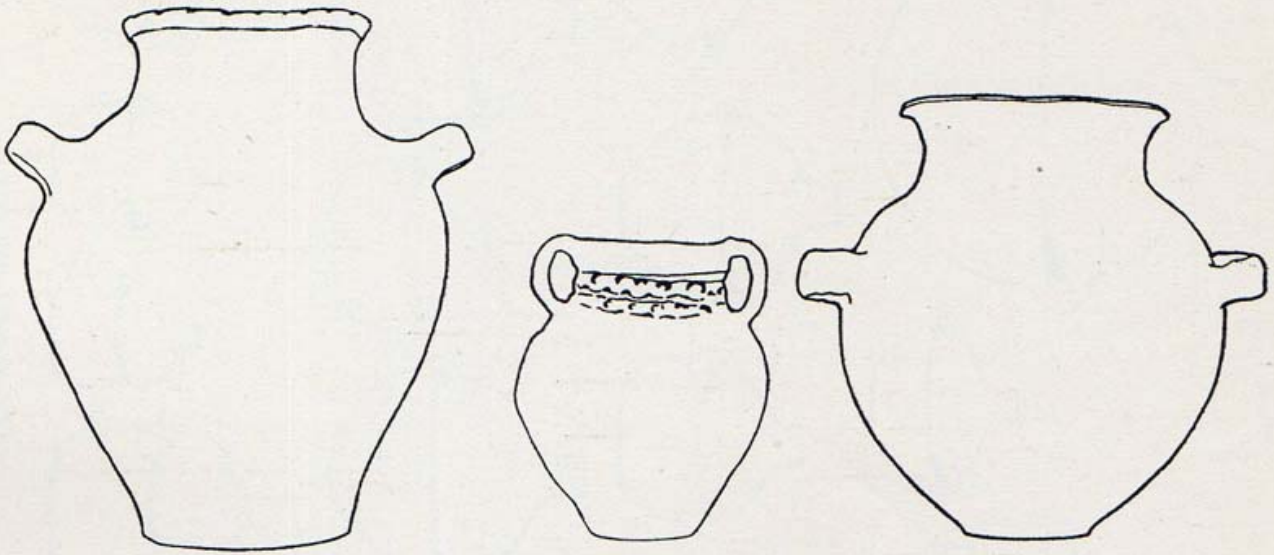
Dos tipos de decoración usan los indios del Chaco en su alfarería. Uno de ellos, la decoración plástica la he visto únicamente entre los Mataco occidentales. Consiste en aplicaciones de pequeños relieves serpentiformes adornados con puntos o incisiones o bien en pequeños conos aplicados en series rítmicas en torno al cuello de las ollas u otras partes de los vasos.

El otro tipo de ornamentación es coloreado y se extiende a todo el Chaco. Es una especie de pintura negrusca formando círculos o líneas quebradas u onduladas en cuyo trazado se emplea cañones de plumas de aves, pezuñas de ciervo o resina, aplicadas sobre el vaso en caliente apenas es extraído del fuego.

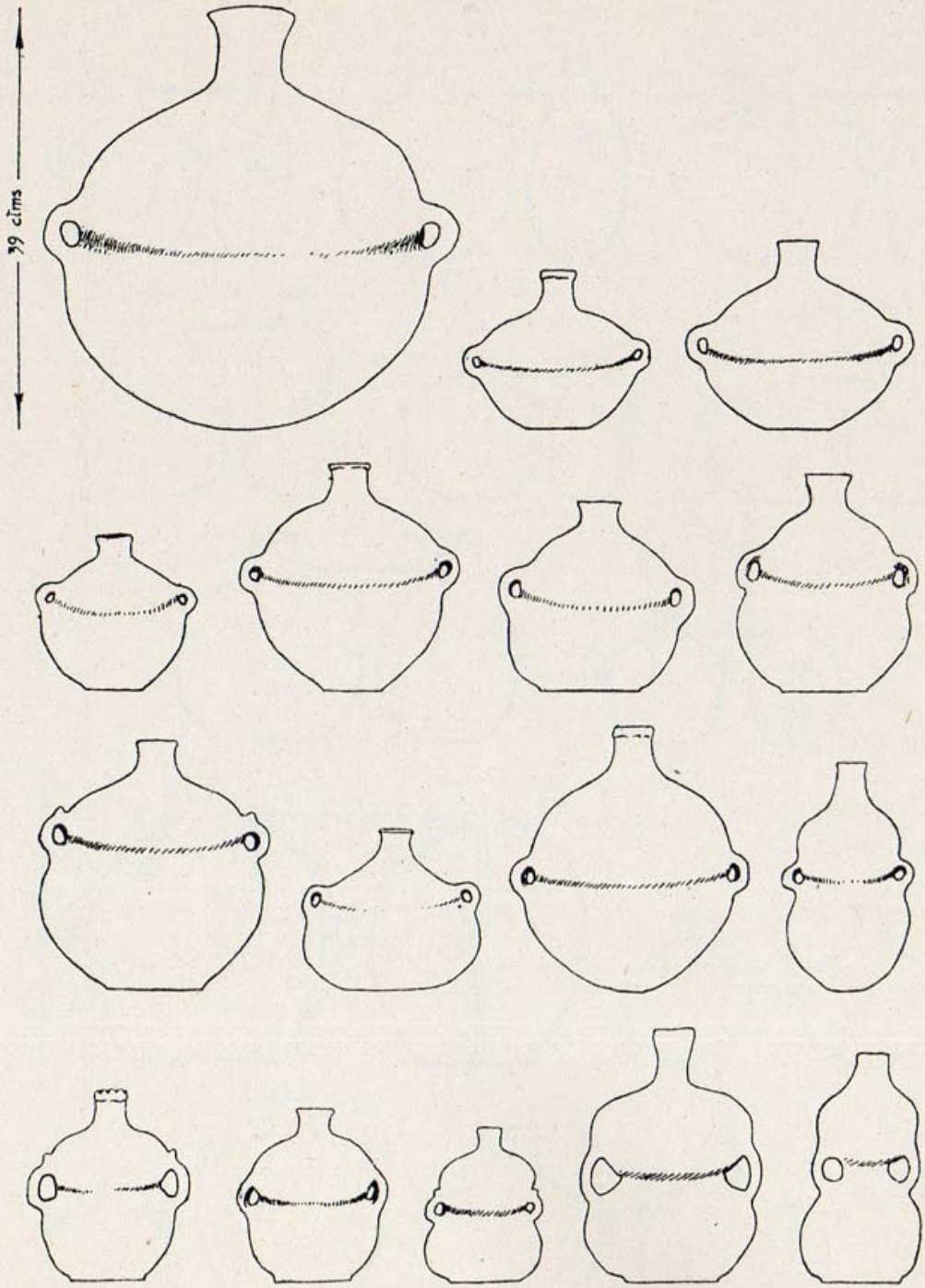
(Comunicación presentada en la sesión del 6 de octubre de 1943. Dibujos del autor).



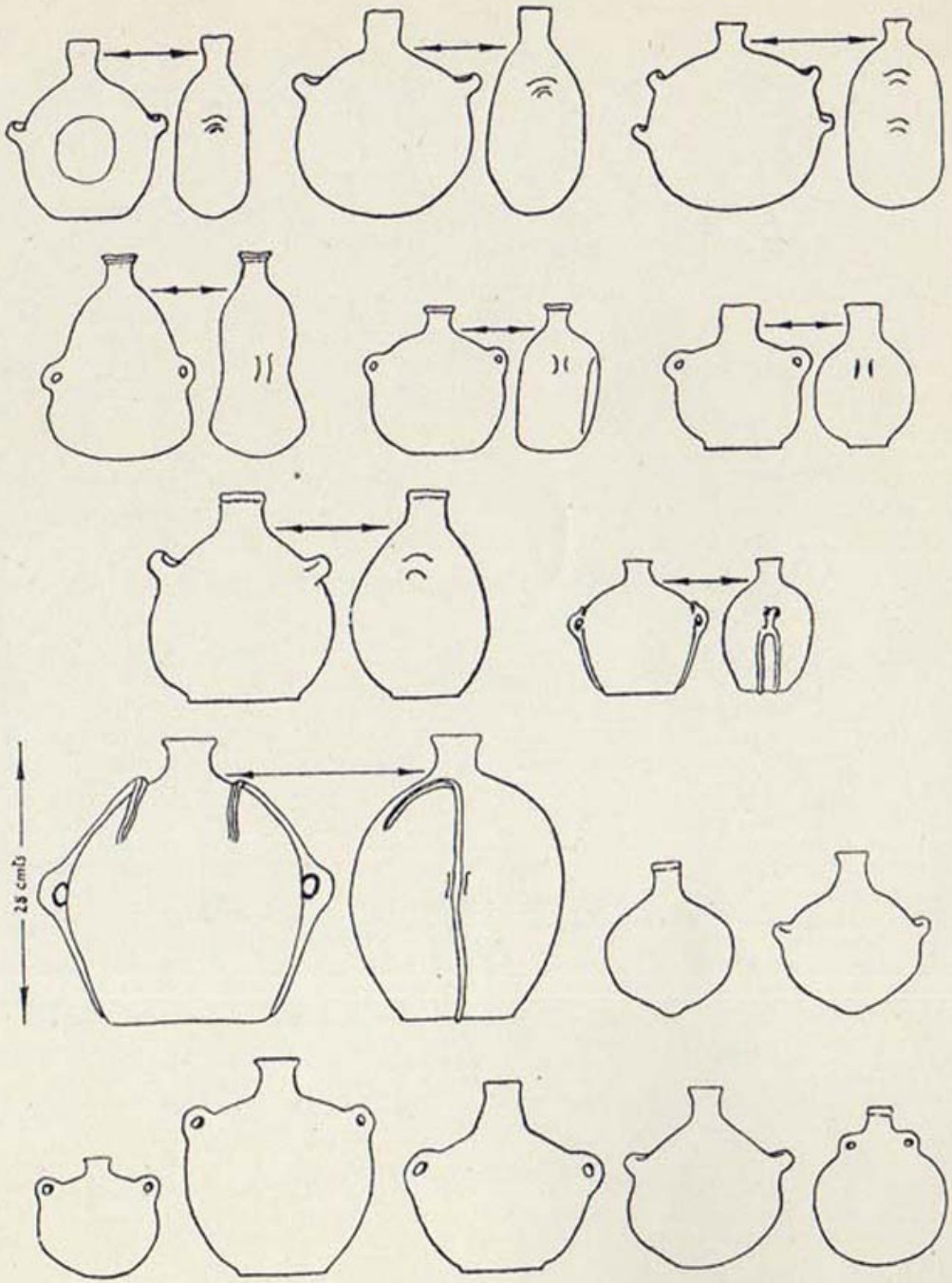
Vasijas chaqueñas.



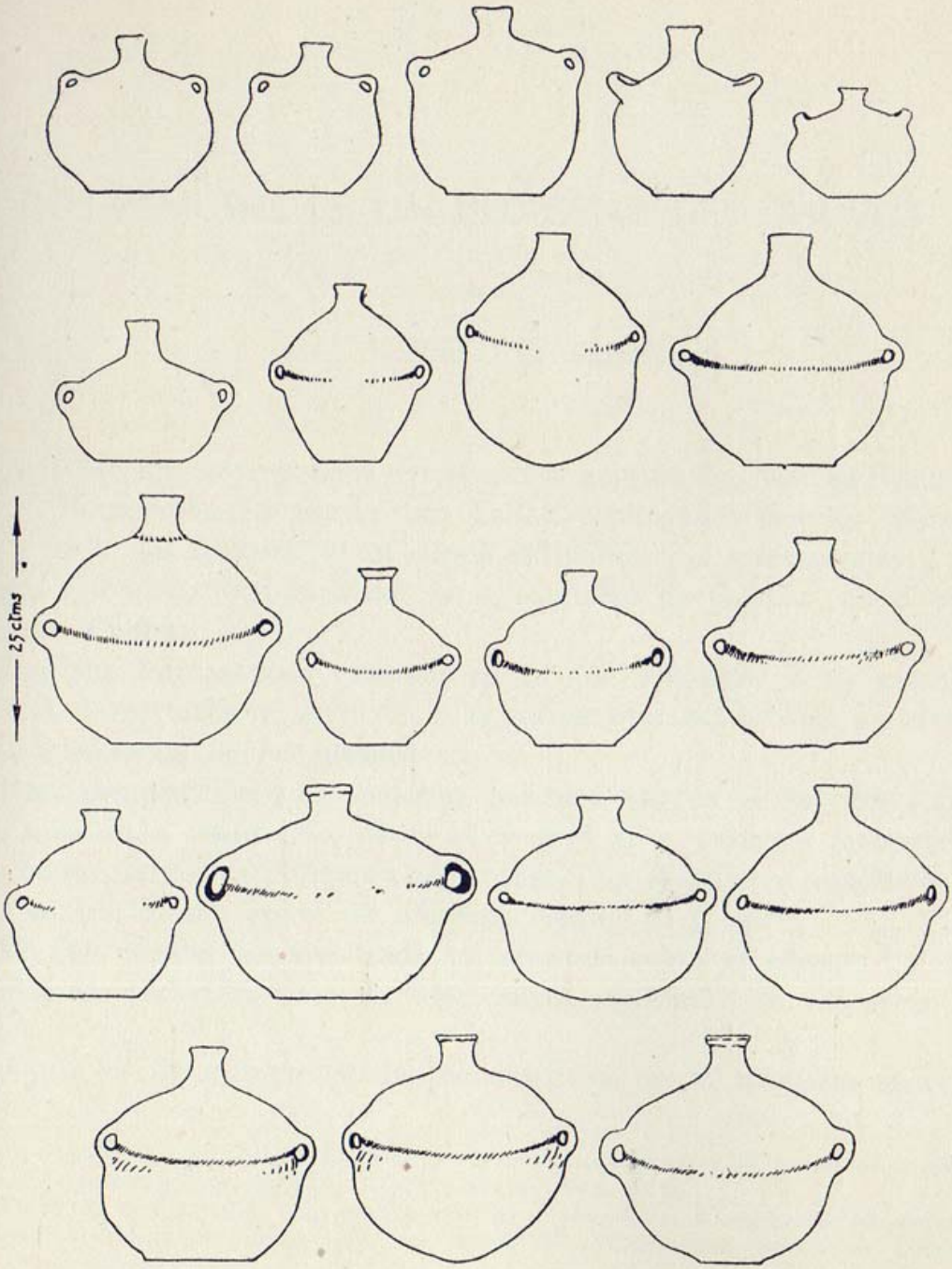
Diversos tipos de ollas chaquenses.



Diferentes tipos de botijos.



Diferentes tipos de botijos.



Diversas formas de la cerámica chaquense.

DOS FEMURES DE UN INDIGENA DEL CHUBUT

por

LUIS ALBERTO CHILLIDA

EN la Sección Antropología del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia" se hallan catalogados con los números 3888 y 3889, dos fémures de un mismo individuo, que corresponden a una antigua colección, y procedentes de la localidad de Gaimán, en el territorio del Chubut.

Por sus formas poco comunes en lo que concierne a su grosor y longitud, despertaron mi atención, y es por eso que decidí hacer un estudio morfológico-racial de los mismos.

Para comprenderlo, es menester recordar que en la Sección Antropología se están realizando, desde hace unos años, trabajos taxonómicos sobre huesos largos de indígenas argentinos. En el primero, aparecido en 1938, la Sra. Elena Scolni de Klimann estudió al fémur [1].

El que escribe, ha finalizado un segundo sobre el húmero [2] y está actualmente trabajando con la tibia, cuyos resultados se conocerán en 1944 [3].

Aquí, ha de aprovechar las conclusiones de la memoria sobre el

---

(1) ELENA S. DE KLIMANN, *Sobre las características del fémur en los varios grupos de indígenas argentinos*, en *Physis*, XII, 197-227; Buenos Aires, 1938.

(2) LUIS A. CHILLIDA, *Características métricas y morfológicas del húmero en los aborígenes argentinos*, en *Revista del Instituto de Antropología* de la Universidad Nacional de Tucumán, v. III, nº 1; Tucumán, 1943.

(3) LUIS A. CHILLIDA, *Estudio morfológico-racial de la tibia en los indígenas argentinos* (en preparación).

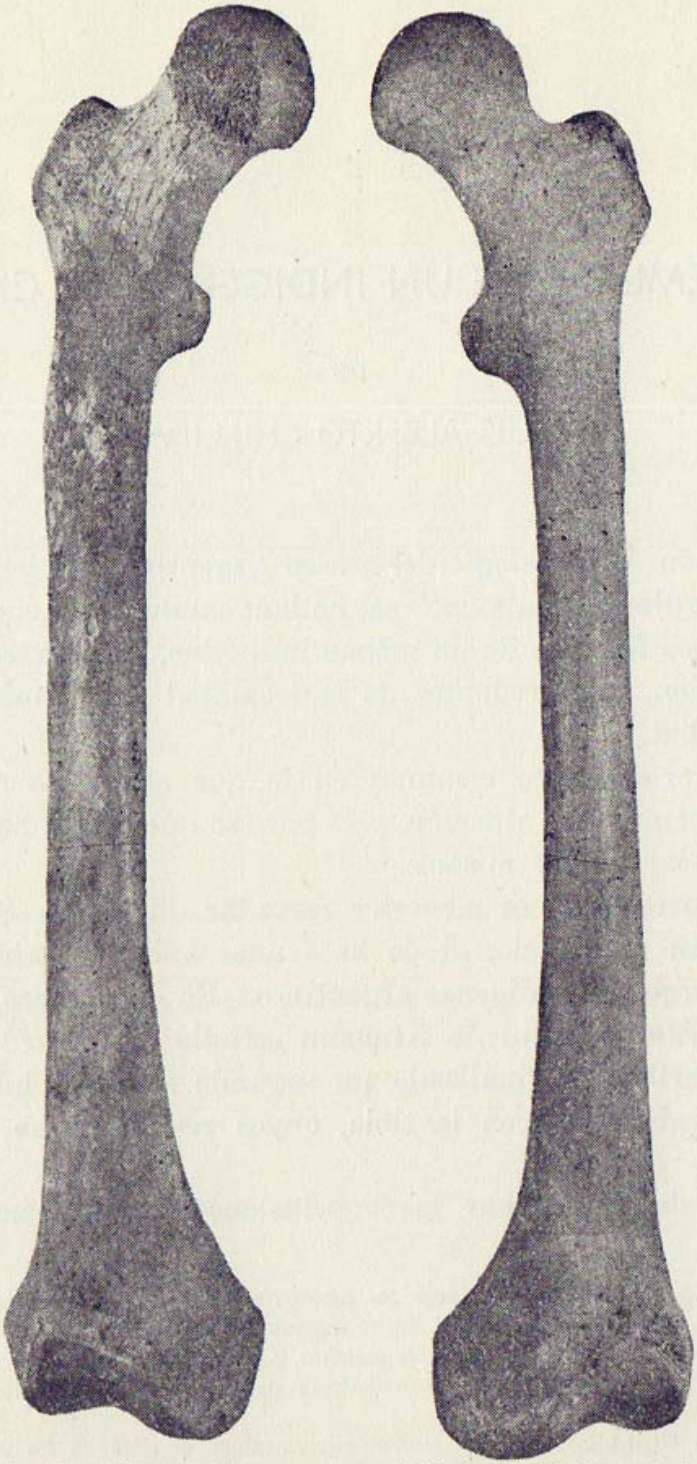


Fig. 1. — Los dos fémures, vistos de frente. 1/3 del natural.

fémur —cuya orientación ha de seguir— para estudiar a los dos fémures objeto de esta comunicación.

MORFOLOGIA

Los dos fémures son de características similares; por lo tanto, la descripción casi en su totalidad puede referirse a uno sólo.

Robustos, confirmado por los índices de espesor y de robustez.

La cabeza —*caput femoris*— voluminosa y esférica, con la fosilla de inserción del ligamento redondo —*fovea capitis*— grande, pero poco excavada.

El cuello anatómico, *collum femoris*, grueso y corto.

Trocánter mayor —*trochanter major*— bien desarrollado, algo fracturado en los dos huesos.

Trocánter menor —*trochanter minor*—, grande.

Cresta intertrocantérica, *crista hypotrochanterica*, relevada, más en el derecho que en el izquierdo.

La diáfisis gruesa, con mucha curvatura.

El agujero nutricio —*foramen nutricium*— en situación normal y algo más arriba en el izquierdo que en el derecho.

Borde posterior, *linea aspera*, poco marcado; más señalado en el derecho.

En la extremidad distal, el espacio poplíteo, *planum popliteum*, de gran superficie.

Epicándilos externos, *epicondylus lateralis*, e internos, *e. medialis*, salientes.

Cóndilos externos —*condylus lateralis*— e internos, *c. medialis*, voluminosos.

En la polea —*facies patellaris*— la garganta más pronunciada en el izquierdo.

La escotadura intercondilea —*fossa intercondyloidea*— bien excavada.

Los dos huesos presentan las superficies de inserción poco marcadas, por lo que se puede deducir que algunos músculos, entre ellos el *glutaeus maximus, vastus lateralis, vastus medialis, pectineus* y *adductor longus*,

respectivamente glúteo mayor, vasto externo, vasto interno, pectíneo y tercer adductor, estaban poco desarrollados.

LONGITUD MARIMA O MEDIAL DEL FEMUR

Izquierdo: 453
Derecho: 450 Promedio: 451,5 milímetros.

Los dos fémures están perfectamente identificados con los *Pámpidos*, especialmente con los grupos Toba, Chubut y Delta, cuyos promedios respectivos son: 448,5, 449 y 452. En cambio, no representan los más altos valores máximos de la longitud, ya que excepción hecha de Neuquén (414), Mataco (429), Chiriguano (430) y Fueguinos (Yámana, 445), son superados por los demás grupos, cuya máxima longitud la da un fémur Diaguita (500).

INDICE DE ESPESOR

$$\text{Index} = \frac{\text{Circunferencia del medio de la diáfisis} \times 100}{\text{Longitud del fémur}}$$

Fémur I: Circunf. med. diáf.: 103.— Long. fémur: 453.— Indice: 22,7

Fémur D: Circunf. med. diáf.: 103.— Long. fémur: 450.— Indice: 22,9

Promedio del izquierdo y del derecho: 22,8.

Los dos índices para los fémures izquierdo y derecho son elevadísimos, y solamente un fémur Diaguita en su valor máximo, los sobrepasó (25,1).

En cuanto al promedio, es superior a todos los encontrados para los aborígenes argentinos. La serie que más se acerca es la del Neuquén, con 21,7, pero es de recordar el valor medio exiguo de su longitud absoluta.

INDICE DE ROBUSTEZ

$$\text{Index} = \frac{\left(\text{Diámetro transversal del medio de la diáfisis} + \text{diámetro ántero posterior de la misma}\right) 100}{\text{Longitud del fémur}}$$

Fémur I:	Diám. transv.	32,5	
	„ ánt-post.	33.—	Indice: 14,5
	Long. fémur	453.—	
Fémur D:	Diám. transv.	32.—	
	„ ánt-post.	33.—	Indice: 14,4
	Long. fémur	450.—	

Promedio fémures I y D: 14,45.

Por el índice de robustez se colocan en segundo término con respecto a dos fémures, considerados en sus valores máximos, uno Diaguita y otro Yámana, 14,8 cada uno, siendo a su vez los tres superados por un fémur Humahuaca (16,8).

Su promedio de 14,45 es el mayor que se registra; no olvidemos —sin embargo— que se trata de un caso individual. Próximos a este valor se hallan los Chiriguanos (13,1) y los fémures del Neuquén (13), que se presentan con cifras parecidas, por sus bajas longitudes medias y que influyen sobre los índices de espesor y de robustez, aumentándolos.

INDICE MERICO

$$\text{Index} = \frac{\text{Diámetro sagital superior de la diáfisis} \times 100}{\text{Diámetro transversal superior de la diáfisis}}$$

Fémur I:	Diám. sag. sup. diáf.	34,5	
	„ transv. íd.	40.—	Indice: 86,3
Fémur D:	Diám. sag. sup. diáf.	34.—	
	„ transv. íd.	42.—	Indice: 81.—

Promedio fémures I y D: 83,7.

De acuerdo a la terminología de R. Lehmann-Nitsche [1], que reemplazó la nomenclatura de L. Manouvrier [2]:

---

(1) R. LEHMANN-NITSCHE, *Ueber die langen knocken der südbayerischen Reihengräberbevölkrung*, en *Beiträgen zur Anthropologie und Urgeschichte Bayerns*, XI, 3-4; München, 1895.

(2) L. MANOUVRIER, *Etude sur les variations morphologiques du corps du fémur dans l'espèce humaine*, en *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, serie IV, IV, 111-114; Paris, 1893; L. MANOUVRIER, *La Platymérie*, en *Congres International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique*, 363-381; Paris, 1899.

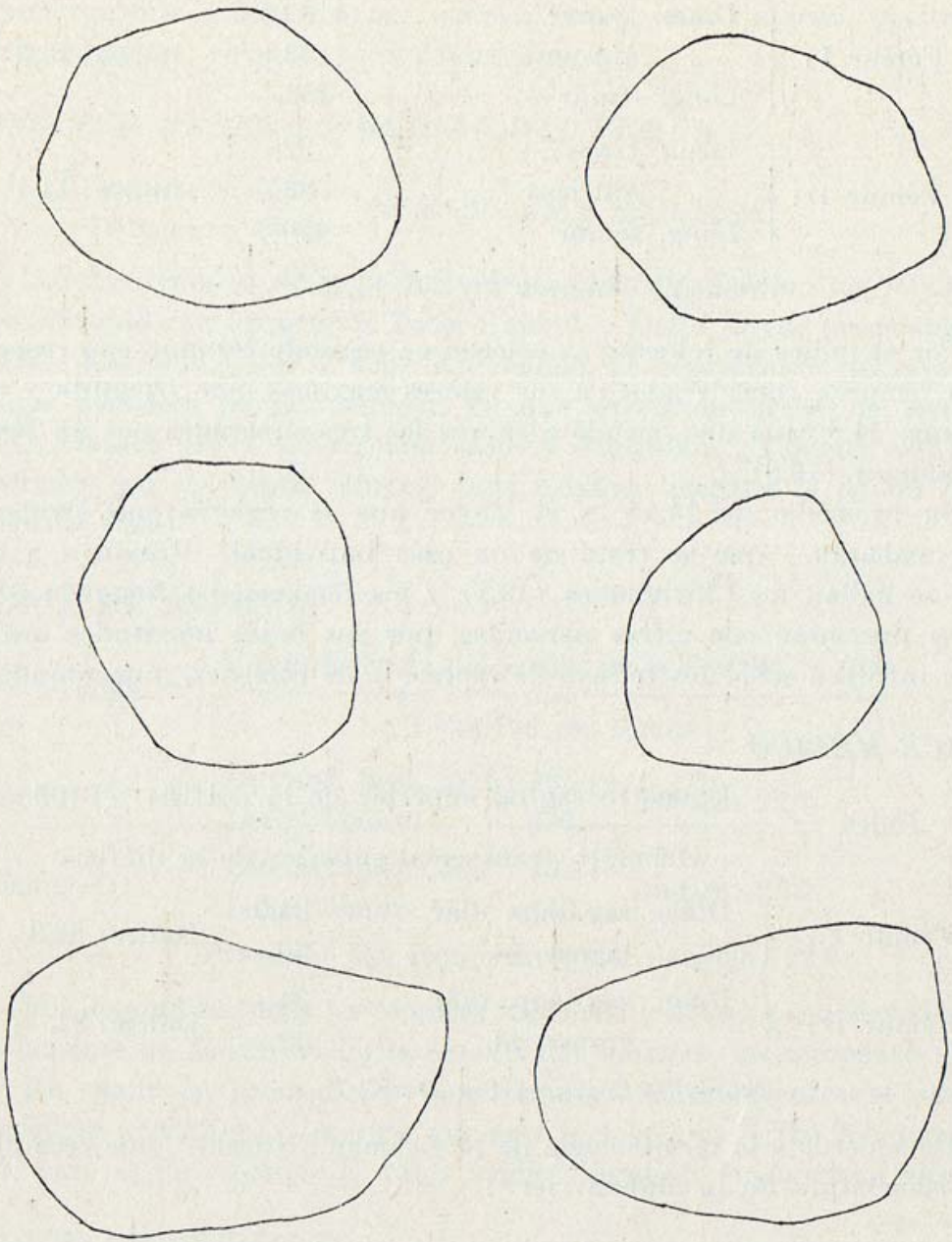


Fig. 2. — Secciones de los dos fémures a la altura de los índices mérico, pilástrico y poplíteo.

Las de la izquierda son del fémur derecho, correspondiendo el borde izquierdo de cada perfil a la cara externa, el anterior a la cara anterior y el derecho a la interna o *medial*.

Las secciones de la derecha pertenecen al fémur izquierdo; el borde derecho, cara externa; el anterior, cara anterior, y el izquierdo, cara *medial*.

x a 79,9: Platimería
80 a 99,9: Eurymería
100 a x : Estenomería

los dos fémures son eurymércos.

Según la escala de R. Martín [1]:

x a 74,9: Hiperplatimería
75 a 84,9: Platimería
85 a 99,9: Eurymería
100 a x : Estenomería

el fémur izquierdo es eurymérico y el derecho platimérico.

Los guarismos de este índice se sitúan en un término medio, entre las extremas 109,3 (Chubut) y 62,5 (Yámana).

Promedios próximos a 83,7: Andidos y Pámpidos.

INDICE PILASTRICO

$$\text{Index} = \frac{\text{Diámetro sagital del medio de la diáfisis} \times 100}{\text{Diámetro transversal del medio de la diáfisis}}$$

Fémur I: Diám. sag. med. diáf. .... 35.—
„ transv. íd. ..... 31.— Indice: 112,9

Fémur D: Diám. sag. med. diáf. .... 33.—
„ transv. íd. ..... 33.— Indice: 100.—

Promedios fémures I y D: 106,5.

INDICE POPLITEO

$$\text{Index} = \frac{\text{Diámetro sagital de la diáfisis inferior} \times 100}{\text{Diámetro transversal de la diáfisis inferior}}$$

Fémur I: Diám. sag. diáf. inf. 34,5
„ transv. íd. ..... 47.— Indice: 73,4

(1) R. MARTÍN, *Lerhbuch der Anthropologie*, 1045; Jena, 1928.

Fémur D: { Diám. sag. diéf. inf. ..... 33.— / „ transv. íd. ..... 49.— } Indice: 67,3

Promedio fémures I y D: 70,3

Los índices pilástricos y poplíteo, no aportan ninguna cifra desconocida para los indígenas argentinos. Sólo se debe destacar que este último índice se muestra muy coherente con los Pámpidos, excepción hecha de la serie del Delta del Paraná.

ANGULO DE TORSION

Fémur I: 27°
„ D: 28° Promedio: 27° 30'

Los dos fémures presentan la torsión bastante acentuada y su promedio es uno de los más elevados que se conocen para un solo individuo.

ANGULO CONDILO-DIAFISARIO O DE BUMULLER O DE DESVIACION

Fémur I: 12° 30'
„ D: 9° Promedio: 10° 45'

ANGULO CUELLO-DIAFISARIO

Fémur I: 125°
„ D: 124° Promedio: 124° 30'

Los valores de los dos ángulos se colocan en posición intermedia con respecto a los términos extremos obtenidos en la memoria ya citada, sobre el fémur.

Cabe señalar solamente que el promedio del ángulo cóndilo-diafisario en los dos huesos, en los Pámpidos y en los Fueguinos, son muy semejantes.

TALLA

Aproveché las medidas absolutas de la longitud femoral para deducir la talla, según el trabajo de Manouvrier [1].

(1) L. MANOUVRIER, *La détermination de la taille d'après les grands os des membres*, en *Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 2e. série, IV, 347-402; París, 1893.

Es oportuno recordar las observaciones que se hicieran en el trabajo sobre el húmero [1], y en el que se expresaba la necesidad de confeccionar coeficientes americanos para los huesos largos.

Asimismo señalaré que, en la imposibilidad de determinar el sexo, he considerado alternativamente a los dos fémures como masculinos y femeninos, y hallado después el promedio.

Fémur I

Longitud total: 453.

Si fuera masculino, según las tablas de Manouvrier, que reproduce Testut [2], para

453 corresponde una talla de 1677

y restando 20 mm. (rigidez *post-mortem*)

1657 Talla del viviente.

Si fuera femenino:

453 : 1640

— 20

1620

Promedio para el fémur izquierdo de las tallas masculinas y femeninas: 1638,5.

Fémur D

Longitud total: 450.

Individuo masculino:

450 : 1672

— 20

1652

Individuo femenino:

450 : 1630

— 20

1610

Promedio para el fémur derecho de las tallas masculinas y femeninas: 1631.

Promedio de la estatura de los dos fémures: 1634,8.

---

(1) CHILLIDA, *Características métricas y morfológicas*, etc., cit., 30.

(2) L. TESTUT Y A. LATARJET, *Tratado de Anatomía Humana*, I, 4-5; Barcelona-Buenos Aires, 1943.

Este valor, más exiguo que el hallado para los Pámpidos, encuentra su explicación en que en el trabajo sobre el fémur se consideró a los huesos como masculinos, lo que no ha sucedido en éste.

VARIEDADES DEL FEMUR

El tercer trocánter, *trochanter tertius*, poco definido. La cresta hipotrocantérica, *crista hypotrochanterica*, bien rugosa. Fosa hipotrocantérica, *fossa hypotrochanterica*, excavada moderadamente.

CONCLUSIONES

Las observaciones que nacen del análisis métrico y morfológico se pueden resumir así:

1) La longitud medial, los índices mérico, pilástrico y poplíteo y los ángulos cóndilo-diafisario y cuello-diafisario, no han aportado cifras desconocidas y se ubican con facilidad dentro de las ya obtenidas.

2) Los índices de espesor y de robustez y el ángulo de torsión, han dado guarismos que justifican el trabajo realizado:

a) El índice de espesor en su valor máximo alcanza cifras muy altas, sólo superadas por un fémur diaguita (25,1). En cuanto al promedio individual, es el mayor que conozco.

b) El índice de robustez es también muy elevado, y entre los fémures del territorio argentino, solamente 3 lo aventajan, con 14,8, 14,8 y 16,8 (Diaguitas, Yámana y Humahuaca, respectivamente). Su promedio sobrepasa a todos los casos individuales conocidos.

c) La torsión sumamente elevada e individualmente uno de los mayores promedios registrados para fémures (27° 30').

3) La colocación de los dos fémures en el grupo racial Pámpidos, según la clasificación de E. von Eickstedt [1] y J. Imbelloni [2], que, *prima facie*, le asigna su procedencia, se ha visto confirmada, con pocas variaciones, con los valores coherentes con aquel sector racial que se obtuvieron para las distintas medidas lineales y angulares.

---

(1) E. VON EICKSTEDT, *Rossenkunde und Rassengeschichte der Menschheit*; Stuttgart, 1934.

(2) J. IMBELLONI, *Le genti indigene dell'America*, en *La razze ed i popoli della Terra*; Turín, 1941.

(Comunicación presentada durante la V^a Semana de Antropología en la sesión del 17 de noviembre de 1943.)

EL P. FLORIAN PAUCKE Y SU LIBRO, JUZGADO POR SU TRADUCTOR

por

EDMUNDO WERNICKE

EL Instituto Antropológico de la Universidad Nacional de Tucumán, junto con la Institución Cultural Argentino-Germana, está dando a la publicidad la traducción de las 1146 hojas manuscritas y las 110 láminas de dibujos coloridos del Padre Paucke, cuya reproducción fotoscópica fué costeada por el Sr. Ricardo W. Staudt.

Esta traducción viene a ser, en realidad, la primera edición completa de dicha obra, y era conocida en Alemania, sólo parcialmente, como también entre nosotros; debiendo hacerse notar que corresponde el mérito de su conocimiento en la bibliografía argentina al Rev. Padre Guillermo S. Furlong, S. J.

Voy a hablar sucintamente sobre el libro, su autor y el contenido, según la traducción que he hecho. Paucke llegó al país en 1749, ya ordenado sacerdote, terminó su tercer año de prueba en Córdoba y pasó luego a la reducción de San Javier (Santa Fe). En 1767, a raíz de la expulsión de la Sociedad de Jesús volvió a Europa. El forma, con los jesuítas Falkner, Dobrizhoffer y Sánchez Labrador, un digno cuarteto de relatores de esa época, pero se distingue de aquéllos por haber actuado siempre en una misma reducción, aunque ha escrito su libro en el año 1778, casi simultáneamente con los de los citados jesuítas coetáneos.

La traducción ha sido lo más textual posible, subordinando su redacción a la más estricta verdad. Está destinada a servir de campo de inves-

tigaciones para los estudiosos, por cuyo motivo las notas se limitan al orden etimológico salvo contadísimas excepciones.

No se posee el original de puño y letra de Paucke, sino sólo las copias encargadas por él, y, al parecer, es obra trunca, como se comprueba por diversas alusiones a temas no aparecidos luego y, a la inversa, por la inserción en el contexto de unos dibujos de la vida campera sin relación con lo tratado.

Un análisis sintáctico analógico y ante todo semántico, así como la comparación con los escritos de otros autores coetáneos de la misma habla, evidencian que la obra, si bien escrita en idioma alemán, parece pensada en otra lengua, probablemente en checo.

El texto evoca un ambiente internacional, de luchas pero no de odios profundos entre las naciones. Unicamente al referirse a las masas portuguesas nos pinta la profunda inquina de este pueblo contra España.

Historiográficamente podemos calificarla como una pequeña, casi familiar historia de la acción misionera, que nos descubre los pormenores favorables o contrarios en las relaciones entre gobernadores y obispos, entre los militares y los procuratores jesuítas, entre estos últimos y los misioneros destacados en las reducciones, como también hace luz sobre las intrigas por parte de los comandantes, los comerciantes y el populacho al establecerse una reducción.

Somos un traductor y no un panegirista. Hallamos en la obra el inconveniente de callarnos las fechas ciertas e indicar luego por antonomasias a los colegas jesuítas de valer. Otra flaqueza humana encontramos en atribuirse como iniciativas propias ciertos procederes que podrán haber sido iniciales en el lugar, pero que decenas de años y, a veces, hasta uno o dos siglos antes ya eran empleados por la Compañía en otras partes. Entre otros citaré la atracción del indígena por el uso de la yerba paraguaya y la enseñanza de la música.

Hombre preparado conforme al plan de estudios del Colegio de Jesuítas, y también inclinado a ciertas investigaciones, no parece haber llegado a la altura de los otros tres citados escritores, o por lo menos no ha ampliado posteriormente sus estudios como ellos.

Por el R. P. Furlong ya nos es conocida la actuación de Paucke

como misionero. Llevamos la impresión que sin dejar de desear ardientemente convertir la mayor cantidad de indígenas posibles le atraía, a la vez, la acción administrativa, la labor agrícola y ganadera, y éstas fueron, a su vuelta a Europa, su gran preocupación.

Se hallaba convencido de tener que quedar por siempre entre sus indios y llegar a ser un mártir de la fe. Por otra parte, creía que, gracias a la Providencia Divina, todo misionero estaba a salvo del peligro de ser devorado por un tigre, envenenado por una serpiente o fulminado por un rayo.

Conforme al concepto básico de la acción civilizadora de la Compañía, consideraba a los indígenas unos grandes niños necesitados de una continua dirección en lo espiritual y material. Los declara dotados de inteligencia para toda obra imitativa, pero carentes de fuerza creadora. Mas luego se contradice varias veces por compararlos con ventaja con los campesinos europeos.

Habitante en San Javier, llama la región entre este río y el Paraná su *isla*, aunque ésta se hallaba dividida por diversos arroyos. Nos da aportes de valor geográfico descriptivo sobre el río Paraná y sus contornos. Sus aportes fitogeográficos arrojan mucha luz sobre la propagación de los vegetales tanto expontáneamente como por mano del hombre en muchos lugares de aquella provincia santafesina, e igual cosa ocurre en el campo zoogeográfico. Con clarividencia deja entrever todas las posibilidades económicas sobre esa parte de nuestro suelo.

La historia del cultivo de la yerba paraguaya, de la cochinilla y del tabaco merecen su especial atención, a la par de otros trabajos rurales. Informaremos, de paso, que él nos describe —como ya existente en 1760, en Santa Fe— el abuso de fumar cigarros de hojas y cigarrillos de papel por los españoles-americanos, costumbre que causó el cambio de acepción de la voz de "vicio" en sinónimo de una "necesidad de una provisión". Mientras tanto en Europa esta manera de fumar no cundió —excepto la península ibérica— en ninguna parte del continente, y las fábricas de cigarros de hoja debían de cerrar sus puertas según sabemos allá en 1798.

En cuanto a sus láminas de flora y fauna, llaman poderosamente la atención por la retentiva de sus caracteres específicos a través del tiempo

(pues Paucke fué despojado por las autoridades del Plata de todos sus papeles), particularmente en las de las aves, según manifestación del director del Museo de Ciencias Naturales, Dr. Martín Doello Jurado.

Paucke poseía bien el castellano, según sus observaciones etimológicas y una consulta nuestra a sus cartas, existentes en el Archivo General de la Nación.

En el texto encontramos un abundante acervo de vocablos y de muchas frases y oraciones de la lengua mocobi. Si bien Paucke declara haber una similitud entre los idiomas abipón, jaucaniga y mocobi, sólo hemos podido dar con un parcial parecido morfológico, pues salvo una que otra voz no hallamos ninguna semejanza radical en el léxico respectivo. Habíamos pensado formar un vocabulario de cinco lenguas, mas por ello hemos desistido. Estas observaciones del misionero no poseen mucha consistencia, pues Paucke no aprendió el abipón, como Dobrizhoffer no aprendió el mocobi, si bien fué antecesor de Paucke en San Javier.

Por los datos de estos dos misioneros podemos decir que la obligada reunión, en la ciudad de Cádiz, de tantos jesuítas traídos desde toda la América hispana, había establecido un verdadero congreso de jesuítas y, por ser todos ellos ex misioneros, de antropólogos americanistas, de cuyas conversaciones hallamos de continuo los rastros en aquellas obras.

La obligada vuelta a Europa produjo también unas divergencias entre los jesuítas españoles y los jesuítas americanos, a quienes Paucke, con cierto encono, califica de criollos.

Agregaremos que Paucke siempre se muestra fiel al rey de España. Con sus indios y soldados españoles asistió a 35 combates contra los indígenas paganos. Describe magistralmente las dificultades de la guerra contra el salvaje. Pese a su escasez de armas de fuego, enseñó a los indios su manejo, así como las maniobras militares, de a pie y a caballo, en orden cerrado y abierto. Fué, sin duda, un hombre de valor, y su reducción resultó un valladar de protección para la ciudad de Santa Fe.

Si bien han abundado los músicos entre los misioneros jesuítas, Paucke, según varios testimonios, fué no sólo un virtuoso, sino también un excelso compositor de música eclesiástica. Tras haber sido invitado a concurrir a Buenos Aires, para hacer oir su orquesta india en las iglesias, pudo

apenas librarse del compromiso de tener que permanecer en esta ciudad, tan amante, desde entonces, de la música buena.

La historia de la medicina y de los elementos terapéuticos empleados por los indígenas encuentran abundante material en la obra de Paucke.

Paucke se destaca entre los escritores misioneros por la preferente atención prestada a todos los manjares que encontrara en los diversos países que él cruza. Registró en su copioso manuscrito su sabor y su preparación. Cuanto elemento en flora y fauna encontrara fué probado y ensayado personalmente por él, para ver las posibilidades de usarlo en la alimentación humana. En este sentido ningún misionero le iguala.

Si la traducción busca presentar elementos de estudio a los hombres de ciencia argentina, podemos decir que ella ya está dando frutos, pues en el nº 2 de la revista de Dietología, el Director del Instituto Nacional de la Nutrición y eminente médico dietista Dr. Pedro Escudero, ha tomado datos de Paucke para un estudio dietológico de la alimentación de las poblaciones rurales argentinas hacia 1750. Como uno de los prohijadores de la edición de la obra de Paucke, agradecemos las palabras de elogio que nos dispensa.

Corresponde estimar al libro de Paucke como una acabada corografía de la tierra santafesina y del sur chaqueño, alrededor de 1760, y en ese sentido me permití pronunciar una comunicación en la Semana de Geografía de 1942, en el Rosario. He ahí, a muy grandes rasgos, una tentativa de aludir a la obra de Paucke. Parafraseando las palabras de un historiador germano sobre Ulrico Schmidt y la bibliografía argentina, podemos decir también hoy: A Paucke lo conocen mejor en la Argentina que en su propia patria alemana, y esto es natural, porque el texto es esencialmente argentino.

(Comunicación presentada durante la Vª Semana de Antropología, en la sesión del día 17 de noviembre.)

LA ACUARELA COMO MEDIO DE EXPRESION DEL INDIO DEL CHACO

(Un experimento sobre la sensibilidad artística del indio)

por

ANA BIRÓ DE STERN

PREOCUPADA por los aspectos artísticos de la etnografía indígena —y especialmente en lo que se refiere a los indios del Chaco— me he propuesto efectuar un viaje de estudios en la región noroeste del Chaco argentino con la exclusiva finalidad de ampliar mis estudios al respecto. Durante mi larga permanencia entre los indios Matacos que viven agrupados en las distintas misiones anglicanas de la región, he tenido oportunidad de cumplir parte de mis propósitos, uno de los cuales —lo que expondré en este trabajo— se refiere a la reacción del indio frente a una técnica artística desconocida para él. La técnica es la acuarela y el objeto de esta exposición será el trabajo de un joven indígena Domingo Méndez de unos 25 años de edad, recientemente incorporado en la vida de la misión. Hago mención de que todos o casi todos los indios han reaccionado frente a esa técnica nueva de idéntica manera, y la elección de los trabajos de Domingo obedece sólo al hecho de que poseía una habilidad más acentuada en el dibujo, habilidad que da a sus producciones un valor artístico más elevado.

Conociendo el gran sentido realístico del indio, su capacidad de observación aguda, era lógico suponer que el empleo del color agregaría otro elemento con lo cual su producción artística se acercaría, aun más,

a la copia fiel del modelo. Sin embargo, no ocurría así, y el indio en vez de empeñarse en aplicar el color natural de los objetos, se apartó por completo de la realidad, utilizando lo más arbitrariamente los colores, pintando ciervos verdes, pumas azules, etc. Este es un dato importante que puede servir para un estudio comparativo de los dibujos de los primitivos y de los niños, ya que el niño emplea los colores en una manera muy parecida. Carecía yo de esta observación al tratar este problema en un trabajo anterior (1) Sin embargo, no debe pensarse que para el artista indio es indiferente el color a emplearse. Varias veces se observa —como p. e. en el tronco del árbol de la escena Nº 3— que el indio empieza a pintar con un determinado color —en este caso con el marrón, perfectamente razonable, tratándose del tronco de un árbol— pero de repente cambia de parecer y repinta con otro color lo pintado —con el azul en este caso— que no tiene nada que ver con el color natural del objeto, pero que estará más al gusto del artista.

Un detalle interesante es que el indio no siente la necesidad de distinguir el color de las distintas partes de un objeto. En las figuras humanas p. e., la cara, los brazos, las piernas tienen el mismo color que la vestimenta o las armas —arco y flecha— o bien los palos, bultos, cacharros, en fin, todo lo que ocasionalmente está llevando el modelo, excepción hecha de los ojos, que siempre están distinguidos con otro color. No se presenta, pues, para él, el problema de la insinuación de la materia.

En cambio, el empleo del color hace despertar en él el deseo de expresar, aunque sea en forma muy primitiva, el volumen de los cuerpos. Es bien conocido que el indio se contenta en sus dibujos a dar el contorno de la figura y los detalles característicos del animal, con un realismo verdaderamente sorprendente. El empleo del color le induce a ver y reproducir el bulto, aun en perjuicio de los mencionados detalles, que muchas veces pierden, al cubrir con la pintura el objeto. Cree alcanzar la representación del bulto con rellenar por completo al contorno, sin llegar por supuesto a modelar la forma con la ayuda de los distintos tonos del mismo color.

---

(1) ANA BIRÓ DE STERN, *Dibujo primitivo y dibujo infantil*, en *Humanidades*, XXVI, 447-475; La Plata, 1938.

Influye la acuarela el interés temático del indio también. Por intermedio del dibujo prefiere reproducir el reino animal que él tan bien conoce y en especial, se preocupa en representar los animales con cuya carne se alimenta. El empleo de la acuarela ensancha enormemente el horizonte de su interés artístico, incluyendo en su temática en primer lugar al hombre y lo que es más extraño aún al reino vegetal también, completamente descuidado en sus dibujos.

Pero hay un detalle más sorprendente todavía. Y es que descubre la posibilidad de la ilustración de escenas vividas memorables y aun triviales de su vida y la reproducción gráfica de sus cuentos y leyendas que sólo viven en su imaginación. Llega así a través del empleo de la técnica de la acuarela hasta la misión verdadera del plástico: en lugar de copiar lo existente, compone verdaderos cuadros, con pocos o muchos personajes, con animales, con plantas, con chozas y aun con seres sobrenaturales. Hasta llega a expresar con actitudes, gestos, etc., verdaderos estados de ánimo.

Pasemos revista ahora a algunos dibujos y composiciones del mencionado artista indígena:

La lámina I representa la plaza de la toldería durante una fiesta. Ahí están los músicos, pintados en rojo con fajas verdes, tocando el tambor —el "pim-pim" según me explicó Domingo. Una persona atenta y generosa, llevando en sus manos un cántaro y una calabaza, les convida con la chicha. En el centro de la plaza hay una gran batea amarilla, llena con chicha, a cuyo alrededor están sentados cinco personajes con sus respectivas calabazas, todos pintados en negro. Aquí se presentó al artista el problema de insinuar la posición de estar sentados estos personajes. Lo resuelve pintando sólo la parte superior del cuerpo, ya que según él, en esta posición, la parte inferior del cuerpo no se ve. Ahora hay tres bailarines más lejos todavía dando las espaldas a los bebedores. ¿Cómo señalar la lejanía y la posición de estos bailarines? Otro problema resuelto ingenuamente por el artista indígena en la siguiente manera: El artista se traslada al otro lado de la plaza y de allí se sitúa en frente de los bailarines y los reproduce en su hoja. Quedan así marcados: la distancia, y la dirección de los bailarines referente a los demás personajes de la escena. Las chozas de color marrón y de forma de colmena cierran los cuatro lados de la plaza.

Estos y los cacharros diseminados en el suelo corresponden al aspecto real de las tolderías.

Las cabezas humanas tienen forma esquematizada: hocicos largos, inverosímiles, provistos de un solo ojo. Raro es la cabellera flotante. Uno se inclinaría a creer que sería adorno de pluma, pero observando los cuadros siguientes con temas triviales, nos convencemos que probablemente no es otra cosa que cierto amaneramiento de pintar los cabellos. Entre todos los cuadros se destaca éste, por su complicada composición y por la variedad de sus colores que hacen de él un conjunto armonioso y bello.

La lámina II, pintada íntegramente en azul, ilustra la siguiente historia, que repetiré tan esqueléticamente como me la ha contado Domingo: "Dicen los antiguos que un hombre se fué con su mujer al monte. De repente se encontró con un tigre que lo mató. Su mujer subió a un árbol y tan brava que era, que con la lanza de su marido dió muerte al tigre". Ahora bien, a pesar de que en el cuento figuran el marido y la mujer, la ilustración muestra sólo la hazaña de la mujer en dos escenas. La primera, situada a un costado de la hoja, demuestra a la mujer que en actitud desesperada tira las llicas al suelo, gesticulando con sus brazos. La segunda escena ocupa el centro de la hoja y cuenta la escena en que la mujer perseguida trepa al árbol llevando la lanza de su marido muerto, con la cual hiere en el pecho al tigre, que la acosa. Llama la atención que la figura del tigre es la que está trazada con más cuidado. No sólo es la imagen real del animal, sino abunda en detalles descriptivos referentes al cuento, como p. e., las fauces abiertas por su rugido feroz, la panza abultada, escondiendo su víctima, etc. En cambio el árbol y las figuras humanas están representadas descuidadamente, faltos del realismo consabido de los dibujos indígenas.

En la lámina III está ausente todo sentimiento heroico. Cuenta la historia de un hombre que subió a un árbol en el monte y empezó a tirar pichones de pájaros para su mujer, para que ésta los juntara. Pero la mujer se los comió todos. Cuando el hombre se bajó del árbol y no encontró ninguno, se enojó mucho con su mujer. Ahí está el árbol —esquemático, desnudo, con sus raíces en el aire— cargado con nidos de pájaros. El hombre está encaramado arriba sobre las ramas des-

nudas y su mujer esperando a los pichones en el pie del árbol. Todo está pintado en azul y muy someramente, sintetizando apenas los elementos más necesarios para la comprensión de la escena. A pesar de que la historia nos parece trivial, no debe dejar de ser un hecho memorable en la vida diaria del indio, por el comportamiento excepcionalmente egoista de la mujer, tan fuera de la costumbre entre los indios del Chaco.

Narra una historia extraña la lámina IV. Dice Domingo que en tiempos anteriores un hombre tenía muchos árboles. Una noche llegó mucha gente para comer la fruta. Uno de ellos trepó al árbol para tirar la fruta. Pero un bicho estaba vigilando en el cerco y con sus gritos dió parte del robo al dueño y entonces los extraños visitantes no podían comer la fruta. ¿Y quiénes son estos ladrones? Según Domingo se trata de seres sobrehumanos, una especie de fantasmas, que han desaparecido sin dejar rastro alguno.

Ahora bien, técnicamente al intentar ilustrar este cuento, el indio se encontró frente a problemas que por cierto sobrepasaron a sus habilidades plásticas. Pero trató de resolverlos utilizando su ingenio y su lógica pintoresca.

Veamos de qué manera trató de solucionar las cuestiones de la perspectiva: En primer lugar descompuso la escena en distintos planos, y luego los combinó en una sola hoja. Procedió así: Primer plano: los ladrones, pintados de perfil de a tres frente a frente, en la parte más inferior de la hoja. Segundo plano: el árbol con el ladrón encima. Debido a que el árbol está más alejado del observador que los ladrones, forzosamente debe estar dibujado sobre ellos, para marcar la distancia. Y así procede el artista indio, pintando el árbol esquelético y de ramas desnudas, con las raíces en el aire, encima de los seis ladrones. Interesante es que el ladrón que está sobre el árbol no tiene piernas; insinúa así el artista, como ya hemos visto anteriormente, su posición sentada. Ahora los objetos laterales: el cerco y el bicho. El cerco está construído de plantas. El artista, usando el procedimiento ya descripto anteriormente, se traslada primero al lado izquierdo y después al lado derecho y pinta de ambas posiciones de frente su cerco. En esta forma las plantas del cerco están, diríamos, acostadas sobre el plano primitivo. Interpretando de esta manera, la composición, que a primera vista parece algo confusa, se aclara

y se torna perfectamente lógica. Claro está, que según la concepción ingenua del artista indígena.

En la lámina V hay una notable escena de combate. Dos figuras, situadas frente a frente, pintadas en azul y ataviadas en sus cabezas con un gran ornamento de plumas rojas, provistas, además, de arco y flecha, están dispuestas al combate. Interesante es el detalle del conjunto de flechas que lleva cada individuo en un invisible carcaj, que hace recordar a algunas figuras rupestres de Córdoba, publicadas por Gardner.

Entre las pequeñas escenas se destaca la figura del indio que está juntando miel de abeja silvestre. La escena está totalmente pintada en verde. Las abejas vuelan, alborotadas, alrededor de la cabeza del recolector, que sin intimidarse, sigue golpeando con un palo despiadadamente la colmena que, de forma característica, cuelga de un árbol, como un fruto extraño (lámina VI).

Etnográficamente exacta es otra de las escenas representadas: la de la pareja en marcha. El hombre va adelante, sin más carga que su arco y flecha. La mujer, detrás de él, con una enorme bolsa llena sobre su espalda, llevando un cacharro en la mano. El infaltable perro cierra la marcha (lámina VII).

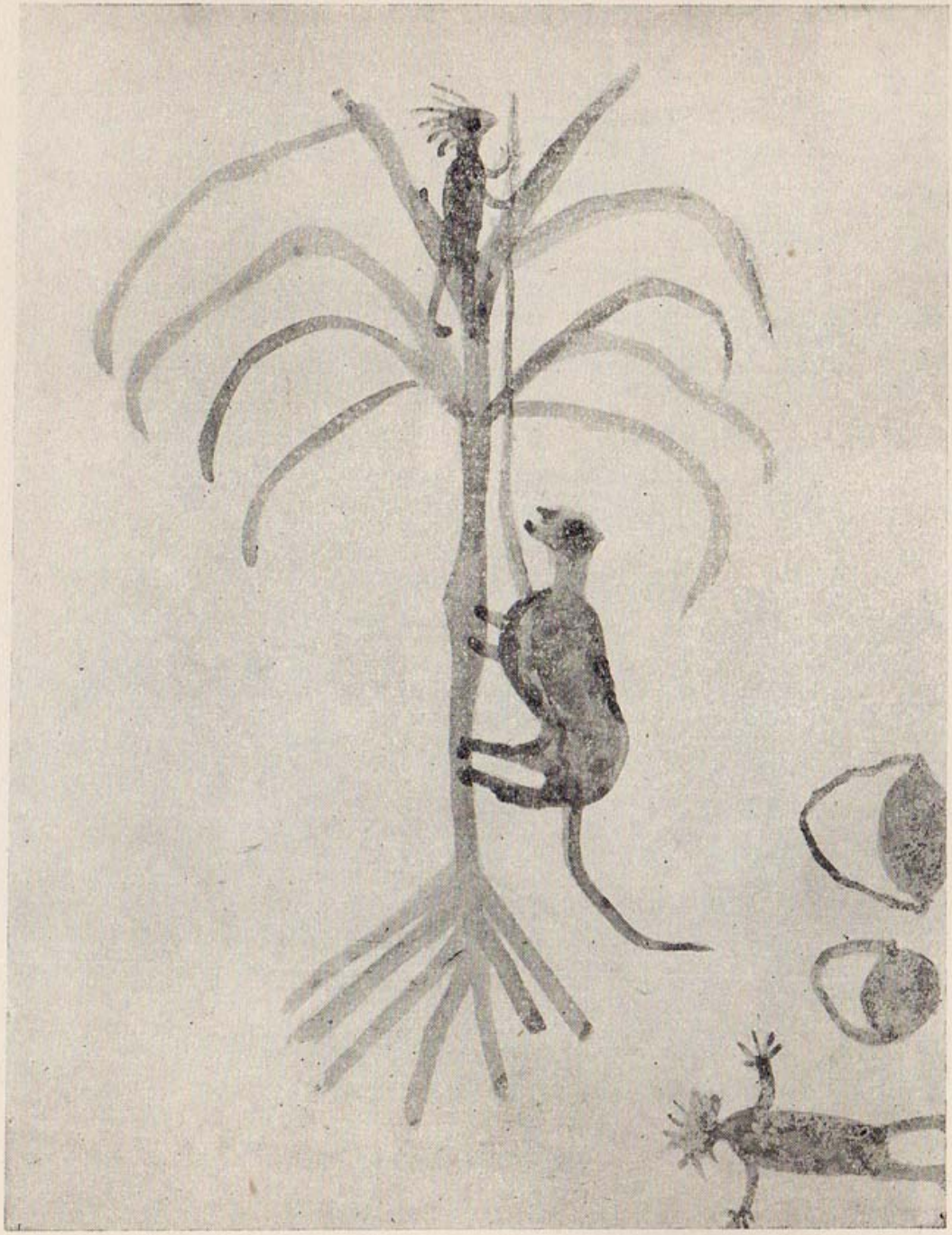
Omitiré describir algunas figuras sueltas: perros, cangrejos, lagartos, ranas, etc., figuras que llevan todas, como característica común, el extraordinario realismo, demostrando la capacidad de observación del indio, pero también las dificultades que tuvo con aquel material extraño que era para él la acuarela.

De lo expuesto se deduce la gran significación de este experimento, que en el principio quizá pareció un puro juego de la etnógrafa, pero que resultó ser un valioso aporte psicológico del indio del Chaco. Se demuestra con este experimento que, facilitando al indio cualquier material adecuado, él está capacitado en descubrir, en poco tiempo, las posibilidades de este material. Existe entonces en él la disposición de prosperar y de adaptarse. Y si existen estas disposiciones, el camino de su incorporación a la vida civilizada, o lo que con esto equivale, la conservación de su vida, está ya señalado. No hay más que hacer que insistir sobre ésto, llamando la atención a los gobernantes competentes.

(Comunicación presentada durante la V^{a} Semana de Antropología, en la sesión del día 19 de noviembre de 1943. Acuarelas de Domingo Méndez.)



La plaza de la toldería durante una fiesta.



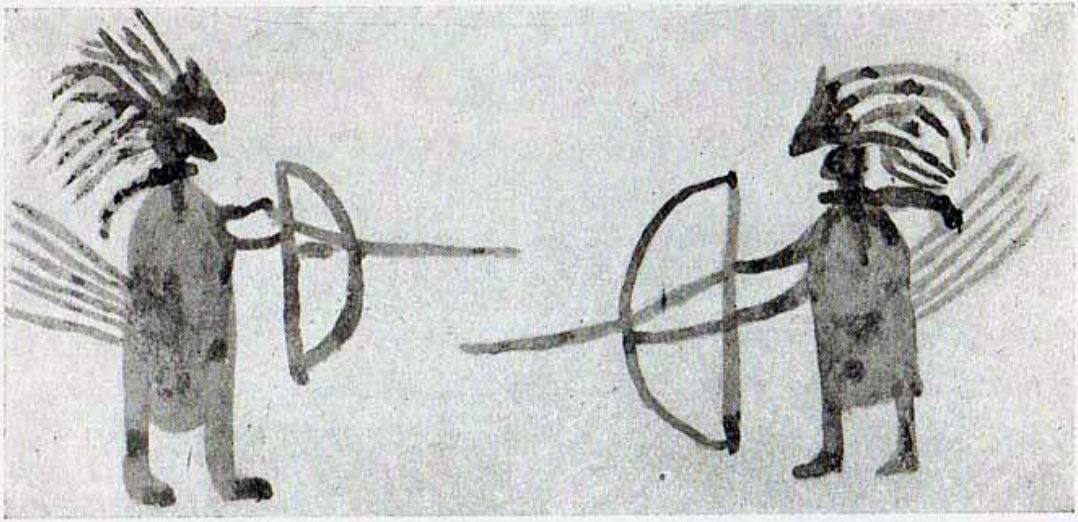
La historia de la mujer que mató a un tigre.



La cacería de pichones.



La historia de los ladrones de fruta.



Escena de combate.



La recolección de miel silvestre.



La pareja en marcha.

FALACIAS ICONOGRAFICAS

por

MILCÍADES ALEJO VIGNATI

EN los grandes centros artísticos del viejo mundo no son raros los casos en que se sorprende la buena fe del ricacho exótico, vendiéndole telas de los grandes maestros. Entre nosotros, donde no existe la posibilidad de un hallazgo de esa índole, tal especulación cobra otro aspecto: el de fabricar retratos de personajes de relieve vario en la historia del país. Y, a las veces, largas y afanosas han sido las polémicas que suscitara su autenticidad.

En el campo de nuestra etnografía, sólo se había puesto en práctica la fácil adaptación de una figura atribuyéndola a una finalidad distinta a su verdadera proveniencia. Ese tipo tan particular de engaño, realizado, por cierto, sin mayores consecuencias, tenía sus especímenes más caracterizados en estampar la muy conocida figura de un indio ona como la de un michilingue [1], o la de proporcionar un paisaje del delta paranense como si lo fuera del Chaco [2]. De ahí, según yo suponía, no se había pasado. Pero, últimamente, he conocido otra prueba más de esa desaprensiva inconsciencia en que la adulteración de personas se ha realizado con toda la diligencia posible para cohonestar el gazapo brindado.

---

(1) [DALMIRO S. ADARO], *Fósiles y prehistoria*, 39, fig. 22; [San Luis, 1927].

(2) FÉLIX F. OUTES, CARLOS BRUCH, *Los aborígenes de la República Argentina*, 66, fig. 43; Buenos Aires, 1910; FÉLIX F. OUTES y CARLOS BRUCH, *Texto explicativo de los cuadros murales "Las viejas razas argentinas"*, lám. II, fig. 2; Buenos Aires, 1910.

El cuerpo del delito es, en este caso, la III edición de la conocida obra del coronel Mansilla relativa a los indios ranqueles, edición que hacía tiempo buscaba, pues era para mí un aliciente saber que estaba ilustrada por Bouchet en láminas impresas en el Museo de La Plata [1].

El artista era todo una recomendación. Es el que ha pintado varios de los mejores paneles existentes en la rotonda de entrada al Museo. Ello explica y justifica ampliamente que dos de los que se conservan figuren en el libro como ilustraciones realizadas expresamente [2], lo cual, por cierto, no da mucha idea de originalidad, pero sin ser ello motivo de admonición.

No acontece lo mismo con otras tres de las ilustraciones, cuyo significado no debe buscarse al pie de las láminas, sino, como se acostumbraba hacerlo a fines del siglo pasado, en el índice. Quien no tenga la práctica de recurrir a éste, queda sin saborear hasta las confidencias más íntimas que hacen algunos autores; tal, cuando Boggiani, candorosamente, manifiesta que es el *ritratto di mia moglie* [3] la figura de una nada efébica ninfa muy decorada (no decorosa) que hace conocer.

De igual manera, el índice de ilustraciones del tomo de Mansilla que comento, informa que la lámina frente a la página 208 es "Epumer", la que está enfrente a la 264 "Mariano Rosas" y, por último, frente a la 328 "La china Carmen". Y son precisamente estos tres "retratos" los que motivan las siguientes anotaciones críticas que implican una verdadera restitución de fuentes.

En el Museo de La Plata existe una fotografía (lámina I) que muestra a Namuncurá con su familia y allegados —fotografía que, con otros más, relativas al mismo cacique, constituirán mi segunda contribución a la iconografía aborigen. Una copia cartonada de la antigua serie expuesta en la sala de Antropología, ha sido anotada por el doctor Lehmann-Nitsche, de modo que por ella estamos en condiciones de saber el nombre y parentesco de algunos que integran el grupo.

---

(1) LUCIO V. MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles*. Tercera edición autorizada. Ilustraciones de J. Bouche (sic) impresas en el Museo de La Plata: Buenos Aires. 1890.

(2) Se trata del "Grupo de indios" y de la "Corrida de avestruces". Sin embargo, creo que también estuvo pintado "El indio bombero" que, demasiado perjudicado, no pudo ser restaurado y fué sustituido por otra escena distinta durante la dirección del Dr. Luis María Torres.

(3) GUIDO BOGGIANI, *Viaggi d'un artista nell'América Meridionale. I Caduvei (Mbayá o Guaycurú)*. 165. fig. 78: Roma. 1895.

Con ese importante documento gráfico es fácil establecer la exacta identidad de las personas brindadas en la edición de Mansilla como Epumer y Mariano Rosas. Epumer (lám. II, fig. 1) ha sido fabricado teniendo como base la fotografía de Namuncurá (lám. II, fig. 2), sustituyendo el galoneado kepí por un sombrero blando tipo chambergo, y el chaquetón militar por un poncho con motivo de cruces que, si no me engaño, es el mismo que está actualmente expuesto en una vidriera mural de la sala de Etnografía del Museo.

A su vez, el Mariano Rosas (lám. III, fig. 1) de la obra de Mansilla, es el indio que está de pie atrás del brazo izquierdo de Namuncurá el cual, según las anotaciones del doctor Lehmann-Nitsche es Karüma'ñ, hermano del cacique Namuncurá. Según puede verse, sólo se le ha cambiado el saco civil negro por una blusa adornada que nada tiene de indígena.

Queda por individualizar quien ha servido para crear a la comadre Carmen (lám. IV, fig. 1) que en el dibujo de Almada de la primera edición (fig. 1) no es del todo mal parecida. No ha habido dificultad en encontrarla: es la hija de Sayeñamku que ya he dado a conocer en mi Iconografía [1], a quien se la ha vestido y adornado (lám. IV, fig. 2). Para evitar se piense que esta circunstancia de ser la hija de Sayeñamku no impide sea ella "la china Carmen" debe tenerse en cuenta que la excursión a los



Fig. 1. La comadre Carmen, según el dibujo de Almada.

(1) MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Iconografía aborigen. I. Los caciques Sayeweke, Inakayal y Foyel y sus allegados*, en *Revista del Museo de La Plata* (Nueva serie). Sección Antropología, II, 40, lám. I, fig. 19; lám. III, fig. 1; lám. XV, figs. 1 y 2; La Plata, 1942.

ranqueles tuvo lugar en 1870, fecha para la cual ya eran compadres, mientras que las fotografías de la hija de Sayeñamku fueron obtenidas en 1885, es decir, 15 años después y según puede inferirse es una niña púber de reciente data. Mal puede ser confundida con la otra que tendría a la sazón unos 35 años bien contados.

No es mi intención magnificar este asunto. Si no fuera que estamos viviendo una época donde todo lo atinente al indio despierta interés y en la que la osadía del ignorante improvisado echa mano de todo cuanto está a su alcance, posiblemente no habría redactado esta aclaración. Pero no dudo que el día menos pensado veríamos reproducidas las láminas de Mansilla como verdaderos retratos. Por ello es que disponiendo de las pruebas que evidencian su falta de autenticidad, he creído necesario darlas a conocer.

(Comunicación presentada en la sesión del 19 de noviembre de 1943, durante el desarrollo de la Vª Semana de Antropología.)



Namuncurá en compañía de su hermana, de sus dos esposas y de su hermano Karüma'ñ, con otros allegados.



1



2

Fig. 1. Epumer, según Bouchet; 2. Namuncurá, fragmento ampliado de la fotografía de la lámina I.



1



2

Fig. 1. Mariano Rosas, según Bouchet; 2. Karüma'ñ, fragmento ampliado de la lámina I.



1 2

Fig. 1, La China Carmen, según Bouchet; 2, la hija de Sayeñanku.

EL USO DE NARIGUERAS POR LOS ABORIGENES DE LA PATAGONIA

por

MILCIADES ALEJO VIGNATI

EL capítulo relativo a los adornos personales que usaban los antiguos habitantes de Patagonia, ha sido bastante descuidado por los especialistas que se han ocupado de su ergología.

Puede decirse que —con excepción de los discos auriculares y adornos labiales que han merecido escrupulosos estudios [1]— ninguno de los otros acápites ha sido motivo de un desarrollo, aunque más no fuera de carácter teórico. Así, por ejemplo, el tatuaje, sólo conocido por referencias que, sin ser vagas, son lo suficientemente lacónicas para impedir establecer su tipo sistemático, superficies cubiertas, motivos representados, época y causa en que se realizaba. Y no puede argüirse haya sido esta costumbre de rareza extraordinaria o abandonada desde épocas remotas: descartando a Dumont d'Urville [2], que es algo anterior, Mus-

---

(1) ROBERT LEHMANN-NITSCHE, *Botones labiales y discos auriculares de piedra procedentes de la región norte de la desembocadura del río Negro (Patagonia septentrional)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXIII, 285-290; Buenos Aires, 1916; LUIS MARÍA TORRES, *Arqueología de la península San Blas (Provincia de Buenos Aires)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVI, 513-518; Buenos Aires, 1922; R. LEHMANN-NITSCHE, *Piedras labradas para el labio y el lóbulo y collares de conchas procedentes de la Patagonia septentrional. Su filiación con otras zonas sudamericanas*, en *Comunicaciones del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, II, nº 13, 125-133; Buenos Aires, 1923-1925 [1924].

(2) M. J. DUMONT D'URVILLE, *Voyage au Pole sud et dans l'Océanie sur les corvettes l'Astrolabe et la Zélée, éxécuté par ordre du Roi pendant les années* 1837-1838-1839-1840, *Histoire du voyage*, I, 154; Paris, 1841.

ters, que, también, alude a ella [1], se da la mano con los viajeros argentinos que dragoneaban de etnógrafos conviviendo con las parcialidades aborígenes y que, sin embargo, nada vieron. Más aún: bastó, en nuestros días, que una persona capacitada hiciera la recuesta correspondiente para lograr todos los datos —que actualmente pueden conseguirse— referentes a tan interesante práctica [2].

Poco se sabía, igualmente, de los adornos nasales. Outes, en una de sus obras más clásicas [3], trasunta la referencia proporcionada en el relato del viaje de Drake de la siguiente manera: "También los hombres de ciertos clanes protohistóricos, usaron un curioso adorno constituído por un fragmento de madera o hueso que se colocaba horadando la ternilla de la nariz y otro fragmento que se ubicaba en el labio" [4].

El texto original corresponde, en verdad, a las notas del capellán de la armada de Drake, Francis Fletcher. Sus observaciones debieron realizarse en el puerto de San Julián en 1578 y hay que reconocer que informa algo más que lo dado por Outes; dice así: *the men haue holes boared through the middle gristle of the nose & through the neather lipp with a Pegg of wood or bone finely burnished of* 3 *or* 4 *inches*

---

(1) GEORGE CHAWORTH MUSTERS, *At home with the Patagonians. A year's wanderings over untrodden ground from the Straits of Magellan to the rio Negro*, second edition, 172; London, 1873.

(2) Me refiero a mi distinguido amigo y bondadoso correspondiente, don Tomás Harrington, quien ha obtenido informaciones relativas al tatuaje entre los Aóeni Kenk y Gününa Küne "tema escasamente tratado —me escribe en carta del 27 de julio de 1942— pues, que yo sepa, sólo Musters le ha dedicado unos renglones". En otras páginas de este estudio transcribo algunas de las informaciones que me ha dado a conocer respondiendo a una pregunta concreta que le formulara.

(3) Es muy frecuente comprobar que "La edad de la piedra en Patagonia" es el estudio arqueológico más considerado entre la cuantiosa producción de Outes. Puesto a juzgar conceptúo muy superior —no obstante sus errores— "Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba" en la que se acentúan las bondades descriptivas y disminuyen en gran parte los defectos de concepción que tanto han desmerecido a aquella. En esta apreciación crítica me refiero especialmente —descartada la ampulosidad del título para un trabajo descriptivo de series provenientes de medio centenar de lugares costeros en su mayor parte— al absurdo criterio sistemático de formas que regla la obra; tanto más criticable dada la enorme superficie de los territorios considerados. Cuando no se trata del material obtenido en un solo yacimiento el único método irreprochable a seguirse es el de dar a conocer las colecciones de acuerdo a cada localidad donde se obtienen; como que ello significa llevar al campo de la arqueología el criterio científico de la asociación vegetal. La sistemática de las formas (las cuales son variables al infinito) puede ser motivo de un parágrafo de las conclusiones, pero nunca debe ser el cuerpo mismo del trabajo.

(4) FÉLIX F. OUTES, *La edad de la piedra en Patagonia. Estudio de arqueología comparada*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XII, 258; Buenos Aires, 1905.

long put in either of them standing like a Cross to make them seeme terrible to the Enemye [1].

El primero en recoger prácticamente esa información fué Luis María Torres quien, muchos años después, procuró darle cuerpo, interpretando como un adorno nasal [2] —a mi modo de ver, muy acertadamente— un pequeño *morceau d'ambre* descripto por Verneau [3].

Se produce, poco menos que de inmediato, una reacción que tiende a menoscabar la autoridad testimonial de Fletcher, arguyendo en su contra —¡pobre argumento, en verdad!— "que una indicación aislada no es suficiente para dejar constancia de costumbre tan bizarra (*sic*) en la antigua Patagonia" [4]. Pero debe saberse que tal repulsa implica de parte de su autor un desconocimiento bibliográfico que desconcierta. En efecto: la primer mención que hasta ahora conozco del uso de adornos nasales entre los habitantes primitivos de Patagonia, se debe a Alonso Veedor, de la armada de Simón de Alcazaba —año 1535— quien dice: "Entre las indias que tomamos en el dicho rio, tomamos una india muy vieja, que por señas nos dijo, que según señalaba con los dedos, que cinco jornadas de alli habia mucho oro, que habian colgado en las orejas y cabellos y narices, por unos doblones que le mostramos" [5].

Casi un siglo después —año 1621— Flores de León, tramontando los Andes a la altura aproximada del 42° narra, a su vez: "Topamos con otro rio llamado Puelo navegamos por el hasta 12 leguas y de alli fuimos a pie abriendo grandes montañas para pasar por la falda de la cordillera, y en algunos pasos tuvimos necesidad de hacer escaleras para pasar; al fin encimamos la cordillera y dimos en lo llano; donde caminamos cosa de 20 leguas, la vuelta al sur y un dia cogimos dos indios,

---

(1) FRANCIS FLECHER'S *notes*, en *The World encompassed and analogous contemporary documents concerning sir Francis Drake's circumnavigation of the world with an Appreciation of the Achievement by sir* RICHARD CARNAC TEMPLE, 119; London, 1926.

(2) TORRES, *Arqueología de la península*, etc., 516.

(3) R. VERNEAU, *Les anciens patagons. Contribution a l'étude des races précolombiennes de l'Amérique du Sud*, 296; Monaco, 1903.

(4) LEHMANN-NITSCHE, *Piedras labradas para el labio*, etc. 126, nota 4.

(5) ALONSO VEHEDOR, *Relación de las cosas que sucedieron en la armada de Simón de Alcazaba*, en LUIS TORRES DE MENDOZA, *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, V, 106; Madrid, 1866.

el uno puelche y el otro de la tierra adentro, que tenia las narices horadadas como los del Peru'' [1].

Ambas memorias, que corren impresas en colecciones muy conocidas, fueron dadas a la estampa en los años 1866 y 1898. Bien puede verse que no faltaron las oportunidades para que Lehmann-Nitsche tropezara con la información ignorada.

A estos antecedentes, tan de antiguo publicados, debe añadirse otro recientemente puesto en letra de imprenta por el P. Furlong. En una biografía del benemérito P. Mascardi —todavía inédita y que atribuye al P. Antonio Alemán [2]— su autor se refiere así a los indios que le dieron muerte: ''Estos que le quitaron la vida fueron unos Poyas bárbaros que traían las narices agujereadas y en ellas unas chapas de metal y chaquiras colgando, gente bárbara y que no había oído la predicación del Santo Padre''... [3] (fig. 1). Ese hecho tuvo lugar, según lo supone el P. Furlong, ''a la altura de los 47° de latitud, esto es, al norte de la actual Gobernación de Santa Cruz'' [4].

Por mi parte, hace escasamente un lustro, anticipé en forma compendiosa cuanto antecede —con excepción, se comprende, de la última cita— indicando que en mis investigaciones en la gobernación del Neuquen, había tenido la suerte de encontrar algunos artefactos que verosímilmente podían ser interpretados como adornos nasales [5]. Aunque no está lejano el momento que las colecciones entonces reunidas sean descriptas, la importancia del tema justifica su publicación monográfica a los efectos que cobre el valor individual que le corresponde en el conocimiento etnográfico de Patagonia.

---

(1) Documento titulado: "El Maestre de Campo don Diego Flores de León. Cauallero de la Orden de Santiago, dize: que de treinta y siete años que ha que sirue a V. Magestad en la milicia, y cargos della, ha sido los 26, en la guerra del Reino de Chile", en JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Biblioteca hispaño-chilena* (1923-1817), II, 255 y siguientes; Santiago de Chile, 1898.

(2) GUILLERMO FURLONG, *Entre los Tehuelches de Patagonia*, 171, nota 8; Buenos Aires, 1943.

(3) FURLONG, *Entre los Tehuelches*, etc., 25 y 80.

(4) FURLONG, *Entre los Tehuelches*, etc., 81.

(5) MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Los indios Poyas. Contribución al conocimiento etnográfico de los antiguos habitantes de Patagonia*, en *Notas del Museo de La Plata*, IV, 227, nota 5; Buenos Aires, 1939.

El yacimiento de donde proceden estas dos piezas que considero adornos nasales es un gran cementerio indígena, al pie de una roca que forma un abrigo, a orillas del río Limay, sobre su margen izquierda —es decir, en territorio del Neuquen— a unos 25 kilómetros de su yacimiento. Este cementerio presentaba una característica extraña: tener muy poca extensión superficial y desarrollarse, en cambio, en profundidad, pudiéndose señalar cinco niveles con restos humanos, separados por cuatro estratos de fogones con abundantes restos industriales, distribuídos a distancias que variaban de m 0.80 a 1.20. La excavación alcanzó hasta m 5.50, sin poder profundizarla más por haber llegado al agua, removiéndose más de 150 metros cúbicos de tierra. Allí se encontraron los restos de 20 esqueletos indígenas, irregularmente ubicados y todos en posición ritual.

La industria lítica recogida consiste en perfectas láminas con trabajos secundarios de adaptación, raspadores y puntas de flecha; la industria ósea está representada por abundantes leznas y perforadores; y la cerámica, por asas de vasijas y fragmentos de alfarería tosca. Los niveles cronológicos pueden diferenciarse por su industria: desde el más moderno, que contiene balas y restos de armas (cámara de fusil) del pasado siglo, hasta el más remoto que no contiene alfarería.

Aumenta aún más el interés de este enterratorio, el haberse encontrado, a unos 50 metros, una sepultura aislada, con un esqueleto en posición ritual, que había sido puesto de manera como si mirara la roca donde estaban los otros enterrados.

Las piezas motivo de este estudio fueron encontradas: la número 261, trabajada en hueso, en el nivel tercero y la número 178, hecha en piedra, en el nivel cuarto.

El ejemplar 261, es un pequeño cilindro achatado (fig. 2), obtenido de un trozo de hueso, finamente pulimentado. Sus extremos tallados en forma de casquete esférico, de flecha muy reducida.

Mide 26 mm de longitud y 6 y 7 mm de diámetro ántero-posterior y lateral, respectivamente.

El ejemplar 178 presenta una forma rectangular (fig. 3), de extremos curvos. El cuerpo es achatado. Presenta una talla delicada cuya suavidad se acentúa al tacto porque se han embotado las aristas de las esquirlas por frote con un cuerpo blando (cuero, madera, etcétera). Como es dable

ver en la fotografía, las aristas laterales forman una perceptible cintura que determina sean las extremidades un poco más abultadas que el cuerpo.

Ha sido trabajado en pedernal.

Mide 40 mm de longitud, 6 de espesor, 8 mm de ancho en la cintura y 9 en las extremidades.

En los cementerios indígenas de San Blas, aparecen con relativa frecuencia [1] unos instrumentos líticos, de talla admirable, que han sido considerados como perforadores [2]. Sin embargo, pueden aducirse diversas razones que, ponderadas en conjunto, podrían modificar la finalidad que hasta ahora se les atribuía, para adjudicarles el de un implemento directamente ligado a los adornos personales. Desde ya manifiesto, en forma categórica, que por más seductoras que sean las inferencias, no pasan de simples conjeturas las posibles aplicaciones que pueda atribuirle: la verdad arqueológica es una imagen virtual, aceptada convencionalmente, que raras veces logra transformarse en un hecho real.

Estos instrumentos tienen un desarrollo máximo de 6 cm ; gráciles y delicados, han sido trabajados con una talla perfecta. Son achatados, de forma simétrica y terminan en puntas igualmente punzantes. Sus bordes son delgados y, por ende, cortantes. Su variación tipológica consiste en la mayor o menor magnitud de su diámetro ecuatorial.

Por de pronto: su terminación simétrica rechaza la posibilidad que hayan sido usados enmangados; y la fragilidad derivada de su fabricación delgada y sutil, implica que estaba dedicado a trabajos que no requerían fuerza.

Descartado el laboreo de pieles para el que el indígena poseía perforadores líticos y óseos, más resistentes a la par de más manuables, podría pensarse que estos adminículos podrían ser utilizados como lancetas de tatuaje. No puede ponerse en tela de juicio que lo delicado de su confección y la fragilidad inherente, dan asidero a semejante con-

---

(1) En las colecciones que he formado allá, figuran algo más de una decena de estas piezas, entre fragmentos y enteras. Además, dada la finura de su confección, son buscadas afanosamente por los coleccionistas particulares de la zona, fuera de las que son vendidas a los turistas, aun en los negocios de Carmen de Patagones.

(2) TORRES, *Arqueología de la península*, etc., 492, fig. 6.

jetura; pero, en cambio, es inconciliable a esa tesis, la doble punta igualmente punzantes y simétricas con que se ha dotado a esos instrumentos.

Sin embargo, con el deseo de agotar la investigación respecto a la posibilidad de su uso como lanceta de tatuaje, consulté —según ya he dicho— al señor Tomás Harrington, quien, como siempre, accedió gustoso a mi requerimiento. Dice así:

"Me limitaré a la parte que pueda interesarle de mis escasas noticias sobre el tatuaje entre los Gününa Küne y Aóeni Kenk, recogidas al pasar, al formar mis vocabularios, y sin ánimo o intención de tratar acabadamente el punto.

"El tatuaje se efectuaba —continúa diciendo— con una aguja muy fina, por cuyo ojo se pasaba un filamento de tendón de guanaco untado con pintura negra de fabricación indígena; se introducía superficialmente la aguja debajo de la piel, haciéndola correr el espacio necesario a efecto de que luego el hilo impregnado cumpliera su función de marcar el recorrido. El procedimiento sería relativamente cómodo y fácil para trazar líneas rectas, no así para las curvas, en modo particular la de una circunferencia perfecta de dos centímetros de diámetro con que, amén de otras figuras, había sido tatuada Truúlmani [1]. Además, en estos puntos ...[2] la técnica debió ser distinta, ya que holgaba el enhebrado.

"La aguja de metal es, desde luego, moderna para el indio. Antes de conocerla ¿usarían como adminículo que hiciera su función una espina de calafate, de "chupasangre" (cacto) o de cualquier otro vegetal? Es posible, pues no habría dificultad en hacer un agujerito o un tajito en un extremo de la espina para colocar el tendón embadurnado.

"Si la aguja civilizada es copia exacta del instrumento primitivo, el lítico bipuntiagudo, no serviría por lo menos para los tatuajes de líneas

---

(1) Se refiere a la medio hermana, por la madre, del cacique Yemüll (cfr.: MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Iconografía aborigen, I. Los caciques Sayeweke, Inakayal y Foyel y sus allegados*, en *Revista del Museo de La Plata*, (Nueva serie), *Sección Antropología*, II, 41; La Plata, 1942) "mi mejor y más paciente maestra en todo lo atañente al Gününa Küne" —según me dice el señor Harrington, en carta del 17 de septiembre de 1942.

(2) Posiblemente, era éste el tipo de tatuaje a que alude Musters, obtenido "mediante el sencillo procedimiento de pincharse la piel con un punzón e introducirse una mezcla de tierra azul con un pedazo de vidrio seco" (cfr.: MUSTERS, *At home with the Patagonians*, etc., 172).

rectas relativamente prolongadas (conozco una de cinco centímetros de largo) por carecer de ojo [1]; pero sí sería utilizable para tatuar puntos. Es difícil concebir, sin embargo, que únicamente para este último fin se tomaran la molestia de reducir ambos extremos de la piedra en cuestión, cuando tenían a mano espinas de variadas formas, tamaño y fortaleza, en especial la de "chupasangre".

"A pesar de ser pintura negra la inyectada —termina diciendo el señor Harrigton— el color reflejado por los tatuajes que ví era azul oscuro, no fuerte ni brillante, sino más bien débil, pero nítido" [2].

No es necesario encarecer el valor de los informes anteriores. La forma usada para tatuar por los Aóeni Kenk y Gününa Küne significa toda una novedad por cuanto se trata del procedimiento más raro de los practicados: el tatuaje sub-epidérmico de Magitot, que era conocido entre los esquimales y groenlandeses [3]. Sin entrar a establecer analogías —que a su tiempo hará el señor Harrington— y constreñiéndome al tipo de instrumento usado, se comprende, sin forzar conclusiones, que queda eliminada la aguja punzante descripta, como artefacto adecuado a esa operación. Ello implica, a su vez, un correlativo aumento de probabilidades para que se los considere adornos nasales.

Por último, me queda la satisfacción de haber aclarado la falta de detalle que para los "tehuelche", Nordenskiöld puntualiza en su mapa de difusión de esta importante práctica [4].

---

(1) "Salvo que se hicieran —aclara el señor Harrington— poco a poco, marcando cada vez una extensión pequeña, cosa que me resisto a aceptar".

(2) Carta de don Tomás Harrington al autor, del 28 de febrero de 1944. Bien sabe ese amable e informado corresponsal, cuán cordialmente le agradezco sus informaciones, fruto de muchos años de paciente labor.

(3) M. MAGITOT, *Essai sur les mutilations ethniques*, en *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, troisième série, VIII, 22; Paris, 1885.

(4) ERLAND NORDENSKIOLD, *Comparative ethnographical studies. 3. The ethnography of south-America seen from Mojos in Bolivia*, 160, mapa 20; Göteborg, 1924.

(Comunicación presentada en la sesión del 19 de noviembre de 1943, de la V^a Semana de Antropología. Fotografías del autor.)

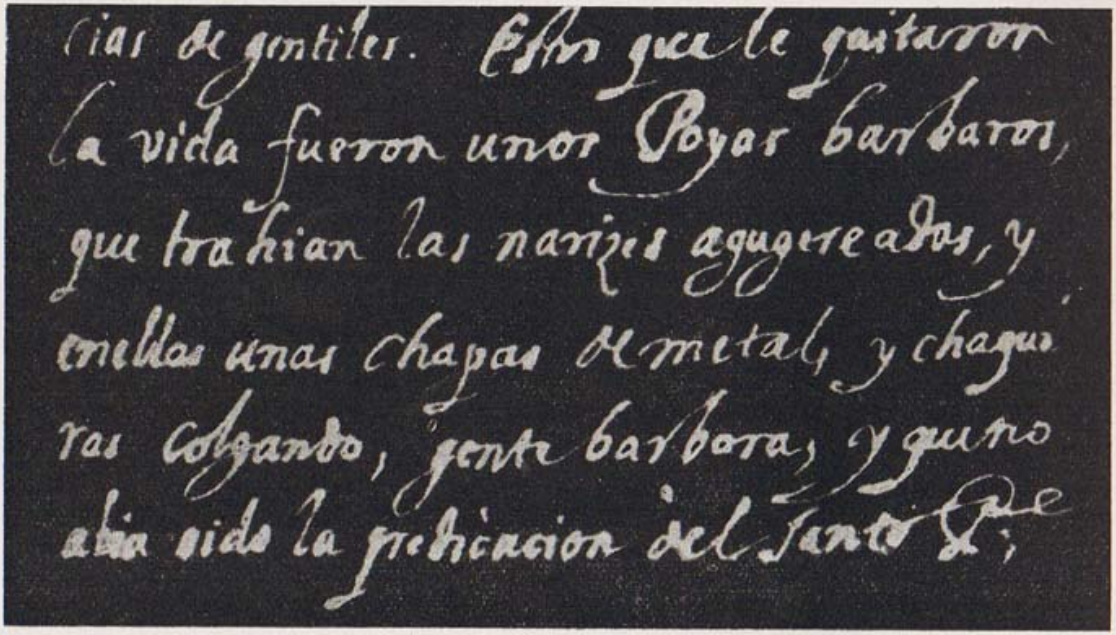


Fig. 1

Fig. 1. — Copia fotográfica del párrafo que alude al uso de adornos nasales, en la biografía del P. Mascardi, atribuída al P. Antonio Alemán. Favor del R. P. Guillermo Furlong.



Fig. 2

Fig. 2. — Adorno nasal en hueso, número 261. Cementerio a orillas del río Limay (Neuquen). Tamaño natural.



Fig. 3

Fig. 3. — Adorno nasal en piedra, numero 178. Cementerio a orillas del río Limay (Neuquen). Tamaño natural.

LA FIESTA PATRONAL DE NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA EN MOLINOS (SALTA)

por

AUGUSTO RAUL CORTAZAR

ANTECEDENTES DE ESTA COMUNICACION

LOS Valles Calchaquíes, por los rasgos que ofrece su propia realidad geográfica; por su relativo aislamiento, que imprime en la vida y economía de los pueblos un ritmo particular e inconfundible; por los tesoros arqueológicos, vírgenes aun para la ciencia en gran medida; por el prestigio histórico que le procura el hecho de haber sido asiento milenario de nativas culturas y escenario de luchas seculares; en fin, por la sugestión de su caudal folklórico, conservado como pocos, son en definitiva, una región atrayente para los cultores de las ciencias del hombre.

Por éstas y otras razones, la Dirección del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, está cumpliendo el interesante plan de concentrar sobre esta zona la visión de varios especialistas en diversas disciplinas geográficas y antropológicas [1]. El Folklore, desde luego, no está excluído y tengo la fortuna de participar en la apasionante empresa.

Familiarizado con el Valle (solar de mi familia por varias generaciones) casi desde los años de mi niñez, y dedicado por otra parte al estudio de la teoría y de la técnica folklóricas, la perspectiva de concentrar

(1) *El Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 2ª época, a. 1, nº 1, 132-150 (y especialmente 149-150): Buenos Aires, 1943.

en una misma tarea el amor a la tierra y el fervor por la ciencia, no podía sino acuciar mi empeñoso entusiasmo.

Según lo había preconizado en trabajos anteriores, las condiciones de conocimiento del terreno y de información teórica, estaban cumplidas en buena parte. La segunda etapa: recopilación del material folklórico en sus propias fuentes, vivas y auténticas, se iniciaba con buenos auspicios. Así, he realizado dos viajes de estudio a la región central del Valle Calchaquí, comprendida entre Molinos y Palermo.

A fin de que mi labor sirviera de complemento a las notables colecciones de ciertas especies folklóricas que otros investigadores han recogido, y aprovechando la restricción del área de estudio que el plan general presupone, me propuse lograr "un panorama del folklore calchaquí: un verdadero inventario minucioso de todos los aspectos de la vida espiritual y material del pueblo" [1]. En ese sentido he obtenido multitud de datos, base de un nutrido y prolijo fichero, que facilitará el estudio de temas monográficos, complementarios del plan integral; por ejemplo, organización social, jurídica y económica de una familia típica; biografías escuetas de personas dedicadas a diversas actividades características; programa medio de un día de trabajo en las diversas estaciones del año; correlación del calendario general de las faenas regionales con el calendario festivo (celebraciones civiles y religiosas) y otros tantos del mismo estilo.

Del conjunto, elijo algunas fichas de esta última sección; tomándolas como base, presenté, durante la "Semana de Antropología", que organiza anualmente la Sociedad Argentina de Antropología, una comunicación verbal en noviembre de 1943 [2]. Era mi propósito aprovechar el viaje de este año para completar y confrontar datos, procurarme ilustraciones, etc., pero las tremendas condiciones del tiempo en el Norte del país, que provocaron inundaciones, cortes de los caminos, erupciones volcánicas y desgracias personales por obra de los ríos desbordados, me impidieron llegar hasta Molinos. Para no faltar a mi compromiso, reduzco el artículo concebido a esta simple comunicación, de índole descriptiva,

---

(1) AUGUSTO RAÚL CORTAZAR, *Confluencias culturales en el folklore argentino. Problemas de la cultura*, III, 10 (Publ. Institución Cultural Española): Buenos Aires, 1944.

(2) Resumen en el *Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología*, nº 5-6, 83-84; Buenos Aires, noviembre 1943.

dejando a otros las correlaciones y la interpretación o postergándolas yo mismo para mejor oportunidad. Apenas consigno en seguida algunos antecedentes sobre la fiesta, a fin de orientar al que leyere con un resumen de lo más conocido sobre esta interesantísima celebración de la Candelaria.

BREVES REFERENCIAS LITURGICAS, HISTORICAS Y ETNOLOGICAS

El punto de arranque es, como se sabe, el relato evangélico: "Cumplidos los [40] días de la Purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: "Que todo varón que nazca el primero será consagrado al Señor" (Luc., 2, 22-32). Al llegar al templo se aproxima Simeón, movido por el Espíritu Santo, y reconoce en el Niño al Mesías: "quod parasti ante omnium populorum: Lumen ad revelationem gentium, et gloria plebis tuae Israël".

La fiesta con que la cristiandad conmemora este acontecimiento desde los primeros siglos (Henschenius y Benedicto XIV la creen apostólica) se llamó simplemente de "Quadragesima de Epiphania"[1] o del "Die II mensis fabruarii", por cumplirse en esa fecha los cuarenta días desde Navidad. De los tres aspectos ya distinguibles en el Evangelio de San Lucas, a saber: la presentación del Niño en el templo, la purificación de María y el encuentro con Simeón y Ana, el primero ha predominado en la iglesia de Oriente, la que refiere la fiesta a Cristo; en griego tomó el nombre de ὑπαπαντή (Hypapante) destacando el "encuentro" (occursus Domini) de la Sagrada Familia con Simeón; por fin en la iglesia occidental fué considerada desde antiguo como fiesta mariana. Ya en el siglo IV la menciona la religiosa gallega Eteria en su *Itinerario* y en 526 fué instituída en Antioquía. Después de una gran peste la hizo celebrar Justiniano en Constantinopla, y como dato curioso, interesa consignar que el emperador, rodeado de sus soldados, entraba *a caballo* en son de triunfo a la iglesia Blaquerna [2].

---

(1) De ahí que, contando los días desde el 6 de enero, se le consagrara también el 14 de febrero.

(2) PABLO CECILIO GUTIÉRREZ, *El culto litúrgico de la Santísima Virgen*, 164-171; Madrid, 1933.

Hasta aquí no encontramos el rasgo característico que justifica el nombre de "Candelaria". El fuego, en sus diversas manifestaciones (hogueras, fogatas, antorchas, discos llameantes, etc.), ha sido elemento ritual de fiestas determinadas, en especial las que coinciden con los cambios de estación o los solsticios. Etnólogos y folkloristas lo han constatado en pueblos naturales y como supervivencias en las costumbres europeas y americanas de hoy. Las fiestas cristianas que, por su fecha, vinieron a superponerse con las paganas y primitivas han mantenido, en muchos casos, esa tradición. Según los países, pueden servir de ejemplo, además de la Candelaria (febrero), las de los Apóstoles Felipe y Santiago (mayo), San Juan (junio), Todos los santos (noviembre) y Navidad (diciembre).

En cuanto a las interpretaciones, Mannhardt (según la exposición de Frazer) formuló la teoría "solar", considerando no sólo la correspondencia con los solsticios (diciembre y junio), sino también la forma de manifestarse (ruedas y discos ardientes, procesiones con hachas encendidas por los campos, etc.), y el influjo que se les asigna sobre el tiempo y la vida natural en su conjunto (animales, vegetación, salud humana). Westermarck opuso la tesis "purificatoria", pues el fuego tiene el papel, según dice, no de representar al sol, sino de consumir por acción mágica "los elementos dañinos, materiales o espirituales, que amenazan todo lo viviente con la enfermedad y la muerte" [1]. Frazer, aunque no las cree incompatibles, se inclina por la última [2].

Con este sentido también, los ritos primitivos eran ya supervivencias en la época romana; las Lupercalia, juntamente con las Quirinalia (Quirinus) y las Terminalia (Terminus), tenían lugar durante el mes de febrero, que, "desde el punto de vista religioso, terminaba el año y con su propio nombre designaba el mes de la *purificación*, de la expiación y de los muertos" [3]. Todas esas fiestas manifestaban claramente su carácter lustral, y, por extensión, se las consideraba un medio preservador contra las enfermedades y las plagas destructoras de la vida, ya

---

(1) JAMES GEORGE FRAZER, *Balder the Beautiful. The fire-festivals of Europe and the doctrine of the external soul* (*The golden bough*. IX), especialmente el capítulo final del primer tomo: *The purificatory theory of the fire-festivals*, I. 341-346; London, 1914.

(2) FRAZER, *Balder the Beautiful*, cit., I. 346.

(3) P. D. CHANTEPIE DE LA SAUSSAYE, *Manuel d'histoire des réligions*, 614; Paris, 1921.

de los hombres, ya de los ganados o de las cosechas [1]. El mismo concepto de purificación rústica subyace en las Ambarvalia (por muchos rasgos semejantes a las Amburbialia) y explica, por otra parte, la costumbre gentílica de encender antorchas, con las cuales los romanos recorrían la ciudad, preparándose para el gran sacrificio purificatorio de la Februatio.

Cuando esta lustración se correlaciona con el renacer de las fuerzas de la naturaleza en primavera, no deja de evocarse la historia mitológica de Deméter y Perséfone, donde no falta el expresivo detalle de las antorchas, con las cuales busca a su hija la madre inconsolable. Así relata el mito un himno homérico dedicado a Demeter, que agrega el pasaje de Demofón, expuesto por la diosa sobre las llamas para *purificarlo* de sus elementos terrestres y volverlo inmortal [2]. El retorno de Perséfona a la luz era celebrado, en los misterios eleusinos, con manifestaciones de antorchas durante el mes Antesterion, que corresponde aproximadamente con nuestro febrero [3].

El grado de desorden y licencia que adquirieron las Lupercalia, movió al papa Gelasio en el año 494 a condenarlas públicamente (en carta al senador Andrómaco) y reemplazarlas por la fiesta de la *Purificación* de la Virgen. La procesión de las candelas se incorpora más tarde, con un nuevo sentido, pero aprovechando la fuerza tradicional del rito, en lugar de oponerle una prohibición rotunda. Es sólo a fines del siglo VI cuando se adjudica a la fiesta de la Purificación este elemento ceremonial, característico y epónimo [4]. En el siglo VIII la procesión encabezada por el pontífice (que marchaba con los pies descalzos) se iniciaba en la madrugada del 2 de febrero, y se dirigía a la iglesia de San Adriano, alumbrando el camino con hachas y candelas. Esta circunstancia fué común a otras procesiones nocturnas, y sólo más tarde exclusiva del antiguo Hypapante (a fines del siglo X hay menciones de la bendición de los cirios, y está documentada en Roma en la primera mitad del siglo XII) [5]. Los liturgistas medievales explicaron el simbolis-

---

(1) *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments* (Dirig. Charles Victor Daremberg - Edmond Saglio) : Paris, 1877-1900 [Voz *Lupercalia*].

(2) P. DECHARME, *Mythologie de la Grèce antique*, 383-384; Paris, 1886.

(3) *Encyclopaedia of Religion and Ethics*; New York, 1928 [Voces *Candle* y *Candlemas*].

(4) I. SCHUSTER, *Liber sacramentorum*, VI, 207-209; Torino-Roma, 1928.

(5) SCHUSTER, *Liber sacramentorum*, cit., VI, 207-209.

mo de las velas, diciendo con San Anselmo, que "la cera significaba la carne virginal del Niño (por eso debía proceder de los panales, pues la abeja fué símbolo de virginidad), el pabilo su alma y la llama su divinidad". No en balde había exclamado Simeón al tomar al Niño en sus brazos: "Lumen ad revelationem gentium..." (Luc. 2, 32).

La introducción en Francia y España se remonta al siglo VIII y en Asturias y Cataluña, por ejemplo, se celebra lucidamente con el nombre de Candelera [1]; se bendicen velillas que tienen la virtud, según la creencia popular, de ahuyentar las tempestades (especialmente el rayo). Con lo cual vemos aflorar una vez más, la profunda raíz etnológica del rito.

La fiesta, tal como se celebra en el Valle Calchaquí, conserva los rasgos litúrgicos tradicionales: fecha, nombre, bendición de los cirios, procesión; pero introduce otros, como el elemento ecuestre, la institución de los *alfereces* [2], el paseo, velorio y batida de los estandartes, más otros detalles que fuerzan a recordar el ceremonial cívico-religioso con que se festejaba al Santo Patrono (en Buenos Aires, por ejemplo) durante la época colonial [3].

Esto sin olvidar que varias procesiones son ecuestres en nuestro país, y en la misma España, como la de San Antonio Abad, en la cual intervienen precisamente cocheros y carreteros, quienes, con bandera y música, recorren a caballo las calles dando tres vueltas, o "tres toms", como se dice en Cataluña [4].

---

(1) *España. Estudio geográfico, político, histórico, científico, literario, artístico y monumental*, 488; Barcelona, 1925 [Edición especial del tomo correspondiente de la Enciclopedia Espasa].

(2) En la pronunciación local, esta palabra es aguda en singular y grave en plural.

(3) JOSÉ TORRE REVELLO, *La festividad del Santo Patrono*, en *Crónicas del Buenos Aires colonial*, 73-84; Buenos Aires, 1943.

(4) *España*, etc., 488. En las noticias proporcionadas por Valerio Serra y Boldú en el capítulo *Costumbres religiosas* de la obra, *Folklore y costumbres de España*, 2ª edic., III, 503-662; Barcelona, 1934, no se hallan las noticias o correlaciones de interés que podrían esperarse. En la referencia a la Candelaria (*Ibid.*, 580-581) no se mencionan los cirios, sino las palomas que se sueltan durante la misa, y que "son símbolo de su pureza". Parecería, más bien, que se tratara de una alusión a la ofrenda que, en cumplimiento de la ley mosaica, llevó la Virgen al presentar al Niño en el templo.

Para otros datos sobre la festividad en general, ver: DOM PROSPER GUÉRANGER, *L'Année liturgique*, 2ª edic., II, 550-560; Paris, 1923.

Para el culto en Inglaterra, JOHN BRAND, *Observations on popular antiquities*, I, 24-29; London, 1841.

LAS FIESTAS PATRONALES EN MOLINOS

Sabedor de que las fiestas patronales de Molinos, consagradas a la Virgen de la Candelaria, ofrecían, aparte de su especial lucimiento, más de un motivo de interés para el folklorista, me trasladé al pueblo con anticipación, teniendo en cuenta que abarcan varios días, coincidentes con la novena que antecede.

Elementos

Considerando, antes de la descripción detallada, la fiesta en su conjunto, se pueden advertir elementos de naturaleza al parecer diversa, que justifican su agrupamiento en tres categorías; los actos específicamente religiosos, de sentido ritual: se manifiestan en la iglesia, durante la novena, las misas y la función. Otros hay de fondo también religioso, pero con interferencias ajenas al culto, de índole civil o tradicional, como la institución de los *alfereces,* las cabalgatas que escoltan los estandartes y forman durante la procesión; esos mismos estandartes y banderas sagrados, la *batida* de éstas ante la puerta del cementerio, el altar privado que cada *alferez* construye y adorna en su casa y el velorio de las banderas que allí se hace.

Por fin, los cohetes y estruendos, las camaretas y disparos de escopeta, las carreras y evoluciones de las cabalgatas y los bailes, bebidas, etc., que cada *alferez* prepara y ofrece, constituyen el aspecto popular, exaltado y embriagador, que se desenvuelve al margen de la solemnidad.

Los alfereces

Los llamados *alfereces mayores* son vecinos del pueblo, y llevan ese título a veces por tradición de familia. Cada *alferez* tiene a su cargo la fiesta durante uno de los días que dura la celebración: es el "dueño del día"; él proporciona su casa, adorna el altar doméstico, preside el velorio, lleva en las marchas y ceremonias el estandarte o bandera de la Virgen. Es ayudado en los gastos [1] y acompañado personalmente por

(1) A pesar de muchas profundas diferencias, este rasgo recuerda a los "carguyos" que actúan en la fiesta de San Juan en el Cuzco, cuya descripción ha hecho FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Procesión en el Cuzco,* en *El Hogar,* 60-61; Buenos Aires, 29 de abril de 1938. También ha relatado Márquez Miranda la festividad de la Candelaria en Humahuaca, en donde se la celebra sin el despliegue ecuestre que constituye una de las más salientes características de la que relato: FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Humahuaca, Aguafuertes sobre el hombre y la naturaleza,* en *La Nación;* Buenos Aires, 16 de julio de 1933.

un grupo de amigos, compañeros y parientes, que forman, en conjunto, el grupo de *alfereces* que interviene el día que le corresponde. Tradicionalmente, había existido en Molinos nueve *alfereces* mayores, a fin de que las fiestas coincidieran con la novena, en otras tantas jornadas. Muertes y renuncias han reducido hoy el número a sólo cuatro. Por eso la participación popular ofrece todo su despliegue a partir del 30 de enero: *un alferez* para cada día, contando el de la procesión.

Fiestas de los alfereces

Decidido el orden con que han de intervenir, aquél a quien corresponde el primer término, comienza por armar en su casa, en habitación preparada para eso, su *altar*. Consiste en un gran arco, generalmente de cañas, adosado a una pared; se recubre con paños blancos, y adorna con puntillas, encajes y bordados; a veces también, con géneros rojos y moños diversos. Tanto el altar como la pieza toda donde aquél se levanta, son profusamente engalanados con flores naturales y artificiales. El arreglo especial de la iglesia, ejerce cierta influencia inspiradora en la forma y disposición de los adornos.

El día designado se concentran en la casa todos los *alfereces* del grupo y los amigos, hombres y mujeres, que van a acompañarlos. Todos deben ir a caballo. Jinetes y cabalgaduras manifiestan que viven la oportunidad largamente ansiada de lucir sus galas. Así lo proclaman las hombrunas bombachas que denotan en la rigidez de sus pliegues lo reciente de su estreno; así los sombreros, de amplia ala impecable. Las mujeres exhiben sus tocados con cierta gravedad solemne, con seriedad que traslluce con frecuencia la emoción contenida, ante la inminente ceremonia sagrada y acaso también, la ansiedad por los bailes subsiguientes [1].

De este acicalamiento participan las cabalgaduras, denotando con

---

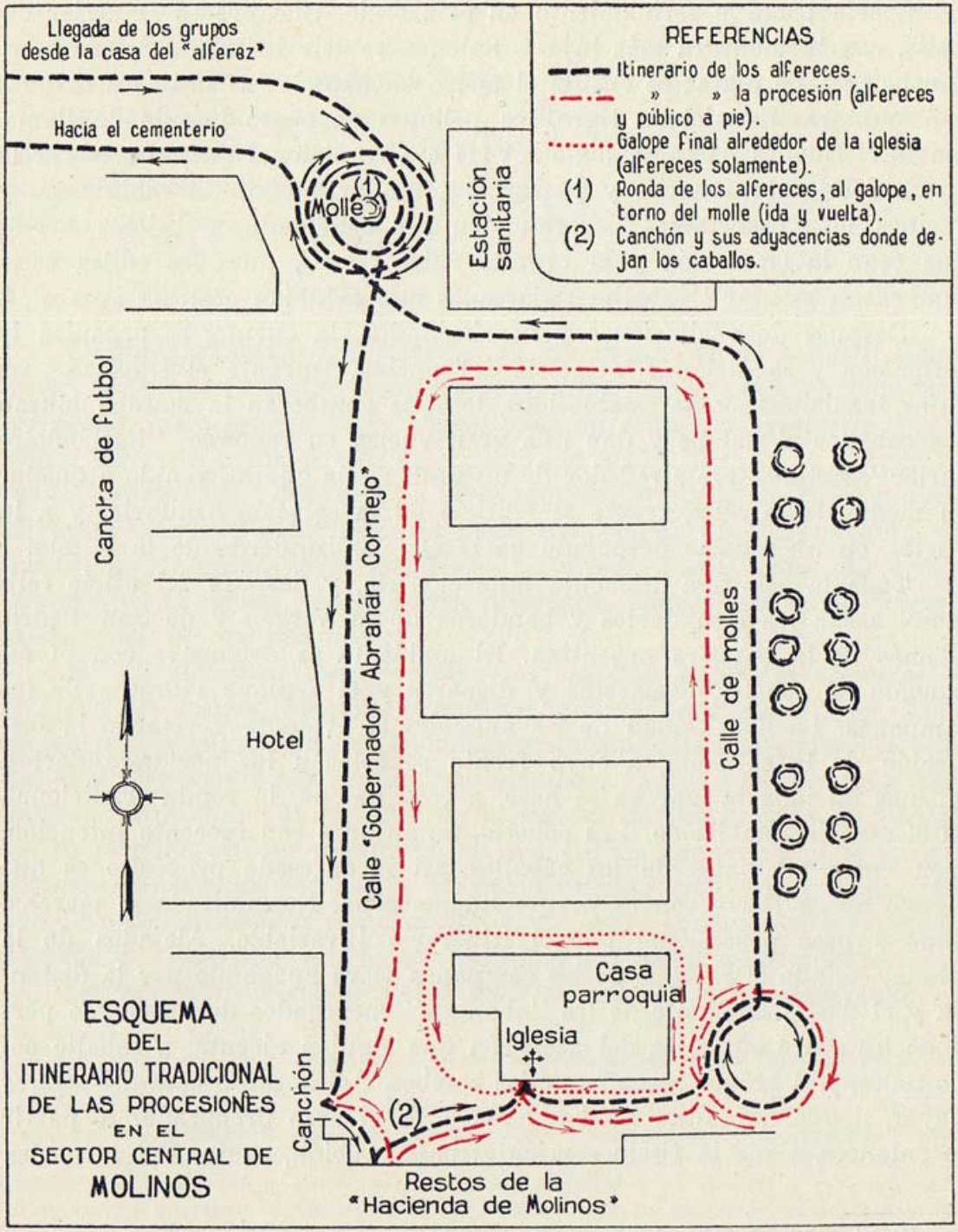
(1) Acaso sea esto manifestación de la esencia misma de toda fiesta. "Ayer u hoy, la fiesta se caracteriza siempre por la danza, el canto, la agitación, el exceso de comida y bebida. Hay que darse por el gusto, hasta agotarse, hasta caer enfermo. Es la ley misma de la fiesta"... Ella opone "una explosión intermitente a una gris continuidad, un frenesí exaltante, a la repetición cotidiana de las mismas preocupaciones materiales, el hábito potente de la efervescencia común a los serenos trabajos donde cada uno se absorbe a solas, la concentración de la sociedad a su dispersión, la fiebre de esos momentos culminantes a la tranquila labor de las fases atónicas de su existencia. Además, las ceremonias religiosas que traen consigo, estremecen el alma de los fieles...": ROGER CAILLOIS, *El hombre y lo sagrado*, cap. IV, 109-145; México, 1942.

frecuencia boato y refinamiento en el arreglo. Siempre es el mejor caballo, con la montura más lujosa. Salen a relucir las riendas trenzadas, con bombas de plata; se ensilla el apero enchapado; se usan las caronas con punteras de piel de tigre, los pellones de cuero lanudo de llama. Ya en el Buenos Aires del siglo XVIII era tradicional que, al celebrar la fiesta del Santo Patrono y pasear el estandarte real, los cabildantes y vecinos más espectables llevaran "en sus cabalgaduras lujosos arreos que eran la emulación y el orgullo entre ellos", pues los ediles acostumbraban montar "caballos enjaezados que exhibían costosos aperos"[1].

Después de vacilaciones y nerviosidades sin cuento, se organiza la formación y se dirige a la iglesia del pueblo. Durante el trayecto[2], en sitios tradicionalmente establecidos, los que encabezan la marcha lanzan sus caballos al galope y dan una gran vuelta en redondo, "haciéndolos furiar". Esto ocurre alrededor de un gran molle que ha venido a quedar en medio de la calle, frente al edificio de la estación sanitaria, y a la vuelta, en un espacio despejado hacia el lado izquierdo de la iglesia.

Toda la comitiva desmonta ante el atrio, y después del oficio religioso, sacan los estandartes y banderas de la Virgen y de San Pedro, además de la bandera argentina. El ambiente se conmueve con el estruendo de cohetes, camaretas y disparos y el repique vibrante de las campanas. La nerviosidad de los animales es evidente y retarda la formación de la columna, a cuyo frente se colocan los portaestandartes. Apenas iniciada la marcha se hace, a todo galope, la ronda tradicional, en el espacio establecido. Los cohetes, no siempre con inocente intención, caen entre las patas de los caballos. El inconfesado propósito es que alguno dé en tierra con la peripuesta amazona. Normalizada la marcha, sigue a paso procesional por el itinerario invariable. Alejados de la iglesia, cuando el repique de las campanas se va apagando por la distancia y el desfallecimiento de los "changos" encargados del oficio, se perciben los sones medrosos del acordeón que alguien ejecuta, a caballo como todos, y el bronco retumbo de los bombos. Así llegan a casa del *alferez* mayor, donde depositan las banderas, bajo el arco preparado. A partir de entonces, sigue la fiesta corriente: baile, bebida, canto. Por la noche,

(1) TORRE REVELLO, *La festividad*, cit., 77.
(2) Para toda la descripción, tener presente el croquis de la pág. 280.


Llegada de los grupos desde la casa del "alferaz"
Hacia el cementerio
Molle
(1)
Estación sanitaria
REFERENCIAS
Itinerario de los alfereces.
» » la procesión (alfereces y público a pie).
Galope final alrededor de la iglesia (alfereces solamente).
(1) Ronda de los alfereces, al galope, en torno del molle (ida y vuelta).
(2) Canchón y sus adyacencias donde dejan los caballos.
Cancha de futbol
Calle "Gobernador Abrahán Cornejo"
Calle de molles
Hotel
Casa parroquial
Iglesia
Canchón
(2)
Restos de la "Hacienda de Molinos"
ESQUEMA DEL ITINERARIO TRADICIONAL DE LAS PROCESIONES EN EL SECTOR CENTRAL DE MOLINOS

las banderas son *veladas*. Este velorio evoca la manifestación litúrgica que origina la advocación de la "Candelaria". Cánticos y rezos se suceden hasta la mañana siguiente, en que vuelven a montar a caballo, y tal vez con menos seguridad y gallardía, tornan a llevar los estandartes a la iglesia. Asisten a misa, y luego van, en la forma ya dicha, al cementerio viejo, que por razón del crecimiento urbano ha venido a quedar enclavado en medio del pueblo. El paredón frontal que bordea el camino tiene una puerta pequeña, sobre la cual se levanta una cruz diminuta de madera. Toda la comitiva se detiene frente a ella, formando un amplio semicírculo. Cesan los rumores, los caballos se aquietan; en el ambiente luminoso parece difundirse un soplo de emoción ritual, como ante un sacrificio sagrado. Descabalgan algunos y sostienen los estandartes y banderas hasta que desmontan también los *alfereces*. El principal se descubre, entrega a cualquiera su sombrero y avanza hacia la puertecilla del cementerio, frente a la cruz. Lleva en sus manos la blanca bandera de la Virgen; una estampa, que se descubre por momentos, destácase en el rojo paño que, en el centro del emblema semeja un blasón: imagen virginal en campo de gules. El *alferez*, al frente de su grupo, recorta, en medio del camino, su recia figura. El traje blanco se confunde con los pliegues del símbolo, sobre el cual la renegrida cabellera hirsuta, que la ausencia del sombrero libra a los aletazos del viento, resalta con violenta pincelada. Con las morenas manos, algo temblonas e inseguras, recoge el paño sobre el asta, la toma con la izquierda, y luego hinca en tierra la rodilla derecha; se persigna, y puesto de pie, "bate" con ambas manos la bandera, haciéndola ondear en amplio y majestuoso vaivén. Torna a recogerla, se arrodilla y persigna y la entrega a quien le ha de seguir en el cumplimiento del acto solemne.

Como los símbolos semejantes, dedicados a San Pedro, acompañan siempre los de la Virgen (así como su imagen le sigue en la procesión), la *batida* se hace simultáneamente y del mismo modo con ambas banderas. Cuando todos los alfereces las han batido, vuelven a caballo a la iglesia, donde las depositan, junto con los estandartes, para que los del día siguiente los recojan a su turno y revivan las ceremonias.

Fiesta de la Candelaria

Los principales aspectos y "pasos" del día magno (2 de febrero), están prefigurados en las fiestas precedentes de los "*alfereces*", uno de cuyos grupos hace coincidir, en efecto, su propia celebración con la fecha principal.

Se advierte, como es presumible, más numeroso concurso. No sólo el pueblo de Molinos y sus alrededores se vuelca en las calles y participa. Impulsados por la devoción o atraídos por el espectáculo, muchos vienen de lejanos rincones del cerro. Los caballos atados cerca de la iglesia o en la calle del bajo, a la sombra de los molles, muestran su inquietud ante el tumulto y los ruidos insólitos, tan inusitados en sus habituales caminos desiertos y en los ranchos silenciosos como tumbas. Otros vienen a pie, y las ojotas de cuero o de goma [1] saben de varias jornadas de marcha incansable. Las madres traen a las "guagüitas" de ojos asustados y caritas morenas, "quepidas", es decir, sostenidas a la espalda con el amplio rebozo. Allí están, en la iglesia, durante la función del día, sentadas en los bancos o en el suelo, con las criaturas en las faldas. Los hombres asisten a la misa de pie, con atención reconcentrada. En el atrio, algunos muchachos impacientes perturban la solemnidad litúrgica del ambiente, "reventando" cohetes que asustan a los niños y producen verdaderos remolinos entre las cabalgaduras impacientes.

Durante la misa se bendicen las velas que los circunstantes llevan, y que luego conservan para destinarlas, durante el año, a fines diversos, algunos de carácter terapéutico. El fin de la celebración desata el contenido fervor de los "changos" encargados de las campanas, echadas a vuelo. Arrecian los estampidos. Salen parsimoniosamente los portaestandartes y luego las andas con la imagen de la Virgen, seguida por la de San Pedro. Comienza a organizarse la procesión.

Es sugestivo que sea posible referir esta escena, así como la correlativa de la llegada al templo, casi con las mismas palabras con que un historiador describe, basándose en minuciosos documentos, los pasajes equivalentes de la fiesta del Santo Patrono de Buenos Aires, du-

---

(1) Fabricadas con cubiertas de neumáticos; he oído llamarlas "ojotas de auto".

rante la época colonial: "Mientras el Alférez montaba a caballo depositaba el pendón en poder de dos ediles [en este caso alfereces] nombrados exprofeso para ayudarle en estas ceremonias. Colocado en su cabalgadura el indicado personaje la que por cierto destacábase del concurso por sus ricos arneses, hacíase cargo nuevamente del pendón"... "mientras desmontaba el Alférez, los dos cabildantes volvían a recogerle el pedón que aquél recobraba puesto ya en tierra, haciéndose cargo entonces estos últimos de las borlas laterales, llevando en tal forma el pendón hasta el altar mayor donde se colocaba en la parte del Evangelio" [1].

Los jinetes van sacando sus caballos del "canchón" facilitado para encerrar los animales durante la misa, y van montando lentamente para unirse a la columna ya en marcha. Al frente, como siempre, la bandera argentina y los estandartes sagrados. Sigue luego, nutrida, fervorosa, la procesión de los que acompañan las imágenes a pie, llevando las velas bendecidas durante la misa. Mucho público se ubica en las altas aceras, en los bancos, en los árboles, en todo lugar estratégico. Hay una desproporción entre la exigüidad del pueblo y la multitud que lo colma. Los centenares de hombres y mujeres a caballo, la policromía de los trajes femeninos, la recia estampa de los gauchos, que algún poncho rojo subraya imperativamente, los cánticos marianos, de melodiosa dulzura, los briosos repiques de las campanas del templo, los estampidos y descargas en abusadora competencia con el retumbar del bombo y los acordes casi imperceptibles del acordeón, todo ese conjunto de luz, de color, de sonido, de movimiento exterior y de fervoroso recogimiento interior, transmite a las almas una emocionada vibración.

Después de recorrer la calle del bajo, próxima y paralela al río, y doblar por la del costado del hospital, regresa la procesión por la llamada "Gobernador Abrahán Cornejo". Los *alfereces* dan, a caballo, una vuelta alrededor del solar de la iglesia y llevan los estandartes y banderas hasta el cementerio, para hacer "la batida". Retornan para depositarlos en el templo hasta el próximo año y comienza la dispersión de los concurrentes, muchos de los cuales acompañan al *alferez* del día a celebrar en su casa la fiesta acostumbrada.

---

(1) TORRE REVELLO, *La festividad*, cit., 77-78.

Con algún partido de fútbol disputado en la cancha contigua al pueblo y bailes improvisados, van desgranándose los ecos del pasado bullicio.

Otros aspectos

Las *banderas* (de la Candelaria y San Pedro) son de género blanco, con una aplicación de paño rojo en el centro; por su forma semeja un escudo que lleva pegada una estampa, a modo de emblema. Las astas se coronan con puntas de metal en forma de lanza, estrella, media luna o combinaciones diversas.

La descripción del *estandarte* que el Alférez real paseaba por las calles de la capital del Virreinato de Buenos Aires, el día de San Martín, patrono de la ciudad, es utilizable aquí: "Era el pendón real de damasco rojo carmesí y se guarnecía de flecos dorados, se adhería al asta por medio de un travesaño atado con cordones trenzados con los colores rojos y amarillos, que remataban en pesadas borlas con largos flecos. Por un lado ostentaba bordado el escudo de la ciudad exornado con estilizadas guardillas y los atributos reales o en su defecto el escudo real y por la parte contraria lucía la imagen de la Virgen María, como ocurría en el de Buenos Aires o la del Santo Patrono o la Patrona del lugar"[1].

Salvo la calidad de los materiales y las armas monárquicas (reemplazadas por estampas), pueden aplicarse estas palabras a uno de los que se usan en Molinos. Los demás son blancos, con bordados e imágenes. Todos, como es habitual, consisten en un rectángulo, sostenido en su borde superior por un travesaño perpendicular al asta. Como he dicho, llevan cordones terminados en borlas.

El *orden procesional* de estos emblemas, está también establecido por la costumbre: la bandera argentina marcha a la cabeza; le sigue el estandarte rojo cuya retrospectiva descripción acaba de leerse; luego la bandera de la Virgen y más atrás el estandarte correspondiente; por fin, en el mismo orden, los emblemas correspondientes de San Pedro.

El *recorrido* de los *alfereces* es fijo y determinado: llegada desde la casa respectiva hacia la calle "Abrahán Cornejo"; vuelta, al galope, alrededor del gran molle frontero del hospital; continuación hasta la

(1) TORRE REVELLO, *La festividad*, cit., 77.

iglesia por la calle dicha, que se cierra por una construcción de caro recuerdo: es lo conservado de la famosa "Hacienda de Molinos" a la que Juan B. Ambrosetti dedicara un estudio. Su frente y el de la iglesia son paralelos, calle de por medio. En este sitio descabalgan y vuelven a montar después de las ceremonias religiosas para seguir por la calle de los molles, en cuyo primer trecho, ante la casa parroquial, se repite la ronda al galope. De acuerdo con este itinerario, doblan al llegar al edificio de la estación sanitaria, y, previo otro giro en torno del molle, continúan, según los casos, hasta la puerta del cementerio o a la casa del *alferez* del día.

Festejos complementarios

La niñas del pueblo aprovechan la oportunidad para organizar, con juvenil entusiasmo, *rifas* y *bazares*. En este último caso, exponen en una habitación que el propietario facilita, mil dispares donaciones; el nombre de cada objeto se escribe en unos papelitos que se enrollan luego: son las cédulas. Los concurrentes las compran y obtienen lo que el papel indica. Los fondos recaudados se destinan a obras piadosas, arreglos y refecciones de la iglesia, renuevo de los mantos y vestiduras de las sagradas imágenes.

Mucho enseña y sugiere una recorrida por los alrededores del pueblo en la mañana de la gran fiesta. Desde temprano los "patios" de los ranchos dan muestras de animada actividad. Lo más destacado, por lo repetido, es la "morosa delectación" con que los hombres preparan y ensillan sus caballos. Por los caminos se ven grupos, familias, gauchos o mujeres solas que vienen de apartados lugares. Han pasado sin duda la noche en casa de amigos, parientes o "compadres", después de uno o más días de marcha. Sus ranchos quedaron solos, en un vericueto de la montaña, por el lado de Luracatao, de Colomé o del Pucará; otros vienen del norte, siguiendo el río Calchaquí "playa abajo" desde Payogasta, Cachi, Rancagua, Escalchi, San José, Seclantás. Las lluvias no han sido muy copiosas y los jóvenes dan rienda suelta a su inquietud y a sus caballos galopando por el lecho casi seco del río. El sol brillante

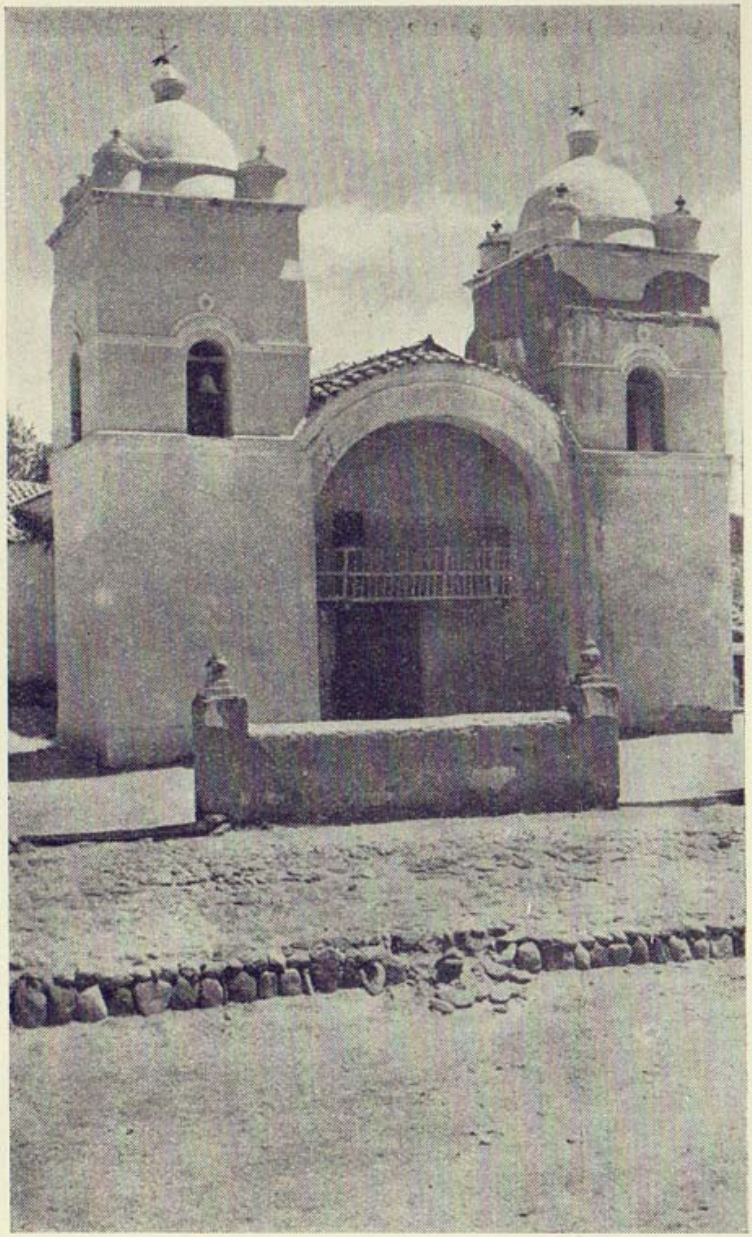
redime la opacidad borrosa de la "playa" con reflejos de oro. Los caminos de las barrancas, las huellas que atraviesan arboledas y montes, las calles mismas, se pueblan de viajeros, de bullicio, de colores. Llegan automóviles, camiones, camionetas, que traen visitantes y devotos del Norte y del Sur. Dueños o administradores de fincas vienen con sus peones y arrenderos y pasan al galope, como adalides al frente de sus huestes, en inocente algarada.

El pueblecito vallisto, como escenario; la policromía y los cantos; las indumentarias de las gentes y los arreos de las cabalgaduras; todo lo externo en convergencia con el paisaje interior que las actitudes traslucen, suscita en el ánimo impresión honda y múltiple, mezcla de sensibilidad provinciana, de emoción religiosa y de sana curiosidad por estas manifestaciones tradicionales de nuestro pueblo. Si por lo menos esta simpatía por el folklore se contagiara a otros, que, desde todos los rincones del país nos fueran contando sus secretos, daría por bien compensados los apremios de las monografías y las fatigas de los viajes [1].

([1]) Como contribución para quien retome el tema, ofrezco los datos siguientes: con respecto a nuestro país, interesa, además del artículo del doctor Márquez Miranda (ver pág. 277, nota), un curioso documento, copiado en el archivo parroquial de Santa María de Catamarca por el Prof. R. Ardissone, quien me lo ha comunicado con su generosa gentileza habitual. Es el acta de la elección de santa Patrona del lugar, realizada el 14 de febrero de 1790. Dicen los vecinos que "no constando en libro alguno de la elección solemne", convienen en realizarla, "por pluralidad de votos secretos y con libre voluntad de los asistentes, y salio en primer lugar por Patrona y Abogada ntra. Maria Santissima con el titulo de la Candelaria...".

En cuanto al extranjero, además de las citas ocasionales que doy en las notas, remito a las 68 referencias bibliográficas reunidas por Arnold van Gennep bajo el título de *Cérémonies populaires à date fixe, La Chandeleur (Manuel de folklore français contemporain*, III, 425-429; Paris, 1937), con parte general y subdivisión por provincias.

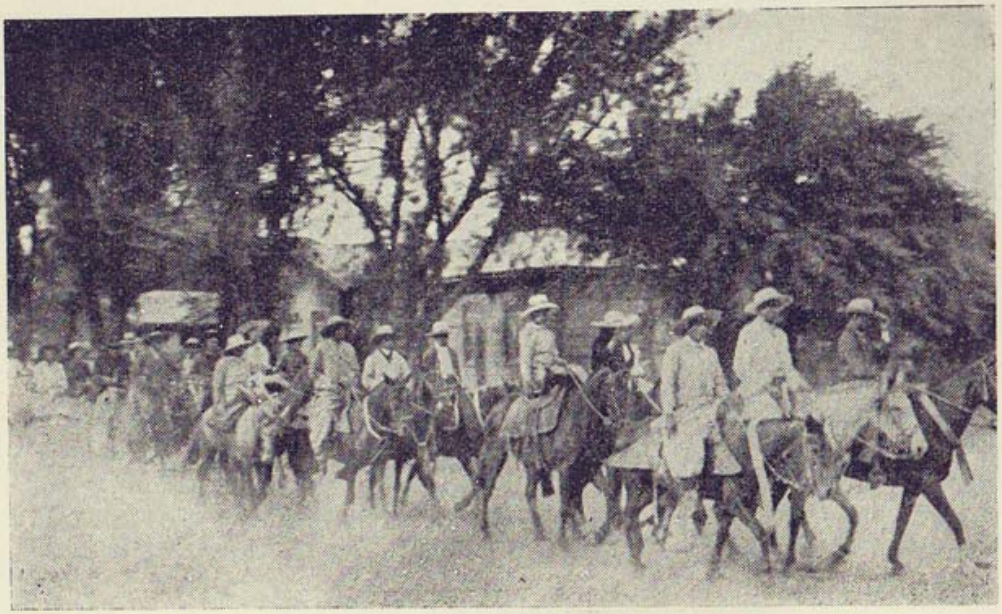
(Comunicación presentada en la sesión del 20 de noviembre de 1943, durante la V^a Semana de Antropología. Croquis de María Teresa Grondona. Fotografías de Romualdo Ardissone y del autor.)



Frente de la iglesia de Molinos. (Fotografía Prof. R. Ardissone.)



Calle principal "Gobernador Abraham Cornejo". (Fotografía Prof. R. Ardissone.)



1



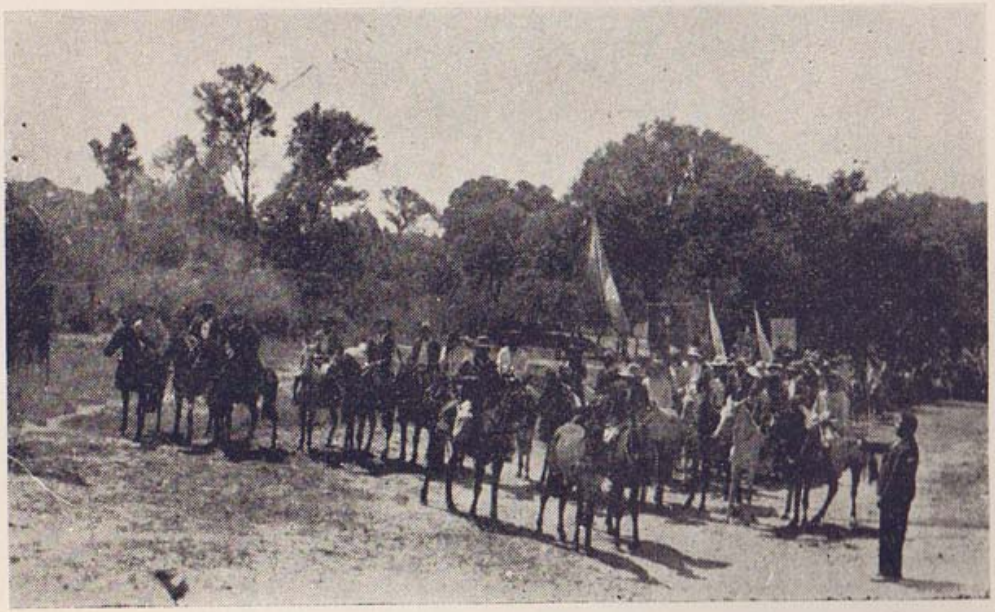
2

Fig. 1. — *Alfereces* entrando al pueblo por la calle principal, en busca de los estandartes y banderas. Al fondo, la estación sanitaria.

Fig. 2. — A la salida de la iglesia, con las banderas y estandartes. A la izquierda, frente de la "Hacienda de Molinos"; al fondo, a la derecha, el "canchón".



1



2

Fig. 1. — En marcha, por la calle de los molles, hacia la casa del *alferez* del día.
Fig. 2. — Cabeza de la procesión del 2 de febrero; en primer plano, los músicos (acordeón y bombo).



"Batida" de las banderas. (En este caso, excepcionalmente, frente a la iglesia.)

CRÓNICA OFICIAL

MEMORIA 1941 - 1942

Consejo Directivo. En la Asamblea ordinaria realizada el 30 de septiembre de 1941, se eligió la siguiente Comisión Directiva: Presidente: Dr. Eduardo Casanova; Vicepresidente, Prof. Enrique Palavecino; Secretario, Prof. Alberto M. Salas; Tesorero, Prof. Romualdo Ardissone; Vocales: Dra. María de las Mercedes Constanzó, Prof. Francisco de Aparicio, Dr. Fernando Márquez Miranda, Dr. José Imbelloni, Prof. Milcíades Alejo Vignati.

Por renuncia del Secretario, se modificó el Consejo nombrándose a la doctora Constanzó y en la vacante de Vocal por ella dejada al doctor Augusto Raúl Cortazar.

Iniciativas. Se eligió la Comisión Científica, que quedó integrada por los doctores Fernando Márquez Miranda, Eduardo Casanova y profesor Enrique Palavecino actuando de Secretaria la doctora Constanzó. Se enviaron sendas invitaciones a los Institutos especializados del interior para que los alumnos de los mismos ingresen como socios estudiantes de nuestra Institución. Se iniciaron las reuniones científicas consultivas a las que se invitaron los especialistas con que cuenta nuestra Sociedad con el fin de tratar asuntos fundamentales de las disciplinas antropológicas contemplándose la posibilidad de establecer una nomenclatura arqueológica tendiendo a uniformar el vocabulario y signos correspondientes.

Reuniones científicas.

29 de octubre de 1941:

María de las Mercedes Constanzó, **Lesiones dentarias en los aborígenes prehispánicos.**

Alberto M. Salas, **El Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro.**

José Imbelloni, **La Capaccuna de Montesinos y los ciento cinco reyes del Perú.**

3, 4, 6 y 7 de diciembre de 1941:

Juan A. Vellard, **Cursillo de Etnografía Americana.**

22 de abril de 1942:

Julián Steward, **La cultura de los "Pueblos".**

Francisco de Aparicio, **Petroglifos en Tiahuanaco.**

María de las Mercedes Constanzó, **Soldadura de atlas a occipital.**

Alberto M. Salas, **Potrero de Uriburu.**

Fernando Márquez Miranda, **Las armas de los diaguitas.**

13 de mayo de 1942:

María de las Mercedes Constanzó, **Un aspecto de la obra de Ambrosetti.**

Ricardo Caillet-Bois, **Expedición de los PP. Coche y Boria a los indios mocetenes (1802).**

Osvaldo Paulotti y A. González, **Grupos sanguíneos de los actuales habitantes de la Puna jujeña.**

Enrique Palavecino, **Seis meses en el Chaco salteño.**

10 de junio de 1942:

Federico A. Daus, **Vivienda en la cordillera de Mendoza y Neuquén.**

Ramón Pardal, **Noticia previa acerca de un cráneo perforado de Chubut.**

1 de julio de 1942:

Alberto M. Salas, **Elemento decorativo humahuaca.**

Francisco de Aparicio, **Escolios a un expediente de encomienda.**

5 de agosto de 1942:

José Luis Muñoz Aspiri, **"Ministro Rivadavia" una población suburbana olvidada.**

Eduardo Casanova, **Una estólica de la puna jujeña.**

2 de septiembre de 1942:

Dick Edgar Ibarra Grasso, **Ensayo sobre arqueología boliviana.**

Salvador Canals Frau, **Las ruinas de Malarhué.**

7 de octubre de 1942:

Romualdo Ardissone, **Construcciones de champa.**

José Imbelloni, **El guerrero sentado de Guayaramerin, una terracota boliviana que plantea problemas continentales.**

Semana de Antropología:

Martes 3 de noviembre de 1942:

Fernando Márquez Miranda, **¿Ruinas preincásicas en Cuzco?**

Cristina C. M. de Aparicio: **Arqueología y dibujo.**

Ramón Pardal, **Medicina araucana: puntos a revisar.**

Joaquín Frenguelli, **Influencia del ambiente físico en la distribución de culturas: valle Calchaquí.**

Miércoles 4 de noviembre de 1942:

Lía R. S. de Arechaga, **La preparación de la "comida" en el valle Calchaquí.**

Luis A. Chillida, **Anotaciones previas sobre la tibia en los aborígenes del territorio argentino.**

Santos R. Castillo, **Arqueología del Delta entrerriano; algunas piezas interesantes.**

Francisco de Aparicio, **El pueblo de Chincheros en el Departamento del Cuzco.**

Jueves 5 de noviembre de 1942:

Ana Biró de Stern, **Nuevos hallazgos arqueológicos en el territorio del Chaco.**

Pablo G. Haedo, **Un hallazgo arqueológico en Cuebayo (Puna jujeña).**

Milcíades Alejo Vignati, **El náufrago Morris y sus observaciones etnográficas.**

Romualdo Ardissone, **Calendario de la mortalidad.**

Viernes 6 de noviembre de 1942:

Víctor M. Badano, **Representación plástica de la serpiente en el área de los ribereños paranaenses.**

Julián Cáceres Freyre, **Condición del indio ante el derecho argentino.**

Leoncio S. M. Deodat, **Expresiones de una antigua manufactura conchífera en el golfo San Matías.**

José Imbelloni, **Sobre algunos caracteres anátomo-fisiológicos de los Yamana.**

Sábado 7 de noviembre de 1942:

María de las Mercedes Constanzó, **Restos óseos de Purmamarca (Jujuy).**

Enrique Palavecino, **Elementos nuevos o poco conocidos en la cultura de los pueblos chaquenses.**

Armando T. Hunziker, **Estudio botánico de granos hallados en el nuevo yacimiento de Pampa Grande (Salta).**

Alberto M. Salas, **Acerca de algunas parcialidades indígenas del oriente de Salta y Jujuy.**

Eduardo Casanova, **Noticia preliminar sobre una excursión arqueológica a la Puna de Jujuy.**

Alberto Rex González, **Nota sobre un tipo de horno de uso actual.**

Publicaciones. Se repartió el tomo III de RELACIONES y se inició la publicación del BOLETIN del que se entregaron los números 1, 2 y 3, contemplándose la posibilidad de reeditar algunas crónicas y obras de los precursores.

Socios. Se nombraron socios correspondientes a distinguidos especialistas de Chile, Perú y Estados Unidos de Norteamérica: doctor Ricardo Donoso (Chile); doctores Jorge Basadre, Rafael Larco Hoyle y Pedro Villar Córdoba (Perú); Alfredo Métraux y Julián Steward (EE. UU.). Fueron incorporados los socios activos: Víctor M. Badano, Luisa B. Vignale de Ardissone, Blanca P. de Bordas, Elvira H. de Casanova, Ergasto Cordero, Livia L. Corsini, Santos R. Castillo, Leoncio S. M. Deodat, Alfredo Dornheim, Guillermo Fernández Vidal, Pablo G. Haedo, Roberto Levillier, Sara de Mundo, Rodolfo Maldonado Bruzzone, Benigno Martínez Soler, Daisy Rípodas Ardanaz, Manuel M. Romain, Enrique Revol, Amadeo R. Sirolli, Ernesto Sourrouille, León Strube Erdmann y los siguientes socios estudiantes: Raquel Avila Pietranera, Angel Bianchi, Guillermo Billoch, María Rosa Bustos, Helena Beristain, César Corte Carrillo, Marina Cullell, Matilde Castello, Orlanda Caputo, Virginia Catanesi, Horacio Cuello, Luis Chillida, María L. Castro, Eduardo Dolhagaray, Servando Dozo, Susana Ensinck, Elsa Ecker, Pedro D. Ferraro, Celia Ferreres, José Antonio Guemes, Zunilda González, Miguel A. Gregori, Francisco Gancedo, José Santos Gollan, Dolores Gómez Omil, Armando T. Hunziker, Antonio Imperiale, Rogelio López, Ciro René Lafón, Elsa Labanchi, R. Manfredi, Olga Mingo, Ofelia Moscatelli, Amalia Maldonado, Luis Narvaiz, Elvira Orella, Elena Pérez Jofré, Dora Púrpura, Carlota G. Paulsen, Josefina Ragau, Raúl Remonda, Celia Squessini, Natalia A. Sogni, Aurelia Yannucci, Horacio Zapater, Rosa M. Zuluaga.

MEMORIA 1942 - 1943

Consejo Directivo. En la Asamblea ordinaria efectuada el día 2 de octubre de 1942 se eligió el siguiente Consejo Directivo: Presidente, Dr. Fernando Márquez Miranda; Vicepresidente, Prof. Enrique Palavecino; Secretaria, Dra. María de las Mercedes Constanzó; Tesorero, Prof. Romualdo Ardissone; Vocales: Prof. Francisco de Aparicio, Dr. Eduardo Casanova, Dr. José Imbelloni, Prof. Milcíades Alejo Vignati y Prof. Augusto Raúl Cortazar.

Se fijó el día 1 de diciembre para que iniciase sus funciones. Este Consejo debió modificarse debido al pedido de licencia que presentó la señorita secretaria haciéndose cargo el Dr. Cortazar con carácter de ad-hoc, hasta que por renuncia de la Dra. Constanzó fué nombrada la Srta. María Elena Villagra Cobanera hasta terminar el período.

Iniciativas. Se eligió la Comisión Científica, que quedó integrada por los doctores Fernando Márquez Miranda y Eduardo Casanova y profesor Francisco de Aparicio. Se resolvió modificar la presentación del 'Boletín", manteniendo las secciones internas. Se verificaron reiteradas gestiones para el mantenimiento de la subvención nacional. Se acordó la adhesión de la Sociedad a diversos actos científicos. Se prosiguieron los trámites para la realización de excavaciones en el arroyo Leyes (provincia de Santa Fe), de acuerdo con autoridades provinciales.

Reuniones científicas. Se celebraron varias reuniones de comunicaciones en nuestro local Moreno 350 y se efectuó la Semana de Antropología en Buenos Aires, en noviembre de 1943.

Las reuniones científicas fueron las siguientes:

5 de mayo de 1943:

Milcíades Alejo Vignati, **Relevamiento de pinturas y grabados aborígenes.**

Ana Biró de Stern, **Hallazgo de alfarerías decoradas en el Territorio del Chaco.**

Fernando Márquez Miranda, **Un importante hallazgo para la lingüística aborigen.**

9 de junio de 1943:

Investigaciones del Museo Etnográfico en los Valles Calchaquíes.

Francisco de Aparicio, **La ciudad fortificada de Tolombón.**

Lía Raquel Sanz de Arechaga, **La vivienda en la quebrada de Yacochuya.**

Augusto Raúl Cortazar, **Los Valles Calchaquíes como campo de investigación folklórica.**

1 de septiembre de 1943:

Milcíades Alejo Vignati, **Recordando a don Carlos Bruch.**
Francisco de Aparicio, **Publicaciones recientes atribuídas a Tadeo Haencke.**
Alberto M. Salas, **Acerca del uso de las manoplas.**

6 de octubre de 1943:

José Imbelloni, **Recordación de Ales Hrdlicka.**
Enrique Palavecino, **Alfarería chaqueña.**
Romualdo Ardissone, **Confrontación de instalaciones indígenas e hispánicas en La Rioja y Catamarca.**

Semana de Antropología:

15 de noviembre de 1943:

Fernando Márquez Miranda, **Apertura de las sesiones de la Semana de Antropología.**
María de las Mercedes Constanzó, **Observaciones sobre momias del Norte de Chile.**
José Imbelloni, **La cronología peruana antigua en un escrito de 1630.**

16 de noviembre de 1943:

Leoncio M. Deodat, **Cuatro objetos líticos de Río Negro.**
Alejandro P. Bordas, **Comentarios al trabajo "Antigüedad geológica del yacimiento de los restos humanos de la gruta de Candonga", por el doctor Alfredo Castellanos.**
Romualdo Ardissone, **Calendarios de la alimentación.**

17 de noviembre de 1943:

L. A. Chillida, **Dos fémures de un indígena de Chubut.**
Edmundo Wernicke, **Florián Paucke S. J. y su libro, juzgado por su traductor.**
Francisco de Aparicio, **Investigaciones recientes en la Pampa Grande (Salta).**

18 de noviembre de 1943:

Raquel Sanz de Arechaga, **Noticia sobre la fitotoponimia salteña.**
Alberto M. Salas, **Mapa de dispersión de las prácticas funerarias en el noroeste argentino.**
Eduardo Casanova, **Nuevos hallazgos arqueológicos en Doncellas (Puna de Jujuy).**

19 de noviembre de 1943:

Ana Biró de Stern, **La acuarela como medio de expresión del indio del Chaco.**
Horacio A. Difrieri, **Morteros en la Pampa Grande (Salta).**
Milcíades Alejo Vignati, **Falacias iconográficas.**
El uso de narigueras por los aborígenes de la Patagonia.

20 de noviembre de 1943:

Augusto Raúl Cortazar, **La fiesta de la Candelaria (Molinos, Salta).**
Fernando Márquez Miranda, **El indio argentino ante la legislación y la realidad.**

Publicaciones. Se repartieron los números 4 y 5-6 del "Boletín de la Sociedad". También se ha impreso el tomo IV de RELACIONES.

Socios. Ingresaron como socios activos, la señorita María Eva Eberle y los señores Iván Hernández, Daniel Hammerly Dupuy y Juan Alberto Vellard, y como socios estudiantes los siguientes alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires: Vicente Baena, Juan M. Biedma, María Josefina Codda, Jorge Cassani, Esther Nélida Costa, Roberto Federici, María M. García Santamarina, Nelly Giannatoni, Ofelia Luque, Leonor Maestre, Nélida Manso, Dolores J. Maciel, Néstor H. Orsi, María Ignacia Pérez, Sara Perticarari, Salvador Storni, Esther A. Tesone, María L. Taboada y José A. Zullo; y el estudiante Arón Embon de la Facultad de Humanidades de La Plata.

INDICE

	Pág.
Introducción	5
Nota etnográfica sobre los indios Mataco del Gran Chaco Argentino, por **A. Metraux**	7
El P. Melchor Martínez, por **Ricardo Donoso**	19
La Iglesia y las creencias y costumbres de los Araucanos en Chile, por **Fray Melchor Martínez**	25
La escritura peruana sobre pallares, por **Rafael Larco Hoyle**	57
Una máscara calchaquí, por **Enrique Palavecino**	65
Forma y significación de los motivos ornamentales de las "llicas" chaquenses, por **María Delia Millán de Palavecino**	69
La gruta pintada de El Lajar, por **Francisco de Aparicio**	79
Prácticas funerarias norteñas: Las de los indios del Chaco, por **Enrique Palavecino**	85
Anďenes en la cuenca del Torrente de las Trancas (provincia de Catamarca), por **Romualdo Ardissone**	93
Soldadura de atlas a occipital, por **María de las Mercedes Constanzó**	111
Una estólica de la puna jujeña, por **Eduardo Casanova**	115
Ensayo sobre la arqueología boliviana, por **Dick Edgard Ibarra Grasso**	133
Influencia del ambiente físico en la distribución de culturas (Valle Calchaquí), por **Joaquín Frenguelli**	151
Hallazgos de alfarería decorada en el territorio del Chaco, por **Ana Biró de Stern**	157
Representación plástica de la serpiente en el área de los ribereños paranaenses, por **Víctor M. Badano**	163
Los Yámana y el llamado "ojo mongólico", por **José Imbelloni**	167
Un importante hallazgo para la lingüística aborigen, por **Fernando Márquez Miranda**	193
Alfarería chaqueña, por **Enrique Palavecino**	231
Dos fémures de un indígena del Chubut, por **Luis Alberto Chillida**	237
El P. Florián Paucke y su libro, juzgado por su traductor, por **Edmundo Wernicke**	247
La acuarela como medio de expresión del indio del Chaco, por **Ana Biró de Stern**	253
Falacias iconográficas, por **Milcíades Alejo Vignati**	259
El uso de narigueras por los aborígenes de la Patagonia, por **Milcíades Alejo Vignati**	263
La fiesta patronal de Nuestra Señora de la Candelaria en Molinos (Salta), por **Augusto Raúl Cortazar**	271
CRONICA OFICIAL	287

Este cuarto volumen de las RELACIONES de la Sociedad Argentina de Antropología, terminóse de imprimir en la casa PLANTIÉ, Talleres Gráficos, S. A., en el mes de julio de 1944. Se han tirado treinta ejemplares, numerados a mano, en papel cumberland. Dibujó la cubierta Mercedes Nosti de Carman.

SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA
MORENO 350 • BUENOS AIRES